
Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La Navidad, fuente de fe

En el diálogo –o controversia– entre ateos y cristianos sobre la existencia de Dios, hay dos puntos muy importantes: uno es el origen del mundo y el otro la experiencia de Dios. Ambos puntos aparecen en el Prólogo del Evangelio de san Juan, que habla de la encarnación del Hijo de Dios en medio de la historia humana.

Sobre el origen del mundo, la postura cristiana se basa en algo puramente lógico: si existe el mundo, es porque Alguien lo ha creado. El Prólogo de san Juan lo dice así:

*«Al principio ya existía la Palabra.
La Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios.
Todo fue hecho por ella
y sin ella no se hizo nada» (Jn 1,1-3).*

Pero esta postura es rechazada por los no creyentes aduciendo que más pronto que tarde la ciencia llegará a demostrar cómo se creó el mundo. Si es que fue creado, porque cada vez son más los que apoyan la

teoría de «la infinitud temporal del universo», según la cual, éste no ha necesitado ningún «ser creador» porque –en una forma u otra– siempre ha existido y siempre existirá. Pero no explican cuál es la «causa última» por la cual eso es así y no de otro modo. El hecho es que, por motivos que se nos escapan, siempre habrá personas que no acepten la existencia de Dios y menos aún su presencia entre nosotros:

*La Palabra «estaba en el mundo,
pero el mundo, aunque fue hecho por ella,
no la reconoció» (Jn 1,10).*

Podríamos seguir profundizando en esta discusión acerca de la creación del mundo con más argumentos por parte de ambas posturas, pero no llegaríamos a ninguna conclusión definitiva, pues sabemos que la existencia de Dios no es una tesis científica, ya que...

*«...A Dios nadie lo vio jamás;
el Hijo único, que es Dios
y que está en el seno del Padre,
nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).*

Y eso nos lleva al segundo punto de discusión entre ateos y cristianos: la experiencia de Dios, la cual consideramos que está al alcance de todos –incluidos los no creyentes–, pues Él está en nuestro corazón y se hace presente en nuestras vidas por medio de la creación. Sabemos que para aquellos que son fieles al Evangelio, la experiencia de Dios es especialmente intensa, pues el Evangelio nos conduce a la unión con Dios. Y decimos que esta experiencia es «de Dios», porque todos los que han llegado a vivirla en su corazón afirman que no tiene origen humano, sino divino, pues

supera todo lo que ellos son capaces de pensar y expresar con palabras humanas.

*«...hemos visto su gloria,
la gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14).*

A esto, los ateos responden diciendo que eso no es más una experiencia psicológica, fruto de circunstancias especiales a las que nuestro cerebro responde de forma sorprendente. Pero lo curioso es que no se conoce a ningún ateo que haya vivido interiormente una experiencia así y que después haya corroborado que, en efecto, no es más que un fenómeno psicológico. Más bien ocurre todo lo contrario: todos sabemos de personas que vivían en medio de la confusión existencial, sumidos en la increencia, pero que gracias a una experiencia de Dios tomaron conciencia de que Él realmente existe. Y su vida cambió, pues Dios pasó a iluminar su existencia. Constataron que, ciertamente:

*La luz resplandece en las tinieblas,
y las tinieblas no la sofocan (cf. Jn 1,5).*

Esto no se puede demostrar científicamente, pero sí vivencialmente. En cierto modo, unos más que otros, muchos de nosotros hemos vivido algo así, y es eso lo que nos empuja a creer que, realmente, el mundo ha sido creado por un Dios bueno que nos abraza con su amor y habita dentro de nosotros. Y sentimos la necesidad de compartir esa Luz que nos ilumina.

Pues bien, esto se hace especialmente patente en Navidad, cuando celebramos que la Palabra, el Hijo de Dios, vino al mundo para dar pleno sentido a nuestra existencia y, sobre todo, para salvarla del pecado y de

la muerte. Por eso, para los cristianos, la Navidad no es una mera celebración.

En Navidad buscamos ante todo compartir que...

*...la Palabra es la luz verdadera,
que con su venida al mundo
ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9).
Y a cuantos recibimos la Palabra,
a todos aquellos que creemos en su nombre,
nos da poder para ser hijos de Dios (cf. Jn 1,12).*

En Navidad experimentamos y celebramos que el Hijo de Dios ha nacido en el mundo, en medio de nuestra familia o comunidad y en lo más profundo de nuestro corazón. Y es un nacimiento que, además, nos hace renacer...

*...no por vía de generación humana
ni porque el hombre lo desee,
sino que nacemos de Dios (cf. Jn 1,13).*

Y sabemos que esto es así porque interiormente lo vivimos y comunitariamente lo compartimos. Somos realmente testigos de que...

*«...la Palabra se hizo carne,
y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).*

Por ello debemos dar a conocer esta gran noticia, sobre todo a los no creyentes. Como san Juan Bautista, estamos llamados a...

*...dar testimonio de la Luz,
a fin de que todos crean por nosotros (cf. Jn 1,7).*

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Iluminación bíblica para la celebración del año de la fe

Como sabemos, el Papa Benedicto XVI ha convocado el «año de la fe» mediante una Carta Apostólica, llamada: *Porta Fidei* –«Puerta de la Fe»–. El año comenzó el 11 de octubre –que es el 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II– y concluirá con la fiesta solemne de Jesucristo, Rey del universo, el 24 de noviembre de 2013. El propósito de la convocatoria es: conocer y profundizar los contenidos de la fe, profesarla, anunciarla, celebrarla, y testimoniarla en la caridad. Y la llamada va despertando una inquietud necesaria, pues las personas quieren saber sobre la fe que profesan, y buscan entenderla. Este artículo desea apoyarse en las Sagradas Escrituras para sumarse a todas las iniciativas que provocan reflexiones en torno a la temática que toca nuestra sensibilidad existencial-espiritual.

ANTIGUO TESTAMENTO

Para hablar de «fe», el Antiguo Testamento utiliza la palabra hebrea: *'amanah*, que también significa «verdadero». Si buscamos la raíz verbal del concepto, localizamos el término *'aman*: «sustentar», «establecer», transmitiendo la idea básica de «firmeza». El mundo

bíblico compara la fe con lo «seguro», digno de confianza. Vea, por ejemplo, la imagen del salmo 131, donde una mujer con su niño, cargado y desmamado, se convierte en modelo teológico, y cotidiano, para hablar de complejidad con un lenguaje sencillo. El gesto es un recurso pedagógico para invitar al pueblo a confiar en Dios de la misma manera que el infante en los brazos maternos.

De forma curiosa, el verbo *'aman* –«sustentar»– se presenta en el universo del Antiguo Testamento en participio. Cuando un verbo está en participio significa que su acción es continua. En el aspecto teológico, transmite que el acto de ser «sustentado» mediante la fe no tiene límite conclusivo. Es una acción sistemática y, según Deuteronomio 7,9, es «segura»: *«El Señor, tu Dios fiel..., guarda su alianza y su misericordia»*.

Lo firme da seguridad a quien se siente débil. Para conquistar tal soporte, según el profeta Isaías, es necesario «creer», pues quien no «cree» no permanece (cf. Is 7,9). Sólo se puede ser firme aceptando a Dios como Fuerza y Tesoro (cf. Is 33,6). En este sentido, la fe renuncia a los recursos materiales como garantía para abandonarse totalmente a una riqueza ilimitada. En la literatura profética el único camino para no vacilar es procurar tal Tesoro intensamente (cf. Is 28,16).

El Antiguo Testamento, para hablar de fe, también utiliza la expresión «conocer a Dios», que es lo mismo que «experimentar a Dios» mediante su palabra y sus actos. «Fe», «conocimiento» y «práctica» son actos simultáneos, no conglomerados de forma independiente.

Varios ejemplos ayudan a concretizar, de forma sencilla, lo que acabamos de decir. Los padres y las madres de la fe iluminan nuestra fragilidad: ante las dudas, los miedos, las incredulidades y el convencimiento de lo «imposible», se pusieron en camino, y es en ese trayecto donde conocen y reconocen la autoridad de Dios para cumplir sus promesas (cf. Gn 15,1).

La fe bíblica es tan rica que no se define en frases, pero se teje en la historia de manera extraordinaria. El Dios de Moisés y de Miriam fue siendo acogido por el pueblo. El pueblo esclavo acoge al Dios de la liberación. Ante tantos dioses ciegos, sordos, indiferentes y distantes, abrazan al Dios que «ve», «escucha», «conoce» y «baja» para comprometerse con la vida (cf. Ex 3,7). Al creer en ese Dios de la liberación también otorgan autoridad a aquella persona intermediaria (cf. Ex 14,31; 15,20). Mujeres y hombres sensibles bordan en complicidad un proyecto de liberación, empeñados en comunicar las verdades justas que le son reveladas. Vean, por ejemplo, las parteras egipcias: con astucia socorren a las mujeres hebreas (cf. Ex 1). Aun siendo extranjeras, utilizan las estrategias mentirosas del propio faraón para salvar a los pequeñitos. Ellas descubren y comunican al Dios de la vida aconteciendo en un sistema que promueve la muerte.

Las parteras se convierten así en testimonio de lo inesperado: un faraón poderoso, nervioso y temeroso de infantes recién nacidos (cf. Ex 1). Puedo interpretar que la fe es eficaz y poderosa, conspira con la justicia. Ella se desborda en lo frágil e inocente que busca vivir. La fe acude revistiendo de fuerza lo que se reconoce débil; no está condicionada por estratificación

social, ni por relaciones de género o nacionalidad. Ella se deja encontrar por quien la procura con corazón sincero. Según la teología bíblica, la fe está disponible para toda persona dispuesta a «oír» y «estar atenta» a las señales de «justicia» que Dios inspira en el corazón, fuente de raciocinio y entendimiento.

NUEVO TESTAMENTO

La referencia a la «fe» también se encuentra en el Nuevo Testamento. Algunas veces, la palabra es sustituida por «amen», que puede significar «certeza» y «seguridad» en lo comunicado. La tradición coloca en boca de Jesús la sugerencia: «*Ten fe en Dios*» (Mc 11,22). Analizo que se trata de «contar con Dios», «estar con actitud de apertura» a sus posibilidades. Jesús habla de una fe ilimitada, enfocada en la realidad y al servicio de la vida.

Se localizan varios ejemplos femeninos que permiten definir la fe. Ésta es el abrazo de Isabel y María celebrando el misterio de la Encarnación (cf. Lc 1,39-45). También es la mujer que padece un flujo de sangre y corre tras el «manto» de Jesús, o sea, tras su persona, su proyecto y sus exigencias, cuando siente la vida desperdiándose de forma insignificante (cf. Mc 5,25-29). Fe es exigir de Jesús, como hizo la mujer sirofenicia, los privilegios que Dios concede a la humanidad (cf. Mc 7,24-30). Fe es darlo todo, como la viuda, y quedar en paz (cf. Mc 12, 41-44). Es quebrar y derramar el perfume, como la mujer a los pies del Maestro, sin miedo a gastarlo (cf. Mc 14, 3-9). La fe es permanecer al pie de la cruz, como las que lo acompañan de

cerca, sin querer salir huyendo del sufrimiento necesario (cf. Mc 15,40-41).

La teología del Nuevo Testamento deja claro que la fe es un don precioso (cf. 2Pe 1,1). Es una gracia. Pero, ¿qué es gracia? En hebreo: *hen* y en griego: *charis*. La gracia está íntimamente relacionada con el favor de Dios. No se adquiere por cuenta propia. Hay que pedir-la y, una vez recibida, es necesario rogar para que sea aumentada, por su esencia inagotable. El crecimiento en la fe busca firmeza (cf. 2Co 10,15; 1Co 15,58), lo que incluye un auto-examen para verificar si nuestras prácticas poseen actitudes que brotan de la fe (cf. Rm 14,13).

La fe contiene cierto grado de oscuridad: ella concede certeza y confianza, mas no permite la totalidad del conocimiento. De ahí que caminar por la fe tiene un matiz diferente a caminar por la visión (cf. 2Co 5,7). En asuntos de fe no se satisfacen todas las inquietudes a la luz del día, pues ¿qué mérito tendrían nuestros pasos si no se apuesta por aquello que existe, aunque no lo palpemos? Confiar, cuando Dios hace silencio, habla de una fe madura. Así lo entiende el salmista cuando se anima a sí mismo para perseverar en su vigor teológico: «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, pues he de alabarle otra vez» (Sal 42,12). La fe permite dar crédito a Dios, aunque la realidad de turbulencia lo oculte.

Esto recuerda una imagen: la neblina cubriendo la montaña. Nuestros ojos miopes no la identifican, pero ella se mantiene. En Juan 20,29 encontramos palabras apropiadas para iluminarnos: «¿Porque me has visto

has creído? Dichosos los que no vieron, y sin embargo creyeron».

La carta a los Romanos 8,24-26 relaciona la fe con la esperanza. Pablo asegura que la «esperanza» que se ve no es «esperanza», e interroga: «¿Por qué esperar lo que uno ve?». Para el apóstol, esperar lo que no vemos supone aguardar con paciencia. Como estamos desesperados, él asegura que la fuerza del Espíritu viene en nuestro rescate, intercediendo por nosotros con gemidos indecibles. Este sentido también se encuentra en Hebreos 11,1: «La fe es la garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven».

Al mismo tiempo, la teología paulina une «fe, esperanza y amor» (1Co 13,13). Observo que el amor integra las relaciones interpersonales, la convivencia ético-comunitaria en la esfera social. Pues bien, una fe sin obras solidarias es semejante a una guitarra sin cuerdas. Pero, ¿cómo se concretiza todo esto? Hay un medio muy eficaz para poder desarrollar líneas de acciones que ayuden a aterrizar la teoría: se trata de la Palabra. Para el apóstol, la Palabra está cerca: en la boca y en el corazón del ser humano. El contenido de esta Palabra es que Jesús viene de Dios (cf. Jn 16,30), es el bendito de Dios (cf. Jn 6,69) y es por Dios resucitado para hacernos partícipes y comprometidos con la vida plena (cf. Rm 10,8-9).

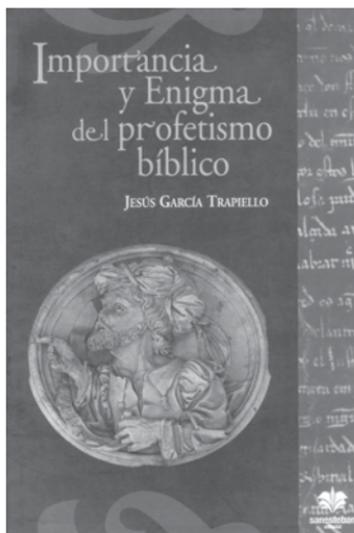
CONCLUSIÓN

No me extrañaría que, con tanto hablar sobre la fe, me aparte de su fundamento. Porque me atrevo a decir que la dificultad de reflexionar sobre ella está en su

extraordinaria simplicidad. Por ejemplo: si vemos a una madre quitarse el pan de su boca para dárselo a sus hijos, convencida de que así quedará satisfecha, estamos próximos al misterio de la fe. La fe es Dios donándose enteramente. Permite leer la historia y sus acontecimientos de forma saludable. Nos introduce en las entrañas divinas para aproximarnos a la humanidad de Dios. Se contagia en comunidad, y luego se divulga, no queda estática, es itinerante.

En resumen: no hay discursos teológicos que exploren su profundo significado. Es, sencillamente, experiencia agradecida. Que el Espíritu Santo provoque en nosotros la petición apostólica registrada en el Evangelio de Lucas: «¡Señor, auméntanos la fe!» (Lc 17,5).

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Historia de una reconciliación

Relato novelado de inspiración bíblica

Querida hija:

Ya eres mayor de edad y ahora puedo contarte algo que he guardado en secreto durante tres largos años, a pesar de tu insistencia en quererlo saber antes y del riesgo de que pudieras pensar de mí cualquier cosa, en vista de mi silencio.

Se trata de una historia maravillosa: la del paso del Señor por nuestras vidas, tal como tú recuerdas y tantas veces te hemos contado. Sin embargo, esta historia maravillosa ha tenido un trasfondo muy triste y se apoya en una historia anterior que siempre he preferido callar, para evitar viejos remordimientos en tu padre arrepentido –que, en su día, obró así, pensando que hacía bien– y nuevos reproches hacia mí en mi hija adolescente, inconformista y preguntona –aunque estaba en su derecho–, buscando, ante todo, el amor, el perdón y la unidad familiar... A pesar de mi silencio, aprendimos a querernos, aunque siempre ha quedado ese resquicio de desamor en tu corazón: ¿Por qué querer a una extraña, que se desentendió de ti, como la madre que nunca fui?

Hoy tu padre descansa ya con los santos del Cielo y puedo responder, por fin, a esas preguntas que tantas

veces me hiciste y a muchas otras que hoy te seguirás haciendo, aunque ya no me preguntes: Por qué papá te contó que yo había muerto cuando tú naciste si no era verdad. Por qué, doce años después, irrumpí en tu vida, como si nada hubiera pasado, diciendo que era tu madre y pidiéndote que me quisieras. Por qué no he aparecido antes y has tenido que esperar tanto tiempo para saber que estaba viva. Por qué os abandoné... ¡No!, por qué te abandoné a ti, ¡niña mía!, durante esos doce largos años, sin importarme que no tuvieras una mamá, como todas las demás niñas...

Cariño mío, son demasiadas preguntas y muy dolorosas, algunas de ellas, para mí y, posiblemente, también para ti, cuando sepas la respuesta. Pero ha llegado el momento de la verdad, el momento que siempre he deseado y temido a la vez, y obtendrás respuesta a todas tus preguntas. Sin embargo, me cuesta encontrar las palabras apropiadas para hacerlo sin herirte a ti y a la veneración que guardas hacia tu padre, así que he preferido explicártelo por escrito, como una confesión, pues es lo que es, antes de que lo hablemos personalmente las dos; discúlpame por ello, mi cielo.

Cuando tú naciste, hija mía, ¡niña mía muy deseada!, por ser yo primeriza y la matrona, inexperta, nuestras vidas corrieron un grave peligro, pues venías mal colocada y yo no dilataba bastante, por lo que, para salvarte a ti, mi cielo, y que pudieras vivir, consentí en que ella me rasgara el vientre: ofrecí mi vida por la tuya, amor mío. Aquel día no morí, tal como te enseñaron, reina mía, pero continué padeciendo un continuo flujo de sangre tras el parto, que ningún médico consiguió detener y que me convirtió en impura a

los ojos de la Ley, del pueblo, de mi familia y de tu padre, sinagogo, perfecto cumplidor de la Ley que, a pesar de haberme confinado al extremo más apartado de la casa, para evitar todo contacto conmigo y poder seguir oficiando en la sinagoga, y de haber buscado una nodriza para que te amamantara a ti y no incurrieras, también, por contagio, en la impureza, para aquella gente cruel y de dura cerviz, él seguía viviendo bajo el mismo techo que una mujer legalmente impura.

Yo sufría mucho por él, sin poder apoyarle en aquellos momentos duros, y por no poder estar contigo cuando más me necesitabas y más te necesitaba, vida mía, pero me consolaba la idea de que, al menos, estabas viva y que, un día, te convertirías en una preciosa mujercita y que, quizás, si Dios lo permitía, yo estaría curada para verlo.

Pero debido a la presión de la gente, que se cebó en la desgracia ajena y murmuró contra él, dejándolo en entredicho ante el archisinagogo, que se vio obligado a tomar cartas en el asunto cuando el pueblo en masa se negó a entrar en la sinagoga si no se hacía pronto algo al respecto, le llamó a su presencia y le hizo escoger entre Dios y yo, diciendo: «Amarás al Señor, tu Dios, sobre todas las cosas, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu ser, más que a ti mismo, más que a tu esposa, más que a tu casa; eres posesión suya, estás a su servicio, al servicio de su pueblo; no te perteneces, te debes a Él, te debes a ellos. No te arriesgues a contraer la impureza legal y contagiársela a la comunidad a ti confiada; tienes al pueblo alarmado y en contra tuya. No seas

egoísta y haz lo que deberías haber hecho ya hace tiempo: dale el acta de repudio y sácala de tu casa. Si Dios la ha castigado, ¿quién eres tú para oponerte a Dios?». ».

Tu padre, que salió abrumado de allí, acabó cediendo y, entre lágrimas, tras contármelo todo y darme el acta de repudio, como manda la Ley y como le exigió el archisinagogo, me hizo salir de mi casa y de vuestras vidas; y yo accedí por vuestro bien, saliendo dócilmente de mi casa, para dedicarme a la mendicidad por los pueblos vecinos, donde no me conocían.

Tu padre, revalorizado a los ojos de todos por la decisión tomada, siguió siendo el sinagogo fiel y cumplidor que todos esperaban e hizo de la sinagoga y del pueblo a él confiados su vida, de tal forma, que se convirtió en jefe de la misma. Sin embargo, para sobrevivir al remordimiento y evitar los recuerdos dolorosos, optó por el camino más fácil: decirle a su hija, en la edad de los porqués y de las incómodas preguntas con respuestas obvias, que su mamá había muerto durante el parto, el mismo día en que ella nació. Cielo mío, tal es la aparente «verdad» con la que has vivido todos estos años; tendrás que perdonarnos a tu padre y a mí por ello. Pero yo nunca te olvidé, cariño mío, y envuelta en un viejo manto y con el rostro velado, solía seguiros, algunas veces, cuando salías con tu padre de paseo, siempre a distancia, para no asustarte ni levantar sospechas, aunque tú eras muy lista y alguna vez me señalaste con el dedo, porque siempre estaba ahí, siguiéndoos. Sí, hija mía, aquella mujer velada, era yo.

Sin embargo, tras doce años de anonimato y soledad, extremadamente débil y demacrada, con la vida destrozada e impotente ante una enfermedad sin final, que me castigaba lejos de vosotros, a quienes tanto amaba, ya no aguantaba más. Y, en mi angustia, clamé al Señor: «¿Cómo podía Él querer algo así, aunque lo dijera el archisinagogo? ¿En qué había pecado yo si había ofrecido mi vida a cambio de la tuya, para salvarte, cielo mío, y Él había perdonado la vida de las dos? ¿No había sufrido ya bastante para redimir mi pecado, fuera el que fuese?».

Entonces, al borde de la desesperación, me dirigí a la sinagoga de tu padre para gritarle a Dios mi impotencia y a pedirle que todo aquello acabara ya, que me devolviera a mi esposo y a mi hija, que me permitiera regresar a mi casa y llevar una vida normal o que me quitara la vida. Entonces le vi a Él, de pie, rodeado por una multitud de personas, entre las que sobresalía por su gran estatura; estaba escuchando a alguien que gesticulaba angustiado, era tu padre, pero no sabía por qué lo hacía.

De pronto, fue como si todos desaparecieran y quedara sólo Él y la intuición, la certeza, de que Él podía sanarme, de que Dios había escuchado mi ruego.

Me surgieron fuerzas de Dios sabe dónde y me vi avanzando entre la multitud con los brazos extendidos, mientras el corazón latía en mi pecho como un caballo desbocado. A medida que me acercaba, podía escuchar el tumulto de la gente, que le llamaba «Maestro», «Mesías», «Hijo de David» y le decía a Él, que podía curarlo todo, que salvara a aquella niña, que era

hija única, que sólo tenía doce años... ¿A qué niña se referían?... Yo sólo pensaba en abrazar a la mía, que ya tendría esa misma edad. Las lágrimas se me saltaban de la emoción y no hacía más que repetirme, para darme ánimos: «Si logro tocar, aunque solo sean sus vestidos, me sanaré» (Mc 5,28).

Pero, al mismo tiempo, tenía miedo de tocarle y de hacerle impuro a Él, al Mesías, al Hijo de David. Por eso quería avisarle de mi presencia, la presencia de una impura que necesitaba su ayuda. Pero la emoción no me dejaba hablar...; sólo sabía una cosa, que necesitaba acercarme a Él y tocarle, tocarle a Él para quedar sana, ¡no me importaba nada más!, entonces volvería a casa, a mi casa, y te abrazaría a ti, hija mía, y le abrazaría a tu padre y reharíamos nuestras vidas.

Pero, en el último momento, por el nerviosismo y el agotamiento, me fallaron las piernas y caí aparatadamente a sus pies; entonces, mi mano temblorosa, por no tocarle a Él, acertó a tocar la orla de su manto. Al instante percibí una dulce oleada de calor que, entrando por mi mano, recorría todo mi cuerpo y se detenía en mis sienes y en mi vientre, cerrando las heridas de mi cuerpo y de mi alma. Ya no era más aquella enferma impura y desahuciada; me sentía sana, vital, bella, feliz. Los sufrimientos y las angustias que hacía un instante me devoraban, se habían ido para siempre, lo mismo que el flujo de sangre. Sentí que volvía a ser la joven esposa y madre que un día fui, y comencé a sollozar de felicidad, sin ganas de levantarme del suelo. Me sentía como ese niño en los brazos de su madre que narra el salmista (cfr. Sal 130): Dios me había escuchado y le estaba agradecida.

Entonces pude escuchar su voz entre el gentío: «¿Quién ha tocado mis vestidos?» (Mc 5,30). No era una voz airada o enojada, sino una voz esperanzadora, balsámica, cantarina, cómplice. Entre tanta gente que le rodeaba y le empujaba, había sido capaz de percibir mi tenue roce en sus vestidos. Yo creo que Él lo estaba esperando, que me había atraído hacia sí y se alegraba por ello. Sentía que su pregunta no iba dirigida a la concurrencia, sino a mí, para hacerme notar la inmediatez de su respuesta a mi fe.

Sin embargo, yo seguía en el suelo; ahora me sentía descubierta e incapaz de levantarme y contestarle, no por Él, sino por los que le rodeaban, y comencé a temblar como una hoja: si confesaba que había sido yo, una impura, la que le había tocado, me apedrearían por haberle expuesto a Él, por haber expuesto a todos, a la impureza de mi sangre.

Él, entonces, se giró y miró directamente hacia mí, tendiéndome su mano mientras dulcemente repetía, una vez más, como un padre que juega al escondite con su hija pequeña, aquella misma pregunta: «¿Quién ha tocado mis vestidos?». Al escuchar aquella voz, me olvidé de todos, agarré fuertemente su mano y me dejé levantar por Él, al tiempo que dejaba caer mi velo y le decía sin miedo: «He sido yo, Señor, la que te ha tocado» y el me respondía: «Hija mía, tu fe te ha salvado, vete en paz, y queda curada de tu enfermedad» (Mc 5,34); y yo, eternamente agradecida, no podía dejar de mirarle y sonreír. La expresión de tu padre, al reconocerme, cambió de una extremada angustia a una inmensa sorpresa; entonces pude ver cómo dos de nuestros sirvientes le decían algo al oído y tu padre, pali-

decidiendo, caía al suelo. Acababan de comunicarle que te habías muerto, hija mía, y que no molestara más al Maestro (cf. Mc 5,35).

Me dio un vuelco el corazón y casi me caigo. Doce años sin ver a mi hija y ahora que estaba sana y podía hacerlo, el Señor se la llevaba con Él: ¿Una vida por otra, otra vez? Entonces, Él, con su voz consoladora, le dijo a tu padre: «Jairo, no temas, tan sólo ten fe» (Mc 5,36). Pero yo no podía esperar más, salí corriendo y entré en mi casa ante el estupor de todos, que me veían pasar sin reaccionar, como si vieran un espectro del pasado. Busqué a mi niña por todas partes y, cuando te encontré, hija mía, yacías, ya sin vida, en tu cama; todavía caliente, vida mía, pero sin vida.

¡Qué tarde había llegado! Me invadió un gran desconsuelo y lancé un grito desgarrador: «¿Por qué me haces esto, Dios mío, qué culpa tenía mi hija?». Te cogí en brazos y te abracé con todas mis fuerzas, por primera vez en doce largos años, sin que pudiera dejar de llorar, de besarte y de acariciarte al mismo tiempo, tratando de recuperar el tiempo perdido.

No sé cuánto tiempo estuve así, abrazada fuertemente a ti, llorando, cuando Él entró con tu padre y tres hombres más, mandando salir a todos y prohibiendo que nadie llorara. Yo entonces le miré a Él, desconsolada, mostrándole a mi niña yerta, suplicante, y Él, sin quitar sus ojos de los míos, nos cogió a tu padre y a mí por los hombros y nos dijo, en el mismo tono de voz conciliador y balsámico que había utilizado antes conmigo: «¿Por qué lloráis?, la niña no ha muerto, sino que duerme» (Mc 5,39). Le miramos sorprendidos,

pero anhelantes; me pidió que te volviera a dejar sobre la cama y le obedecí. Entonces Él, acariciándote la mejilla, como quien despierta a una niña de su sueño, y con esa misma voz cariñosa que había utilizado conmigo en la calle, te dijo: «Niña mía, a ti te digo, no duermas más, levántate» (Mc 5,41).

¡Oh Dios! De repente, volvió el color a tus mejillas y abriste los ojos buscando a tu alrededor; al primero que viste fue a Él, que te cogía de la mano, te levantaste y le abrazaste, reconociendo en Él a tu Salvador; después te abrazaste a tu padre y le besaste, pero al verme a mí, sin despegarte de él, le preguntaste, señalándome con el dedo: «Y esa, ¿quién es?», dejándome desolada. El Señor, que se esperaba tal pregunta, respondió con ternura: «Es tu mamá y debes quererla mucho» y, después, dirigiéndose a Jairo, le dijo: «Es tu esposa, y la madre de tu hija, y debes quererla mucho, que lo que Dios unió, no debe separarlo el hombre». Y entonces se fue con aquellos tres hombres, dejándonos abrazados, pero no sin antes decir: «Dadle de comer y no le digáis a nadie nada de lo que aquí ha pasado» (cf. Mc 5,43).

Pasado algún tiempo, subimos a Jerusalén por la Pascua, con la esperanza de verle, pues nos dijeron que enseñaba en la Puerta Hermosa del Templo. Velada y embozada, como de costumbre, adelantándome a los míos, salí hacia el Templo y, en las cercanías de la Torre Antonia, me vi envuelta en un tumulto como el que solía rodearle a Él, pues gritaban su nombre, pero, esta vez, más bullicioso, alterado y violento que de costumbre. Tras algunos forcejeos, logré colarme para ver qué era lo que estaba pasando y me lo encontré allí

mismo, a mis pies, ensangrentado, roto, plagado de espinas y con un inmenso madero aplastándole contra el suelo. El corazón se me encogió de la impresión y grité de espanto. La gente, por detrás de mí, entre burlas, me zarandeaba y tiraba del manto, me insultaba y golpeaba, para que me apartara y les dejara disfrutar de aquel horrible espectáculo. Pero yo, zafándome del manto, me acerqué y me arrodillé, decidida, frente a Él, ¡ni la guardia se atrevió a detenerme!

Vi sus labios llagados, su rostro hinchado y tumefacto, sus ojos abultados y sellados por la sangre, que lo cubría todo, junto con la tierra, el sudor y los salivazos; sentí compasión por Él y quise levantarle como Él me había levantado a mí, pero todo Él era una llaga dolorosa y aquel tronco pesaba demasiado para mí; sólo pude quitarme el velo y limpiar de sangre aquella carita amada que un día nos devolvió la vida a mi hija y a mí. Él, entonces, esbozó una sonrisa dolorida y, con la respiración agitada por la fatiga, me dijo: «Berenice,... un día,... usaste la orla... de mi manto... para cortar... el flujo... de tu sangre... y hoy... con tu velo... pretendes cortar... el flujo... de la mía... ¡Bendita seas!,... pero... esta sangre... necesita... ser derramada... para la salvación... de todos;... déjala fluir,... lo purificará... todo. Y tú,... que me has... socorrido... en esta hora,... guarda en... tu velo... esta imagen... mía... y vela... con ella... hasta que me veas... resucitado».

Entonces, me apartaron de un empujón y, a golpes le hicieron levantarse a Él y seguir adelante. La gente, furiosa por lo que había hecho, comenzó a descargar

su rabia contra mí, que, acurrucada en el suelo, defendía mi tesoro; cuando por fin me dejaron, medio muerta y sin poderme levantar, extendí mi velo y lo contemplé como la última cosa que vería en este mundo. Era una preciosa imagen suya la que me sonreía desde el lienzo con los ojos abiertos, como aquella vez ante la sinagoga y, como aquella vez, también, su sola contemplación, me dio la fuerza para levantarme y volver a casa, satisfecha por el bien realizado a mi Señor y Bienhechor: Su Sangre seguiría fluyendo para el bien de todos; la mía no, para el bien de los míos.

Cuando llegué a casa, me encerré en mi cuarto y contemple su rostro en oración hasta que resucitó, tal como Él me había pedido, pero, esta vez, tu padre y tú estabais conmigo y veneramos su rostro con gran amor, devoción y gratitud. Cuando resucitó, su rostro luminoso y sonriente surgió a través del rostro del velo y, después, todo Él, hasta que su presencia llenó la estancia y nuestros corazones con ella. Se acercó a nosotros, que estábamos postrados ante Él, en adoración, nos hizo levantar y nos bendijo, pidiéndonos que fuéramos a los Apóstoles y les diéramos testimonio de su resurrección, dejándonos bautizar en su nombre.

Recuerdo que, al ser bautizada, le pedí a Pedro, como un favor especial, que cambiara mi antiguo nombre de «Berenice» –«la que trae la victoria»– por el de «Verónica» –«verdadera imagen»–, tal como me llamaban algunos discípulos romanos, refiriéndose a la imagen de mi Señor tatuada en mi velo. Y él, mirándome de reojo, con una sonrisa pícaro de complicidad, aceptó encantado.

Y hasta aquí mi relato, hija mía; cuando te acuestes, lo encontrarás sobre tu almohada. Léelo con calma, yo te esperaré levantada, por si necesitas preguntarme o abrazarme, y lloraremos juntas lo que tenemos que llorar y te responderé a las preguntas que todavía queden por responder. Quiero que sepas que no os guardo ningún rencor ni a tu padre ni a ti, ¡todo lo contrario!, y espero que, desde ahora, ya no me lo guardes tú a mí. Ahora sabes la historia completa y podrás comprobar cuánto nos ha bendecido Dios, que nos quiere juntas y no reñidas por un pasado del que ninguna de las dos tuvo la culpa.

Amor mío, te ama y te bendice...
tu madre.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM.
Madrid (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología



www.sanestebaneditorial.com

Vivir una espiritualidad encarnada: el reto de nuestro tiempo

2. Acentos para una espiritualidad encarnada y los beneficios de ésta

En la primera parte de este estudio hemos hablado sobre «El regalo de la encarnación: nada se da en nosotros de verdad si no es encarnado».

ACENTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD ENCARNADA

Vemos, pues, que hablar de una espiritualidad encarnada es un modo de concretar el desarrollo del ser creyente y, por tanto, de todo el ser de la persona. Sin embargo, cuando hablamos de la necesidad o conveniencia de encarnarse suelen producirse algunas asociaciones que conviene matizar por sesgadas o, cuando menos, incompletas.

Encarnación se asocia a activismo por oposición al quietismo a que se asocia la contemplación

Los «-ismos» suelen ser desviaciones o exageraciones, así que haremos bien en desechar tanto el activismo como el quietismo, para así poder recuperar la acción y la quietud como integrantes –en su justa medida y concepción– de la vida humana.

Cuando la demanda de encarnación se asocia a implicación en «lo social» señala dos cosas. La primera, que detectamos que la vida de fe se ha separado de la vida de caridad: conviene salvar esa distancia. Pero la segunda indica la reacción a una inexacta (y hasta errónea) asociación que conviene romper, y es la que se establece entre mística y desentendimiento de la realidad.

A decir verdad, la mística no aleja del mundo sino más bien al contrario: nos mete de lleno en él, nos adentra en su verdad más profunda, prístina. Conviene recordar cómo la propuesta de vida monástica de Teresa de Jesús tiene un acento nuevo, y es el fin apostólico que tiene «el estar con Jesús, la oración, la pobreza y “encerramiento”», como «una forma peculiar de hacerse presente al mundo, a la Iglesia en dificultades como lo estaba en el siglo XVI». Con esa contundencia tan típicamente teresiana, nos recuerda la Santa que «no es tiempo para negocios de poca monta en el trato con Dios»¹. Así, pues, con Teresa de Jesús se entiende la concepción de la «contemplación apostólica». Uno se retira para recuperar la perspectiva, para limpiar la mirada, para discernir con justicia, para ser creativo.

Pero no sólo es la mística castellana, ni mucho menos, quien va en esa dirección. Recuperemos la vida de un hombre muy de nuestro tiempo, de incuestionable acción social, el abbé Pierre, fundador de los Traperos de Emaús. Éste afirma que «[...] la adoración

1. C. KAUFMANN, *La fascinación de una presencia*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2007, p. 55.

es la fuente más extraordinaria de la acción»². Y confiesa en sus *razones para vivir*, que «Toda la energía gastada en favor de los más pobres, todas las acciones realizadas a través del planeta, todas las intensas luchas sólo han sido posibles porque, a lo largo de los años que pasé en el monasterio [él fue primero capuchino], adquirí el gusto por la oración. Varias horas al día y todos los días a medianoche me sumía en la contemplación del misterio inefable de Dios Amor. Esta adoración, este “resplandor soportable” como me gusta decir, se ha convertido, sin que yo haya sido demasiado consciente, en mi respiración fundamental. Incluso en el fragor de la acción, todo fue vivido y fundado sobre este clima de oración, en este corazón a corazón silencioso con el Eterno»³. Sí, la espiritualidad nos tiene que llevar a respirar el aliento de vida que es Dios y que exhalamos en forma de Espíritu Santo.

Para enfocar el quehacer, hay que seguir la advertencia de E. Stein: «sin interioridad, la persona no puede emitir un acto humano». Es en lo secreto, allí, en nuestro cuarto, cerrada la puerta para que los ruidos no impidan escuchar la profunda melodía de Dios que suena en nuestra conciencia, es allí donde cuajan todos los proyectos en bien del ser humano, es allí donde orientamos nuestra vida activa. Y sobre todo, es allí donde recuperamos el sentido de lo que hacemos y vivimos, que tiende a difuminarse en el fragor cotidiano.

2. ABBÉ PIERRE, *Mis razones para vivir. Memoria de un creyente*, PPC, Madrid, 1997, p. 50.

3. *Ibid.*, p. 127.

Por eso, en palabras de Gabriel Marcel: «El recogimiento es esencialmente el acto por el cual yo me recobro como unidad: la palabra misma lo indica. Pero esta recuperación, esta nueva apropiación, revisite el aspecto de una distensión, de un abandono. Abandono a –distensión en presencia de– [...]»⁴. Presencia que nos reconstituye, nos recupera, nos devuelve en sí, nos devuelve a lo que estamos llamados a ser desde lo que ya estamos siendo.

Así que lo propio al hablar de encarnación, será hacerlo de desapego o desasimiento con respecto de las personas, los medios, las circunstancias... pero en ningún caso de desentendimiento de la realidad. Como rezaba Benedicto XVI en el Ángelus del 4 de marzo de 2007: «rezar no es evadirse de la realidad y de las responsabilidades que ésta comporta, sino asumirlas hasta el fondo, confiando en el amor fiel e inagotable del Señor»⁵.

Hay una contundente solidez en el ejercicio de la desapropiación, que consiste en desposeerse del dominio sobre lo propio. La encarnación que leemos en Jesús de Nazaret es abandono consciente en manos del Padre, confianza absoluta en su Providencia, aun en los momentos de mayor oscuridad.

Y estamos preparados constitutivamente para que así sea. Porque por mucho que nos desconcierte saber que es así, como señala Maximiliano Herraiz en su

4. G. MARCEL, *Aproximación al misterio del ser*.

5. BENEDICTO XVI, *Oración de la transfiguración*, 4 de marzo de 2007.

estudio sobre Juan de la Cruz: por dentro somos flexibilidad pura, para poder recibir a todo Dios, el infinito. Ése es el regalo de la encarnación.

*Encarnación se asocia a compartir los dolores,
los sufrimientos, las injusticias*

La necesidad de encarnación suele asociarse a asumir la parte dolorosa de la vida. Y bien está que así sea. Pero olvidamos que la encarnación también lo es en los gozos, los placeres, la fiesta.

El predicador de la Casa Pontificia, Raniero Cantalamessa, recordaba en la cuaresma de 2002 que «al principio el tiempo fuerte del año litúrgico no era el anterior a la Pascua, sino el posterior, los famosos cincuenta días que, juntos, constituían la fiesta de Pentecostés. Tertuliano llama a este tiempo “el tiempo de la alegría y de la fiesta”, en el cual no se debe ayunar ni arrodillarse, ni tener ninguna actitud de tristeza (*Sobre la oración*, 23,2)». Las circunstancias hicieron que el acento derivara hacia la preparación de la Pascua, y de este modo se marcara mucho el tiempo de cuaresma. «La consecuencia es que de este modo se tiene la oportunidad de evangelizar y santificar el sufrimiento, pero menos la alegría. El rostro doliente del Salvador está muy impreso en el corazón de la gente, pero a menudo está separado de aquel del Resucitado».

Se lamentaba Cantalamessa de haber estado condicionado por eso y apenas haber podido hablar de Cristo resucitado. En cambio, defendía que «[...] evangelizar el placer y la alegría, en el mundo de hoy, no es

menos importante que evangelizar el dolor. Una de las causas que alejan a los jóvenes –y no sólo a ellos– de la fe es la convicción de que Dios es enemigo de la alegría, que con Dios todo placer, toda fiesta, toda explosión de alegría es pecado»⁶. Mal vamos por ahí. Es una nueva consecuencia del maniqueísmo que ha invadido tantas áreas de nuestra cultura y del propio cristianismo.

Es muy deficitario el modo en que nuestras espiritualidades, nuestro modo de vivir la fe, recogen esa primacía de la resurrección, de la experiencia pascual. Es una asignatura pendiente para nosotros. Más allá del argumento paulino por el que si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe; más allá de que la resurrección de Cristo nos permita acariciar nuestra propia resurrección para soslayar así nuestra muerte, poco más tenemos. Pocas consecuencias más hemos sacado de las presencias de Cristo Resucitado entre nosotros, pocas implicaciones de lo que implica esa afirmación también paulina que proclamamos la noche de Pascua: si hemos muerto con Cristo, resucitemos también con él.

Eso se produce en el bautismo, pero en nuestros procesos «espirituales» nos ocupamos mucho en todo tipo de muertes, mientras que atendemos muy poco a las resurrecciones; hemos asumido el valle de lágrimas que transitamos, pero apenas nos planteamos disfrutar el cielo en la tierra, como es el vivir como resuci-

6. R. CANTALAMESSA, «Cristo resucitado ilumina el placer y la alegría». Meditación de Cuaresma sobre el rostro de Cristo resucitado. 2002.

tados, de tal modo que generemos parcelas de Reino, que sean atracción para la segunda venida de Cristo. Cuánta mística de la cruz y el sufrimiento, y cuán poca mística de la gloria y el gozo... ¡Y la que hay, aún la miramos con sospecha!

Tenemos que rescatar el gozo, el placer, la fiesta, para el Reino de los Cielos. En la novela de Clive Staples Lewis, *Las cartas de Berlicche*, el autor pone en boca de Satanás: «No olvides nunca que cuando estamos tratando con el placer, con cualquier placer, en su forma sana y normal y satisfactoria, estamos, en cierto modo, en el terreno del Enemigo [el enemigo aquí es naturalmente Dios]. Sé muy bien que hemos conquistado un buen número de almas a través del placer. Sin embargo el placer es una invención suya [de Dios] y no nuestra. Los placeres los ha inventado Él. Hasta ahora con todas nuestras investigaciones no hemos sido capaces de producir ni siquiera uno. Lo más que hemos podido hacer ha sido estimular a los seres humanos a servirse de los placeres que el Enemigo ha producido, en los tiempos, modos o en la medida que Él los ha prohibido. Por lo cual, nosotros nos esforzamos siempre en alejar de la condición natural del placer para hacer caer en aquella que es menos natural, que tiene menos rastro de su Hacedor, y que es menos agradable»⁷.

La resurrección de Cristo es la máxima afirmación de que el fin de la vida no es el sufrimiento y la renuncia, sino la alegría y el gozo. Pero contamos muy poco

7. C. S. LEWIS, *Las cartas de Berlicche*, Mondadori 1998, p. 38.

esa parte de la historia; en realidad porque parece que no nos la terminamos de creer en lo concreto.

Parece que nos da especial reparo la experiencia gozosa que pasa a través de la corporalidad; y nos olvidamos de que ésta también necesita de acompañamiento para su crecimiento sano. Cuando tratamos la corporalidad no siempre tenemos en cuenta lo que predicaba Juan Pablo II en sus catequesis, y es que: «El cuerpo, y sólo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino. Ha sido creado para transferir a la realidad visible del mundo el misterio escondido desde la eternidad en Dios y para ser, así, su signo»⁸. «Una actitud maniquea llevaría a un “aniquilamiento”, si no real, al menos intencional del cuerpo, de la masculinidad y feminidad de la persona humana, o, por lo menos, sólo a la “tolerancia” en los límites de la “necesidad”, delimitada por la procreación [...]. Mientras para la mentalidad maniquea el cuerpo y la sexualidad constituyen, por así decirlo, un “antivalor”, en cambio para el cristianismo son siempre un “valor no bastante apreciado”»⁹.

Tendremos que repetirnos esto para ver si somos capaces de articular una espiritualidad verdaderamente *encarnada*, hecha carne, es decir, integrando y potenciando todo lo que la corporalidad aporta al ser humano. Sin miedo a los sentidos; más aún: aprovechando las posibilidades de éstos para ganar en riqueza de lenguaje de expresión y comunicación con Dios y con los

8. Catequesis de 20 de febrero de 1980. L. SOBERÓN, *Perlas. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Edimurtra, Barcelona 2003, p. 64.

9. Catequesis del 22 de octubre de 1980. *Ibid.*, p. 129.

demás. Nuestras espiritualidades son muy elucubrativas, muy racionalistas y muy voluntaristas. Hay que potenciar aspectos sensitivos que complementen estos otros.

BENEFICIOS DE UNA ESPIRITUALIDAD ENCARNADA

Permítanme exponer sucintamente los beneficios que nos aporta una espiritualidad encarnada.

En primer lugar, ganamos en humanidad, porque respeta y responde mucho mejor al ser que somos en su totalidad.

En segundo, nos permite hacer el tránsito de que la oración sea un acto o forma de piedad, a que devenga un estado, un modo de estar en el mundo, un modo de ser y vivir¹⁰. Dedicar tiempos a la oración es fundamental; pero sobre todo lo es para propiciar ese inaudito regalo que es experimentar la presencia amorosa de Dios en nosotros. Una vez ese instante de eternidad ha sucedido, seguiremos dedicando tiempos a la oración deliberadamente, pero pasaremos a estar viviendo en oración, porque siempre estaremos en

10. «La oración puede ser un acto. Pero mucho más profundamente es una situación o un estado. Desde el instante en que estamos animados por una fe viva en Dios Amor, vivimos con toda naturalidad cada instante de la vida bañados en este Amor, aunque sigamos siendo frágiles pecadores. Cada una de nuestras acciones, incluso la más banal y la más cotidiana, se vive secretamente en esta intimidad amorosa con Dios [...]. La oración no es más que este estado especial en el que se está constantemente sumido desde el instante en que nuestra fe está plenamente viva.» Abbé PIERRE, *op. cit.*, pp. 127-128.

relación de amistad con el Amigo. Que, según santa Teresa, eso y no otra cosa es la oración.

Como escribía Fray Guillermo Santomé, O.P., ir a Dios, «¡y estar *quedados* siempre en Él! para luego, llenos de esperanza, hacer el bien que podamos». Una espiritualidad encarnada es la que nos permitirá dar el salto, un giro copernicano: no se trata de estar *frente* a Dios, *ante* Él. Si me apuran, tampoco de estar *con* Él. Estamos llamados a vivir *en* Él, a vivir-Le y a que nos viva: eso es ser una sola voluntad, un solo querer.

En tercer lugar, una espiritualidad encarnada nos despierta y desarrolla la ternura. Ternura que no es blandenguería, al contrario, es fortaleza: la ternura es lo que nos hace decir «perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Ternura que cada uno expresará «a modo suyo», por supuesto. Pero que notaremos en el modo cómo variará nuestra mirada hacia nosotros, hacia los demás, hacia el mundo y hacia el propio Dios. Una espiritualidad encarnada nos hace adquirir la mirada misericordiosa de Dios Padre, la mirada amiga de Jesús, la mirada creativa del Espíritu Santo. Empapados del modo de mirar de Dios, esa mirada nos traspasa y llega, a través de nosotros, al mundo. El amor de Dios ha de acariciar a los hombres a través de nuestros ojos.

En su revelación a Madre Teresa de Calcuta, Jesús la llama «Pequeñita»: «Siempre has dicho, “haz conmigo lo que quieras”. Ahora quiero actuar. Déjame hacerlo, Mi pequeña Esposa, Mi pequeñita. No temas. Estaré siempre contigo». Cómo resuena a San Francisco

cuando llamaba a Santa Clara «plantita». O al «gusanito de Jacob» (Is 41,14)...

«El evangelio de la caridad sin la ternura quedaría vacío del dinamismo objetivo, humano y humanizante, de simpatía y de empatía, que le es propio. La ternura sin el evangelio de la caridad quedaría privada de su fundamento teológico y correría el riesgo de reducirse a un episodio de naturaleza meramente emotiva o superficial. [...] en el marco del discipulado del Reino, estas dos realidades se corresponden vitalmente, sosteniéndose y alimentándose mutuamente. La ternura no es un sobreañadido al mensaje evangélico sobre el amor, sino su corazón, y es el camino de su actuación plena e integral»¹¹.

Y todo ello redundaba en una solidez nada rígida de la vida de fe del creyente y de su impostación en el mundo.

CONCLUSIÓN

Frei Betto, un fraile dominico brasileño, afirmaba que «Hoy, para creer en la justicia y en la paz, hace falta ser un místico». Y es cierto: para creer en ellas y para trabajar por ellas. Pero, en realidad, hoy hace falta ser un místico para muchas cosas más: para mantenerse fieles a los proyectos de vida comunitarios, para mantener la esperanza, para empeñarse en la caridad, para regresar al amor primero, para... Por eso

11. C. ROCHETTA, *Teología de la ternura. Un «evangelio» por descubrir*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001, p. 189.

es tan de agradecer el papel de personas como el P. Arintero, a quien se considera restaurador de la mística en España. Porque, y aunque casi sea ya un lugar común en este tipo de reflexiones, como escribió Karl Rahner, «*el cristiano del s. XXI será místico o no será*»¹².

Y nosotros, y nuestras comunidades, o somos místicos o no seremos. O nos afianzamos en la experiencia de la presencia de Dios y nos empapamos del amor que constituye su ser, o no nos mantendremos en nuestra vocación cristiana con la calidad deseada; nos iremos atrofiando día a día, hasta perder la vitalidad que debería caracterizarnos. Vitalidad que el P. Arintero vinculaba a la categoría de «evolución», central en su pensamiento. Evolución como sinónima de desarrollo y progreso vital, de crecimiento o expansión¹³.

La fe se conjuga con el verbo amar, sea cual sea el objeto amado. En primer lugar, por supuesto, al Amado que es Dios en cualquiera de sus personas. Pero también en el modo cómo amamos a los otros, a la realidad que nos circunda y, por qué no, también en el modo que humildemente nos amamos a nosotros mismos. Y se conjuga en voz activa pero también en la pasiva, en el cómo dejarnos amar, que como ya dijo Juan XXIII, es más importante casi que el amar mismo. Porque eso nos remite a la humildad, tema querido también para el P. Arintero.

12. K. RAHNER, «Elemente der Spiritualität in der Kirche der Zukunft», en: *Schriften zur Theologie*, XIV, Benziger Verlag, Einsiedeln 1980, 375.

13. M. A. MARTÍNEZ JUAN, *El P. Arintero. «Restaurador de la Mística en España»*, Burgos 2007, p. 34.

Por eso, las razones que nos afianzan, son razones de nuestro corazón, que, como diría Pascal, a veces son razones que la razón no entiende pero que muestran una solidez vital, existencial, difícil de rebatir.

Ésa es la puerta que nos abren los místicos con su experiencia, que es de seres enamorados, que es de seres conmovidos por el amor que les habita y da sentido y concreción a su existencia. Una espiritualidad encarnada nos va llevando a transitar del ser creyentes al ser amantes.

Porque aquello en que realmente creemos es aquello que amamos, aquello a lo que nuestro ser se vincula con lazos de entrega, de unidad, no de mero compromiso que se puede romper. En el evangelio no se dice en ningún momento que Jesús se *comprometiera*: ésa es la lectura que nosotros hemos hecho, en un intento de compensar la desviación quietista y desencarnada de la vida de los cristianos de ciertas épocas. Pero lo que sí se dice es que el Hijo del hombre se *entregó* por nosotros. Lo que se entrega no tiene vuelta atrás, porque implica a la persona entera. Una espiritualidad encarnada salva la distancia que nunca debiera haber existido, entre nuestras prácticas de fe y nuestra vida cotidiana. Somos lo que creemos; y andamos en camino de ser Quien creemos; Pablo diría: Cristo que vive en mí (cf. Gal 2,20).

Por eso, lo que una espiritualidad encarnada causa en nosotros es la generación de unas entrañas de Padre, que son entrañas de misericordia. Misericordia que se traduce en una mirada de profunda ternura hacia los demás y hacia la realidad. Y mirada que se

concreta en los gestos y las acciones. Ahí entiendo la bondad de la gran devoción del P. Arintero al Amor misericordioso: porque es el amor entregado a quien es pobre, menesteroso porque necesita de ese amor: ¿quiénes no somos menesterosos, necesitados del amor benevolente que nace del ser de Dios?

Alfredo Rubio, sacerdote, poco tiempo antes de morir, decía: «Antes hacía cosas con amor; ahora veo que se trata de ser amor que hace cosas; amor y sólo amor». Ése es el objetivo de toda espiritualidad: hacer que nuestro ser se convierta en pura caridad. Ése es el reto de toda vida que se llama cristiana, hoy y siempre.

NATÀLIA PLÀ VIDAL
Salamanca (España)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran trascendencia para los cristianos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Navidad: fiesta de la Palabra

«La Palabra se hizo carne» (Jn 1,14)

El silencio es el fondo de la palabra. Sin él la palabra se diluye, se confunde y como que no existe. Sólo se escucha bien la palabra que penetra, la que se hien-de en el corazón a través del silencio.

El silencio interior toca la raíz de uno mismo y se siente uno sobrecogido por ese inesperado estremecimiento de la hondura, casi olvidada e inadvertida. El silencio crea la capacidad de resonancia profunda. Y allí la palabra nos puede herir, despertar las zonas más lejanas e intactas de nuestro corazón. Y dispara la inercia, las energías dormidas que, sin darnos cuenta, llevamos escondidas.

Desde el silencio la palabra nos devuelve la vida, el amor, todo el cariño y toda ternura. Y nos arranca las íntimas sorpresas. Y nos trae el secreto oculto allá dentro.

A la distancia que crea el silencio interior, la palabra nos llega sazónada y sonora. Ahí, callando, se percibe el seno del cobertizo, el seno de la Palabra, el seno que acoge la presencia de un Niño. Lo demás es secundario, ni se ve tan siquiera, porque lo que nos trae el Niño, lo que queremos escuchar, es la Palabra, que es lo que nos retiene e interesa. No hay por qué fijarse en otras cosas.

La atención alerta no oye más que la Palabra. Como que los ojos, los oídos, la sensibilidad, se han despegado de todo lo demás. Avanza uno como hacia la Palabra en el silencio a través de un callar y acallar. El silencio nos empuja. El silencio se bebe, se respira, se absorbe.

El don del silencio interior nos puebla de vida y nos hace campo sembrado de Palabra fecunda.

El ruido nos pone delante de nosotros mismos, nos saca de quicio.

Pero el silencio interior recobra nuestro sitio, nuestro ser real. Como que vivir desde el silencio es vivir desde sí mismo, desde lo concreto y real, lejos de cualquier ilusión.

El ruido nos deja extenuados en su ir y venir contradictorio. El ruido nos fractura, y nos quiebra, y nos tritura.

El silencio nos da la Palabra que regenera y da vida.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

La espiritualidad de santa Teresa de Jesús

3. Primeros pasos de la oración mística

LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN MÍSTICA

«La oración *mística* –según Herráiz– es el máximo desarrollo de la *oración*, no de un aspecto o de una parcela de la misma»¹.

La oración mística dio sentido y plenitud a la oración que hasta entonces practicaba santa Teresa. No supuso un giro en su camino oracional, sino un aquilatamiento y depuración. Sabemos que en sus comienzos espirituales –cuando su oración era básicamente ascética– Teresa intentaba representar a Cristo en su interior y alcanzar su persona, sin lograrlo o consiguiéndolo a duras penas: Jesús no lograba dar coherencia y armonía a su vida.

Sin embargo, en la oración mística es el mismo Dios quien se hace vivamente presente en su interior. Dios actúa en su ser purificándole, dándole hondura y unificándole: «*Porque bien sabe el Señor lo que conviene y que no había fuerzas en mí para salvarme, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera*» (V 18,5; CC 1,23; 58,24). Según Herráiz, Teresa nos quiere decir

1. M. HERRÁIZ, *La oración, historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2003, p. 33.

que «ha sido la comunicación *así* de Dios la que ha “salvado” y encauzado para siempre su vida»².

Existen tres pasos progresivos en la oración mística:

1. Experiencia de Dios: «*Veníame a deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí u yo toda engolfada en Él*» (V 10,1; cf. 27,4; CC 54,25).
2. Experiencia de Cristo: «*No podía yo entender por qué el Señor se mostrava ansí poco a poco –pues después me había de hacer merced de que yo le viesse del todo– hasta después que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural*» (V 28,1). Jesús es como un libro donde ella descubre las verdades (cf. V 26,6) y una presencia que libera y enamora (cf. V 37, 4-6).
3. Experiencia de la Trinidad: de ella nos habla en las *Cuentas de conciencia* a partir del año 1571 y en las *Séptimas Moradas*: «*Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vernía Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos*» (7M 1,7). También nos habla un poco de ello en el *Libro de la Vida*: «*Porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el Misterio de la Santísima Trinidad y de otras cosas muy*

2. HERRÁIZ, *op. cit.*, p. 34.

subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas» (V 27,9; cf. 39,25).

La oración ha de ser un verdadero encuentro de amor-amistad entre Dios y el hombre, por ello la actitud fundamental del alma del orante es la *pasividad activa*, es decir, «recibir para poder dar y actuar en fidelidad con lo recibido»³. Así se consigue una relación armoniosa en progresiva ascensión en comunión⁴.

La acción y, en particular, el apostolado, tienen una gran importancia en el esquema espiritual de Teresa: «*Vida activa y pasiva es junta*» (CV 31,5). Nos dice Royo Marín de ella que cuanto más subía en la contemplación, mayor era su inquietud apostólica, aunque su condición de monja contemplativa se lo dificultase: «*Creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es de todas las maneras que pudiéramos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben*» (7M 1,4).

Wilhélem, apuntando en esta misma dirección, dirá que santa Teresa, estando ya en las *Sextas* y *Séptimas Moradas*, considera que «la acción es unificante como la contemplación, ya que es la misma plenitud de caridad lo que diversifica una y otra. De ahora en adelante, el apóstol puede entregarse sin agotarse: prodiga

3. *Ibid.*, p. 34.

4. Cf. *Ibid.*, pp. 33-35.

todo lo que tiene y es, pero, al mismo tiempo, conserva todo, porque todo lo recibe de Dios: su oración es acción, su acción es oración»⁵.

Si bien Teresa pensó al principio que el tener mucha actividad era negativo para la oración, la vida y la experiencia le fueron demostrando que no es así. Si la obediencia o la caridad llevan a la persona a la actividad apostólica, el Señor va disponiendo «por donde más aproveche»: «*No solo esta persona, que otras he conocido [...] era todo en ocupaciones de obediencia y caridad [...]. Por otra parte, víalos tan medrados en cosas espirituales, que me espantaban [...]. Hijas mías, no haya desconsuelo, cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y en lo exterior*» (F 5,8; cf. CE 1,2; 1,5; F 1,6-7)⁶.

Como colofón a esta introducción a la mística teresiana, recogemos esta afirmación de Royo Marín: «La influencia de Santa Teresa en la mística posterior ha sido enorme, hasta el punto de ocupar, indiscutiblemente, el primer puesto. No ha habido autor extranjero que haya escrito de cualquier materia de espiritualidad cristiana –sobre todo si trata de oración y de sus grados progresivos– que no cite a Santa Teresa en primerísimo lugar, como maestra suprema en el orden práctico y experiencial»⁷.

5. F.-R. WILHÉLEM, *Dios en la acción. La mística apostólica según Santa Teresa de Jesús*, BAC, Madrid 2002, p. 232; cf. A. ROYO MARÍN, *Doctoras de la Iglesia*, BAC, Madrid 1970, pp. 77-81; HERRÁIZ, *op. cit.*, pp. 196-197.

6. Cf. HERRÁIZ, *op. cit.*, pp. 190-191.

7. ROYO, *Doctoras...*, p. 66.

PRIMEROS PASOS EN LA ORACIÓN MÍSTICA:
HASTA LA *ORACIÓN DE UNIÓN*

Introducción biográfica

1.-Santa Teresa comenzó desde muy temprano a disfrutar de la oración mística, aunque se trataba de oraciones pasajeras y esporádicas: «*Comenzóme Su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios que al final de este tiempo que estuve aquí [...], comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a la unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo*» (V 4,7).

Pero Teresa tiene comprobado que, si bien las acciones de Dios son gratuitas, se corresponden a la decisión de la persona de comprometerse y ser coherente. Las gracias místicas están en íntima relación con la *conversión*, con la decisión de orar más: «*Sólo digo que, para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí, es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará*» (V 8,9). Cuando le abrimos nuestro propio ser a Dios, se genera una actitud de entrega y fidelidad que moviliza a toda la persona.

2.-En 1554 –con 39 años– Teresa experimenta una gran conversión espiritual ante la imagen de un Cristo crucificado muy llagado. Esto marcará el inicio de su oración mística, y el progresivo abandono de su oración ascética: «*Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísi-*

mo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese de una vez para no ofenderle [...]. Parece me le dije entonces, que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicava. Creo que cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces» (V 9, 1. 3).

Es a partir de 1554, cuando su encuentro con Cristo encarrila definitivamente su vida, cuando la oración mística se hace habitual y configura y define su vida de una manera progresiva, en cantidad y calidad: «Comenzó Su Majestad a darme muy ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato» (V 23,2). También fue importante para Teresa la lectura de las *Confesiones* de san Agustín⁸.

GRADOS

1.º *El recogimiento infuso*

Siguiendo la estructura espiritual de *Moradas*, ahora pasamos a las *Cuartas Moradas*.

El primer grado de oración mística es la oración de *recogimiento infuso*, que nace de una poderosa llamada de Dios –bajo la imagen de Rey y Pastor– que despierta y atrae a todo el hombre, a sus potencias y

8. Cf. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. STEGGINK, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, BAC, Madrid 1968, pp. 71-72, 99-101; «Introducción general», SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, BAC, Madrid 2003^o, pp. 1-29, p. 20; HERRÁIZ, *op. cit.*, pp. 32-33, 35-36, 106; S. CASTRO, *Cristo, vida del hombre. (El camino cristológico de Teresa confrontado con el de Juan de la Cruz)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1991, p. 29

sentidos –que no se pierden–, en su interior: «*Visto ya el gran Rey, que está en la morada deste castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérellos tornar a Él, y como buen pastor, con un silbo tan suave que un casi ellos mesmos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados, y métense en el castillo*» (4M 3,2).

Dios recoge al hombre dentro del corazón, fortaleciéndoselo. La acción divina no es aun ni fuerte ni permanente. Son los primeros pasos de la oración mística: así le dispone al ser humano para la oración de quietud (cf. 4M 3,8), aunque todavía no hay que «*dejar la meditación, ni la obra del entendimiento*» (4M 3,8). Dispone así a la persona a «poder escuchar». Pero hay algo que «*me parece sobrenatural [...] puesto que, sin quererlo, se hace esto de cerrar los ojos y desear la soledad, y sin artificio se va labrando el edificio para la oración que queda dicha*» (4M 3,1)⁹.

2.º *La oración de quietud*

Nos dice Royo Marín que «el recogimiento infuso era como una invitación a reconcentrarse en el interior del alma donde quiere Él comunicarse. La quietud va más lejos: comienza a darle al alma la posesión, el goce *fruitivo* del soberano bien. El recogimiento

9. Cf. HERRÁIZ, *op. cit.*, pp. 86-87; CASTRO, *op. cit.*, p. 69-71; A. ROYO MARÍN, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC, Madrid 2002, pp. 399-340.

afecta principalmente al *entendimiento* (que recoge o atrae hacia sí a todas las demás potencias), mientras que la quietud afecta, ante todo, a la *voluntad*»¹⁰ (cf. CE 53,3).

En V 14-15, CE 30-31, 4M 2-3,8b-14 y CC 54,4 santa Teresa trata sobre este nivel de oración. En la *oración de quietud* Dios actúa avivando el alma y haciendo que ésta se conciencie de su presencia: «*Ansí es acá, que sin trabajo del entendimiento se le pone el Señor en el alma, y quiere que entienda está allí, y que trague la leche que le da, y esté entendiendo que se lo da, y amando*» (CE 31,9).

Propiamente, según Herráiz, comienza ahora la oración infusa, que se caracteriza en que el alma siente la proximidad relativamente fuerte de Dios: «*Siéntese una suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien a sentir estar vecino nuestro Señor de ella*» (MC 4,2). La acción se sitúa en el interior del ser humano, en el centro de su alma: «*no me parece que es cosa –como digo– que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte aún más interior, como una cosa profunda. Pienso que deve ser el centro del alma*» (4M 2,5; cf. CE 53,6).

Ésta es la primera forma de oración mística a la que llegan muchas personas: «*Plega a Su Majestad que dé gracia para que yo dé esto a entender bien, porque hay muchas, muchas almas que llegan a este estado y pocas las pasan adelante, y no sé quién tiene la culpa. A buen seguro que no falta Dios, que ya que Su Majestad hace merced que llegue a este punto, no cesará de hacer muchas*

10. ROYO, *Los grandes...*, p. 341.

más, sino fuere por nuestra culpa» (V 15,2). Un valor importante de este grado de oración es que es «una señal u prenda que da Dios a esta alma de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas» (V 15,5; cf. 15,2; CE 53,7)¹¹.

Al llegar a este nivel, «el agua que riega el huerto» deja de venir por arcaduces y artificios, es decir, de la meditación, donde «los traemos con los pensamientos ayudándonos de las criaturas en la meditación y casando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haver algún hinchimiento de provechos que hace el alma, como queda dicho...» (4M 2,4), y pasa a venir directamente de Dios: «Estotra fuente viene el agua de su mesmo nacimiento [un gran arroyo (cf. 4M 2,3)], que es Dios; y ansí como su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mesmos [...], vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias hasta llegar a el cuerpo, que por eso dije que comienza en Dios y acaba en nosotros; que cierto, como verá quien lo huviere provado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad» (4M 2,4).

La voluntad se ve «cautiva», «ocupada», «unida», «aunque no del todo engolfada»: «Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto; más no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera que –sin saber cómo– se cautiva; sólo da consentimiento para que la encarcele

11. HERRÁIZ, *op. cit.*, p. 90.

Dios, con quien bien sabe ser cautivo de quien ama» (V 14,2). «*Las otras dos potencias [memoria y entendimiento] ayudan a la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien»* (V 14,3). La voluntad en este nivel de oración es la que manda y tiene más fuerza que las otras dos potencias, las cuales no distraen su atención amorosa (cf. V 14,3; CE 53,6).

Santa Teresa afirma que generalmente es la voluntad la única de las potencias que se ocupa del amor, mientras que las otras dos la estorban. Por ello lo mejor es no hacer caso de ellas. Lo mejor es que el alma esté quieta (cf. V 14,3; 15,6; CE 53,6).

«*No se ha de dejar la oración mental»* (V 15,9) pues el entendimiento puede ayudar a la voluntad en su cometido de buscar la amistad con Dios (cf. V 15,12), pero ha de hacerse con mucho cuidado: «*Bien es procurar más soledad para dar lugar al Señor y dejar Su Majestad que obre como en una cosa suya; y cuanto más, una palabra de rato en rato suave, como quien da un soplo en la vela, cuando viere que se ha muerto, para tornarla a acender; mas si está ardiendo, no sirve de más de matarla, a mi parecer. Digo que sea suave el soplo, porque por concertar muchas palabras con el entendimiento no ocupe la voluntad»* (CV 31,7, cf. 4M 3,10)

Los sentidos se ven desbordados por la acción divina: «*Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo y grande satisfacción, en el alma está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta»* (CE 53,3). A Dios se le *experimenta* por los efectos, no de forma inmediata: «*No es como una presencia de Dios que se siente muchas veces –en especial los que tienen*

oración de unión y quietud— que parece en queriendo comenzar a tener oración hallamos con quién hablar, y parece entendemos nos oye por los efectos y sentimientos espirituales que sentimos de gran amor y fe y otras determinaciones con ternura» (V 27,4).

Santa Teresa da más importancia a los «frutos» teológicos y morales que a los psicológicos: «*Pone un gran deseo en ir adelante en la oración, y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder. A todo se ofrece. Una siguridad con humildad y temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma y pónelle el fiel temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interese suyo» (V 15,14; cf. 4M 3,9).*

La persona que llega a este estado de oración busca profundizar el compromiso de fidelidad a las reglas de amistad, en el amor gratuito, en la disponibilidad a la acción de Dios y la humildad: pensar que no se merece esta oración y no exigírsela Dios, sino dejarle hacer a Él, pues «*sólo se da a quien Dios quiere» (4M 2,10)*¹².

3.º *El «sueño de potencias»*

Esta oración puede ser definida como una *oración de quietud* intensificada o como una *oración de unión* más remisa. Así, mientras en el *Libro de la Vida* santa Teresa considera al *sueño de potencias* como un grado distinto del anterior (cf. V 16-17), en otras obras afirma que es un poco superior que la *quietud* (cf. 4M

12. Cf. *Ibid.*, pp. 87-89.

3,11; CC 54,5; F 6,1). Dice Teresa: «Vengamos a hablar ahora de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río o de fuente, que se riega muy a menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortemano de manera que casi Él es el hortelano y el que lo hace todo» (V 16,1; cf. 16,2; 17,1). «Bien entendida que era Dios, más no podía entender cómo obrava aquí; porque, en hecho de verdad, están casi de el todo unidas las potencias, más no tan engolfadas que no obren» (V 16,2).

Según Herráiz, Teresa habla de tres diferentes grados en la intensidad de la acción de Dios:

1. Como pasa en la *oración de quietud*, la intensificación de la acción divina la recibe directamente la potencia de la voluntad, que atrae a las otras hasta el punto de que «*sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas de Dios*» (V 16,3; cf. 16,2).
2. Otras veces, este grado de oración se manifiesta cuando «*estando unida la voluntad [...], vese claro y entiéndese que está la voluntad atada y gozando; digo que “se ve claro”, y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad*» (V 17,4). Es decir, la vida activa y la contemplativa andan juntas, aunque tiene más fuerza la contemplativa (cf. V 17,4).
3. En algunas ocasiones, mientras la memoria queda libre, la voluntad y el entendimiento están bajo la acción divina (cf. V 17,5; 17,6).

Los *efectos* que se producen en el orante son de índole moral, anímica y psicológica: gusto, suavidad, gozo (cf. V 16,2; 16,4; 17,1). El *comportamiento* a seguir consiste en «*dejarse del todo en brazos de Dios*» (V 17,2)¹³.

4.º *La oración de unión*

De esta oración trata Teresa en V 18-19; CC 54,6; MC 5-6; 5M 2 y 4.

Royo Marín nos dice que «en el recogimiento infuso solamente quedaba cautivado el entendimiento; en la quietud quedaba también cautivada la voluntad; en la oración de unión quedan también cautivas *todas la potencias interiores*, incluso la memoria y la imaginación»¹⁴.

En este nivel de oración la acción divina llega a lo profundo del alma, y conlleva una absoluta pasividad del hombre: «*Su Majestad nos ha de meter y entrar Él en el centro de nuestra alma; y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos; sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró a sus discípulos cuando dijo: “Pax vobis” (Jn 20,19), y salió del sepulcro sin levantar la piedra*» (5M 1,13).

También en este grado de oración la voluntad es la potencia más fuertemente alcanzada por la acción

13. Cf. *Ibid.*, p. 91-92.

14. ROYO, *Los grandes...*, p. 341.

divina (cf. 5M 1,4; V 20,19). Nada hay que estorbe a la voluntad de amar: *«porque no hay quien le estorbe, ni sentidos ni potencias –digo entendimiento y memoria–»* (MC 6,4).

El alma alcanza así lo *inefable*: *«El Señor me enseñe palabras cómo se pueda decir algo de la cuarta agua [...]. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza. Entiéndese que se goza un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien»* (V 18,1).

Suspendidas todas las potencias, los *efectos* que produce esta oración los refiere como indicadores de la gracia recibida. *«Más bien se entiende en la sobra de las mercedes que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí»* (V 18,12). Hay dos tipos de efectos:

- Teologales: *«Fija Dios a sí mismo en lo interior de aquel alma de manera que, cuando torna en sí, en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios y Dios en ella»* (5M 1,9). Se trata de *«una certidumbre que queda en el alma, que sólo Dios puede poner»* (5M 1,10). *«Quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia y otras muchas maneras de mercedes que hace Dios al alma»* (5M 1,11). Dios aporta una especial fe (cf. MC 6,6), esperanza (cf. V 18,10; 19,2) y caridad (cf. MC 6,13).
- Morales: *«Nada sabe de dónde pudo merecer tanto bien [...]; vese con un deseo de alabar a el Señor, que se querría deshacer, y de morir por Él mil muertes»* (5M 2,7; cf. 2,8).

Santa Teresa resalta ahora con fuerza el valor eclesial y comunitario de la oración mística, pues la gracia oracional trasciende a la persona que la recibe y revierte en los otros en forma de apostolado: *«Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros en el cielo, y a tener deseos de repartirlos a otros, y a suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos, casi sin entenderlo ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor que les hace desear llegarse a ellas. Entienden que tiene virtudes y ven la fruta que es codiciosa; querríanle ayudar a comer»* (V 19,3; cf. 5M 3,1). Teresa considera que cuando un misionero tiene experiencia de Dios, es como un árbol con frutos que hace atrayente el mensaje de Cristo.

La acción de Dios suscita la fidelidad del ser humano. Así, santa Teresa da unos consejos que se dirigen a la vida, a hacer realidad con nuestras obras la gracia recibida. La fidelidad, a su vez, acelera la acción salvífica de Dios: *«En fin, sea conclusión esto: que procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda algún salto nos quiere hacer el demonio; pues no es posible que habiendo llegado a tanto, deje ir creciendo, que el amor jamás está ocioso, y ansí será harto mala señal»* (5M 4,10; cf. V 19,2; 5M 3,5; 5M 2,1; 5M 2,6)¹⁵.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

15. Cf. HERRÁIZ, *op. cit.*, pp. 92-96.

Bella Navidad

Es bella la Navidad. Es bella porque reúne a los miembros de la familia, porque hay estampas de nieve y de hogar caliente, porque los abetos se cubren de blancas agujas de cristal y los pájaros buscan cobijo en los aleros de los edificios.

Es bella la Navidad porque los niños cantan villancicos y los que se quieren se cruzan regalos. Es bella porque despierta cálidos recuerdos e ilusiones que ayudan a vivir.

Pero, ante todo, y por encima de esta belleza fugaz, es bella por algo mucho más hondo: por la cercanía de Dios, por su desbordamiento, porque Él irrumpe en nuestra historia y se identifica con nuestro barro para salvarlo desde dentro, porque los cielos cantan su gloria y se augura paz a los hombres; en una palabra, es bella porque es nuestro el Emmanuel y porque es Emmanuel: *Dios con nosotros*. El que desde su llegada a nuestra tierra empieza a experimentar el dolor humano en carne propia y a mirar con ojos de carne su hermosa creación.

Y en ese Niño débil, reclinado en un pesebre, está toda la fuerza de Dios. En su pobreza, toda la riqueza, en su pequeñez, la grandeza del Omnipotente y en su silencio la Palabra de fuego que hiere y seduce, que

corta como espada de doble filo porque es Palabra de Dios que realiza lo que significa.

¡Qué hermosas son las canciones de Navidad, las campanas de Navidad y el aleluya que se prende en las copas de los árboles desnudos! Pero ¡qué bello es el silencio que permite escuchar esa Palabra, asirla, dejarse empapar por ella para adorar, para gozarse de que Dios sea Dios, para dejarse seducir!

En nosotros nace un deseo: el deseo de que siempre sea Navidad, de que el calendario se petrifique y se quede inmóvil en estos días de paz. Y este deseo puede ser una bella realidad porque, en definitiva, «Navidad» es «Dios que nace», y Dios puede nacer en cada corazón a cada instante.

Cada vez que en mí alienta la misericordia y la compasión, es Navidad.

Cada vez que un hombre ayuda a su hermano a sobrellevar su carga y su sufrimiento, es Navidad.

Cada vez que alguien sacia el hambre material y espiritual de un necesitado, es Navidad.

Cada vez que regalo una sonrisa al que necesita un gesto de amor y alegría, es Navidad.

Cada vez que en la mirada limpia de un niño se refleja la simplicidad y la ternura de Dios, es Navidad.

Cada vez que un hombre quema su vida por difundir la paz, es Navidad.

Cada vez que un sacerdote pronuncia las palabras de la consagración sobre el pan, es Navidad.

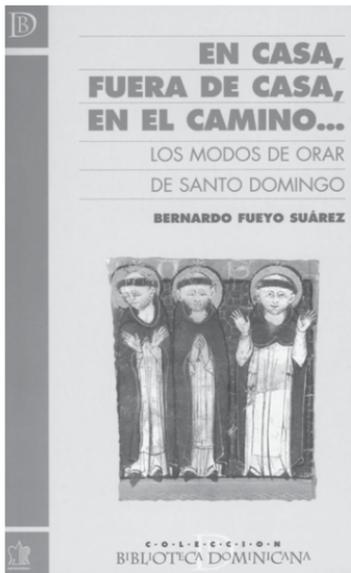
Cada vez que alguien perdona de corazón y olvida la ofensa, es Navidad.

Porque siempre Dios puede nacer en nuestro corazón, siempre puede comunicarse y empapar nuestra vida, porque un granito de amor sobre la tierra, nos hace presente al que es Amor.

Por eso, Señor, en esta celebración de tu nacimiento concédenos el regalo de que siempre sea Navidad, de que nuestra vida sea una irradiación de tu vida y de tu amor para que la Navidad se prolongue indefinidamente en la tierra.

¡Amén! ¡Danos a todos esa feliz Navidad!

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O.P.
Salamanca (España)



**EN CASA, FUERA DE CASA,
EN EL CAMINO...**

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232 Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración.

Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Presentación de la serie de artículos sobre la «Liturgia de las Horas»

Tras finalizar su exposición sobre el sentido de las partes de la Eucaristía en «*Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía*», fray Héctor Muñoz, nuestro estimado liturgista argentino, nos ofrece una serie de artículos sencillos, sintéticos y amenos cuyo fin principal es ayudarnos a orar comunitariamente por medio de la Liturgia de las Horas. Para ello se va a guiar fundamentalmente de la Ordenación General de la Liturgia de las Horas (OGLH).

Éste es el índice de esta serie de artículos:

1. Su celebración.
2. ¿Qué nos dicen el Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica sobre el tema?
3. Datos importantes de la Constitución *Laudis Canticum* y de la Ordenación General de la Liturgia de las Horas.
4. Se nos pide orar comunitariamente: ¿por qué?
5. Su importancia en la vida de la Iglesia y en la de cada uno que la celebra.
6. Su fin es hacer verdad lo de «orar siempre y sin desanimarse» en distintos momentos (Horas) del día.

7. La alabanza de la mañana: los Laudes.
8. Las alabanzas de la tarde o «sacrificio vespertino».
9. El «Oficio de lecturas»: proclamación extensa de la Sagrada Escritura.
10. La Hora intermedia.
11. Las Completas: última Hora del día, a celebrarse antes del descanso nocturno.
12. Los Himnos.
13. Lectura de la Escritura, de los Santos Padres, de algún santo o del Magisterio.
14. La salmodia y las antífonas.

Esperamos que éstos artículos les ayuden a orar en comunidad.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Liturgia de las Horas

1. Su celebración

Sabemos que el en la Liturgia de las Horas, dos de sus elementos pertenecen a la Palabra de Dios: las lecturas bíblicas y la salmodia. Y otros dos elementos competen a la respuesta de la comunidad orante: el Himno y la oración –las preces, la oración presidencial...

LOS ELEMENTOS DE LA LITURGIA DE LAS HORAS Y SU CELEBRACIÓN

Los elementos antes citados se distinguen entre sí y, para lograr una celebración fructuosa, tenemos que ver cómo se integran para constituir un todo orgánico y armónico (cf. SC 99).

Cuando hablamos de celebración, entendemos la expresión visible –realizada por una asamblea congregada– de unas realidades vividas en la fe de la Iglesia:

- Realidad espiritual del misterio cristiano.
- Manifestación sensible por una celebración ritual.

Sin fe, la Liturgia de las Horas no es otra cosa sino meras «palabras». Sin manifestación visible, corporal y sensible no hay Liturgia posible. Es necesario adecuar ambas realidades: la interior y la externa o expresiva (cf. SC 90).

Pero en una celebración, los textos expresan muchas realidades, bien diversas entre sí:

- Hay palabras individuales y colectivas.
- Hay gritos que son clamor y otros son acción de gracias.
- Hay recitaciones meditativas y otras de neta alabanza.

¿Podemos celebrar todo de igual modo? ¿Es lo mismo una palabra de alegría que otra de penitencia o de dolor?

MODOS DE EXPRESARSE

En el Oficio coral hay varios tipos de expresión: el clamor o grito, las proclamaciones, la salmodia y el canto propiamente dicho.

Los clamores

La Liturgia de las Horas está encuadrada entre dos «clamores»:

- *Dios mío, ven en mi auxilio...*
- *Bendigamos al Señor. Demos gracias a Dios.*

Además:

- *Amén.*
- Doxologías en cada salmo.
- Intercesiones: *Kyries; Oh Señor, escucha y ten piedad...*

No inspira tanto el contenido, sino el ritmo y la fuerza de las palabras.

Entre los clamores o gritos litúrgicos, podemos distinguir tres:

- Las llamadas: *Dios mío, ven en mi auxilio...*
- Las aclamaciones: *Amén; Aleluia; Demos gracias a Dios; Gloria al Padre; Anunciamos tu muerte, proclamamos...*
- Los diálogos: *El Señor esté con vosotros – Y con tu Espíritu; Señor, escucha mi oración – Y llegue a ti mi clamor.*

Las proclamaciones

En las proclamaciones sólo uno se dirige a la comunidad para hacerle un anuncio o transmitirle un mensaje por medio de:

- Las lecturas.
- Las oraciones presidenciales.
- La primera parte de las preces (monición introductoria a las mismas).
- Monición introductoria al Padrenuestro.

Aquí no se da la intensidad del clamor o grito sino sólo una transmisión oral clara e inteligible.

La Salmodia

Hay varios modos de celebrar los salmos:

- Dividiendo a la asamblea en dos «coros» que alternan cada verso.
- Un solo cantor (o dos) recitan lentamente un salmo, y el resto de la asamblea lo escucha en

silencio. Después de cada salmo se recomienda un instante de silencio (es un tipo de oración meditativa).

- Una «schola» canta un versículo, y el resto de la asamblea, otro.
- «Dramatizando» –discretamente– cada salmo entre dos o más cantores o recitándolo.

Se pueden usar todos los modos, buscando el que mejor convenga a cada género literario del salmo.

Los cantos

Aquí, la palabra cambia de nivel, desempeña un rol particular. Los elementos más aptos son:

- Las antífonas.
- Los responsorios (del Oficio de lecturas y otras Horas).
- El himno: uno de los momentos más líricos y musicales de toda la Liturgia de las Horas. No es un canto bíblico, pero puede añadir a la Palabra de Dios el eco actual de la oración de los creyentes, usando imágenes, ritmos y música atractivos. Leer un himno... ¡será una «solución de miseria»!

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Dos cantos navideños

«NACE OTRA NAVIDAD»

Bajo sombras de invierno o herido por soles meridio-
[nales;
desde el amanecer de un corazón lastimado,
o como susurro en las esferas interiores del alma
-¡Hagamos silencio... que los duendes no despierten!

En el sudor de quienes hurgan la tierra con besos de
[sangre,
y en otros sudores de quienes leen lo que está
en los abismos de los infiernos y penetran el anillo más
[íntimo de Saturno...

¡Qué importa...! Un Niño nos ha nacido
y se llama Niño-de-todos.

Es el Príncipe de la paz y no jugará con cañones
ni con soldaditos de plomo
-¡no sabría qué hacer con ellos...!

Ni se alojará en refugios anti-bomba
-¡allí no hay risas ni bailes ni canto...!

Anoto en mi agenda:

Debo celebrar, con matracas y cornetas y sirenas,
con papel picado y serpentinas multicolores y con el
arpa de David (¿o era un salterio?), la tentación al
revés:

-¡Dios se hizo como el hombre...!

«PALABRA REGALADA»

Escapamos de intrincados laberintos, de las fauces del fiero Minotauro.

Atrás quedaron ansiedades y esperanzas fallidas:
la confusión cavó, muy honda –allí donde no hay risas ni canto– su propia tumba.

Sonidos embrollados comienzan a deshilvanarse, al son del Verbo y de su luz estival:
veo el resplandor del nuevo día y creo en la Palabra regalada...

¡Hoy nos ha nacido un Niño, vida por el Padre pro-
[nunciada!

¡Hoy nos ha nacido un Niño
luz para los ciegos, bastón para el peregrino de
[nuevos
pasos!

Ya nada será como entonces. Las tinieblas huyen, despavoridas, tropezando sus torpes pasos, hacia los huecos escondidos en los montes, ante el vivo resplandor de la Aurora nueva... ¡Fue tanta la Luz, que quedamos ciegos...!

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

ESCUELA DE VIDA

Textos escogidos del *Manual del asceta cristiano*

2. La vida espiritual y el juicio ajeno

(LV) QUINCE PRINCIPIOS NECESARIOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL

Si no observas los puntos siguientes, de nada te sirven tu profesión religiosa ni el hábito que vistes. Así pues, examínate cada día [y comprueba] cuánto has aprovechado, mantén alerta tu espíritu, repréndete, espoléate y renueva constantemente tu propósito.

Primer punto: ten siempre delante de los ojos tus propios pecados y, con un fuerte dolor de contrición, avergüénzate [de ellos] ante el rostro de Dios, sintiendo que eres el más vil y negligente de todos los pecadores, incluso indigno de la compañía y la presencia de todos. Por eso, desconfía de ti mismo y pon toda tu confianza solo en la misericordia de Dios.

Segundo punto: ten buena opinión de todo el mundo. No juzgues a nadie y sé tan simple¹ que, ocupado en tus propios defectos, no repares en los de los demás.

1. En la espiritualidad monástica, la simplicidad es un valor muy cercano a la inocencia.

Tercer punto: a nadie muestres un semblante airado, ni un ánimo irritado, ni un sentimiento de severidad o aversión, sino un corazón tranquilo, pacífico, humilde, y un rostro sereno, embellecido por el silencio, la mansedumbre y la honestidad.

Cuarto punto: muéstrate pronto a servir humilde y alegremente a todos.

Quinto punto: imponte una perfecta abstinencia de palabras ociosas, chanzas y bromas (salvo solo por caridad fraterna).

Sexto punto: soporta –y no solo con paciencia, sino incluso con alegría– improperios, críticas, reprimendas y otras contrariedades por el estilo. Sé consciente de que Dios te las envía para que te ejercites en la virtud. Acéptalas de buen grado, con voluntad confiada, sin rebelarte interiormente.

Séptimo punto: mortifica en ti toda curiosidad por saber, experimentar y sentir, así como todo afán de poseer cosas que no son necesarias. Preocúpate solo de crecer espiritualmente.

Octavo punto: rechaza en su origen cualquier pensamiento que te arrastre fuera de Dios. No permitas que nada se interponga entre tú y Dios. Mantén siempre una actitud de agradecimiento por sus beneficios o de contrición por tus pecados.

Noveno punto: no andes preocupado por cosa alguna, especialmente cuando dudas si agrada a Dios o no.

Décimo punto: ante cualquier suceso, no te sorprendas ni te preguntes por qué ha ocurrido. Acepta todo

lo que ocurre como procedente de las manos de Dios y da las gracias, esperando confiado en la providencia divina, que cuida de ti y de todo, pues no permite que suceda nada a no ser por nuestro bien, aunque nosotros no lo entendamos.

Undécimo punto: mientras estés sano, no desees ni busques comida alguna fuera del alimento común que se sirve a todos los hermanos. Y si no puedes comerlo, da gracias a Dios por ofrecerte una ocasión lícita para la abstinencia. No te preocupes de nada más, salvo por orden del que preside; y, mientras estés sano, no admitas otra cosa. En cuanto a medicinas, salvo por absoluta necesidad o porque así lo disponga el que preside, prohíbetelas. Elige soportar las molestias corporales por amor a Dios, por la salvación de tu alma, por la observancia de la orden y por evitar el escándalo. Agradece a Dios el haberte impuesto una disciplina que tú, aunque quisieras, no te atreverías a imponerte porque no te corresponde.

Duodécimo punto: no te entrometas en nada que no te competa, ni hables, ni preguntes, especialmente acerca de los trabajos de los oficiales² y de los defectos de los hermanos. No hables en absoluto del que está ausente.

Decimotercero: obedece, reverencia y ama a tus superiores con sincero corazón. Ten buena opinión de ellos y no permitas que se les critique ni se les difame en tu presencia. Y lo mismo con respecto a cualquier hermano y al prójimo.

2. En un monasterio, monje o monja encargado de un determinado servicio.

Decimocuarto: busca la soledad del cuerpo y de la mente, y nunca estés ocioso. Considera despreciables todas las cosas mundanas.

Decimoquinto: sé un diligente observante de los estatutos y de todo lo que tenga relación con tu estado. Las demás buenas costumbres no las pospongas a no ser por una gran necesidad. Interrumpirlas o cambiarlas levemente o muy a menudo cuando no hay necesidad, es un signo de inconstancia y tibieza próximo a la ruina. No te desprendas de tus armas necesarias, si no quieres caer en la tentación.

(XXVI) HA DE EVITARSE JUZGAR A LOS DEMÁS

Debes hacer un pacto con Dios, un compromiso firme y perpetuo de no juzgar jamás a nadie. Aunque existan indicios, tú nunca des crédito a las críticas vertidas contra el prójimo ni las tengas por ciertas, cualquiera que sea el mal que haya hecho. Incluso cuando veas que el prójimo no puede justificarse, concédele siempre el beneficio de la duda y resérvate tu opinión. Si ves u oyes que alguien ha pecado, no adoptes contra él una actitud displicente ni caigas en la murmuración, sino di con sentimiento en tu corazón: «Señor, ¿qué somos? Todos te ofendemos cada día y Tú muestras una paciencia infinita. Pobre de mí, que he pecado mucho más gravemente y más a menudo que éste; y si tu gracia no me sostuviera, ¿qué otra cosa haría sino pecar? Temo caer en cualquier momento, mientras él se levanta».

Nadie debe ser juzgado por haber caído ni ser considerado por ello como más despreciable; nadie que

reconozca su pecado y se arrepienta debe ser reprochado, acusado o juzgado; toda fragilidad merece compasión. Tú llora tanto los pecados del hermano como los propios. Piensa cómo desearías que se te compadeciera. Estarías triste por el dolor y humillado por la vergüenza. Te parecería suficiente con el dolor que hubieses concebido por tu caída, aunque nadie te reprochara. Revístete de este sentimiento de mansedumbre con respecto a los pecados de los demás, sobre todo si se arrepienten. Así que no permitas que se levanten en ti esos pensamientos de condena contra los que pecan.

Lo tuyo no es juzgar los pecados de tu prójimo, que ya tiene un Señor para juzgarle. Tú abstente de emitir juicio sobre pecado alguno, no lo investigues y deja que el hecho sea grave o leve según es ante Dios. ¿Y si su Redentor ha permitido que caiga para levantarlo después más fuerte y elevarlo más que antes? No te consideres mejor que él ni en adelante le tengas en peor estima. A nadie que haya pecado gravemente debe increpársele con severidad ni hablársele por ello con más dureza. A quienes pecan por ignorancia puedes y debes, si se prestan a ello, instruirlos, si es que no hay otros que lo hagan. Cuando hay otros que deben, pueden y quieren corregir o enseñar a los que pecan, tú abstente de hacerlo por humildad; pero si supieras que el pecador aceptaría de buen grado tu exhortación caritativa, puedes corregirlo, y esto cuanto más en secreto se hace tanto más útil es. Recuerda que hay muchos que sufren más por la reprensión o la denuncia de sus defectos que por lo defectos mismos. Por lo tanto, que no se hagan reprensiones o reproches con facilidad.

Grandísima soberbia y temeridad es menospreciar al pecador o juzgarlo como más despreciable y débil que uno mismo, puesto que nadie hay libre de pecado, nadie capaz de permanecer en pie si Dios no lo sostiene. Si Dios te quitara lo que es suyo, caerías más profundamente que aquel al que despreciaste. Y ciertamente mereces que Dios te retire su gracia, es decir, lo que hay de Dios en ti, porque te glorías de ello como si fuera algo tuyo. Tú robas la gloria a Dios cuando deseas atribuirte los efectos que proceden de sus dones.

Asombra que alguien pueda indignarse o mostrar desagrado contra su prójimo porque no sepa cantar o predicar, o no tenga una buena voz, ni memoria, ni elocuencia, ni los demás dones que Dios concede gratuitamente, puesto que solo puede tenerlos aquel a quien le hayan sido dados. Por eso, en modo alguno debe culparse a un hombre si no goza de tal o cual don. Pues, ¿cómo tendría lo que no ha recibido? Así pues, no hay que menospreciar a quien no tiene éste o aquel don de Dios precisamente por esto: porque no lo ha recibido. Pero quien lo ha recibido, no crea por ello que es mejor, pues son dones gratis dados, y se conceden a buenos y malos.

Pero la divina providencia merece ser alabada en aquel a quien no dio [tales dones], porque con ello le ha evitado el peligro de caer en la soberbia y le brinda la oportunidad de hacerse humilde. Pues, aunque hubiera tenido [esos dones], no sería por eso, como ya he dicho, mejor a los ojos de Dios, por más que ante los hombres pareciera más respetable y digno de la más alta alabanza.

Pero préstese atención a lo que dijo el Salvador: «*Lo que es elevado para los hombres, es abominable ante Dios*» (Lc 16,15). Por eso, los dones de Dios deben ser una oportunidad para la humildad, no para la soberbia, temiendo hacerse abominable ante Dios por complacer a los hombres. El Apóstol dice también: «*Si complaciera a los hombres, no sería siervo de Cristo*» (Gal 1,10); pero para esto se necesita un sano discernimiento.

Hay que mostrar compasión por los débiles, tentados y fatigados, como despreciados por el mundo, pero amados y elegidos por Dios, porque «*Dios ha elegido lo despreciable de este mundo para confundir lo fuerte*» (1Co 1,27). Pero, aunque conozcas y sientas estas cosas, ¿acaso eres por eso mejor y más feliz? En modo alguno, sino que recibirás muchos azotes (cf. Lc 12,47). Muchos conocieron esto mejor que tú y murieron sin actuar conforme a ese conocimiento. Así puede sucederte también a ti. ¡Qué insignificante es la tentación que hace olvidar éstas y [otras cosas] mejores!

A ti te urge una gran necesidad: mantenerte alerta y tenerte siempre como sospechoso de soberbia, para que todas tus obras sean agradables a Dios. Por eso, hay que poner especial cuidado en no airarse con ningún hermano, en no menospreciar a nadie por despecho y en no tener un alto concepto de sí mismo. Desprecia todo lo tuyo en comparación con lo de los demás; atenúa los defectos de los otros y excúsalos; pon delante de tus ojos las cualidades del prójimo y repréndete continuamente por tu negligencia.

En las cosas espirituales, se avanza o se retrocede en todo momento, pues es imposible permanecer

siempre en el mismo grado. Detenerse y no avanzar es retroceder. Ignoras cómo serás mañana o cuándo te sorprenderá la tentación. Si desprecias o juzgas a algún hermano por algún defecto, sabe que Dios permitirá que tú caigas en la misma falta o en otra aún más grave.

FRAY JUAN JUSTO LANSPERGIO



ENCARNACIÓN CONTINUADA

JESÚS ESPEJA

Páginas: 252 Precio: 20 €

La reflexión teológica, empeño por comprender mejor la fe cristiana que nunca se da fuera de la historia, tampoco puede abstraer del tiempo tal como lo percibe quien hace la reflexión. En mi caso, el cambio cultural ha sido tan amplio, tan complejo y tan alborotado, que la primera reacción es callar. Pero los cuestionamientos de la propia fe cristiana vienen desde distintos flancos, y uno se ve confrontado sin remedio a la nueva situación cultural que está emergiendo.



www.sanestebaneditorial.com

POESÍA

Temblando estaban mis paredes, Dios¹

Temblando estaban mis paredes, Dios
si supieras qué frío, cuánto miedo,
siente el hijo del hombre
cuando tropieza con su “noche oscura”
y no sabe otra cosa que morir.
Ah, pero Tú estás ahí para alumbrarle,
estás en la oración del que te llama
estás en el atajo del camino.
Quiero agarrarte Dios, por una esquina
y decirte que ya no me abandones,
que me refugio en ti, desde esta hora,
que me encadenen a ti ya para siempre,
que nunca, nunca más te soliviente
mi injusticia, mi nada, mi locura
y que te amo, Señor, con mi pobreza.

Te ofrezco toda tuya, el alma rota
para que Tú la engarces y la mimes
como a una niña chica.
Como a una hija pródiga.

ISABEL DíEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de: ISABEL DíEZ SERRANO, *Las horas detenidas*, Cardeñoso, Vigo 1998, p. 30, I Accésit Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística 1996.

Bibliografía

FERNANDO RIVAS, *La vida cotidiana de los primeros cristianos*.

Editorial Verbo Divino, Estella 2011. 250 pp.

Fernando Rivas es sacerdote diocesano y fue profesor mío en la Universidad de Comillas (Madrid) donde actualmente sigue ejerciendo su docencia en las áreas de Historia Antigua de la Iglesia y Patrología. Ha escrito varias obras que, como ésta, giran en torno al cristianismo primitivo, tema en el que es un gran experto.

Sabemos que los primeros siglos de la Iglesia son muy importantes, pues establecieron la base sobre la que se asienta el cristianismo. Fueron aquellos primeros cristianos los que comenzaron a vivir el Evangelio en medio del mundo, en la vida real, y a «traducirlo» en términos teológicos, litúrgicos, espirituales, comunitarios, etc. Pero, desgraciadamente, los cristianos actuales conocemos de esa época pocas cosas y en muchos casos se trata de simples leyendas piadosas. Pues bien, con esta obra Fernando Rivas trata de describir con detalle cómo vivieron los cristianos en los cinco primeros siglos, centrándose en ciertos elementos sociales –los padres de familia, las mujeres, los esclavos y los pobres–, y fundamentalmente en la vida de las familias cristianas: ¿cómo ayudaban a los más necesitados?, ¿y cómo era su relación con el mundo civil, religioso y cultural de aquella época?

Nuestro autor ilustra su pormenorizado y bien documentado estudio con escuetos textos de aquellos que fueron protagonistas de esta historia. También describe muy bien cómo fue el devenir histórico del cristianismo y cómo la Iglesia se tuvo que adaptar para encajar en el mundo greco-romano y de qué modo influyó en ella la proliferación de los fieles, las grandes persecuciones del siglo III, el edicto de Milán (313) gracias al cual dejó de ser perseguida y el edicto de Tesalónica (380) por el que pasó a ser la religión oficial del Imperio Romano.

Este libro se lee bien, pues el autor es ameno, escueto y ágil en sus explicaciones. Y resulta muy interesante y, sobre todo, enriquecedor, pues los primeros cristianos nos dejaron un gran ejemplo de coherencia evangélica y de superación ante la adversidad, gracias a su fe en Jesús, el Hijo de Dios. Además, tengamos en cuenta que aquella primera época en la que la Iglesia se encontraba en medio de una sociedad pagana y hostil, tiene bastantes similitudes con nuestra realidad actual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JAMES D. G. DUNN, *¿Dieron culto a Jesús los primeros cristianos? Los testimonios del Nuevo Testamento.* Editorial Verbo Divino, Estella 2011. 230 pp.

Dentro del mundo de los estudios bíblicos, James D. G. Dunn es un teólogo protestante muy conocido por sus aportaciones sobre las comunidades cristianas

primitivas y concretamente sobre san Pablo. Actualmente es director emérito de la Cátedra Lighfoot del Departamento de teología de la Universidad de Durham.

La respuesta a la pregunta que plantea el título de esta obra es: sí, los primeros cristianos dieron culto a Jesús, pero es un «sí» con dos grandes matices: no dieron culto a Jesús como si se tratase de alguien que ha venido a reemplazar al Dios de los judíos ni se trata de otro Dios que se añade a aquel. Es decir, los primeros cristianos en su culto a Jesús no cayeron en una «jesu-latría» ni en un «diteísmo», sino que supieron mantener el estricto monoteísmo judío. Así lo expresa Dunn al final del libro: *«Este culto es y debe ofrecerse siempre con el reconocimiento de que Dios es todo en todo y de que la grandeza del Señor Jesús expresa y afirma la grandeza del único Dios con más claridad que cualquier otra realidad del mundo»* (p. 188).

Para llegar a estas, y otras conclusiones, Dunn hace este recorrido a lo largo del libro: comienza por analizar qué entendían por «culto» en el Antiguo Israel: ¿se daba sólo culto a Yahvé? ¿Había otros dioses? ¿Qué significaba para ellos *«darás culto al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás»* (Dt 6,13; cf. Mt 4,10)?, e investiga cómo se percibía en la religión judía –a la que pertenecían los primeros cristianos– la autorrevelación de Dios, pues es a ésta a la que se da respuesta con el culto. A continuación Dunn se centra en Jesús: ¿Era monoteísta al estilo judío? Y en la última parte analiza el culto de los primeros cristianos: ¿Qué significaba para ellos que Jesús *«está sentado a la derecha de Dios»* (Mc 16,19; Hb 10,12; cf. Sal 110,1)? ¿En qué

sentido era Jesús divino para ellos? ¿Hubo algún cambio en la concepción de Dios respecto al judaísmo?

Dunn nos hace recorrer el concepto de «culto» y de «Dios» a lo largo de la historia del Pueblo de Israel y de los primeros tiempos de la Iglesia. Y en este «viaje» aporta una gran cantidad de datos muy interesantes acerca de los antiguos judíos, Jesús y los primeros cristianos. Las principales fuentes de datos que maneja el autor son: el análisis bíblico, la historia, la lingüística y la teología. Como pasa con otros estudios bíblicos que provienen del campo protestante, hay que leer este libro con sentido crítico. No es que Dunn diga cosas especialmente chocantes, pero un católico las interpretaría o matizaría de modo diferente.

Este libro puede resultar muy interesante para aquellos que quieran ampliar sus conocimientos sobre el origen de la oración cristiana –particular o comunitaria– y sobre la figura de Jesús.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA y JAVIER TORRES RIPA, *Las plantas en la Biblia*

Editado por la Universidad de Deusto y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Bilbao-Madrid 2011, 383 pp.

Esta es la tercera obra de carácter científico que Santiago Segura y Javier Torres escriben sobre las plantas en la Antigüedad. Las dos anteriores son: *Los jardines de la Antigüedad* (Bilbao 2005) e *Historia de las*

plantas en el mundo antiguo (Bilbao-Madrid 2009), en todas ellas se combinan sabiamente los conocimientos históricos y botánicos de sus autores. Pero, como el título indica, ésta última obra se acerca, además, a un ámbito que nos interesa espiritualmente mucho: la Biblia.

Efectivamente, las plantas están muy presentes en las Sagradas Escrituras, generalmente como elementos secundarios, pero en ciertas ocasiones ocupando un papel muy significativo, como lo es, por poner varios ejemplos, cuando Dios habla a Moisés por medio de una zarza que arde sin consumirse (cf. Ex 3,1-4,14) o cuando Jesús nos dice que Él es la vid verdadera y nosotros sus sarmientos (cf. Jn 15,1-6). Recordemos también cómo para construir el Templo de Jerusalén –donde Dios habitará en medio de su pueblo– Salomón escoge para su construcción la madera de los emblemáticos cedros del Líbano (cf. 1Re 5-7) o cómo Jesús compara el Reino de Dios con la mostaza (cf. Mc 4,30-32).

Esta obra está estructurada según los diferentes tipos de plantas: árboles silvestres; árboles frutales; arbustos y plantas acuáticas; cereales, hortalizas y plantas de cultivo; plantas del desierto; plantas espinosas, cardos y malas hierbas; plantas venenosas, especias, incienso y perfumes; y otras flores y hierbas silvestres. Y a la hora de estudiar cada planta lo hacen ofreciendo primeramente los textos bíblicos en los que es citada, hablando a continuación sobre su significación religiosa y cultural y, por último, dándonos una descripción botánica.

No hace falta ser biblista, historiador ni botánico para leer y disfrutar de este libro. Es más, una persona que no sepa mucho de estas materias aprenderá enormemente, pues sus autores emplean un lenguaje asequible para el gran público, si descontamos las descripciones botánicas en las que es indispensable emplear algunos términos técnicos cuyo significado no es difícil de encontrar en diccionarios o Internet. Pero aunque estos términos se desconozcan, el lector puede conocer visualmente cómo es cada planta gracias a los dibujos y fotografías que enriquecen y embellecen esta obra.

Como vemos, se trata de un estudio que debe formar parte de la sección de Biblia de toda buena biblioteca de Teología. Pero también puede ser empleado por cualquier amante de la naturaleza para conocer y contemplar por medio de ella a nuestro Creador. Recordemos que, a ejemplo de Jesucristo, hubo grandes predicadores que se han apoyado en la naturaleza para hablar de Dios y grandes místicos que se adentraron en ella para encontrarse con Él.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

El arrepentimiento y el misterio de la Redención

San Pedro y san Pablo, los dos personajes más importantes de la primera generación del cristianismo, tenían grandes diferencias. San Pedro conoció personalmente a Jesús y formó parte del grupo de los Doce desde sus inicios (cf. Mc 1,16-20), mientras que san Pablo se incorporó a la Iglesia unos dos años después de la Ascensión del Señor, cuando Él mismo se le apareció para llamarle (cf. Hch 9,1-9). Y si san Pedro era un inculto pescador (cf. Hch 4,13), san Pablo era un fariseo bien formado (cf. Hch 22,3). Pero ambos tenían también importantes puntos en común.

Por una parte, les unía una profunda experiencia de pecado. San Pedro, que tenía un corazón impetuoso, pero débil, negó al Señor tres veces antes de ser crucificado (cf. Mc 14,66-72). Y san Pablo, que era un estricto observante de la Ley mosaica, cegado por su celo, persiguió a muerte a los primeros cristianos (cf. Hch 22,4-5). Como pasa con el publicano de la parábola que reza humildemente en el Templo (cf. Lc 18,9-14), sobre

la conciencia de ambos Apóstoles recaían grandes pecados, de los que se arrepintieron toda su vida y con cuya vergüenza tuvieron que vivir hasta la muerte.

Pero no fueron vencidos por los remordimientos y la vergüenza, porque su sincero arrepentimiento les permitió experimentar el perdón de Aquel a quien tanto daño hicieron. Lloraron amargamente de dolor ante su pecado, pero sobre todo lloraron de alegría al verse liberados de su aciago poder. Comprobaron en carne propia que, efectivamente, Jesús venció al pecado y a la muerte, pues ambos, en esta vida terrena, murieron al pecado y renacieron a una vida nueva. Y más tarde ésta alcanzó su plenitud al darlo todo como mártires, alcanzando así la resurrección final.

San Pablo y san Pedro tuvieron una viva experiencia del misterio de la Redención, y esto les convirtió en «hombres nuevos», renovados en Cristo (cf. Ef 4,17-24). Ello les ayudó a tener una profunda fe en Jesús como Hijo de Dios, a anunciar su resurrección (cf. Hch 2,14-24; 1Co 15,1-20) y a entregarle totalmente su vida (cf. Gal 2,20).

Como vemos, estos dos grandes Apóstoles son una viva prueba de aquello que Jesús le dijo a Simón el fariseo ante la humilde presencia de la mujer adúltera: *a quien mucho se le perdona, muestra mucho amor* (cf. 7,36-50). Por eso, en aquel paseo por la playa con Jesús resucitado, a san Pedro le salieron del alma estas palabras: «*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te amo*» (Jn 21,17).

Dios sabe sacar el mayor bien del peor de los males, cuando media nuestro arrepentimiento. No hay nada ni nadie irremisiblemente desencaminado en esta vida, pues Dios siempre tiene la última palabra.

Como vemos, tener una fuerte vivencia de pecado y redención, ayuda a amar a Dios. Pero en modo alguno es necesario. No tiene sentido buscar deliberadamente cometer un gran pecado con vistas a vivir después una gran experiencia del amor a Dios. Eso sería una farsa que no conduce a nada bueno, pues el buen cristiano ha de intentar siempre no pecar.

Ciertamente, a san Pedro y san Pablo les marcó profundamente su experiencia de pecado y redención. Les convirtió en grandes cristianos. Pero podemos estar seguros de que si ambos hubieran podido retroceder en el tiempo, habrían rectificado para no cometer aquellos graves errores.

Sabemos de muchos grandes santos que nunca cometieron grandes pecados, pero ello no les impidió sentirse plenamente redimidos por Jesús. La clave no está en la maldad de los pecados que uno comete, sino en la capacidad de arrepentimiento que uno tiene: eso es lo que nos hace abrirnos a la gracia de Dios.

En efecto, eso es así... pero también es cierto que nosotros somos débiles... y las circunstancias de la vida pueden conducirnos, quizás, a cometer terribles errores, como les pasó a san Pedro y san Pablo. Pues bien, ellos nos muestran con su vida que uno no queda necesariamente a merced del poder del pecado, por muy grave que éste sea, pues Jesús resucitado venció al mal y nos abrió las puertas de la redención.

Cuando media el sincero arrepentimiento, Dios puede transformar al peor de los pecadores en el mejor de los cristianos.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Bartolomé de los Mártires, un pastor según el corazón de Dios

*«Os daré pastores, según mi corazón,
que os apacienten con ciencia y experiencia»
(Jer 3,15)*

En este artículo nos acercamos a la imponente figura de fray Bartolomeu Fernandes dos Mártires, o simplemente Bartolomé de los Mártires, un humilde dominico portugués que llegó a arzobispo de Braga y que fue beatificado por Juan Pablo II el 4 de noviembre de 2001. Aparte de su biografía clásica¹, disponemos de importantes estudios realizados hace varias décadas por el historiador dominico Raúl de Almeida Rolo, además de otros publicados con motivo del cuarto centenario de su muerte. En cualquier caso, ofrecemos todos los textos en su traducción castellana.

PERFIL DE UN DOMINICO QUE LLEGÓ A ARZOBISPO

Antes de adentrarnos en el ministerio episcopal del llamado «arzobispo santo», debemos presentar los trazos principales de su figura. Bartolomé de los Mártires

1. LUÍS DE SOUSA, *Vida de D. Frei Bertolameu dos Mártires* [1619], Lisboa, IN-CM, 1984.

había nacido en Lisboa en mayo de 1514, en el seno de una familia sencilla. Ingresó en la Orden de Predicadores en noviembre de 1528, recibiendo como dominico la influencia de los ideales reformadores que remontaban a Fr. Juan de Hurtado y que en aquel momento lideraba en Portugal el también castellano Fr. Jerónimo Padilla. Dedicado a la docencia en Batalha y en Évora, Bartolomé fue promovido al grado de maestro en Teología en el capítulo general de la Orden celebrado en Salamanca en mayo de 1551.

Era prior del convento de Benfica cuando a finales de 1558 fue preconizado arzobispo de Braga. La sede bracarense era la primada de Portugal, e incluso de las Españas, como Fr. Bartolomé reclamará en Trento. Conviene recordar que en aquel tiempo la diócesis de Braga era mucho más extensa que en la actualidad, pues abarcaba todos los territorios que hoy pertenecen a Vila Real y a Viana do Castelo (ambas erigidas ya en el siglo XX) y la parte sur de la actual diócesis de Braganza-Miranda. Además, el arzobispo era señor temporal de la ciudad de Braga.

A sus cuarenta y cinco años, Fr. Bartolomé entró en su diócesis en octubre de 1559, entregándose por entero a su nueva misión. Posteriormente, dejando como gobernador diocesano al dominico Juan de Leiría, el arzobispo participó en la tercera etapa del Concilio de Trento, donde destacó por su afán renovador². Antes de marchar a Trento había vivido dos intensos años de actividad pastoral en la archidiócesis bracarense, que

2. Cf. *Documenta Bartholomaeana Tridentina. Intervenções Conciliares*, Braga, 1990.

le habían hecho sentir sobre el terreno la imperiosa necesidad de una profunda reforma eclesial, buscando una mayor coherencia entre sus principios divinos y sus estructuras humanas. Esto le daba seguridad y una gran independencia de juicio en sus valientes intervenciones en el aula conciliar.

Más tarde tendrá ocasión de aplicar estos principios, a pesar de obstinadas oposiciones, en el sínodo archidiocesano de 1564 y en el IV Concilio Provincial Bracarense de 1566-1567. Por entonces, apenas regresado de Trento, preparó un catecismo, que incluía una parte con breves sermones para las fiestas principales de Cristo y de la Virgen.

Sin duda uno de los más fecundos decretos de Trento fue el de la creación de seminarios –precisamente llamados conciliares–. El cuerpo sacerdotal, formado desde el principio en los seminarios, debía constituir un escuadrón de apóstoles bajo la autoridad y jurisdicción de su obispo. Sabemos, no obstante, que en muchas diócesis se tardarían más de dos siglos en dar cumplimiento a este decreto. Pues bien, nada más regresar a su diócesis, Bartolomé decidió la fundación de un seminario en Braga. Aprobado por Pío V en 1569, sería inaugurado en octubre de 1572. A este efecto, ordenó una tasa del dos por ciento sobre el rendimiento líquido de los beneficios eclesiásticos no exentos. Además impulsó la formación permanente, a través de la creación de cátedras de «casos de conciencia» en Braga y en Viana.

Nada más ser preconizado como arzobispo de Braga, invitó a los jesuitas para que se instalaran allí.

Pocos meses después escribía al P. Laínez, segundo General de la Compañía, pidiéndole el establecimiento de un colegio. Finalmente, entregó a la Compañía el colegio de S. Pablo, pese a la oposición de los canónigos del cabildo. En nombre de la Compañía aceptó el colegio San Francisco de Borja, siendo el primer rector el beato Ignacio de Azevedo.

Destacó asimismo por la rigurosa administración de los bienes eclesiásticos, empleados exclusivamente para fines pastorales y para socorrer a los pobres. Su espíritu de caridad y de pobreza llegó al heroísmo durante la peste de 1570 y en la carestía de 1574.

En el desempeño de sus cargos se caracterizó por la constancia y la tenacidad. Ahora bien, en cuanto a las relaciones del bracarense con la Inquisición, un dato a tener en cuenta es que durante los años en que Bartolomé de los Mártires administró la archidiócesis de Braga, fueron muy pocos los súbditos suyos que llegaron a ser procesados por el Santo Oficio –incluso poquísimos si los comparamos con los fieles de otras diócesis–, con un uso frecuente de soluciones más inclinadas a la misericordia que al rigor.

En la crisis de la sucesión de 1580, por muerte del rey D. Sebastián de Portugal, Bartolomé conservó la neutralidad aguardando desde Tuy el fallo de los jueces. A insistencia de Felipe II de España, reconocido ya heredero de la corona de Portugal, participó, con los demás preladados y nobleza del reino, en las Cortes de Tomar (abril de 1581).

Después de porfiadas instancias, Gregorio XIII le aceptó la resignación de su cargo a finales de 1581.

Bartolomé la ratificó el 20 de febrero de 1582. A partir de ese momento se retiró al convento de Viana do Castelo, que había sido fundado por él. Allí fallecería el 16 de julio de 1590.

OBISPOS, REFORMISMO Y SANTIDAD

Dentro del impresionante conjunto de reformadores que produjo la Península Ibérica a lo largo del siglo XVI, hubo una buena gavilla de obispos. Entre éstos, sin duda, ocupan un destacado lugar dos aureolados por la santidad: el dominico Fr. Bartolomé de los Mártires y Juan de Ribera. Ambos nunca se encontraron personalmente en vida, ya que Ribera no tuvo tiempo de acudir a Trento. Pero esta falta de relación directa quedó suplida por la palabra escrita y sobre todo por la mediación de amigos comunes, especialmente Fr. Luis de Granada. Asimismo, el itinerario de ambos se cruza con otros hombres clave del momento, desde Juan de Ávila (de cuyo magisterio, directa o indirectamente se benefician casi todos ellos), al cardenal portugués D. Enrique, pasando por Carlos Borromeo desde Italia.

Precisamente el santo arzobispo de Milán puede considerarse en cierto sentido como discípulo de Fr. Bartolomé a la hora de encarar sus propias responsabilidades episcopales. Además, Bartolomé –durante su estancia en Roma– fue el detonante para el inicio de la amistad entre Borromeo y Luis de Granada. Pero sobre todo, para el dominico granadino, los arzobispos de Braga, Valencia y Milán formaban un espléndido triunvirato episcopal, con un cierto aire de familia,

tanto por sus afanes reformistas, como por la semejanza de métodos pastorales practicados.

Fr. Luis, como nexo principal y especial catalizador, comienza la biografía de su cohermano lisboeta Bartolomé con estas significativas palabras: «Para que vean nuestros tiempos (a quien echamos la culpa de nuestros defectos) que sin tanto resplandor y aparato, no faltando la virtud, se puede muy bien gobernar la Iglesia, propondré aquí un ejemplo muy notorio de nuestra edad»³.

Importa señalar que fue el dominico granadino quien propuso a Fr. Bartolomé ante la reina regente Catalina de Austria para la sede bracarense: «Le dio información de sus letras, virtud y religión, y entre otras cosas le afirmó que puesto en esta dignidad no había de mudar nada del trato y humildad que en su Orden tenía»⁴. Más aún, fue quien con su autoridad de provincial le obligó a aceptar la mitra en agosto de 1558: «Le llamó a capítulo después de completas, y en presencia de todo el Convento de Santo Domingo de Lisboa, después de haberle hecho una plática conforme al propósito, haciéndole postrar en tierra le mandó en virtud de santa obediencia y so pena de descomunión mayor *latae sententiae* que aceptase aquel nombramiento»⁵.

Más tarde, el granatense ayudaría a su cohermano en su renuncia a la mitra. En este sentido es funda-

3. FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras completas*, Madrid, FUE – Dominicos Andalucía, 1994-2008, 52 vols.; aquí *Obras completas-XVI*, p. 156 [153-206].

4. *Ibid.* p. 161.

5. *Ibid.*, p. 162.

mental una carta que Fr. Luis escribe a Juan de Ribera el 14 de octubre de 1583. Por ella sabemos que Ribera le había preguntado a Fr. Luis sobre el bracarense, al que llama «*nuestro* santo arzobispo de Braga»:

«En la otra pasada se me olvidó responder a Vuestra Señoría acerca de nuestro santo arzobispo de Braga: el cual, gastados 18 años en el gobierno de aquella su iglesia, acabó con Su Santidad con favor de Su Majestad que le quitasen aquella braga de hierro, que él llamaba, y así se recogió a un monasterio nuestro que él fundó; y allí, muerto a todas las cosas del mundo, vive para solo Dios y para gustar de aquellos dulces bocados que en su libro nos dejó»⁶.

Se refiere al *Compendio de doctrina espiritual*, obra que tenía Ribera en su biblioteca. Sigue escribiendo Fr. Luis en la misma misiva sobre el régimen de vida adoptado por Bartolomé en su retiro:

«No tiene más que un solo criado, y pidió para sustentarse no más que 60.000 maravedíes; mas Su Majestad le mandó dar mil ducados de pensión; y éstos gasta con pobres, y conserva en esta vida el estilo que tenía en la otra, que es dar la mitad de la comida que le ponen por Dios: de modo que si le ponen una tortilla de huevos delante, parte la mitad de ella con un cuchillo por medio y come la mitad, y manda dar la otra al pobre»⁷.

6. GRANADA, *Obras completas-XIX*, p. 119.

7. *Ibid.*, p. 119.

EL *ESTÍMULO DE PASTORES*

Fr. Bartolomé diagnosticaba en Trento que la mayoría buscaba en la dignidad eclesiástica honras, no deberes; placeres, no trabajos; leche y lana, no el cuidar las ovejas⁸. Vemos, pues, que no le tembló la voz ni la pluma para atacar con contundencia los abusos arraigados entonces. En España, en los años inmediatamente anteriores, había destacado el agustino Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia y uno de los autores que en sus sermones denunciaron con mayor fuerza a los obispos de su tiempo, acusándolos de avaricia, soberbia, ambición y mundanización.

Pues bien, en esta misma línea hemos de colocar el *Stimulus pastorum* (*Estímulo de pastores*) de Fr. Bartolomé de los Mártires, obra que coronaba otras anotaciones anteriores escritas por él como profesor de Teología, así como sus intervenciones en el Concilio. Conviene recordar, además, que el *Estímulo* fue publicado en 1565⁹, a iniciativa de Luis de Granada. Esta obra bartolomeana ha tenido desde entonces una extraordinaria difusión, con unas veinte ediciones en diversas lenguas, convirtiéndose en libro clásico en la materia. Dividido en dos partes, en la primera recoge preciosos textos patristicos sobre el episcopado; mientras que en la segunda –más interesante para conocer el pensamiento personal del autor– explica la misión y funciones del obispo y pastor.

8. Cf. *Documenta Bartholomaeana Tridentina*, pp. 156-157.

9. Nos servimos de la última edición: *Estímulo de pastores*, Braga, Mov. Bartolomeano, 1981, bilingüe (texto latino original y traducción al portugués).

Veamos ahora el contenido concreto de esta obra. Podríamos sintetizar el principio fundamental bartolomeano acerca del episcopado con la expresión «servir a la grey», en cuyo trasfondo se levanta la figura de Cristo Buen Pastor. Para Fr. Bartolomé urge recobrar el espíritu que animó a la Iglesia en sus comienzos. Esta Iglesia antigua o primitiva debe ser el modelo para todos los tiempos.

Fr. Bartolomé considera necesario comenzar la reforma desde arriba. El dominico portugués da plenamente en el blanco cuando apunta las llagas que afectaban a la curia, atreviéndose en Trento a pronunciar aquella famosa sentencia: «Los ilustrísimos y reverendísimos cardenales necesitan una ilustrísima y reverendísima reforma»¹⁰. Al mismo tiempo, su teología, basada en la reflexión sobre la propia naturaleza de las cosas, le lleva a una serie de consecuencias en cuanto al deber de residencia, abolición de la pluralidad de beneficios, anexión de algunos beneficios a las iglesias pobres, etc.

Una cuestión previa y de máxima importancia era la selección de los candidatos al episcopado. Cuestión hartamente difícil, pues para Bartolomé el episcopado era –o debía ser– la cumbre de la perfección y la santidad. Por otra parte, postula el origen divino de los poderes sacros y jurisdiccionales de los obispos. De donde, con audacia, concluye que ésa es la piedra de toque para afrontarlos seriamente, con peligro de la propia salvación eterna. El dominico recuerda una disposición

10. SOUSA, *Vida*, p. 183.

del IV Concilio de Cartago: «En la elección de un obispo, examínese primero si es persona prudente, dócil, equilibrada y activa, o si anda siempre pensando en sus negocios»¹¹. Para esta delicada elección debería crearse un colegio electoral designado por el metropolitano. Los posibles candidatos debían pasar por un riguroso examen antes de ser promovidos. Quedarían descartados los que mostrasen apetencia por ser obispos (recuérdese como contrapunto el personaje presentado por el dramaturgo Gil Vicente, que a toda costa quería que lo hicieran obispo, aunque fuera de un islote desierto: el Fr. Narciso de *Romagem de agravados*, obra de 1533). Además, claramente prefiere a los teólogos sobre los canonistas. Ante la dura apreciación de que en la cátedra de Cristo se han sentado jóvenes y estúpidos («*iuvenes et fatui*»), pide que sólo se admitan al episcopado sujetos mayores de treinta años¹². Y, por supuesto, excluye la acumulación de diócesis: «Que nadie pueda tener dos iglesias catedrales»¹³.

Hay también una concepción esponsal, de unión cuasi-matrimonial del obispo con su diócesis. Este vínculo se desvirtúa con el absentismo cuando los obispos sólo se preocupan por despojar a sus esposas, las iglesias, y no viven ni cohabitan con ellas¹⁴.

Veamos ahora, brevemente, algunos aspectos concretos de su ideario pastoral.

11. *Estímulo de pastores*, p. 321.

12. Cf. *Documenta Bartholomaeana Tridentina*. pp. 162-163.

13. *Ibid.*, pp. 24-25.

14. Cf. *Ibid.*, pp. 118-119.

La obligación de la residencia

La obligación de la residencia de los pastores junto a sus fieles, de derecho divino, fue el gran caballo de batalla de Fr. Bartolomé en Trento, como un mínimo elemental e imprescindible: «tremendo abuso es el no residir, puesto que es la principal raíz de muchas calamidades»¹⁵. Este motivo provocó sus más encendidas intervenciones en el aula conciliar. Allí debió de sonar de modo impresionante la terrible imprecación del bracarense: «¡Ay, padres, en qué tiempos hemos caído! [...] que los guardianes están ciegos, son perros mudos incapaces de ladrar»¹⁶. Se trata de una expresión del profeta Isaías (56,10) muchas veces repetida a lo largo de la historia de la Iglesia.

La provisión de parroquias y beneficios

La provisión de parroquias ha sido siempre un asunto harto delicado para los obispos, pero en aquellos tiempos estaba especialmente sujeta a ambiciones en relación con los rendimientos materiales. Bartolomé de los Mártires señala que la principal preocupación del obispo debe ser la colación de los beneficios. Y a continuación clama contra los pastores que confían su rebaño a manos homicidas¹⁷.

15. *Ibid.*, p. 88.

16. *Ibid.*, p. 138.

17. Cf. *Estímulo de pastores*, pp. 142-143.

Visitas pastorales

Bartolomé sabe bien que entre todos los cuidados pastorales para un obispo, el principal es visitar su diócesis: «Pues es la visita como el alma del gobierno episcopal». Más aún, no le basta con enviar varones virtuosos para visitar las parroquias, sino que es preciso que vaya él mismo en persona¹⁸. Lo escribió y lo cumplió, ejercitándolo durante todo su ministerio episcopal con todas sus partes: predicación, corrección de abusos y consolación de la grey, y administración del crisma. Especialmente famosa fue la «jornada» del arzobispo para visitar la agreste comarca trasmontana de Barroso.

La predicación, deber primordial

No hará falta recordar aquí la singular importancia de la predicación en todos los tiempos y singularmente a lo largo de la Edad Moderna, pero sí debemos destacar que antes del Concilio de Trento los obispos pocas veces desempeñaban personalmente este ministerio. Pues bien, todo el capítulo séptimo del *Estímulo de pastores* está dedicado a este tema, para afirmar la obligación de los pastores de predicar personalmente el Evangelio. En él recuerda los ejemplos de santos antiguos como Gregorio, Ambrosio y Agustín, para clamar a continuación contra los obispos que abandonan la predicación para dedicarse a los asuntos forenses. Porque la palabra del obispo es insustituible: aunque

18. Cf. *Ibid.*, pp. 168-169.

fuera menos docto o menos elocuente, su palabra de pastor tiene una unción especial, así como la leche de la madre es más útil que la de la nodriza¹⁹.

Administración de los bienes materiales de la Iglesia

Siguiendo la doctrina de los más avanzados reformistas de su tiempo, Bartolomé tuvo siempre muy clara la función pastoral de los bienes eclesiásticos, ordenados primariamente para el culto divino y para beneficio de los pobres. Progresivamente su pensamiento se fue haciendo más exigente, traspasando los límites de la pura justicia y tocando alturas de caridad heroica; pues no en vano la caridad generosa fue la mayor de sus virtudes. Para él estos bienes son «sangre de pobres» y es deber principal del prelado socorrer a los necesitados²⁰. Vinculada con ello está la sencillez evangélica como estilo de vida, que llegó a ser casi una obsesión para el prelado bracarense.

La vida interior

Entre los tratadistas de su tiempo, Fr. Bartolomé es el único que apunta una idea original acerca de la devoción y de la oración episcopal. El obispo ha de ser ante todo un hombre de intensa vida interior, pues la devoción es la fuente de agua viva que fecunda el ejercicio de todas las virtudes del pastor. Esta vida de oración es compatible con la actividad externa; más aún,

19. Cf. *Ibid.*, p. 249.

20. Cf. *Ibid.*, 187-199.

la consolación espiritual fortalece al alma para soportar las fatigas del trabajo pastoral.

El único descanso del obispo debe consistir en retirarse a veces a la soledad, para orar y meditar con especial fervor, pues sólo puede ejercer las obras de amor al prójimo quien arda en amor de Dios. De modo especial, el obispo no debe dejar la celebración cotidiana de la misa. Su primer oficio como pastor espiritual debe ser orar y ofrecer el santo sacrificio por el pueblo²¹. Por lo demás, la santidad del obispo encierra un alto valor de ejemplaridad, pues a él se vuelven las miradas de todos los fieles.

Desde el punto de vista de su propia experiencia espiritual, sabemos que Bartolomé intensificó su ejercicio de la oración al asumir el *munus* episcopal. Además, el amor a la Eucaristía fue característico del prelado dominico, como centro de su vida de piedad.

Fortaleza episcopal

Dentro de este tema entran una serie de condiciones necesarias para la función episcopal: la firmeza, la intrepidez, la paciencia y la constancia –que se corresponden básicamente con los capítulos octavo y noveno del *Estímulo*–. De ahí que el ministerio pastoral así entendido puede ser asimilado a una forma de martirio del corazón²².

21. Cf. *Ibid.*, pp. 203-212.

22. Cf. *Ibid.*, p. 277.

El propio bracarense ilustra esta virtud con su vida. Franco de carácter y de ánimo fuerte y sincero, será el tenaz paladín de la verdad y el bien de la Iglesia. Sufre impertérrito las contradicciones, mientras rechaza todo cuanto pudiera hipotecar su libertad de expresión y de acción; en particular cuando decidió visitar las iglesias de la ciudad de Braga, que tradicionalmente se consideraban jurisdicción del cabildo.

Otros aspectos

Un obispo debe mantenerse en su puesto mientras pueda ser útil a las almas. Por tanto, sería mezquino el obispo que ante la adversidad quiera sacudirse el peso de la mitra para tener una vida más tranquila. Así lo afirma claramente Bartolomé en su capítulo contra la pusilanimidad, los escrúpulos y la vana tristeza que muchas veces asaltan a los pastores piadosos²³. Sin embargo, la renuncia tendría todo el sentido cuando faltaran las fuerzas para cargar con las responsabilidades propias del ministerio, como lo ejemplifica con su propia vida.

Ahora bien, Fr. Bartolomé ni por un momento se olvidó de su condición de fraile, «había experimentado que sólo en el desierto de la religión goza de vida segura y descansada quien estima y sabe conocer el precio de la verdadera libertad»²⁴. En este sentido es significativa la vocación eremítico-contemplativa de Fr. Bartolomé, tantas veces repetida en su biografía.

23. Cf. *Ibid.*, pp. 303-320.

24. SOUSA, *Vida*, p. 29.

No podemos tampoco omitir un rasgo llamativo en su vida como es su ascesis extremada, subrayada por su biógrafo como «espejo de observancia». Así, cuando acabada la temporada de las visitas, se retiraba a un convento, donde «se tomaba cuenta de las noches que se le habían pasado sin tomar disciplina [...], y se pagaba largamente con penitencias dobladas»²⁵. A este respecto, Sousa pone en boca del arzobispo palabras tan recias como las siguientes:

«Que el jergón frío y duro le recordase la tierra en que había de yacer sepultado. El cilicio continuo de la túnica de lana, áspera y mordiente, el aguijón de la muerte. Los bichos que la estameña criaba y ya en vida comenzaban a hacer pasto de nuestras carnes, fuesen unos amonestadores de lo que había de ser de ellas dentro de poco tempo. Y, en fin, la celda falta de todo le hiciese dar suspiros por el Cielo, donde sobra todo»²⁶.

En suma, Bartolomé de los Mártires representa el ala avanzada del reformismo de su tiempo. Sinceridad, radicalismo evangélico, ascetismo riguroso, de inspiración más medieval que erasmiana, son las notas características del pensamiento y de la vida de este verdadero hijo de santo Domingo de Guzmán.

EDUARDO JAVIER ALONSO ROMO, C.V.X.
Salamanca (España)

25. *Ibid.*, p. 364.

26. *Ibid.*, p. 489.

Sermón de las Siete Palabras

1.^a PALABRA: «PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN» (Lc 23,34)

¡Estoy triste! He realizado muchas obras buenas entre vosotros y no las habéis tenido en cuenta. Mi amor por vosotros no ha sido acogido. Quise cobijaros bajo mis brazos, como la clueca hace con sus pollitos (cf. Mt 23,37), y no os habéis dejado... En cambio, habéis roto mi cuerpo a latigazos y habéis clavado en una cruz lo que ha quedado.

Pero habéis invocado sobre vosotros y sobre vuestros hijos mi Sangre... ¿Qué he de hacer sino perdonaros y abrazaros en la cruz?, pues para esto he venido, para derramar por vosotros mi Sangre y salvaros por ella, en la que se realiza el nuevo Pacto de Amor Incondicional de Dios con vosotros.

Padre mío, me matan en tu nombre los que no acogieron tus palabras ni quisieron ver tus obras. Padre mío, me rechazan a mí, pero Tú que me enviaste no te sientas rechazado. No, «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*», aunque, al hacerlo, cumplan todas las profecías sobre Mí. Sí, Padre, Tú los amas hasta el extremo y Yo también.

Hijos míos queridos, os amo sin medida. Dejaos querer por Mí, dejaos salvar por Mí. Ya sé que a veces no os sale, pero volved siempre a Mí, nunca os quedéis

caídos en vuestro pecado. Dejaos levantar por mi Amor, para recibir la Vida que os gané en la Cruz.

2.^a PALABRA: «EN VERDAD, EN VERDAD TE DIGO:
HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO» (Lc 23,43)

Todos vociferan y se ahogan en sus palabras contra Mí... ¡hasta los dos malhechores, que comparten suplicio conmigo!

Sin embargo, qué distintos son: por los dos habla el miedo, la angustia, la desesperación, aunque sus palabras no les bajarán de la cruz; sin embargo, uno de ellos ya ha comenzado a escuchar en su interior la voz de mi Padre que le ama y que le dice, al igual que un día lo hizo con Pedro –cuando les pregunté quién creían ellos que era el Hijo del Hombre (cf. Lc 9,18-24)–, quién soy Yo en verdad.

Sí, amigo Dimas, hijo mío, lo has adivinado, mi Padre te ha inspirado la respuesta: Yo soy tu Dios y tu Redentor, y estoy clavado aquí, en la Cruz, por tus pecados... ése es todo el mal que Yo he hecho.

Querido Dimas, mírame: ¿Cómo no voy a acordarme de ti tras mi muerte, en mi Reino, si ya me estoy fijando en ti desde ahora y te estoy amando y salvando desde mi Cruz? Tú me das tu compasión y arrepentimiento, me das tu corazón y tu vida, y Yo te digo: «*En verdad, en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso*».

Hijos míos queridos: Nunca es tarde para volver a mis brazos y acoger mi Amor y mi Salvación. Algunos, como Dimas, necesitan toda una vida para, en el último minuto, dejarse amar y salvar por Mí, pero mis

brazos están siempre abiertos al abrazo y mi corazón jamás permitirá que la herida de la lanza se cierre, para que en él entréis y quepáis todos,... todos vosotros, con tal de que queráis pertenecer a él.

3.^a PALABRA: «MUJER, HE AHÍ A TU HIJO;
HIJO, HE AHÍ A TU MADRE» (JN 19,26-27)

Querida mamá: ¡Cuánto has sufrido por mi causa desde que Yo era tan sólo un niño de pecho hasta hoy, en que me ves morir en una cruz!... Y todo lo guardaste y meditaste siempre en tu corazón.

Querida mamá, siento el sufrimiento que estás pasando hoy, al ver morir a tu Hijo querido de esta manera, entre tanta infamia, pero, Madre mía querida, ésta era la hora que te decía (cf. Jn 2,4), éste es el momento y la manera, para esto he venido, pero, por favor, no mires mi muerte, sino el Amor que se derrama desde la Cruz, pues es ahora que atraeré a todos hacia Mí.

Sí, Madre querida, ya sé que hubieras querido estar tú aquí, en mi Cruz, en lugar mío y, sin embargo, ya ves, morimos los dos: Yo en la Cruz y tú a los pies de la Cruz, a mis pies.

Madre mía del alma, ¡cuánto estás sufriendo! Y, sin embargo, aún he de pedirte una cosa más, un último favor a ti, como Madre mía que eres: Ensancha la tienda de tu corazón y acoge en él a todos los que me han sido confiados; ya sé, mamá, que son ellos los que me hacen morir, pero te lo pediré en la persona de aquél que más me amó: «*Mujer, he ahí a tu hijo; hijo, he ahí a tu Madre*».

Sí, Madre, así lo he dispuesto: tú no quedarás sola y, a cambio, ellos no quedarán huérfanos. Ahora son hijos tuyos también; sé que tú los amas y los perdonas como Yo lo hago. Y descuida, cabrán todos en tu Corazón de Madre, como ya caben todos en mi Corazón de Dios.

Hijos míos queridos: Ahí tenéis a mi Madre y vuestra Madre. Dejaos querer por ella y dejaos guiar siempre por ella al encuentro conmigo, a la Salvación.

4.^a PALABRA: «¡DIOS MÍO, DIOS MÍO! ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?» (MC 15,34; MT 27,46)

Estoy solo entre el Cielo y la Tierra: abandonado de los de «abajo», que no quieren mi divinidad, y también de los de «arriba», que no quieren mi pecado... Y, sin embargo, éste que podría ser un sentimiento posible en esta hora de angustia y desolación, no es para nada cierto, pues Tú, Padre, estás siempre conmigo, especialmente en estos momentos difíciles en que más cumplo tu Voluntad.

¡Padre!, ¡Cuánto me acuerdo de Ti! Tú siempre estás en mi pensamiento. ¡Cuánto te echo de menos! Pero sólo un poco más, cuando haya apurado mi cáliz y haya cumplido toda tu Voluntad, y nos volveremos a ver... y no iré solo, la humanidad por Ti creada me acompañará, ya redimida, cual cortejo victorioso, a tu encuentro...

Padre querido: Tú siempre estás conmigo y esto me lleva a alabarte y bendecirte, precisamente en estos momentos... ¿Cómo no orar desde mi Cruz?...

Padre mío querido, ¿Cómo era aquel salmo del Rey David que describía mi pasión y acababa alabándote

por ella?... ¿Cómo empezaba?... ¡Ah, sí, ya lo recuerdo!: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?...».

Hijos míos queridos: ¡Dios no os abandona nunca, pues os he prometido estar con vosotros todos los días de vuestra vida, hasta el final de los tiempos!... ¡Cuántas veces la cruz os hace creer que os he abandonado o que os la he dado porque no os quiero! Y os enfadáis y enemistáis conmigo a causa de vuestra cruz. ¡Qué gran error, que aprovecha el Enemigo para vuestra desesperación!

Sabedlo bien, hijos míos, Yo no soy el origen de vuestro sufrimiento, pero lo permito sólo cuando el Bien de Gracia y Santidad que saldrá de él es mayor que dicho sufrimiento y éste me es ofrecido con paciencia y resignación... y por qué no decirlo, con alegría, generosidad y amor, como Yo os ofrecí el mío, para vuestro bien.

Y aún os diré una cosa más: Si me dejáis, Yo os ayudaré a llevar la cruz, como Yo me dejé llevar la mía, pues todas las cruces están hechas para ser llevadas entre dos: cada uno de vosotros y Yo, hasta la Casa del Padre.

5.^a PALABRA: «TENGO SED» (JN 19,28)

La Samaritana entendió, junto al pozo de Jacob, que Yo soy la Fuente de Agua Viva que salta hasta la Vida Eterna y que quien bebe de Mí, ya no tendrá jamás sed y, por ello, me dijo: «Señor, dame siempre de ese agua» (Jn 4,15).

¡Qué gran verdad!... Y, sin embargo, «*tengo sed*». Siempre he tenido sed y siempre tendré sed. No porque

no sea ya esa Fuente de Agua Viva que se está derramando continuamente sobre todos para que no paséis sed. Juan es testigo: Después de la lanzada, tras la sangre, salió agua... ¡hasta la última gota de mi Sangre y hasta la última gota de mi Agua! Un torrente de Agua Viva que os hace saltar hasta la Vida Eterna.

«*Tengo sed*», ¡el Agua Viva tiene sed!, pero sed de vosotros, sed de vuestra salvación, sed de que os dejéis amar y perdonar por Mí, sed de que volváis a la Casa del Padre, sed de que estéis, también vosotros, como el buen ladrón, en mi Paraíso.

Queridos hijos míos: Seguid bebiendo de mi Fuente con vuestro Bautismo y vuestra Eucaristía. ¡Qué triste es que, teniendo el Agua Viva siempre a vuestro lado, viváis la vida muertos de sed! Venid y bebed en Mí de balde y ya no tendréis jamás sed. Venid y apagad en Mí vuestra sed de amor, vuestra sed de justicia y plenitud, vuestra sed de mi Palabra y de mi Presencia, y saltad conmigo hasta la Vida Eterna.

6.^a PALABRA: «TODO ESTÁ CUMPLIDO» (JN 19,30)

No he venido a cumplir, sino a amar. No he venido a abolir, sino a dar plenitud (Mt 5,17). Padre glorifica mi obra, pues en verdad «*todo está cumplido*». Te he glorificado en la Cruz y estoy atrayendo a todos hacia Mí. Padre, me enviaste a traer el Cielo a la Tierra y a atraer a la Tierra hacia el Cielo y ahora soy el broche de esta unión, clavado en la Cruz, entre el Cielo y la Tierra.

He dicho tus Palabras, las que te he escuchado a Ti. He hecho tus obras, las que te vi hacer. He hecho andar

a los cojos y ver a los ciegos. He predicado a los pobres tus riquezas y he proclamado el Año Eterno de Gracia desde la Cruz.

Sí, Padre, «*todo está cumplido*» y el Amor ha sido derramado en todo, en todos y en todas partes, pues los dos hemos amado hasta el extremo: Tú, enviándome, y Yo, siendo enviado.

Padre, se ha cumplido la hora y ahora es el momento de abrir el Cielo y abrazarnos: el Dios Creador, el Dios Redentor y la Humanidad creada y redimida.

Hijos míos queridos: La semilla está sembrada, una semilla de salvación que debéis hacer crecer cada uno de vosotros, pues vosotros sois esa semilla; ahora es pequeña como un granito de mostaza y deberá hacerse frondosa como un árbol capaz de cobijar a los llamados y de contagiar la salvación.

¡Cuidad de que no se malogre su fruto y de que no se transforme en cizaña ni en mala hierba! Es tiempo de dar el treinta, el sesenta o el ciento por uno, pues las mieses de la tierra han de estar en su sazón para la siega. Dios ha cumplido su parte; dejad que Dios cumpla ahora, en cada uno de vosotros, la vuestra.

7.^a PALABRA: «PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU» (LC 23,46)

Sí, Padre, de Ti salí y ahora vuelvo a Ti. Que con mi regreso a tu presencia comiencen los Cielos nuevos y la Tierra nueva, donde Tú lo serás todo en todos y donde todo se recapitulará en Ti.

Una nueva Creación y una nueva Humanidad, recreada y redimida, que podrá volver a la Casa del

Padre, de su Padre, como el hijo pródigo de la parábola (cf. Lc 15,11-32), y ser abrazada por Ti, como hijos tuyos muy queridos, en tu Hijo único, su Hermano mayor, pues ahora todos ellos llevan mi Sangre y mi Rostro, todos ellos llevan tu Gracia y tu Salvación... Creados a imagen y semejanza tuya, recreados a imagen y semejanza nuestra.

Así pues, Padre, ya que está todo hecho y todo se ha cumplido, *«en tus manos encomiendo mi Espíritu»*. Tres días más y me lo devolverás para salir del seno de la tierra. Cincuenta días más y lo derramarás sin medida en la humanidad recién rescatada, recién redimida, en Pentecostés, y la renovarás y la recrearás,... y nacerá mi Iglesia, tu Iglesia,... y ellos serán tu Pueblo, nuestro Pueblo, y Tú serás..., los tres seremos: Padre, Hijo y Espíritu Santo, su Dios,... y nuestra Casa será su Casa, su Paraíso, su Cielo, por la Eternidad.

Hijos míos queridos: Adonde Yo voy, ya sabéis el camino, pues *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»* y *«nadie va al Padre si no es por Mí»* (Jn 14,6). Dejaos atraer por Mí, pues en verdad os digo que no hay otro nombre entre el Cielo y la Tierra que os dé la Salvación. Os amo, hijos queridos, dejaos amar y salvar por Mí, seréis felices aquí en la Tierra y dichosos para siempre, después, en el Cielo. Os abrazo y os bendigo a todos. Que así sea. Amén.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Madrid (España)

Convertíos y creed en el Evangelio

Una reflexión acerca de la Cuaresma

Durante este Santo Tiempo se multiplican los ejercicios cuaresmales buscando la penitencia y el sacrificio.

Fijémonos en cómo se da comienzo a la Cuaresma con la ceremonia de la Imposición de la Ceniza. Durante siglos hemos oído aquella conocida sentencia: «*Polvo eres y en polvo te convertirás*». Pero, ¿se han fijado en cómo la Liturgia *renovada* después del Vaticano II presenta un texto nuevo más esperanzador y más concorde con el comienzo de la predicación pública de Jesús (cf. Mc 1,15)? En efecto, desde ya hace algunos años, la Liturgia de este rito tan particular suena como sigue: «*Convertíos y creed en el evangelio*», que aparece como primera opción para el celebrante, dejando el antiguo texto como segunda opción.

Ciertamente el nuevo texto manifiesta una espiritualidad cuaresmal distinta y renovada, a modo de movimiento ascendente y preparatorio hacia la cumbre del Año Litúrgico: *la Pascua*.

En su vivencia litúrgica, la Iglesia no quiere que la atención principal se dirija sólo al pecado en sí y a nuestra condición de pecadores. Ciertamente lo somos, pero no somos pecadores perdidos, condenados. La crucecita con la cual se nos marca la frente en la Imposición de la Ceniza no significa que seamos pecadores

cualificados e irremediabilmente perdidos, sino que Cristo nos abrió las puertas de la salvación al morir en la Cruz. Siendo pecadores, estamos llamados a la *esperanza* en Cristo Resucitado y Resucitador.

Con la cruz de la ceniza somos un signo de esperanza. Y ésta se hace realidad en nuestra conversión, en nuestra Pascua. Esto es lo que implica la Pascua: *dar un paso a una vida nueva* de perdón, de sanación, de liberación, de gracia... ya no de rechazo por el pecado cometido.

Los Evangelios de la Cuaresma presentan esta espiritualidad positiva y esperanzadora: sí, somos pecadores, pero no estamos definitivamente perdidos, rechazados, condenados, sino que somos pecadores en camino de perdón, de reconciliación. Siendo pecadores tenemos confianza en nuestra Pascua espiritual. *La conversión total es posible...* y es progresiva: cada año un paso más.

Es cuestión de tener *fe* en la Buena Nueva.

En esta luz de la espiritualidad renovada de la Cuaresma, merece poner toda la atención en prepararnos para nuestra resurrección espiritual. ¿No es esta resurrección espiritual del creyente una participación positiva, salvífica, sanadora y santificadora en la Pascua de Jesús Resucitado y Resucitador?

Consecuentemente, vale la pena orientarnos no tanto en el pecado como tal, sino en el esfuerzo especial de practicar las virtudes que nos facilitarán la conversión evangélica.

Esta conversión, ciertamente, implica un reconocimiento de nuestros pecados, como primer paso, pero

éste ha de ser seguido por otros pasos como, por ejemplo: una *opción clara y decidida* por Jesús, por su Evangelio, por su Iglesia, y en profundizar en el conocimiento de la vida y predicación de Jesús, que precisamente comenzó su misión con esta exhortación personal a la *conversión*.

Luego tendremos que esforzarnos en desarrollar una actitud positiva y comprometedoramente mediante una oración constante y más profunda –de adoración, meditación e intercesión–, así como también por medio de actos de caridad y de solidaridad con los oprimidos, los enfermos, los pobres, los marginados, los rechazados dentro de la sociedad o dentro de una comunidad de fe... enmarcado todo ello dentro de nuestra opción por la justicia y la paz, con todas sus consecuencias.

Una iluminación efectiva nos es ofrecida por Jesús en su discurso de las *Bienaventuranzas* (cf. Mt 5,1-12) pues todas ellas promueven una *actitud concreta de virtudes evangélicas*: de espíritu de pobreza, de compasión, de solidaridad, de promoción de la justicia y la paz, de vivir con una opción renovada por Jesús, aceptando, si es preciso, la cruz y el sufrimiento por la causa del Evangelio, ya que Jesús nos hizo partícipes de su Misterio Pascual.

No hay Viernes Santo sin que le siga la Pascua de Resurrección... ni tampoco hay Pascua de Resurrección sin que la preceda el Viernes Santo.

Con esta esperanzadora certeza nos deseamos mutuamente unas ¡FELICES PASCUAS DE RESURRECCIÓN!

FRAY BALTASAR HENDRIKS, O.P.
Nijmegen (Holanda)

Regresa a tu corazón

Agar se siente maltratada por Sara

«El Ángel del Señor la encontró en el desierto, junto a un manantial –la fuente que está en el camino a Sur– y le preguntó: “Agar, esclava de Sarai, ¿de dónde vienes y adónde vas?”. “Estoy huyendo de Sarai, mi dueña”, le respondió ella. Pero el Ángel del Señor le dijo: “Vuelve con tu dueña y permanece sometida a ella”. Luego añadió: “Yo multiplicaré de tal manera el número de tus descendientes, que nadie podrá contarlos”» (Gn 16,7-10).

Sara siente celos hacia Agar y comenzó a maltratarla. Agar decide marcharse de casa. Estaba internándose en el desierto. Desorientada, le sale el Ángel de Yahvé al encuentro.

Aunque el ser humano viva las horas más oscuras, Dios se le va a hacer presente. No hay una noche tan oscura en la que Dios no pueda hacerse luz. «Dios es aquel que puede ver en una noche negra, sobre una piedra negra, una hormiga negra» dice un proverbio árabe.

El Ángel, el mensajero de Dios, únicamente le pregunta de dónde viene y a dónde va. Pero Agar le descarga todo su disgusto al Señor. Fue muy sincera:

«Vengo huyendo». Lo que no dice es a dónde va, pues... ni lo sabía. Dios le escucha y luego le manda volver a su casa, allí hallará la fecundidad: *«Yo multiplicaré de tal manera el número de tus descendientes, que nadie podrá contarlos»*.

Si quieres que tu vida sea fecunda: vuelve a tu casa...

En todos los seres humanos hay una Agar y una Sara. ¿Quién no ha sentido deseos de huir de sí mismo? El ser humano huye de muchísimas formas. Se huye por el alcohol, por el juego, por el trabajo, por buscar con urgencia el cambio... Es muy sutil la habilidad del ser humano para escapar de su propia casa.

Huir de sí mismo es salirse del recinto más maravilloso de la vida. Nos programamos la vida de tal forma que no hay resquicio para que el Ángel de Yahvé nos visite. Escapamos de las visitas de nuestro mundo interior, que en un principio pueden ser dolorosas.

El trabajo siempre tiene una dimensión de hermandad. Nuestra acción siempre es para los otros, ya sea en un taller o en un autobús. Las actividades que hacemos pueden ser camino de transformación siempre que haya armonía entre nuestras manos y nuestro corazón.

Pero nuestro corazón puede estar ocupado en otra cosa: en lo que se gana, en la distracción, en otra orientación... Esa desarmonía puede ser una escapada de la fraternidad que urge en nuestra interioridad. Se trata de ver los síntomas de esa voluntad de dispersión.

El orden exterior no asegura el orden interior. Uno puede tener muy planificado el día... pero ese orden exterior no asegura que dentro haya orden. Así como el silencio exterior no afirma el silencio interior.

Cada ser humano tiene derecho al silencio interior y ha de buscarlo... Pero esta tentación de Agar está siempre presente.

El desierto es un espacio sin referencias. Cuando uno se escapa del corazón no sabe a dónde va. Es una de las mayores angustias.

Hoy, ante tantos suicidios, se sabe que muchas veces éstos se deben a sentirse uno desorientado, a verse perdido en la vida... Agar se siente desorientada pero tiene la suerte de que un Ángel se le hace presente.

El suicidio no es la alternativa. A oscuras, la única alternativa son las estrellas: lo eterno, el silencio, la trascendencia, nuestra interioridad. Como el Ángel dice a esta mujer: «Regresa a tu casa... regresa a tu corazón».

Negar las tensiones, el desierto, la oscuridad... es aún más oscuridad... Es bueno reconocer nuestros malos momentos para que desde ahí regresemos a nuestro corazón.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia:

1. El ideal de vida evangélica en la historia de la Iglesia

INTRODUCCIÓN

Al hablar de la vida religiosa, por muy alarmante que sea la situación, no se debe dejar la última palabra al pesimismo crítico. Posiblemente no sea nuestra situación la ideal, pero más grave es vivir con la sospecha de haber errado el camino. La validez de la vida religiosa es algo que cada generación tiene que afirmar, sin dar por descontada ninguna de sus realizaciones. Su validez está entroncada en el mismo evangelio. Sus posibilidades en nuestro mundo no son menos que en los tiempos de los apóstoles. Por eso, es preciso dar un mensaje de esperanza. La consigna debe ser: «estar siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1Pe 3,15).

A pesar de que la secularización de nuestra sociedad es fuerte, sin embargo todavía hay un hueco y un espacio para la gente que quiere vivir la experiencia religiosa. Vivir en una sociedad plural no es una tragedia con tal de que todos estén en igualdad de condiciones. En un mundo como el de hoy llama la atención

que todavía haya monasterios de clausura, personas, incluso jóvenes que estén ahí. Yo tengo la oportunidad de visitarlos con motivo de unos retiros espirituales anuales. Sin meterse a profeta sobre el futuro de la vida religiosa hay que decir, sin embargo, que es reflejo de la vida de la Iglesia y viceversa. La vida consagrada ocupa en el misterio de la Iglesia un lugar que nadie puede llenar. La vida religiosa se encuentra hoy con los mismos problemas vocacionales que está teniendo el sacerdocio.

Vamos a desarrollar nuestro estudio sobre la vida religiosa en cinco partes. Ahora comenzamos con la primera, que trata sobre el ideal de vida evangélica. Después, en los siguientes números de *Vida Sobrenatural*, trataremos sobre: la perfección de la vida religiosa, su inspiración profunda, su condición de signo de comunión en la Iglesia y, para terminar, hablaremos de la vida religiosa como epifanía del amor de Dios en el mundo.

EL IDEAL DE VIDA EVANGÉLICA EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Las aspiraciones de renovación y reforma de la Iglesia desembocan casi de modo espontáneo en el retorno a la primitiva *ecclesia apostolica*, que permanece como referencia ideal. En realidad es la aspiración espontánea de plasmar la vida evangélica de *Los Hechos*: «perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones... Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los

repartían entre todos según la necesidad de cada uno» (Hch 2,42-47).

Los grandes autores de las reglas monásticas han partido siempre del presupuesto de que la única regla del monasterio no podía ser más que el Evangelio. Por eso escribía un autor medieval: «Las Reglas son derivaciones, riachuelos. No son la raíz, son de un mismo árbol. No son la cabeza, son los miembros. Porque para la fe y para la salvación existe una sola *Regla de las Reglas*, primera y principal, de la que derivan todas las demás como riachuelos de la fuente: se trata del Santo Evangelio que el Salvador ha transmitido a los Apóstoles y que éstos han anunciado fielmente a todo el universo»¹. Así pues, el fundamento de la vida religiosa solamente es posible en el modo de vida de Jesús.

Estas palabras proceden de una época atravesada por un profundo evangelismo. Pero el impulso del ideal de la vida evangélica de la comunidad de los Hechos ha dado origen a toda la gama de formas de vida religiosa y consagrada, que va desde la vida monástica Oriental y Occidental, el florecimiento del antiguo Orden de las vírgenes hasta las Congregaciones religiosas masculinas y femeninas dedicadas a la actividad apostólica y a las múltiples obras que la caridad, los Institutos seculares y los Institutos seculares clericales, las Sociedades de vida apostólica o de vida común, masculinas y femeninas y las nuevas formas de vida consagrada, que se añaden a las antiguas, pasando por las diversas familias de

1. REGULA, *Prologus*: PL 204,1136.

Canónigos regulares, las Órdenes mendicantes y los Clérigos regulares.

La adaptación y renovación de la vida religiosa, exigida por el Vaticano II, ha seguido estas pautas: fidelidad al evangelio, fidelidad al carisma del fundador y adaptación a las necesidades del mundo de hoy. Pero a la hora de dar una definición prefiere hacer varias descripciones, que son formas de aproximación a la vida religiosa. Por eso, ha propuesto algunas pistas: *camino hacia la caridad perfecta* mediante los consejos evangélicos (*Perfectae caritatis*); *seguimiento de Cristo* mediante los consejos evangélicos; *consagración que arranca del bautismo* y eligen algunos mediante el camino de los consejos evangélicos. Estas formas de hablar de la vida religiosa no son exhaustivas, sino descripciones².

La vida religiosa es el esplendor del bautismo, lo mismo que otros estados propios de los fieles: «En la tradición de la Iglesia la profesión religiosa es considerada como *una singular y fecunda profundización de la consagración bautismal* en cuanto que, por su medio, la íntima unión con Cristo, ya inaugurada con el Bautismo, se desarrolla en el don de una configuración más plenamente expresada y realizada, mediante la profesión de los consejos evangélicos»³.

2. La vida religiosa se define ahora en base a la consagración, la comunión y la misión, que son los capítulos de la Exhortación apostólica *Vita consecrata* del 25.III.1996: I. Confessio Trinitatis; II. Signum fraternitatis; III. Servitium caritatis. Esto es lo que constituye el carisma religioso.

3. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Redemptionis Donum* (25 de marzo de 1984), 7: AAS 76 (1984), 522-524.

A partir del Vaticano II se reconoce, como era la tradición, que la santidad es el fruto del bautismo⁴. Es enseñanza común de la Iglesia. A algunos les parecía que se infravaloraba la vida religiosa. Lo que ha sucedido es que en la consagración se han incluido, en el *Sínodo* y en *Vita consecrata*, en el *Derecho canónico* y en los *Catecismos*, otras formas no tradicionales de vida religiosa. Esto ha dado lugar a una polémica en la que unos piensan que así se ha rebajado la vida religiosa mientras que otros lo ven como un alargamiento del horizonte. En realidad esto no es infravalorar la vida religiosa, sino *centrarla en la vida cristiana y eclesial*, a la cual sirve y expresa. Lo cierto es que nadie duda de que la vida religiosa, que incluiría menos que la vida consagrada, se define como la elección en la propia vida de algo transcendente. Esto es lo que constituye propiamente el carisma religioso. No se trata de medirse con los demás o erigirse en grupo elegido y selecto, porque se rompería la comunión eclesial.

FRAY GREGORIO CELADA LUENGO, O.P.
Salamanca (España)

4. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, 44.

La espiritualidad de santa Teresa de Jesús:

4. Desposorio y matrimonio espirituales

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA

Estos son los más importantes hechos que acontecieron para que santa Teresa alcanzase el *desposorio* y, después, el *matrimonio espiritual*:

1.-Desde su conversión ante el Cristo llagado, cuando Teresa tenía 39 años, su oración va bien. Nos dicen Efrén de la Madre de Dios y Steggink que «de ordinario tenía oración de quietud y muchas veces de unión»¹. Pero ella teme que estos fenómenos místicos puedan proceder del demonio, pues el ascenso oracional le hacía abandonar la oración ascética que hasta entonces practicaba: «Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer [...]. Vía en mí por otra parte con una grandísima seguridad que era Dios, en especial cuando estaba en oración, y vía que quedaba de allí muy mejorada y con más fortaleza; más, en destrayéndome un poco, tornaba a temer y a pensar si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la

1. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. STEGGINK, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, BAC, Madrid 1968, p. 102.

oración mental y que no pudiese pensar en la Pasión, no aprovecharme del entendimiento, que me parecía a mí mayor pérdida, como no la entendía» (V 23,2).

2.- Ese mismo año, en 1554, Teresa busca consejo espiritual en un sacerdote –el P. Gaspar de Daza– y en un seglar –D. Francisco de Salcedo–, pero ambos no la comprenden: *«Como él [Salcedo] fue entendiendo mis imperfecciones tan grandes, y aun serían pecados [...], y como le dije las mercedes que Dios me hacía para que me diese luz, díjome que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran ya de personas que estaban muy aprovechadas y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho, porque le parecía mal espíritu en algunas cosas» (V 24,11).*

3.- Afortunadamente, después de decirle el sacerdote y el seglar que estaba endemoniada, le recomiendan que se deje aconsejar por un jesuita: *«Venida la respuesta, que yo harto temor esperaba, y habiendo encomendado a muchas personas que me encomendasen a Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino a mí y díjome a todo su parecer de entrambos era demonio; que lo que convenía era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase diciendo tenía necesidad venía» (V 23,14).*

4.- Se confiesa con el padre jesuita Diego de Cetina (cf. V 24, 14-15), el cual considera que el espíritu sí es de Dios (cf. V 23,16) y le aconseja meditar la Pasión y la humanidad de Cristo, pero que resista a los gustos de la oración (cf. V 23,17). Ello le lleva a Teresa a tener grandes cambios espirituales (cf. V 24,1-3). Después habló con san Francisco de Borja (1510-1572), el cual confirma todo lo dicho por el P. Cetina salvo el

consejo de resistir a los gustos en la oración (cf. V 24,3). Al año siguiente, en 1555, pasa a tener al P. Prádanos, también jesuita, como confesor (cf. V 24,4-5).

5.- Y así, gracias a la buena dirección espiritual de los jesuitas, y, sobre todo, a la ayuda de Dios, llega Teresa a la conversión definitiva en 1556 –con 41 años–, comenzando su *desposorio espiritual*. Veamos cómo narra ese momento: «*Habiendo estado un día mucho en oración y suplicando a el Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, pues fue muy conocido. Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamientos. Entendí estas palabras: “Ya no tengas conversación con hombres, sino con ángeles”*» (V 24,5). Dice después: «*Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años, no pude alcanzar conmigo, habiendo hartas veces con gran fuerza que me costava harto de mi salud. Como fue hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dio*» (V 24,8). (Cf V 24,5-8).

6.- En 1560 –con 45 años– obtiene la gracia de la *transverberación* en casa de su amiga Dña. Guiomar de Ulloa.

7.- Según Sicari, en 1572 –con 57 años– santa Teresa recibe la gracia del *matrimonio espiritual*. Llevaba ya por entonces diez años fundando nuevos carmelos –ocho– y escritos el *Libro de la Vida* (1562-1565) y las dos redacciones de *Camino de Perfección* (1562-1564). Ese mismo año había llevado a san Juan de la Cruz

como confesor a la Encarnación. Desde entonces Teresa vivirá aún en mayor paz y sosiego, a pesar de sus penalidades exteriores².

GRADOS

1.º *El desposorio espiritual*

La figura de los cuatro *modos de regar el huerto* llega hasta la *oración de unión*. A partir de ahora Teresa busca otra imagen: el *matrimonio*, que tiene tres etapas:

1. El «concierto» de unirse.
2. Las vistas o desposorio para conocerse mejor.
3. La unión transformante del matrimonio (cf. 5M 4,4).

Herráiz nos dice que el *desposorio* es «fundamentalmente un conocimiento de Dios en profundidad, que enamora y acelera la fidelidad purificadora responsable del hombre en vistas a la unión total del matrimonio»³. Así, dice santa Teresa: «*Mas como es tal el*

2. Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo...*, pp. 20-21, 102-117, 132-133, 467-469; EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. STEGGINK, «Introducción general», SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, BAC, Madrid 2003⁹, pp. 1-29, p. 20, A. M. SICARI, «Teresa de Jesús, Santa», *Diccionario de Mística*, San Pablo, Madrid 2002, pp. 1667-1670, pp. 1669-1670; D. PABLO MAROTO, *Historia de la Espiritualidad cristiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1990, p. 219; A. ROYO MARÍN, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC, Madrid 2002, pp. 330-331; *Doctoras de la Iglesia*, BAC, Madrid 1970, pp. 6-7, S. CASTRO, *Cristo, vida del hombre. (El camino cristológico de Teresa confrontado con el de Juan de la Cruz)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1991, pp. 30-31.

3. M. HERRAIZ, *La oración, historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 20036, p. 97.

Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se venga a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte este divino desposorio» (5M 4,4; cf. V 20,2; 6M 4,9).

El desposorio espiritual es una buena preparación al matrimonio espiritual. La acción divina en esta fase es muy purificadora (cf. V 20,23), pues la luz desvela hasta las profundidades del alma (cf. V 28-30). Los efectos de estas gracias místicas se dirigen todos hacia el conocimiento de la verdad por las vías del amor y de la comunión (cf. 6M 5,10). La *esperanza* de llegar al matrimonio puede considerarse como una nota característica del desposorio espiritual⁴.

2.º *El matrimonio espiritual o unión transformante*

Y así llegamos en las *Séptimas Moradas* al culmen del proceso de unión con Dios en el interior de la persona, en la morada de Dios: «*No se puede decir más de que –a cuanto se puede entender– queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios» (7M 2,4). Se llega a la comunicación íntima trinitaria: «Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan» (7M 1,7). «Ansí en el templo de Dios, en esta morada suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio» (7M 3,11). Se culmina en la más perfecta y plena comunión con Dios y en la activación de todos los dinamismos del núcleo más íntimo de nuestro ser.*

4. Cf. *Ibid.*, pp. 96-98.

Esta experiencia profunda se manifiesta en un servicio pleno de amor y vida: «*El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es [...]. Lo segundo, un deseo de padecer grande, más no de manera que la inquiete como solía [...]. Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas*» (7M 3,2-3). Y es que la máxima interiorización supone una máxima presencia en el mundo humano, en la Iglesia: «*En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen*» (7M 4,18)⁵.

Royo Marín nos dice que al llegar la persona a este supremo nivel, el alma se deifica, no «en sentido panteísta, como fusión de sustancias, sino como entrañable fusión de amor»⁶.

Y Martín Velasco, hablando del sumo estado místico descrito en *Séptimas Moradas*, nos dice: «Tal estado parece remitir a una situación en la que, rectificada la orientación de la mirada y la dirección del esfuerzo en el sentido de la presencia reconocida de Dios, todo está ya en su lugar, discurre en consonancia con su ser más profundo y permite, por tanto, al sujeto vivir en el más completo desasimiento, la más perfecta eficacia y la más plena serenidad»⁷.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

5. Cf. *Ibíd.*, pp. 98-99.

6. ROYO, *Los grandes...*, p. 343.

7. J. MARTÍN VELASCO, *El fenómeno místico*, Trotta, Madrid 2003², p. 417.

El burrito que carga a Jesús

En ocasiones escuché a mi ex-orientador de estudios, el profesor Milton Schwantes, hablar sobre el impacto teológico causado por el pasaje evangélico concerniente a «la entrada de Jesús a Jerusalén». Él decía: «estaba preparando una predicación, y llamó mi atención las veces que el “burro” es mencionado en el texto. Del burro se habla en todas partes, incluso es señalado más que el propio Jesús. Así que centré la reflexión en torno del burro».

El profesor no dio detalles de la reflexión ni indicó la fuente evangélica consultada. Pero siempre quedé curiosa por indagar ese pasaje. De él se habla en: Mt 21,1-10, Mc 11,1-11, Lc 19,28-38 y Jn 12,1-19. Schwantes, uno de los biblistas de la liberación, reconocido por su contribución teológica en América Latina, ya no está más físicamente entre nosotros, pero quiero extender su pensamiento en estas pocas líneas, compartiendo con los lectores este pequeño análisis que tal vez escape de modelos exegéticos de interpretación.

Si tomo como referencia el evangelio de Lucas, puedo afirmar que el título «Señor», aplicado a Jesús, es frecuente en su obra. Tal título era atribuido a los gobernadores políticos del Imperio Romano, buscando destacar la supuesta «condición divina» que

se otorgaban. Para el evangelista, sólo Jesús debe ser el auténtico portador de tal mención honorífica. Pero este «Señor», deja a todos desconcertados porque una cosa es lo que de Él divulgaron las «malas lenguas» y otra, muy diferente, es la intención del propio Jesús. En este sentido, el burro se presenta como un recurso de interpretación fantástico.

Jesús manda a los discípulos a un lugar cercano en busca de un burro. Aunque se tratara de un animal popular entre los pobres, ni siquiera el Maestro contaba con uno: lo pide prestado. Noten que el animal estaba «amarrado» y tenía dueño; por eso recalca: «*si les preguntan díganle: "el Señor lo necesita"*». Observo que, en su sabiduría, las cualidades del burro son de quien le va a dar uso, no del propietario. Según la tradición, el Mesías entraría en una cabalgadura semejante (Is 62,11; Za 9,9). Hay, pues, en la teología bíblica, un proyecto de paz y justicia sin pompa ni superfluidad, que germina desde la sencillez y la humildad.

Los discípulos y amigos de Jesús le prepararon el burro para que lo montase. Es el comienzo de una nueva misión, de una nueva propuesta, de un nuevo estilo y, al mismo tiempo, de una nueva teología. Ese animal, «insignificante» entre los de su época, es ornamentado con el recurso de los pobres: sus propios mantos. Con este gesto los pobres hablan de un despojo extraordinario. Los pobres se convierten en pedagogos porque la vida les enseña a improvisar aquello que les hace falta. Ellos preparan la entrada de su «Rey» e inauguran las señales del nuevo Reino. El burrito avanza decidido y satisfecho y, junto a Jesús,

comparte los aplausos y el compromiso. En mi opinión, la multitud empobrecida se sentía identificada con esa propuesta.

El profesor decía: «*¡Nosotros somos el burrito!*».

Entiendo que ser cristiano es cargar a «Jesús» en nuestros hombros. Como el burro del Evangelio, estábamos amarrados y sin oficio, hasta que Jesús nos invitó a colaborar en su Proyecto. Él nos torna útiles, personas con sentido e inspiración para avanzar en la nueva misión, una misión en la que no brillamos, sino que mostramos el rumbo trazado por Jesús. Con esta invitación Él nos dignifica y, al mismo tiempo, nos desconcierta. El burro va allí donde lo dirigen; sin dejar de beber, comer y rebuznar, es obediente, trabajador e itinerante. La pedagogía divina es extraordinaria. Esta vez no necesita discursos porque el gesto evangeliza mediante la teología del camino.

Ser burros, en este sentido, significa asumir la carga y la satisfacción de caminar con Jesús en dirección al Reino.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Emaús

(Lc 24,13-35)

Todas las apariciones de Jesús Resucitado que recogen los evangelistas son deliciosas y hay que leerlas muy despacio para entrar de algún modo dentro de los relatos y su contexto.

La misma emoción que nos producen otras, suscita la de los discípulos de Emaús, que es todo un poema. Su estructura coincide totalmente con la de nuestras Eucaristías en las que después de un acto penitencial que nos ayuda a reconocer nuestros pecados, sigue la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística.

Los discípulos, Cleofás y el otro cuyo nombre no se cita, por lo que algunos piensan que bien pudiera ser el mismo San Lucas, que es el único en relatarnos esta aparición, se han alejado de Jerusalén tristes, angustiados y sobre todo decepcionados porque su Maestro, a quien consideran un gran profeta, todavía no el Hijo de Dios, ha muerto como un malhechor y con su muerte se han acabado todas las esperanzas del reino que Él anunciaba y que libertaría al pueblo del yugo romano. Todo se ha hundido, nada hay que esperar ya. Jerusalén sólo trae a su mente una y otra vez, la imagen de un crucificado que ha muerto entre dos malhechores colmado de injurias y desprecios. Y se alejan,

huyen, como queriendo escapar de sus propios recuerdos sin poder dejar de comentarlos.

De pronto, se les une otro caminante que les pregunta de qué van hablando por el camino. Ellos se extrañan de que no sepa lo ocurrido en Jerusalén tres días antes, y de su corazón oprimido sale a borbotones lo que les está torturando: *Jesús, el gran profeta, ha sido condenado por las autoridades judías y se han terminado todas las expectativas. Es cierto, dicen, que algunas mujeres de las nuestras, han ido al sepulcro y lo han encontrado vacío y cuentan que han visto unos ángeles los cuales aseguran que vive. Algunos de los discípulos han ido al monumento y lo han encontrado como dicen las mujeres, pero a Él no lo han visto. ¡Bah, todo alucinaciones de mujeres!...* (No lo dicen, pero lo piensan).

Jesús, comienza a reprenderles por su falta de fe, por su incredulidad para aceptar las Escrituras y les hace reconocer su fallo. Es como un acto penitencial que va preparando su corazón.

Después, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les va explicando en una preciosa catequesis todo lo que se refiere a Él en las Escrituras. Jesús habla, habla, y ellos experimentan que el corazón les arde, que no quisieran que aquel caminante dejase de hablar... Es una larga celebración de la Palabra y ¡con qué Maestro!...

Así recorren los sesenta estadios que dice Lucas; estadios que propician un margen amplio para conversar con calma. Y va anocheciendo; Emaús está a la vista y Jesús hace ademán de despedirse y seguir adelante, pero ¿cómo dejarle partir si ha llenado de algo

indecible su corazón? *No, Señor, no te vayas, quédate con nosotros que el día va de caída, que está anocheciendo... ¡No te vayas!*

Y entró con ellos en aquel poblado. Y se sentó a su mesa y partió el Pan y sus ojos se abrieron para conocerle. Y entonces, desapareció, pero ya había llenado su corazón de esperanza y amor en esa preciosa celebración de la Eucaristía.

¿Qué ocurre después?... Que no pueden callar, que tienen que pregonar su experiencia y comunicar el gozo que Jesús ha sembrado en su alma y se vuelven a Jerusalén sin pensar que es de noche, que están cansados de caminar... Y marchan a toda prisa a decir bien alto a los discípulos que Jesús vive, que le han visto, que le han oído. Es un imperativo de toda la Iglesia: cuando se siente llena, cuando se ha encontrado con el Dios vivo, con Jesús Resucitado, tiene que anunciarle, no puede callar y surge la necesidad de la misión. La Iglesia es misionera por necesidad.

Los cristianos, los religiosos, hemos de ser luz que comunique la experiencia de nuestro encuentro con el Resucitado, por eso queremos decirle:

Quédate con nosotros. Necesitamos oírte, escucharte, beber tu Palabra de vida. Quédate porque está anocheciendo, porque en el mundo reinan las tinieblas y queremos ser testigos de tu misma luz.

Quédate, Señor, para que el frío de la indiferencia no anide en nuestro ser. Sigue a nuestro lado para que el corazón arda porque necesitamos tu llama viva para poder incendiar el mundo. No pases de largo, entra en nuestra casa y ponte a nuestra mesa.

Quédate, por favor, porque ya no podemos vivir sin tu presencia aunque sea oculta muchas veces.

Sí, sabemos que escucharás nuestro deseo, porque siempre atiendes las súplicas de tus hermanos, para eso te encarnaste, viniste a nuestra tierra y asumiste nuestro barro.

Gracias, Señor, porque has vencido a la muerte y colmas nuestro corazón con tu alegría, y tu triunfo es la garantía del nuestro. Gracias por la paz profunda con la que llenas lo más hondo de nuestro ser.

Haznos testigos de la luz de tu Pascua. Que nunca sintamos la tentación de acapararla para nosotros solos, porque Tú nos la comunicas para repartirla entre todos los hombres que, aun sin saberlo, están hambrientos de esa luz.

Aquí nos tienes para llevar a cabo, con gozo, esa urgente misión, pero ¡quédate con nosotros Señor!

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O.P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Liturgia de las Horas

2. ¿Qué nos dicen el Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica sobre el tema?

El Capítulo IV (nn. 83-101) de la Constitución apostólica *Sacrosanctum Concilium* está dedicado a «El Oficio divino» o Liturgia de las Horas, en terminología más reciente. Nos los muestran como todo aquello que integra la «economía de la salvación», como don de Cristo y de la Iglesia.

Esta oración comunitaria se entronca con la del primer Pueblo de Dios, que santificaba diversas horas del día mediante la alabanza, la acción de gracias y la súplica.

La costumbre de orar «por la mañana» y «por la noche» se inspira en los Laudes y las Vísperas como primera y última oración del día, al salir el sol y en su ocaso.

En varias ocasiones la misma Escritura nos muestra a Cristo y a los Apóstoles, acudiendo al Templo –o a otro lugar– a orar, «a la hora de sexta» o en otros momentos del día (cf. Mc 1,35; Hch 3,1; 10,9).

De esta función sacerdotal-intercesora de Cristo participó la Iglesia y, así, la plegaria de Jesús se prolongó en su Pueblo, constituyéndose en una actividad sin posible comparación con otras.

Esta Liturgia, no es «la oración del día» y menos aún «de la semana», sino *de las Horas*, para convertir en *santos* determinados momentos de la jornada. El Esposo y la Esposa se unen, en una sola voz, para dirigirse al Padre (cf. SC 83-84).

El Catecismo de la Iglesia Católica nos habla de esta realidad (nn. 1174-1177) y nos muestra cómo la Eucaristía celebrada por la asamblea de los fieles, penetrará y transfigurará el tiempo de cada día por la celebración de este Oficio, en fidelidad a la palabra apostólica de «*orar sin cesar*» (1 Tes 5,17). Si bien puede celebrarse «en privado», por su espíritu y estructura es una oración «comunitaria» y hay que celebrarla de este modo, a menos que haya una imposibilidad real de ello, porque no es *mi oración* ni tampoco *la de tal o cual comunidad*, sino realmente y en verdad es *la voz de la misma Iglesia la que habla al Esposo*: más aún, es la oración que Cristo, con su mismo Cuerpo, dirige al Padre (cf. SC 84).

Este género de oración, tan rica en los diversos elementos, exige no solamente armonizar la voz con el corazón que ora, sino también «*adquirir una instrucción litúrgica y bíblica más rica, especialmente sobre los salmos*» (SC 90; CIC 1176).

Ocurre como con la literatura: no es lo mismo una obra de teatro que una novela, un poema o un ensayo. En la celebración litúrgica, *recitar* un Himno que, por su género reclama el *canto*, es una pobre solución.

Ante lo que la Iglesia nos dice sobre la Liturgia de las Horas, constatamos que, «*en cuanto oración pública de la Iglesia, es fuente de piedad y alimento de la oración personal*» (SC 90).

La Liturgia de las Horas, en estrecha relación con la celebración de la Misa, celebra el Misterio pascual de Cristo Jesús, creando en el día un «clima» en el que la presencia de Cristo camina como Servidor sufriente, como verdadera ofrenda grata al Padre, como Sacerdote-Mediador; como Cabeza de su Pueblo, como objeto de alabanza, acción de gracias y súplica de la Iglesia orante, como hogar de los bautizados que cantan las glorias y presentan su pobreza a los pies de Cristo, para que los someta a la compasión misericordiosa del Padre.

Como toda acción «sacramental», la Liturgia de las Horas es oficio de Cristo y de la Iglesia, en inseparable conjunción de voluntades y voces.

Himno, salmos, Palabra de Dios, preces, todo ello tejerá una apretada trama en la que Dios y los hombres dan nacimiento a un tejido común que es *–al mismo tiempo–* gloria de Dios y santificación del hombre, para edificar una Iglesia santa y santificadora (cf. CIC 1176-1177).

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

El misterio de la Liturgia: Cristo-resucitado, luz que pone en fuga a la oscuridad y a la Muerte

El misterio de la Liturgia consistirá en descubrir cómo la vida íntima de Dios puede ser traducida en un lenguaje y en signos y gestos humanos, para poder celebrarlos.

Por lo tanto, en dicho misterio Dios y su vida, y el hombre y sus gestos, aportan datos que no pueden dejar de estar presentes. Querer manifestar a Dios sin la realidad sacramental y mediadora de su Hijo hecho hombre, muerto y resucitado, Luz de todos los pueblos, es una aventura imposible. Del mismo modo, en la liturgia, los signos humanos son el vehículo necesario para que Dios hable y obre en el hoy-y-aquí de nuestra historia. Dios sin el hombre aparecería como sujeto de una historia angelical, sin «carne». El hombre sin Dios, una posible base antropológica de conductas humanas que pretenderían interpretar, sin lograrlo, las intervenciones de Dios en medio de su pueblo.

COMENCEMOS POR EL COMIENZO...

Cuando Dios eligió a un hombre para forjar a partir de él un pueblo, no puso sus ojos en Thomas Stewart, de la ciudad de New York, sino en Abraham, de otro continente, de otro pueblo y otra cultura, porque la

historia de la salvación es eso: la redención que se va desarrollando en el curso de una historia: historia con marchas y contramarchas, fidelidad y traición, hombres buenos y malos, situaciones adversas y favorables.

El paso del mar Rojo fue allí, y no en El Caribe, ni fue realizado por el pueblo de Cuba o de Jamaica.

La historia se despliega en hombres singulares, tiempos concretos y acciones particulares hechas por tal pueblo y tales personas. En el último caso citado, neurálgico en el tema «salvación», el pueblo de Israel, cautivo durante cuatro siglos en Egipto, conducido –entre otros– por Moisés, Aarón y Josué, fue quien vivió esta aventura pascual que lo marcó para siempre. Fueron los hijos de ese pueblo, y no otros. La providencia de Dios reclama un campo singular en el que ella se despliega y manifiesta.

La liturgia no celebra ideas sino historias, y toda historia se sitúa en un tiempo y en un lugar, con personajes que van conduciendo sus hilos, hilos de diversos colores y textura que sólo cuando están trabados unos con los otros, nos hacen ver el dibujo o la idea que ellos quieren hacer visibles y comprensibles. Un hilo solo nada significa. Dos, es posible que tampoco. Tres o más van gestando un hecho y una interpretación del mismo. Todos ellos me darán a conocer qué pretendió hacer el autor con el material que va trabajando y ordenando.

Algo semejante sucede con la liturgia cuando quiere hacer presente y traducir algunos rasgos de la historia de la salvación, convirtiéndola en memorial.

El sujeto de la liturgia es Cristo, unido a su Iglesia. Ella es quien celebra su vida, vida que, de algún modo

comenzó con la creación de nuestros primeros padres y encuentra un clímax excluyente con la irrupción en nuestro mundo del Hijo de Dios hecho hombre, en todo como nosotros menos en el pecado, realidad anómala que tampoco compete a nuestra humanidad. Cuando la Iglesia celebra una acción litúrgica, dicha acción es toda ella obra del Señor y del hombre, cada uno aportando lo que le compete.

Sabemos que por la liturgia se ejerce la obra de nuestra redención y contribuye a que los fieles expresen en sus vidas y manifiesten a los demás la verdadera naturaleza de la Iglesia (cf. SC 2).

«Expresar» es «hacer visible». Hacer visible en la propia vida la naturaleza de la Iglesia es permitir que ella se refleje en mí, no opacando sus significados. Es hacer visible el bautismo que me ha injertado en Cristo como una rama se hace una con el tronco.

Cristo es la luz de las naciones, pero al primero que esa luz iluminó de modo especial fue a Abraham, dando así comienzo a un proyecto: que todos los hombres salieran de la oscuridad a la luz, de la ceguera al sol brillante, prefigurando así, con un lenguaje de signos y en diversos tiempos, la Iluminación bautismal que nos configura con Cristo-Luz.

Reunido en el Espíritu Santo, el último Concilio nos dice que su deseo es iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda creatura (cf. Mc 16,15) con la claridad de Cristo (cf. LG 1), que resplandece sobre la faz de la Iglesia. Iluminar... Claridad... Resplandecer...

De estos términos surgirá la definición que Jesús hace de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12)

y, para alegría nuestra, amplía el campo diciéndonos: «*Ustedes son la luz del mundo*» (Mt 5,14). El anciano Simeón, con ocasión de la presentación del Niño Jesús en el Templo dirá de él que es «*luz para iluminar a las naciones paganas*» (Lc 2,32). Juan, en el Prólogo a su Evangelio afirmará de Cristo, como Verbo de Dios, que «*la Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre*» (Jn 1,9).

La Revelación nos exigirá ciertas conductas para ingresar en la categoría de «hijos de la luz»: «*Ustedes no viven en las tinieblas [...] Todos ustedes son hijos de la luz, hijos del día. Nosotros no pertenecemos a la noche ni a las tinieblas*» (1Tes 5,5). «*Antes, ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz. El fruto de la luz es la bondad, la justicia y la verdad*» (Ef 5,8-9). «*El que ama a su hermano permanece en la luz*» (1 Jn 2,10).

Todo eso es «vida bautismal». De aquí que no sea extraño que el primer nombre que recibió el bautismo fuese «Iluminación». Los bautizados eran los que habían pasado de las tinieblas del pecado a la luz admirable de Cristo-Resucitado. Esto lo vemos manifestado con radiante claridad en la celebración de la Vigilia pascual. El templo está a oscuras porque Jesús está muerto. Apenas vuelve a la vida dejando vacío su sepulcro, se encienden las luces y se proclama la alabanza a Cristo-Luz en el pregón pascual: es un canto a Cristo vivo, que se escapó de las garras de la Muerte, quedando derrotada en el signo de una tumba vacía.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Textos escogidos del *Manual del asceta cristiano*

3. La humildad¹

(XXXV) SOBRE LA HUMILDAD

Representátese en la imaginación dos telas limpias. Conserva una tan limpia como la sábana más blanca que hallarse pueda, absolutamente inmaculada. Arrastra la otra por todos los estercoleros y llénala de todos los desperdicios, de todo el hedor y la putrefacción de todos los cadáveres e inmundicias que encuentres, de tal manera que a cualquiera que lo mire le provoque náuseas y vómitos y sienta verdadero asco de dirigir a él su mirada a causa de su pestilencia putrescente y abominable.

1. Estos textos que tratan sobre la humildad sorprenderán a algunos debido a la dureza con que nos hablan. Pero tengamos en cuenta que es un texto escrito para monjes cartujos, y en su espiritualidad es clave la «desaparición» de la persona: los cartujos se encierran en su monasterio hasta la muerte y desaparecen de este mundo para ponerse en camino hacia el mundo divino que está por venir. Y en ese proceso es muy importante la aniquilación del propio ego –es decir, del creernos «alguien»– pues nuestro ego quiere reemplazar a Dios en el centro de nuestra vida. Nuestro ego intenta que nuestra existencia gire en torno a nosotros mismos, no en torno a Dios. Por eso, es contra el ego contra lo que Lanspergio habla tan duramente: para que el monje cartujo luche tenazmente para aniquilarlo.

Imagina que tú eres esa tela hedionda y que los demás seres humanos son aquella sábana inmaculada. Porque si los otros han cometido algunos pecados, en comparación con los tuyos son monumentos de virtud. Ellos son como la tela inmaculada; tú, en cambio, eres como ese paño execrable. Pues, por la gravedad y multitud de tus pecados, las faltas de los demás carecen de importancia. Y esto es así como te lo digo, estés de acuerdo o no, pues ante los ojos de Dios y de los hombres, cuando se te conoce bien, eres más vil y abominable que aquel paño infecto de pus, podredumbre y excrementos. Por todo ello, tienes que humillarte en todas las cosas y tenerte por el último de los hombres, de tal modo que no te atrevas a llamarte, no ya ser humano, sino ni siquiera criatura, considerándote en adelante indigno de tal nombre.

Si no te humillas, si no te dejas triturar por el llanto espiritual, humíllate al menos porque tu dureza, tu soberbia y tu obstinación te impiden humillarte. Mírate como si fueses un cadáver en putrefacción, cubierto de gusanos, hedor, pus y de toda abominación, que no puede contemplarse sin asco y náuseas. Ejercítate así en la humildad: considerando la muchedumbre infinita de tus pecados, con arrepentimiento y llanto, da muerte a todos tus estados afectivos desordenados y creaturales, al deseo de todo consuelo exterior y de todo lo que está fuera de Dios. Nada quede en ti salvo la voluntad de ser despreciado, una sed insaciable de ser cubierto de oprobios, un querer ser pisoteado por todos y ser considerado como una nada.

Además, créete merecedor de todas las injusticias, persecuciones, adversidades y abandonos. Y no sientas

indignación contra quienes te infieren tales cosas, sino alégrate y dales gracias por haberte ofrecido la posibilidad de purificarte. Ama más a quien persiguiéndote, despreciándote e increpándote te trata más duramente, es decir, a quien obra más copiosamente la purificación de tu alma, que Dios obra en ti por medio de aquel hombre.

No acuses a nadie de perseguirte, puesto que todas las criaturas, no solo los hombres, deberían someterse a suplicio en venganza de su Creador. De este modo, aunque no siempre puedes comprender la profundidad de tu pecado y qué es lo que te conviene, haz esto con frecuencia, especialmente cuando se te insinúa algún sentimiento de autocomplacencia o se levanta en tu corazón un movimiento de indignación o de ira contra el prójimo, prorrumpe en esta consideración de ti mismo, diciendo: «¡Oh bestia tal! Si hubieras merecido no solo esto, sino el infierno y el castigo de todos los condenados, cuánto más esta insignificancia que aquel hermano te hace por designio de Dios». Dite: «¿Por qué me indigno contra aquel hermano, yo que tantas veces he ofendido a Dios? ¿Vas a enfurecerte contra un hermano por una culpa tan leve cometida contra ti, cuando tú llevas tantos años blasfemando contra Cristo con tus pecados?» Dite: «El Señor me prueba o me purifica. Ahora es el momento de ejercitarme en la paciencia, ahora he encontrado lo que siempre deseaba. Pero nada puedo querer o pensar si Tú, amado y dulce Jesús, no me ayudas».

Debes descubrir ante Dios tu maldad y tu miseria, y allí, en la contemplación de su bondad y misericordia

infinitas (para que tu espíritu no se turbe), acúsate y examínate. No pongas tu esperanza en ti mismo ni en tu modo de vida, y con plena y absoluta confianza abandónate por entero a Dios. Entonces, ante cualquier circunstancia, cree firmemente que eso será para ti lo mejor y lo que más te conviene. Cree también que el Señor quiere perdonarte y compadecerse de ti; y no solo te liberará de tus iniquidades, sino que también, si perseveras en la humildad y en la imitación de Cristo, su bondad te conducirá a la perfección según la medida conveniente a ti.

Por lo demás, repasar solo contigo tus pecados o contemplarte a ti mismo sin la consideración de la bondad de Dios, es empujarte hacia la oscuridad espiritual. Por eso, llora tus pecados ante Dios y con Dios. Descúbrelos ante Él, cuéntale cuánto has pecado, quejándote a Él contra ti, invocando su misericordia, acusándote, suplicándole y abandonándote a Él en todo.

Meditando de ese modo tus pecados, recibirás más luz y serás liberado más rápidamente de ellos. Pues, ¿ante quién te estás quejando, a quién le cuentas tus pecados? ¿No es al Padre de las misericordias, al Dios de todo consuelo? ¿No es a aquel que te ha creado, que te ha redimido con su sangre, que te cuida y, desde la niñez, siempre ha sido bueno contigo?

Háblale manifestando un sincero dolor por haber ofendido a Padre tan bueno, piadoso, amable y clemente; por haber sido con tanta frecuencia insolente, rebelde, blasfemo e ingrato, mientras Él, Dios todo bondad y misericordia, a un pecador como tú, que prorroga su maldad tanto tiempo, ha perdonado sus

pecados con un corazón desbordante de amor, ha disimulado su ofensa no imputándote pecado alguno y ha continuado otorgándote sus beneficios. Te ha devuelto bien por mal, gloria por injurias; ha soportado tus abominaciones como si no las viera. Te ha llamado e invitado a la penitencia unas veces con suavidad, otras con dureza. Cubriéndote de tantas gracias y beneficios, te ha rescatado de la vorágine de tus pecados. ¿Y qué decir de las ingratitudes que te ha perdonado, de las tentaciones de las que te ha liberado, de los bienes eternos que te ha prometido? ¡Ayúdame, Dios mío, fortaleza mía, esperanza mía, refugio mío y misericordia mía!

Cuando tengas que elegir entre dos cosas, elige la que más humilla con el fin de crecer en la virtud. Sin humildad, no hay nada que pueda edificar. ¿Qué te aprovecha el haber edificado a muchos si tú no obtienes ningún provecho de ello? Si uno gana el mundo entero, pero se pierde a sí mismo y se hace daño, ¿de qué le sirve? (cf. Lc 9,25).

Toda obra, por excelente o perfecta que fuere, sin humildad no es nada. Por eso, considera más útil lo que es más humilde, y elígelo. No poco aprovecha para la humildad el considerarte una persona soberbia y vana; repréndete y júzgate continuamente por tu soberbia.

La humildad no consiste en una demostración exterior de costumbres, como hablar en voz baja, usar palabras dulces (por no decir adulatoras), acusarse públicamente de sus faltas, llevar el cuerpo inclinado y cosas semejantes. Pues no es raro que aquellos que

practican una humildad puramente exterior se impacienten y saquen a relucir su soberbia si se les valora un poco por debajo de lo que ellos creen merecer.

Esta es la verdadera humildad: desear permanecer oculto, ser ignorado y considerado despreciable, no humilde, de manera que te sonroje la alabanza y huyas de ella, te alegres de no ser estimado y quieras incluso ser despreciado. Prefiere la opinión y la voluntad de otros a las tuyas. No te importe dar la razón a los demás, cede pacientemente y ten mejor opinión de ellos que de ti mismo.

Ama a tus hermanos y a todos los hombres, hónralos humillándote a ti mismo y reverenciándolos a ellos, poniéndote de pie ante ellos en señal de respeto, sufriendo y guardando silencio en su presencia. Dite continuamente: «Tú eres un vil esclavo y ellos son tus dueños. Debes obedecerles como a tus señores y amarlos como a padres. En verdad te digo, hermano soberbio: no hay tanta distancia entre un señor y su esclavo como entre ellos y tú». ¿Quieres saberlo más claramente? Examina tus pecados y abominaciones pasadas. ¿No has venido aquí como pecador y condenado a muerte en presencia de Dios? Observa, por el contrario, la inocencia de ellos, su ferviente amor a Dios; tú, en cambio, después de tantos pecados como has cometido, aún permaneces en la desidia.

Esto es lo que debes sentir siempre en tu corazón, especialmente cuando estés entre los hombres, e incluso ante los ojos de Dios: «Yo soy el último de los pecadores, el peor de todos. Espuma de toda maldad, vil inmundicia de toda criatura a los ojos de Dios y de los

hombres. Soy tan despreciable en el alma y en el cuerpo que, con toda justicia, merecería ser insoportable para todos, como un cadáver hediondo. *Un asno y yo somos uno*». Si piensas otra cosa distinta del hecho de que todos se vean obligados a taparse la nariz por culpa de tu hediondez y de que todo lo que haces no es más que hedor, putrefacción y abominación hasta la náusea, eres demasiado soberbio.

Por eso, debes decir: «He venido aquí a ser reprendido, despreciado, apartado de un lugar a otro; a servir a todos, a someterme a todos, a no contradecir a nadie, como el último y el más despreciable de los esclavos al servicio de príncipes. Cualquier cosa que encuentre, de pensamiento o de obra, contraria a esta intención mía, no la consentiré, sino que, como si hubiese apostatado, me volveré a mi propósito».

Un esclavo harapiento, vil y pobre, entre nobles, es despreciado, burlado y golpeado, pero no abre su boca; es más, se alegra de no haber sido totalmente excluido. Así también tú, cuando estés entre hermanos o en compañía de los hombres, cada vez que te sientas objeto de una ofensa, di lo siguiente: «De buen grado callaré y aguantaré, para que yo merezca ser soportado y no ser excluido del todo de la compañía de mis señores». Y también: «Qué bien me va, qué feliz soy: los hermanos me soportan siendo un repugnante leproso y un mendigo. Soy como lodo pútrido, como pus fétida entre perlas».

Proponte en tu corazón vivir como huésped y extranjero entre tus hermanos, sin derecho alguno sobre ninguna pertenencia de la casa, de manera que,

sin confusión, puedas contemplar serenamente las pérdidas y las ganancias, las alegrías y las penas.

Humíllate cuanto puedas. Por más que te hayas humillado, aún sigues siendo demasiado soberbio. Por eso, abraza todos los modos lícitos de la humillación para que, al fin, la misma humildad se convierta en una inclinación natural, pues sin ella no hay salvación para ti.

(XXXVII) MÁS SOBRE LA HUMILDAD

No se llega de un extremo al medio, o a lo recto, si no se hace un esfuerzo intenso hacia el extremo opuesto. Tienes un ejemplo en el enderezamiento de una vara curva: si quieres ponerla recta, no basta con empujarla hasta el medio, sino que, a causa de la oposición de su naturaleza, has de forzarla más allá de éste. Igual ocurre con el vicio. Si quieres llegar a la virtud tienes que esforzarte más allá del medio en que está puesta la virtud, porque, si no es así, difícilmente alcanzarás ese medio. De manera que, si quieres tener humildad, no es suficiente evitar la soberbia, la vanagloria y sus ocasiones, sino que debes ir más allá deseando, queriendo y alegrándote de que se te reprenda, se te ignore, se te desprecie y se te atribuyan todas las imperfecciones y defectos que no sean motivo de escándalo.

Cuando la ocasión se presente, renuncia con alegría a ti mismo, a tu propia opinión y voluntad por seguir las de otro; no intentes disimular tus miserias ni evitar las reprimendas y el rubor espiritual, sino

desea la humillación; no justifiques tus faltas y no ocultes ni tapes todo lo que haya en ti de reprehensible, sobre todo si es algo evidente o no escandaliza. Pero ten en cuenta esto: no debes buscar ninguna de estas cosas, ni las reprimendas ni los oprobios. Puedes desearlas y, cuando lleguen, recibirlas pacientemente, salvada, eso sí, tu propia conciencia y la de los otros, de manera que a causa de ellas no des ocasión de pecado ni a ti mismo ni a ningún otro. Por lo cual, no debes hacer públicos tus defectos ocultos, que son ocultos, ni otros secretos a nadie salvo al prior, al confesor y a tu maestro o director.

Si uno habla contra ti, te desacredita o te culpa de algún escándalo, si lo que dice es cierto, sé paciente, cálmalo postrándote delante de él y haz propósito de enmienda. Si lo que se dice es falso, sobre todo si se trata de un pecado mortal, un delito o algún escándalo, informa con bondad al que te injuria –para que no le pongas en peligro de pecado o difamación– y muéstrale la verdad. Si persiste en su actitud, tú has hecho lo que debías. Guarda silencio y ten paciencia. Cuídate de no herirle de palabra o de obra y trátalo con humanidad, palabras amables y bondad. Movi-do por la caridad, ruega por él al Señor. No lo juzgues en modo alguno, sino confíalo a Dios. Cuanto de ti depende, no permitas que otros hablen mal de él ni escuches a quienes lo critican.

Que esta humildad sea en ti sincera. Sé displicente contigo mismo y no creas poseer cualidades dignas de ser alabadas. Ódiate como al peor enemigo de Dios y de tu propia salvación, y no busques consuelo

alguno, ni siquiera en tus necesidades, prefiriendo –si ello fuese lícito– la aflicción a ser consolado. En caso de afrenta, sufrimiento, ultraje o tormento, alégrate. Muéstrate agradecido a quienes te humillan así, convencido de que castigan por ti a tu enemigo, a la criatura más vil, desagradecida y desobediente a Dios, y te empujan a humillarte en presencia de Dios con sumo rubor, a sentir vergüenza de la enormidad y fealdad de tus pecados a los ojos del Señor, a llorar continuamente tu ofensa a la bondad divina y a dolerte de todo corazón por esa ofensa más que por todos los sufrimientos corporales que puedan acaecerte en el tiempo o en la eternidad; es decir, a lamentar más la pérdida de la gracia de Dios –tantas veces descuidada, despreciada, ofendida– y la separación de Él tan merecida por ti, antes que cualquier pena sensible en la eternidad.

Con un corazón lleno de humildad, llora con abundantes lágrimas de caridad y amor porque al Dios que te ha sostenido con tanta misericordia, te ha redimido con tanto amor, te ha llamado con tanta piedad, te ha liberado de tus pecados con tanta bondad, te ha acogido con tanta benevolencia, te ha protegido, cuidado y mantenido con tanta diligencia, te ha otorgado infinitos beneficios hasta el presente y te ha prometido darse a ti por entero si le eres fiel (aunque Él te lo da todo sin esperar gran cosa de tu fidelidad, sino gratis y por amor), a ese Dios tú lo desprecias cada día. Por todo lo anterior deberías verter tantas lágrimas como las que derramarías si estuvieses a punto de ser arrojado al mismo Infierno. Lloro porque desprecias a aquel que, a cambio de servirle y obedecerle muy

poco tiempo, satisfará en una eternidad sin fin todos tus deseos y te dará incluso más de lo que tú podrías desear. Y aunque, como he dicho, no merecieras de Él ni siquiera una sola miga de pan ni le hayas agradecido ninguno de sus beneficios, Él te concederá todo eso.

Así pues, tu propia maldad, tu ingratitud y tu vileza, al mismo tiempo que la bondad de Dios, son motivos muy poderosos para humillarte. Asimismo, debes ser tan humilde que te consideres culpable de todos los males que se producen en el mundo, y sientas dolor por ello. Convéncete de que en el mundo no hay un pecador más grande que tú. Finalmente, aunque te parezca que estás incontestablemente muy por encima de los demás, considera insignificantes todos los pecados ajenos en comparación con los tuyos y con tu ingratitud. Por todo ello, condúctete siempre ante la mirada de Dios con el máximo respeto y temor reverencial.

¿De qué te sirve que los hombres tengan una excelente opinión de ti? Por otra parte, ¿qué daño puede hacerte que te consideren de poco valor? Las opiniones de los hombres son inestables y frágiles, y ante Dios ni te condenan ni te exculpan. No prestes atención al tiempo presente ni a los juicios de tus contemporáneos. Sabes cuán a menudo se han equivocado al alabarte cuando no había motivo alguno para ello. Así que, cada vez que otros te alaben o te valoren en alto grado, no te creas merecedor de ello ni lo aceptes. De igual modo, si te critican no siendo tú consciente de mal alguno, no te lo tomes a pecho ni te inquietes por ello. Por el contrario, piensa y ten por cosa muy

cierta que hay en ti otros defectos ocultos por los que Dios permite que venga sobre ti ese reproche y esa humillación. Pero, si eres culpable y merecedor de amonestación –¿acaso alguna vez has dejado de serlo?–, acéptalo humildemente y llora, no por ser amonestado, sino por haber ofendido a Dios.

¡Que te desprecien los hombres, que te desprecien! Ese desprecio es camino a la salvación, guarda de las virtudes y perseverancia en la gracia.

En este camino de la humildad nada te aprovecharán la preocupación ni el temor por lo que los hombres opinan de ti. Si lo que haces es malo ante Dios, ¿por qué no lo dejas, incluso contra la oposición de los hombres? Si es bueno, ¿por qué los temes?

Aleja de ti, pues, las fantasías, las preocupaciones y esa ansia por saber si lo que haces complace o no a los hombres con el fin de no desagradarles. Preocúpate por saber qué es lo que agrada a Dios y sopesa cómo llevarlo a cabo en su honor y según su beneplácito. Luego, procura abstenerte de lo que molesta al prójimo, no por ti, sino por amor a él.

FRAY JUAN JUSTO LANSPERGIO

POESÍA

Al Cristo de la Vera Cruz

Redimiste a los hombres con tu vida
clavada en la cruz con los ladrones,
entregaste tu sangre a borbotones
siendo grande tu afrenta y consumida.
Hoy por ti diera yo mi sangre hervida,
clavaría mis huesos y tendones
ofreciendo mis horas y mis dones
para ser nuevamente redimida.
Oh Cristo de la Vera Cruz, tristura
me produce tu imagen, mil sollozos
si recuerdo tu paso y tu tortura.
No hay llanto más amargo, más horrura
que revivir aquellos tus destrozos
que me llevan derecho a la locura.

ISABEL DÍAZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

DOM JEAN PROU, OSB, Y HERMANAS BENEDICTINAS DE LA CONGREGACIÓN DE SOLESMES, *La clausura. Fundamentos-historia-espiritualidad*
Publicaciones Claretianas, Madrid 2011, 390 pp.

Desde el comienzo del libro se descubre claramente cuál es su objetivo fundamental: transmitir el sentido que la clausura tiene para quienes la viven a fin de acortar distancias en relación con los que observan este «fenómeno» desde fuera. La idea de que la clausura no es tanto un límite como un espacio, el lugar idóneo para el encuentro íntimo con el Señor, se erige en hilo conductor del estudio que nos ocupa reapareciendo en las tres partes en que se estructura.

La primera de ellas atiende al análisis de los fundamentos bíblicos de la clausura y se configura como un recorrido por pasajes de la Sagrada Escritura en los que dicha institución hunde sus raíces. Así, se presenta al lector como un jardín de delicias donde Dios y el hombre se aman –Génesis– o como la tienda del encuentro en la que Yahvé habla con Moisés cara a cara –Éxodo–. El texto se detiene, en el capítulo IV, en el modo en que el Señor vive de alguna forma esta vida sin olvidar su valor intrínseco como signo de la Jerusalén celeste –Apocalipsis.

La segunda parte presenta de manera ágil y sencilla la evolución histórica de la clausura para ayudar al lector a comprender toda su riqueza y su significado más profundo. En ella se destaca lo esencial de la misma –la soledad que permite encontrarse con el Solo en la intimidad del corazón– al tiempo que se hace un recorrido por las diferentes formas en que, a lo largo de la historia, se ha vivido esta soledad.

La tercera parte es, sin duda, la que mayor luz arroja sobre el porqué de esta institución, invitando al lector a hundirse en sus profundidades: es el amor que anhela la contemplación del rostro del Amado el que impulsa su búsqueda.

A lo largo de las páginas de este tercer bloque se presenta la relación en que tradicionalmente se han vinculado vida contemplativa y vida claustral para subrayar el surgimiento en la actualidad de numerosas fundaciones nuevas que, a pesar de tener una finalidad exclusiva o principalmente contemplativa, no han adoptado la práctica de la clausura o la viven de forma más amplia en atención a las nuevas circunstancias y necesidades de nuestros contemporáneos.

Sin lugar a dudas, el libro alcanza sobradamente el objetivo propuesto por sus autores facilitando al hombre de hoy una aproximación tanto intelectual como afectiva al mundo de los claustrales en sus diversas manifestaciones.

SMD
España

ANDREA RICCARDI, *Juan Pablo II. La biografía*
Editorial San Pablo, Madrid 2011, 664 pp.

Estamos ante una extensa biografía del papa Juan Pablo II, que pasa por ser la primera escrita sobre una base científica y testimonial, cuando todavía la figura de este gran papa permanece en la memoria de muchas personas. Su autor, Andrea Riccardi, catedrático de Historia Contemporánea en la Tercera Universidad de Roma y fundador de la Comunidad de San Egidio, conoció de cerca al papa Juan Pablo II.

La razón de esta nueva biografía la explica el propio autor en las primeras páginas diciendo: «He sentido la responsabilidad y la alegría de escribir este libro por la grandeza y el significado de la figura de Juan Pablo II. No se escribe, sin embargo, para erigir un monumento, sino para comprender, para aproximarse a un personaje y su tiempo, para entender aún más la historia de nuestro tiempo» (p. 8).

Andrea Riccardi califica al pontífice polaco diciendo que «es un santo, un místico, un pastor, pero no es un gran administrador» (cf. p. 31). Fue un verdadero hombre, muy concreto, con un gran sentido de la amistad, muy preocupado por el compromiso histórico. Califica la unión entre la fe y el sufrimiento como una constante de su espiritualidad desde su juventud.

Sostiene que su historia es muy diversa y compleja para ser comprendida fácilmente por un occidental (incluso católico) de finales de los años setenta, porque no se puede comprender con las categorías con las que entonces se consideraba al mundo y a la Iglesia (cf. p. 82).

Riccardi pone de relieve la importancia que tuvo en la vida de este pontífice su concepción del sacerdocio, del que creía que el secreto de su eficacia estaba en la santidad de vida, expresada en la oración, la meditación, el espíritu de sacrificio y en el ardor del mismo. Desde esta concepción, Juan Pablo II afrontó la crisis eclesial de los años posconciliares, que fue, en una parte muy importante, una crisis del clero (cf. p. 92).

A lo largo de los 13 capítulos en los que se estructura esta biografía, el autor va exponiendo la vida y el pensamiento del papa polaco, de forma ágil y amena. Es un libro que engancha fácilmente al lector, y que cuenta con la ventaja de estar muy bien editado.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ JUAN, O.P.
Salamanca (España)

ANDRÉ LOUF, *Iniciación a la vida espiritual*
Editorial Sígueme, Salamanca 2011, 109 pp.

Dom André Louf (1929-2010) es un monje trapense belga perteneciente al monasterio de Santa María del Monte del que fue abad durante más de treinta años. Destaca por sus conocimientos bíblicos y es un conocido autor espiritual. En esta obra nos habla con gran profundidad y claridad de las claves de la vida espiritual. Consta de dos partes principales.

En la primera trata de los elementos comunes que, generalmente, comparten aquellos que progresan en el camino espiritual hacia la unión con Dios. Un camino que Louf divide en las tres vías clásicas. La primera

es la *vía activa*, propia de los principiantes y que se caracteriza por su entusiasmo y exterioridad. La segunda es la *vía pasiva*, que alcanzan aquellos que han madurado espiritualmente y en la que hay que pasar por una gran crisis espiritual marcada por las tentaciones y la oscuridad. Por último, unos pocos llegan a la *vía unitiva*, cuando renuncian realmente a todo para estar junto a Dios, llegando así a lo que los maestros espirituales han denominado como «deificación», que consiste en una anticipación imperfecta del definitivo Reino de Dios.

La segunda parte del libro trata sobre la dimensión espiritual del ser humano, lo que Louf llama «hombre interior», y que nos constituye en templo del Espíritu Santo. Este autor nos habla de cómo el Espíritu Santo ora en nosotros sin que nos demos cuenta. Y esto es así hasta que poco a poco vamos tomando consciencia de ello gracias a una serie de condiciones o circunstancias. Por último, Louf trata de tres espiritualidades erróneas muy difundidas en nuestros días: la ideología, el activismo y el moralismo.

Es un libro corto y fácil de leer, muy útil para todo aquel que quiera profundizar en su vida interior y conocer mejor este misterioso ámbito. Louf habla con la sabiduría de un maestro espiritual y se apoya en sus amplios conocimientos bíblicos, lo cual da gran consistencia a todo lo que dice.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

CÉSAR IZQUIERDO, *La luminosa oscuridad de la fe*
Editorial Eunsa, Pamplona 2012, 136 pp.

El autor es sacerdote del Opus Dei y Vicedecano del departamento de Teología Dogmática de la Universidad de Navarra. En este pequeño libro, empleando un lenguaje claro y accesible, nos habla de las bases teológicas, filosóficas y antropológicas sobre las que se sustenta el misterio de la fe. Lo hace trazando un recorrido desde «lo real» y su conocimiento, pasando por el misterio que se esconde en el ser humano y en Dios, para finalizar hablándonos del sacramento y los signos sagrados, como vías de encuentro con el misterio divino.

Si bien este libro no está pensado para hacer una lectura espiritual, da cauces de meditación y reflexión muy interesantes y profundos. De este modo, el P. Izquierdo nos incita a seguir ahondando en el conocimiento de la fe, estudiando, por ejemplo, el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ANTONIO M. ARTOLA, *San Pablo de la Cruz, «maestro de la Muerte Mística»*. *Texto y comentario espiritual de su tratado*

Noviciado Pasionista, Lima 2012, 110 pp.

El P. Artola es un religioso pasionista español nacido en 1922 que destaca por sus conocimientos como biblista. En este libro analiza el tratado de la *Muerte Mística*, sacando así a la luz una parte importante de

la espiritualidad del fundador de su congregación que, además, fue uno de los pocos autores místicos del siglo XVIII: san Pablo de la Cruz (1694-1775).

El libro comienza hablando de las vicisitudes que corrió este tratado hasta que fue descubierto en 1976, tras estar oculto durante casi dos siglos. Después se nos invita a leer el tratado y una colección de pequeños textos que tratan de la Muerte Mística, extraídos de las cartas de san Pablo de la Cruz. Tras lo cual comienza un interesante comentario sobre la experiencia de la Muerte Mística, la cual consiste, básicamente, en reproducir interiormente la muerte de Cristo. Esta espiritualidad se apoya mucho en la mística renana de Juan Taulero (ca. 1300-1361).

Cabe destacar un sintetizado estudio sobre siete maneras de alcanzar la Muerte Mística. Éstas son: la *muerte sacramental* realizada en el bautismo (cf. Rm 6,5-6), el *estado de muerte* que se alcanza cuando nuestra vida queda escondida en la de Cristo (cf. Col 3,3), la *muerte ascética* –la mortificación– (cf. Col 3,5), la *muerte apostólica*, que consiste en llevar con nosotros el morir de Cristo, para que su vida se reproduzca en los otros (cf. 2Co 4,11), la *muerte martirial* (cf. Fil 3,10; 2Tim 4,6), la *muerte normal* al final de la vida, cuando morimos unidos a Cristo (cf. 1Tes 4,14) y la *muerte psicológica*: en la que muere el «propio yo» al someterse nuestra alma a la voluntad divina.

Después habla de cómo la vida religiosa es una manera de realizar la Muerte Mística: muriendo a todo deseo y voluntad propia y sufriendo las consecuencias de una vida pobre, hasta alcanzar la identificación con

la vida de Cristo. Por último, el P. Artola hace un análisis comparativo entre la Muerte Mística y la «noche oscura» de san Juan de la Cruz y de cómo se apoya san Pablo de la Cruz en el santo carmelita.

En esta sociedad actual, en la que priman la auto-complacencia y la satisfacción, este libro nos ofrece un interesante camino espiritual que nos ayuda a integrar positivamente la muerte y el sufrimiento con vistas a unirnos con Cristo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

RAÚL BERZOSA, GERARDO GALETTO, *Hablemos de nueva evangelización*

Editorial Desclee de Brouwer, Bilbao 2012, 192 pp.

El 28 de junio del 2010 Benedicto XVI anunció la creación de un nuevo Dicasterio para promover la nueva evangelización, sobre todo en aquellos países de antigua tradición cristiana que por dinámicas complejas y por la progresiva secularización de la sociedad están viviendo «*una especie de eclipse del sentido de Dios que constituye un desafío a encontrar medios adecuados para volver a proponer la perenne verdad el Evangelio de Cristo*».

Don Raúl Berzosa, obispo de Ciudad Rodrigo, y el sacerdote argentino Gerardo Galetto, oficial del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, encargado para América Latina, han recogido amplia y detalladamente la problemática de estos

nuevos tiempos, y los posibles caminos que la Iglesia tendrá que ir descubriendo ante estos complicados retos.

Para ello no solo nos presentan en el libro *Hablemos de Nueva Evangelización* las principales líneas de reflexión y de acción señaladas en el documento pontificio *Ubicumque et semper*, sino también el gran tesoro doctrinal y pastoral que la Iglesia nos ha ofrecido a lo largo de las últimas décadas, como son los documentos del Concilio Vaticano II, las encíclicas y los discursos de los Papas Pablo VI y Juan Pablo II.

Esta «*nueva evangelización* –señalan los autores recogiendo el pensamiento del Magisterio de la Iglesia– *no debe desechar la tarea evangelizadora realizada hasta el momento como si ésta fuera vieja y se necesitase una nueva... Pero tampoco debe entenderse la nueva evangelización como la repetición de lo que ya se ha hecho hasta ahora, ni la mera reconquista de los espacios perdidos. Se trata de una evangelización nueva: nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión*».

Estamos ante un libro muy recomendable e imprescindible para todos los agentes de pastoral comprometidos seriamente en la búsqueda de nuevos caminos, para hacer llegar la Buena Noticia de la Salvación de Jesús a la sociedad del siglo XXI, que está necesitando las luces renovadas del evangelio de Jesús para reencontrar una vez más la verdad sobre el ser humano.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
La Peña de Francia (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La voluntad humana y la llamada del Señor

José tenía un padre exigente y muy coherente, sobre todo en lo que respecta a la fe. Era un católico convencido. Y José salió igual que su padre. Por eso desde pequeño pensaba en cómo podría él llegar a ser un destacado cristiano.

Le dio una gran alegría a su padre cuando, nada más acabar sus estudios en el colegio, le dijo que iba a ingresar en el seminario diocesano. Sus años de seminario fueron muy buenos. Pero le supieron a poco, así que nada más ordenarse de sacerdote le pidió al Obispo que le enviase a Roma para doctorarse en Teología. Y, allá fue, estudió y sacó el doctorado, lo cual le satisfació enormemente.

En el P. José seguía bullendo la inquietud de hacer algo grande para ser mejor cristiano, así que antes de regresar a su diócesis decidió ir en peregrinación desde Roma a Jerusalén andando. Tras largos meses de

duras aventuras llegó a Jerusalén y allí estuvo varias semanas disfrutando de aquella experiencia. Poco antes de partir, pensó: «¿Y ahora qué? ¿Qué puedo hacer por Dios?».

Y tuvo una idea: pedirle a su Obispo que le dejase ir unos años de misionero a África, para allí poder entregarse totalmente a los pobres. La petición la hizo con tanta convicción que el Obispo le envió inmediatamente a un suburbio de una de las más pobres capitales africanas, donde el P. José estuvo cinco años, tras los cuales regresó a su diócesis, muy satisfecho por todo el bien que había hecho.

Pero yendo de camino al obispado, donde el Obispo le esperaba para comunicarle su nueva labor en la diócesis, el coche derrapó con una mancha de aceite y se estrelló contra un muro. El P. José estuvo una semana en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital y cuando salió le comunicaron que ya nunca podría andar pues sus lesiones en la espina dorsal eran incurables.

Entonces el Obispo le envió como capellán a una residencia de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Le dijo que allí podría celebrar diariamente la Misa y las hermanitas le cuidarían muy bien. Al pobre P. José se le vino el mundo abajo. No entendía nada. Tanto que había hecho y luchado por el Reino de Dios, y ahora se veía así, casi totalmente impedido.

Aquello le empujó al P. José a hacer una profunda revisión de vida, pues estaba claro que su camino se había truncado. Era preciso hallar el origen y fundamento de su relación con Cristo, para intentar

seguirle, por así decir, «con la silla de ruedas». Para ello le vinieron muy bien las largas horas que tenía para orar. En la oración le suplicaba a Dios que le iluminase.

Poco a poco fue entreviendo una realidad que no le gustaba nada y a la que intentaba sortear sin conseguirlo: su vocación era una gran mentira. El P. José no recordaba haber sentido en ningún momento una llamada interior de Cristo, pues nunca le prestó atención, sólo hizo lo que él mismo consideraba que era lo mejor para el Reino de Dios, dando por supuesto que eso era lo que Cristo quería. Ahora, en su silla de ruedas, se dio cuenta de que nunca había seguido realmente a Cristo, sino a sí mismo.

Descubrir aquello fue peor que cuando le dijeron que ya nunca andaría. El P. José fue plenamente consciente de que, aun teniendo una gran discapacidad física, su discapacidad espiritual era todavía mayor.

Se sumergió entonces en un gran pesar y se volcó interiormente en suplicar a Jesús que le perdonase, pues, en el fondo, había utilizado su carrera sacerdotal para satisfacerse a sí mismo. Y así estuvo varios meses, durante los cuales celebrar la Eucaristía o el sacramento de la Penitencia era para él un auténtico suplicio, pues se sentía como un farsante. Así que un buen día decidió ir a ver al Obispo para contarle todo y explicarle por qué debía dejar el sacerdocio.

En la sala de espera había un joven muy nervioso que pronto entabló conversación con él. Ante la tardanza del Obispo en recibirles, les dio tiempo para conocerse. Resulta que aquel joven iba a hablar con

el Obispo para que le dejase ingresar en el seminario, pero estaba lleno de dudas y miedos. Cuando, después de un rato, el P. José le contó el motivo de su visita, el joven se quedó sorprendido, y le preguntó: «Pero, qué pasa, ¿es que Jesús no te da una segunda oportunidad? ¿No te deja empezar de cero tu camino sacerdotal?».

En ese momento al P. José se le vino a la mente la parábola del hijo pródigo, y se echó a llorar delante de aquel joven. El Obispo salió de su despacho en ese momento y le pidió que entrase. Entonces el P. José le contó todo lo que le había pasado y exclamó: «¡Monseñor, he pecado profundamente, pero le suplico que me dé una segunda oportunidad!».

Tras un rato de sosegada charla, el Obispo entrevió que aquel pobre sacerdote que estaba postrado en una silla de ruedas había vivido una profunda experiencia espiritual de conversión, y que eso, sumado a su gran formación teológica y pastoral, le capacitaba para ocupar uno de los puestos más delicados de la diócesis: el de director espiritual del seminario. Convencido de ello, el Obispo así que se lo dijo al P. José, y éste, emocionado, lo aceptó sabiendo interiormente que estaba obedeciendo de forma consciente la voluntad de Dios por primera vez en su vida.

Nos dice Jesús: «*No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca*» (Jn 15,16).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ESTUDIO

Benedicto XVI y Miguel de Unamuno: diálogo sobre la fe

De un modo u otro, Benedicto XVI viene animando desde el inicio de su pontificado a «redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo»¹. Sólo así podremos superar la profunda crisis de fe que afecta a un número cada vez mayor de personas.

En efecto, la fe es un «valor» en crisis, en parte, porque los que nos decimos discípulos de Cristo la hemos convertido en una mera cuestión de hábito. De este modo, ha quedado reducida de forma dramática a un simple formalismo, a una costumbre que, lejos de animar la propia vida, pasa a ser un añadido a la misma.

El peligro de la fe reducida a esquema intelectual, convertida en discurso moral o identificada como mera fórmula doctrinal o de piedad deja de tener interés para la propia vida. Este aspecto fue resaltado por Benedicto XVI en su discurso a la Curia del mes de diciembre de 2011: los que teníamos el deber de transmitir una fe viva hemos alterado su sustancia. Ésta es la razón de la incapacidad para hablar al corazón del

1. JOSEPH RATZINGER, *Porta fidei*. La puerta de la fe. San Pablo, Madrid 2011, p. 8.

hombre de nuestro tiempo. Pero, como todo asunto verdaderamente trascendente, éste no es un problema de nuestros días. Es más, resulta evidente que es ahora cuando se ha manifestado con mayor claridad aunque se ha venido fraguando desde mucho antes.

En efecto, yo me lo encontré planteado y estudiado en profundidad en los escritos de Miguel de Unamuno y Jugo, el vasco-español que durante 14 años rigió el destino de la Universidad de Salamanca. Todo intelectual que se precie de serlo y lo sea realmente se sabe portador de una grave responsabilidad: alertar a sus compañeros de viaje de los peligros que amenazan su felicidad truncando la posibilidad de llegar felizmente a puerto. Y no sólo esto: el intelectual procura ofrecer alguna salida al dilema planteado con su reflexión. Y Unamuno fue y sigue siendo uno de estos pensadores auténticos que reveló su inconformismo en lo referente al tema que nos ocupa: la fe de la que se sintió heredero se presentaba ante sus ojos dramáticamente separada de la vida y resultaba insuficiente para saciar su anhelo de pervivencia.

Así llegamos al planteamiento de esta breve reflexión: el actual Papa y el que fuera insigne Rector de la Universidad de Salamanca denuncian y alertan acerca de un mismo hecho: la fe que ha de ser vivida como encuentro personal y gozoso con el Único capaz de dar sentido a la propia vida, se ha convertido en la más terrible de las caricaturas de sí misma en tanto que identificada con una serie de ritos que, despojados de su más profundo significado, se han convertido en un lastre insoportable para muchos. Recuperar el verdadero sentido de la fe es de tal trascendencia

para vivir una vida auténticamente humana, que todos los esfuerzos para lograr este objetivo son pocos. ¿Cómo reconvertir la fe en lo que verdaderamente es? ¿Cómo devolverle su fundamento? ¿Es capaz la fe de dar sentido a la vida del hombre cumpliendo su papel o va a resultar definitivamente inútil para saciar los anhelos del corazón humano?

Unamuno nos habla en sus «Soliloquios y conversaciones» del tiempo, el espacio y la lógica refiriéndose a ellos como a tres tiranos crueles del hombre. En este sentido se lamenta: «¿Por qué no he de poder vivir ayer, hoy y mañana a la vez? ¿Por qué no he de poder estar aquí y ahí a un tiempo? ¿Por qué no he de poder sacar de unas mismas premisas cuantas conclusiones convengan?»². En este escrito vamos a liberarnos de la esclavitud impuesta por los mismos dando al pensador vasco-salmantino la posibilidad de compartir sus inquietudes con el Papa teólogo. Sí, amigos, este diálogo tendrá lugar a pesar de las dificultades que presentan los tres tiranos: Miguel de Unamuno (M.U.) y Joseph Ratzinger (J.R.) hablarán del tema que más les preocupa y ocupa, sintonizando a través del pensamiento y el espíritu porque para éstos no existen las barreras del tiempo ni las del espacio. También quedará abatida la barrera de la lógica.

2. MIGUEL DE UNAMUNO, O.C.E. III, 379.

Las citas de las obras de Unamuno corresponden a las *Obras Completas*, 9 vols., Escelicer, Madrid 1966-71. Introducciones, bibliografías y notas de Manuel García Blanco. En adelante las citas de esta colección seguirán el modelo de ésta: el número de volumen en caracteres romanos seguido del número de página en arábigos.

Que los más escépticos se preparen para asistir a este debate inmemorial.

M.U.: (Solo, en su despacho de la casa rectoral, hablando para sí). Quizá lleven razón los que me acusan de «monodialogador». Sí, hablar, hablar para sacudir la modorra de las vidas que no cuestionan nada, que hacen propio todo lo que reciben sin asimilarlo, sin pasarlo por el tamiz del propio criterio. ¿Por qué impones tu monólogo, Miguel? ¿No será porque únicamente rebaten tus argumentos poniendo etiquetas a lo que dices para defenderse sirviéndose de manidos lugares comunes que nada tienen de personal? ¡Lo que darías por encontrar un contrincante que no pretendiera convencerte, que tampoco te catalogara, sino que fuera capaz de hablar a tu corazón y no sólo a tu cabeza!

(Llaman a la puerta). ¿A estas horas? ¡Adelante!

(Entra Concha para anunciar al visitante, ilustre personaje que anda de paso por Salamanca y que prefiere pasar desapercibido en esta ocasión. Se trata, nada más y nada menos, de Joseph Ratzinger. Unamuno se levanta rápidamente y se dirige a la puerta del despacho para recibirlo. Lo hace impresionado por lo inesperado de la visita).

M.U.: Santidad, pero... ¿cómo usted en mi casa?

J.R.: Voy de camino a Ávila y no quería dejar de pasar con usted unos minutos porque deseo decirle cuánto lo admiro.

M.U.: (Aturdido): Por favor, tutéeme. Pero... siéntese y disculpe el desorden de mi mesa. ¡Precisamente

en el momento en que usted ha llegado, me lamentaba de no poder compartir con nadie lo que atormenta mi espíritu!

J.R.: Ya ves, Miguel, que el Cielo ha escuchado tu grito desesperado. Por eso estoy aquí. Te decía que te admiro porque has hecho de tu vida lo que todo ser humano –observa que no digo «creyente» aunque los que así se confiesan tienen la misma o mayor responsabilidad que el resto– debería hacer: una búsqueda continua de aquello que bulle en lo más hondo del sí propio.

M.U.: Siempre digo, Santidad, que cada hombre lleva encerrado en su alma el secreto de la vida que no es otro que el misterio de su vida y de su muerte. Alguien lo ha depositado en su interior; no surge de sí mismo. Poco importa que éste se haga notar o no; parece que su manifestación depende del ambiente espiritual de la sociedad en la que el hombre vive³. Cuanto más hombre haga Dios a cada uno, más hondamente ocultará ese secreto. «Y para plantarlo nos labra el alma con la afilada laya de la tribulación. Los poco atribulados tienen el secreto de su vida muy a flor de tierra, y corre el riesgo de no prender bien en ella y no echar raíces, y por no haber echado raíces no dar ni flores ni frutos»⁴.

J.R.: Mi querido Miguel, esto que dices es una profunda verdad. Eso que llamas «el secreto de la vida» no es sino una exigencia que constituye una invitación permanente, «inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel

3. UNAMUNO, O.C.E. III, 877-878.

4. *Ibid.*, 878.

que no buscaríamos si no hubiera ya venido. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro»⁵.

M.U.: Y aún digo más, Santo Padre. Pienso que cada vida tiene su secreto, esto es incuestionable, pero hay un secreto general, un secreto compartido por la humanidad toda. Ese secreto es el hambre de Dios, el apetito de divinidad que yo experimento en mí mismo como ansia de más vida, de ser todo lo demás sin merma de la propia personalidad, de adueñarse de todo sin que nada se adueñe de uno mismo. Éste es «el secreto de la vida humana, el general, el secreto raíz del que todos los demás brotan»⁶. Pero ha hablado de la fe como de esa puerta que permite el encuentro de cada hombre con Dios y esto me interesa mucho, Santidad. Hábleme de esta fe...

J.R.: Nuestra fe, querido Miguel, no es un conjunto de normas, de costumbres, de rutinas que hacen del hombre un ser instalado en ellas. De hecho, cuando queda reducida a éstas, «la religión pierde su sentido auténtico que es vivir en escucha de Dios para hacer su voluntad, y se reduce a práctica de usanzas secundarias, que satisfacen más bien la necesidad humana de sentirse bien con Dios. Éste es el grave riesgo de cada religión, que Jesús individuó en su tiempo, pero que también se puede verificar, lamentablemente, en la cristiandad. Por eso, las palabras de Jesús en el Evangelio (Mc 7,1-8.14-15.21-23) contra los escribas y los fariseos deben hacernos pensar también en

5. RATZINGER, *Porta fidei...*, p. 22.

6. UNAMUNO, O.C.E. III, 884.

nosotros»⁷. La fe «no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia»⁸. La fe no es doctrina ni moral. Es todo esto, pero, sobre todo, es mucho más que esto. La doctrina, el magisterio de la Iglesia, la tradición y todo aquello que nos transmitieron nuestros mayores no son sino peldaños que conducen al abrazo amoroso del hombre y Dios. Son ayudas para que el encuentro gozoso se dé. El error que tristemente hemos cometido es habernos quedado en ellos. Por eso he querido que este año sea el *Año de la fe* porque es necesario, ¡urgente! diría yo, que redescubramos «la alegría de creer y volvamos a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe»⁹.

M.U.: Santidad, usted habla de encuentro. Y eso me gusta. Siempre he pensado que la religión es la relación del hombre concreto con Dios, la unión, más o menos íntima, con Él¹⁰. Y esta relación es configuradora de lo humano porque, en definitiva, Dios es un Dios que existe existiendo al hombre.

J.R.: ¿Cómo entiendes esto, Miguel?

M.U.: Verá: Dios existe al hombre soñándolo. El hombre es sueño o pensamiento de Dios porque para

7. Palabras del Papa previas al rezo del Ángelus junto a los fieles reunidos en Catel Gandolfo. 2 septiembre 2012. www.aciprensa.com. La cita del Evangelio en cursiva sustituye al «hoy» del discurso de Benedicto XVI a efectos de redacción.

8. RATZINGER, *Porta fidei...*, p. 23.

9. *Ibid.*, 15.

10. UNAMUNO, O.C.E., S.T. VII, 237. En las citas correspondientes a *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, indicaremos el título de esta obra añadiendo al modo habitual de cita las siglas S.T. por considerar esta obra de especial importancia en el pensamiento unamuniano.

Dios, soñar –pensar– es crear y hacer existir aquello que piensa, que sueña¹¹.

Yo concibo la fe como creación. Me explico. He repetido sin cansancio que la fe no es creer lo que no vimos sino crear los que no vemos. «Sí, crearlo, y vivirlo, y consumirlo, y volverlo a crear y consumirlo de nuevo viviéndolo otra vez, para otra vez crearlo... y así; en incesante tormento vital. Esto es fe viva, porque la vida es continua creación y consunción continua y, por tanto, muerte incesante»¹². No podríamos vivir si a cada paso no estuviésemos muriendo.

Por estas y otras afirmaciones me han tachado de hereje. Pero es que, Santidad, mi búsqueda incesante ha tomado la forma de la creación. El hombre crea a Dios. No sé si le molesta mi razonamiento...

J.R.: ¡Para nada, Miguel! Todo lo contrario, me interesa muchísimo. Continúa, por favor.

M.U.: Dios está en el interior del hombre que siente hambre de Él haciéndose apetecer; Dios se hace –está– seminalmente presente en cada hombre mediante su deseo. El deseo de Dios es huella de Dios en el alma. En todo caso, la iniciativa parte siempre de Dios. El deseo de Dios es motor que impulsa a la búsqueda de aquello que se apetece y dinamizador de la esperanza que anima a seguir caminando. Y de la esperanza que espera alcanzar lo anhelado y colmar el deseo de Dios en el que radica la auténtica creencia en Él, arranca la fe, creadora de lo que se espera. El

11. *Ibíd.*, 200.

12. UNAMUNO, O.C.E. I, 962. El ensayo al que nos referimos lleva por título «La fe» y fue escrito en el año 1900.

deseo es, por tanto, origen y fuente de esperanza con la que se contempla la posibilidad de su cumplimiento. Y es esta esperanza la que mueve la creación de lo que se espera ante la imposibilidad del hombre de creer en una formulación meramente racional frente a la necesidad vital de seguir existiendo siempre en los mismos términos en que lo hace en su vida mortal.

J.R.: Ya veo, Miguel, que lo que subyace en el fondo de tu planteamiento es el anhelo de inmortalidad. ¿Me equivoco al pensar que este anhelo vital para ti resulta frustrado por la fuerza arrolladora de la razón?

M.U.: No, Santidad, no se equivoca, aquí está el motivo de mi angustia constante.

J.R.: ¡Bien! La creación, entonces, en los términos en que la planteas, vendría a suplir a la razón, incapaz de procurar al hombre la creencia en Dios y, por tanto, en su vida eterna. ¿Es así?

M.U.: Así es, Santidad.

J.R.: Lo que sucede, Miguel, es que el concepto de razón que tú manejas es el heredado de la tradición racionalista que, en realidad, mutila el contenido de la misma reduciéndola dramáticamente a lo que se puede catalogar como actividad científica, del mismo modo que identifica la ciencia con el método científico. Pero esto no son sino tópicos de la razón tecnológica.

M.U.: ¡Sí! A esta razón yo la he adjetivado con el apelativo de «raciocinante».

J.R.: Ahí está el verdadero meollo de la cuestión. Tenemos el deber de propiciar un «ensanchamiento

de nuestra comprensión de la racionalidad» en respuesta a «los intentos estrechos y fundamentalmente irracionales de limitar el alcance de la razón». Sólo así el concepto de razón podrá explorar «aspectos de la realidad que van más allá de lo puramente empírico»¹³.

M.U.: Puede, Santidad, que esto que está diciendo tenga que ver con una crítica que me han hecho recientemente al analizar mi concepto de fe en relación al deseo humano de inmortalidad y que no me ha pasado desapercibida. Me decían que, al atacar a la razón racionalista en tanto que enemiga de la vida y de la más auténtica humanidad por disolver el anhelo de vida eterna y negar los deseos más propiamente humanos que alberga el corazón de todo hombre, asumo y convierto mis nociones de sentimiento y fe en deudores de ella. De algún modo, al pretender librarme de esta enemiga, la llevo conmigo sin conseguir escapar de sus garras. Lo que esta razón niega, convirtiendo en un absurdo el anhelo humano por excelencia que no es otro que el hambre de pervivencia, ha de ser asumido, de algún modo por el sentimiento y la labor creadora de la fe. Porque todo hombre necesita abordar en un momento de su propio desarrollo vital ésta que yo he dado en llamar «cuestión humana» y otras derivadas de ella cuya comparecencia se hace absolutamente necesaria si queremos hablar de vida real y verdaderamente humana.

13. JOSEPH RATZINGER, en ANDRÉS OLLERO TASSARA, «La crítica de la razón tecnológica. Benedicto XVI y Habermas, un paralelismo sostenido», www.racmyp.es/docs/anales/A87/A87-25.pdf

J.R.: Mi querido Miguel, estoy convencido de que razón y fe y no son dos enemigas acérrimas destinadas al abrazo trágico en una incesante lucha y que, por ello, han de tolerarse respetando sus respectivos campos de actuación sin admitir ningún tipo de injerencia de la contrincante en el propio, sino que están destinadas a cooperar en la búsqueda de la verdad, respetando cada una la naturaleza y la legítima autonomía de la otra»¹⁴. Ésta es la convicción que fomentó el nacimiento de las universidades europeas. El mensaje de la fe cristiana es una «fuerza purificadora para la razón, que la ayuda a ser más ella misma»¹⁵.

M.U.: Me parece realmente interesante esto que dice, Santidad, y me gustaría darle vueltas para tratar este tema en profundidad en otra ocasión. Porque sé que lo que dice tiene, entre otras, una consecuencia clara: la razón y la ciencia, entendidas en los términos que acaba de esbozar, pueden pronunciarse acerca de Dios. Y yo he declarado su absoluta incompetencia a este respecto en infinidad de ocasiones.

Aparcando de momento esta interesante cuestión, llegamos a un punto que me parece fundamental: el encuentro personal con Dios. Así ha definido la fe. Pues bien, Santidad, le tengo que confesar que yo he descubierto a Dios en un encuentro personal. O,

14. JOSEPH RATZINGER, Discurso del 23 de junio de 2007 a los participantes en el primer Encuentro Europeo de Profesores Universitarios celebrado en Roma. Recogido en el trabajo de OLLERO TASSARA citado más arriba.

15. Discurso que Benedicto XVI iba a pronunciar durante su visita a la Universidad pública de «La Sapienza» de Roma, prevista para el 17 de enero de 2008.

mejor, en una ausencia que desencadena una necesidad vital hondamente sentida. No he llegado a Él mediante la creencia en una doctrina determinada o en un dogma. Dios se me manifiesta en la crisis desencadenada por la contemplación de mi posible aniquilación, de mis límites como ser finito y temporal; por el dolor padecido a causa de la ausencia de ese Alguien que puede saciar mi hambre de ser más, de ser siempre, de serlo todo sin dejar de ser yo mismo. Mi Dios, Santidad, es un Dios personal al cual se accede por vía cordial. Por eso no puedo ni quiero acudir a la razón para que sea ella la que afirme o niegue la objetividad de ese Dios.

J.R.: Entiendo lo que dices. Por eso es necesario que revises tu concepto de razón. Entonces, estoy seguro, comprobarás cómo ésta es una ayuda para el conocimiento de Dios. «El hombre encuentra la vida eterna –y, me parece, ésta es la única y verdadera cuestión para ti– a través del conocimiento. No obstante ha de tenerse en cuenta que el concepto veterotestamentario de conocer presupone un conocimiento que crea comunión, es hacerse una sola cosa con lo conocido»¹⁶. De nuevo el encuentro personal con el Dios hecho Hombre en el que «se produce ese conocimiento de Dios que se hace comunión y, con ello, llega a ser vida»¹⁷.

M.U.: No sé si seré capaz en algún momento, tras madura reflexión, de identificar eso de lo que habla

16. JOSEPH RATZINGER, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Ediciones Encuentro, 2011, p. 103. La cursiva ha sido introducida a efectos de redacción.

17. *Idem*.

con la palabra «conocimiento». Lo que sí puedo constatar en mí es una fortísima hambre de Dios. Este punto de partida es, además del inicio de mi personal andadura emprendida en aras a satisfacer esta necesidad vital que experimento de manera dolorosa, engendrador de esperanza. Sí, Santidad, mi deseo de Dios es motor que me impulsa a buscar aquello que apelezco al tiempo que alienta mi esperanza, como acabo de decirle. En los términos en que yo la concibo, la esperanza, como fruto del deseo y como generadora de una fe que no consiste en creer sino en crear, conduce al amor que se encuentra en el mundo espiritual. En definitiva, a Dios. Hasta aquí llega mi aventura interior. Como ve, Santidad, aún estoy en plena búsqueda.

J.R.: De eso se trata, Miguel, de no dejar nunca de buscar. Dios tiene un camino para cada uno y un momento para manifestarse. Tu búsqueda y tu personal interpretación de la fe es, de momento, el único modo de mantenerla. Sí, Miguel, si para ti creer es crear, ¡ánimo! Sigue creando eso que tu corazón pide a gritos. No dudes que si perseveras en tu singular creación sigues caminando. «La fe sólo crece y se fortalece creyendo»¹⁸. Por eso, si para ti la fe es crear continúa creando para que tu fe aumente y se robustezca. Y en este proceso no te olvides del abandono porque para poseer la certeza sobre tu propia vida, hay que «abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios»¹⁹.

18. RATZINGER, *Porta fidei...*, p. 16.

19. *Idem.*

M.U.: No se imagina, Santidad, lo reveladora que ha resultado para mí esta conversación. ¿Será posible retomarla en otro momento?

J.R.: La vida, querido Miguel, en una caja de sorpresas. ¿Por qué no hemos de esperar otro encuentro? Vamos a desearlo intensamente para que la fuerza de ese deseo conduzca a su cumplimiento.

M.U.: Nada me sería tan grato como compartir con usted mi personal evolución para contarle en qué parajes acaba mi peculiar vía vital.

J.R.: Rogaré al Señor por ti para que sólo Él conduzca tus pasos. Y, no olvides nunca que Dios te espera siempre. En medio de tus elucubraciones, zozobras y angustias su amor te está ofreciendo continuamente su abrazo. Aun cuando conscientemente le dijeras que «no» por no querer abandonar tu punto de vista y tus convicciones –que, sin duda, serán nocivas si van contra su voluntad–, Él siempre te sorprenderá: la evolución de la relación del Dios del Antiguo Testamento con su pueblo es prueba de esto que te digo.

En esa historia de la salvación se observa, en efecto, una interesante nota redundante: la acción de Dios se caracteriza por «emprender un nuevo camino del amor después de un primer ofrecimiento fallido. [...] Precisamente esa “flexibilidad” de Dios, que espera la libre decisión del hombre y que, de cada “no”, hace brotar una nueva vía del amor, forma parte del camino de la historia de Dios con los hombres, como nos lo describe el Antiguo Testamento. Al “no” de Adán responde con una nueva preocupación por los hombres. Ante el “no” de Babel inaugura una nueva perspectiva

de la historia con la elección de Abraham. La petición de un rey para los israelitas representa en un primer momento una obstinación contra Dios, que quisiera reinar sobre su pueblo de manera inmediata. Pero en la profecía dirigida a David transforma esta terquedad en una vía que lleva luego directamente hacia Cristo, el Hijo de David»²⁰.

¿No va a salir a tu encuentro aunque tu camino sea un «no»? Te aseguro, Miguel, que lo hará porque ese «no» tuyo no será fruto ni del desprecio, ni del desinterés negligente por Dios y por sus cosas. Quien busca a Dios –y no hay duda de que tu vida es una búsqueda continua–, ya lo ha encontrado de algún modo. Esto ha dejado escrito Edith Stein. Por eso te animo a que sigas buscando...

En la breve carta apostólica que he escrito para abrir este *Año de la fe* –ya ves, Miguel, lo providencial de nuestra charla– he dicho que «no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aun no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico “preámbulo” de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios»²¹. Tu «camino», querido amigo, quiere acercarse y penetrar en ese misterio. Por eso te digo: no desfallezcas en tu lucha porque, en un recodo inesperado de esa vía, encontrarás lo que buscas.

20. RATZINGER, *Jesús de Nazaret...*, p. 145.

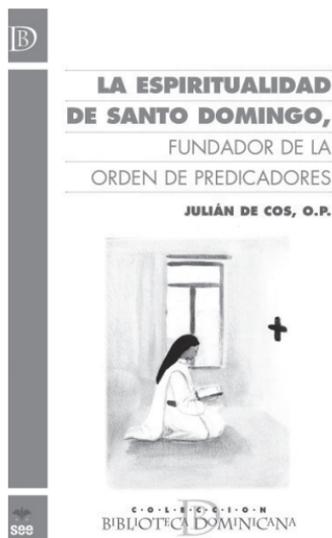
21. RATZINGER, *Porta fidei...*, p. 21.

M.U.: Santidad, ¡qué rápido ha pasado el tiempo! ¡Y qué pena que tenga que marchar! Gracias por escuchar y consolar al este «energúmeno español». Mi casa estará siempre abierta para usted.

J.R.: Queda con mi bendición, hijo mío.

Y nuestros dos pensadores se fundieron en un fuerte abrazo capaz de abarcar sus diferencias en la mutua comprensión de sus posturas.

SMD
España



LA ESPIRITUALIDAD DE SANTO DOMINGO

Fundador de la Orden de Predicadores
JULIÁN DE COS, O.P.

Páginas: 270 Precio: 15 €

Hay quienes afirman que no existe la espiritualidad dominicana pues santo Domingo consideró que lo mejor era que sus hermanas y hermanos de comunidad se relacionasen con Dios con una gran libertad. Por eso, la libertad que precisamente, la esencia de la espiritualidad dominicana. Una libertad que se despliega en «cuatro pilares»: la comunidad, el estudio la oración y la predicación, y en todos los ámbitos de su vida cotidiana. La espiritualidad es la manera con que las dominicas y dominicos viven su vocación cristiana.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

El conocimiento de Dios y la predicación según santo Tomás

EL CONCEPTO DE «ESTUDIO» SEGÚN SANTO TOMÁS

Santo Tomás le dio mucha importancia a la actividad intelectual. Según él: «“Estudio” es una palabra que designa aplicación intensa de la mente a algo, cosa que no puede hacerse sino mediante su conocimiento» (*ST II-II*, 166, a. 1c).

La «estudiosidad» la localiza entre las partes de la *templanza*. Distingue en ella dos aspectos: el *apetito* de saber y el *esfuerzo* requerido para la actividad intelectual (cf. *ST II-II*, 166, a. 2 ad 3)¹.

LA GRACIA AYUDA A NUESTRA IMPERFECTA INTELIGENCIA

Experimentar a Dios es, ante todo, un don divino, una gracia que aumenta la libertad humana pues, como dice Manuel Ángel Martínez hablando sobre el pensamiento de santo Tomás (cf. *ST I*, 3, a. 1, ad 5): «nuestras acciones son más nuestras cuando las recibimos enteramente de Dios. Por este camino, cualquier viejecilla cristiana supera con su fe el conocimiento de Dios alcanzado por los filósofos anteriores a la encarnación de Cristo. Es el conocimiento que

1. Cf. F. MARTÍNEZ DÍEZ, *Espiritualidad dominicana. Ensayos sobre el carisma y la misión de la Orden de Predicadores*, Edibesa, Madrid 1995, 154-155.

brotar del amor; cuanto más se ama a Dios mejor se le conoce y mayor felicidad produce ese conocimiento»².

Entonces surge una pregunta: ¿Por qué estudiar si por medio de la gracia alcanzamos un conocimiento superior?: pues porque «*la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona*» (ST I, 1, a. 8, ad 2). La gracia, por tanto, no hace inútil ningún esfuerzo humano³.

EL CONOCIMIENTO POR CONNATURALIDAD Y A TRAVÉS DEL AMOR

Además del conocimiento por el estudio y el uso de la razón, en la *Suma Teológica* santo Tomás también habla del «conocimiento por connaturalidad», que es especialmente importante en el área de la moral (cf. ST II-II, 45, a. 2 c).

Afirma William Johnston: «Aquí uno “con-naturaliza” con el objeto, que está, por decirlo de alguna forma, encarnado en sí mismo. Tomás usa la palabra *inclinación*; uno juzga *per inclinationem* [cf. ST I, 1., a. 6., ad 3]. Éste es el conocimiento que proviene del amor y de la unión»⁴.

Y más adelante afirma Johnston: «En Tomás el conocimiento por connaturalidad y el conocimiento desde la investigación científica estaban admirablemente mezclados y armonizados. Era un místico con-

2. M. A. MARTÍNEZ JUAN, «Santo Tomás de Aquino, maestro de vida espiritual», en *Vida Sobrenatural*, 81 (2001) 263-272, 264.

3. MARTÍNEZ JUAN, *o.c.*, 264-265.

4. W. JOHNSTON, *Teología mística. Ciencia del amor*, Herder, Barcelona 2003², 63-64.

sumado y un poderoso pensador. Pero al final fue el místico el que triunfó. Después de su gran revelación se negó a escribir y habló poco, diciendo que todo lo que había escrito era como paja comparado con lo que había visto. El conocimiento de la connaturalidad había triunfado; el conocimiento a través de la investigación científica era como paja»⁵.

El conocimiento por connaturalidad es la más alta sabiduría, es un don del Espíritu Santo (cf. *ST I*, 1. a. 6., ad 3) y tiene gran importancia cuando nos relacionamos con Cristo o hablamos de Dios, pues, como dice san Juan (cf. 1 Jn 4,7-21), sólo el que ama conoce a Dios, pues Dios es amor⁶. Dice santo Tomás: «*Esa compenetración o connaturalidad con las cosas divinas proviene de la caridad que nos une con Dios, conforme al testimonio del Apóstol: Quien se une a Dios, se hace un solo espíritu con El [1 Cor 6,7]. Así, pues, la sabiduría como don tiene su causa en la voluntad, es decir, en la caridad; su esencia, empero, radica en el entendimiento, cuyo acto es juzgar rectamente*» (*ST II-II*, 45, a. 2c).

EL AMOR A DIOS, EL DESCONOCIDO

Cuando estudiamos la realidad y nos remontamos a su origen, podemos descubrir que Dios *existe*: esa es la *vía afirmativa* de conocimiento de Dios. Pero si comparamos a Dios con la creación, constatamos que son dos realidades *absolutamente diferentes*: esa es la *vía negativa*. Y si afirmamos que es la causa de todo,

5. JOHNSTON, *o.c.*, 67-68.

6. Cf. JOHNSTON, *o.c.*, 65-69.

descubrimos que está por *encima de todo*: esa es la *vía de la preeminencia*.

La *gracia* nos puede ayudar a profundizar en el conocimiento de Dios. Pero ni siquiera con su auxilio llegamos a saber *qué* es Dios. Por eso buscamos unirnos a Él como a alguien *desconocido* (cf. *ST I*, 12, a. 13c).

Debido a esta dificultad, santo Tomás no duda en afirmar que a Dios es mejor amarle que conocerle (cf. *ST I*, 82, 3c), si bien, el mismo amor es ya conocimiento (cf. *In Ioanem*, cap. 15, lect. 3, n° 2018). Así como una persona puede ser perfectamente amada sin ser perfectamente conocida, algo semejante ocurre cuando se ama a Dios (cf. *ST I-II*, 27, a. 2, ad 2)⁷.

LA FE PERFECCIONA EL INTELLECTO HUMANO

Santo Tomás considera que la fe, como virtud teologal, es una *perfección del intelecto humano*. Hay un doble movimiento: *de la razón a la fe*, para que la fe revele a la razón su sentido, y *de la fe a la razón*, para que la razón haga creíble a la fe⁸.

Dios, por medio de la gracia, induce a la voluntad humana a aceptar verdades o conocimientos de origen divino que superan las facultades intelectivas.

En su obra *Expositio primae decretalis ad Archidiaconum Tudertinum*, santo Tomás se basa en el profeta Oseas cuando dice: «me casaré contigo en la fidelidad» (Os 2,22), para subrayar la dimensión mística

7. Cf. MARTÍNEZ JUAN, *o.c.*, 265.

8. Cf. G. CELADA LUENGO, *Tomás de Aquino, testigo y maestro de la fe*, San Esteban, Salamanca 1999, 158-159.

de la fe cristiana en tanto que ésta, desde el punto de vista teológico, puede instaurar una unión entre Dios y el ser humano.

La fe no sólo lleva a la persona al *conocimiento* de la verdad revelada, sino también a la *experiencia* auténtica de las Personas divinas que los contenidos de dicho conocimiento representan. La transformación operada por la fe en el entendimiento es el inicio de la vida nueva que la caridad instaura en la persona.

La caridad hace que el ser humano se mueva a amar a Dios, alcanzando la perfección terrena en la percepción afectiva del Padre, es decir, en lo que santo Tomás denomina «contemplación».

En resumen, si la razón iluminada por la fe nos dice hacia donde debemos dirigirnos, es el amor el que nos lleva hasta la unión con Dios.

EL FIN DEL ESTUDIO Y DE LA CONTEMPLACIÓN ES LA PREDICACIÓN

Santo Tomás considera que es necesario el estudio en las Órdenes dedicadas a la predicación. Es más, defiende la superioridad de las Órdenes dedicadas a la enseñanza y a la predicación –o a ministerios parecidos–, sobre las que se dedican simplemente a la contemplación, «*ya que es más perfecto iluminar que ver la luz solamente, y comunicar a los demás lo que se ha contemplado que contemplar sólo*» (ST II-II, 188, a. 5c)⁹.

9. Cf. L. S. CUNNINGHAM, K. J. EGAN, *Espiritualidad cristiana. Temas de la tradición*, Sal Terrae, Santander 2004, 115; MARTÍNEZ DÍEZ, «El estudio...», 157, 173-174; JOHNSTON, *o.c.*, 59.

Contemplata aliis tradere, es decir, «comunicar a los demás lo que se ha contemplado», se convirtió en la formulación clásica del ideal dominicano.

VIDA ACTIVA Y VIDA CONTEMPLATIVA

Pero santo Tomás considera que la vida contemplativa es mejor y más perfecta que la activa, por varios motivos: así lo afirman las escrituras (cf. Lc 10,42), es más propia del ser humano, puede ser más continua y duradera, etc. Así mismo, afirma que la vida contemplativa es más meritoria que la activa pues *el amor a Dios en sí mismo* –más propio de la vida contemplativa– es más meritorio que *el amor al prójimo por Dios* –que corresponde más a la vida activa–.

La vida activa no debe de oponerse a la contemplación, sino ha de ser algo sobreañadido a la misma. La vida activa favorece la contemplación cuando dirige y ordena las pasiones del alma.

Si bien respecto al *tiempo* la vida activa es anterior a la contemplativa –pues las buenas obras conducen a la contemplación–, en el orden de *dignidad* o *perfección*, la vida contemplativa precede a la activa –pues su objeto es anterior y más excelente: por ello mueve y dirige a la activa (cf. *ST* II-II, 182, 1-4)¹⁰.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

10. A. ROYO MARÍN, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC, Madrid 2002, 214-216.

Gestos que Dios tiene con cada uno de nosotros

«Apareció la ternura y el amor de Dios» (Tit 3,4)

Las palabras expresan con facilidad lo que es movedizo, superficial, en el mundo de los sentimientos. La palabra es diestra, pero cuando tiene que expresar el amor o la bondad, la palabra se siente inhábil o poco ágil. Se expresa mejor con el gesto.

«*Apareció la bondad y el amor de Dios en Jesús*»: Jesús es el gran gesto con el que Dios revela toda su ternura. En la Escritura abundan los gestos, todos son para decirnos el misterio de ese amor.

Gestos presentes en la Escritura. Dice Dios:

SI NADIE TE AMA, MI ALEGRÍA ES AMARTE

San Agustín decía que aunque toda la Escritura se hubiera perdido, con que hubiera quedado esta palabra bastaba. El que se abre a esto puede reconstruir la vida.

El odio es todo lo contrario, dramatiza siempre nuestra vida, dramatiza el presente, nos prohíbe el presente, desune, rompe. En cambio el amor crea la armonía.

El ser humano es siempre una continuidad, siempre hay que seguir, pero el odio cierra todas las puertas. Nada existe sin el amor, ni el paisaje, ni la piedra, ni la rosa. El que cree que el amor ha sido derramado en su corazón (cf. Rm 5,5) tiene ya la apertura de la vida. Todo está abierto para el que ama. Lo espontáneo del amor es amar. Dios no nos ha mandado buscar lugares cálidos, sino amar.

Pero así como en la infancia el amor se despierta con el amor, también nuestro amor se despierta cuando nos sabemos amados por el Amor. Un Amor que está más allá de lo que nuestros ojos pueden ver o nuestros sentidos experimentar.

SI LLORAS, ESTOY DESEANDO CONSOLARTE

En realidad la felicidad no tiene ninguna causa, la felicidad está dentro. Se dice: «¡Lucha por ser feliz!». Pero la felicidad está dentro y también el consuelo está dentro. Existe el afán de encontrarlo en el exterior pero hay una auto-asistencia maravillosa.

El que nos consuela, el que nos asiste realmente es Dios, que es eterno en nuestra conciencia aun cuando, a veces, la conciencia nos puede reprochar algo. Pero sólo puede reprochar el que tiene el poder de consolar. Ese es el que puede brindarnos otra ruta, incluso reprocharnos. Dios puede reprocharnos porque tiene el poder de sosegar nuestro llanto, de consolar nuestra tristeza.

Por eso se le llama en la Biblia «*el Dios de todo consuelo*» (2 Cor 1,3). A santo Domingo se le llamaba

«el consolador de sus frailes». Nuestro Dios es el Dios de todo consuelo. En el Apocalipsis aparece secando las lágrimas (cf. Ap 21,4).

El consuelo se recobra cuando la situación se admite. Todo lo que se admite nos vuelve compasivos. Cuando un dolor se admite el cuerpo se vuelve compasivo. Un corazón compasivo se consigue admitiendo la vida con sus distintos episodios. Con ello el corazón se vuelve suave. Sólo un corazón que ha sufrido puede compadecerse. Pero cuando uno se endurece entonces la vida se enquistada.

Dios es el más compasivo, el más poroso, el más receptivo. Detrás de cada lágrima siempre hay la presencia de un amor y de una mano que puede aliviar y consolar.

SI ERES DÉBIL, YO TE DARÉ MI FUERZA Y MI ENERGÍA

En la vida, el hombre suele resistirse ante una persona poderosa. En el credo confesamos de Dios que es el Todopoderoso. Es lo primero que se reconoce, pero felizmente no es un poder para defenderse a sí mismo, sino que es un poder siempre al servicio de..., un servicio para favorecernos, para fortalecernos.

Es reconocer que nosotros vivimos gracias a la atención de Otro. Es bueno verificarlo. Quién sabe si al tomar conciencia de eso, quizá nos demos cuenta de que los demás «viven» si nosotros les dedicamos nuestro amor, si nos ocupamos de ellos.

SI NADIE TE NECESITA, YO TE BUSCO

SI NADIE TE NECESITA, YO NO PUEDO PRESCINDIR DE TI

En nuestra mentalidad esto nos parece casi inaceptable porque estamos gobernados por otro régimen. Amamos lo útil... ¿pero también lo inservible? Nos parece increíble que siendo inútiles, Dios no pueda prescindir del hombre.

Es una causa de depresión el creerse inútil.

Pero Dios tiene otro régimen: cuando lleguéis a la eternidad habréis de reconocer que sois unos siervos inútiles (cf. Lc 17,10). ¡Pero qué afán el nuestro el de merecer! Hay que pasarse a esta nueva manera de vernos que tiene el Señor. Así nacerá la alegría en nuestro corazón.

SI ESTÁS VACÍO, MI LLENURA TE COLMARÁ

El vacío suele estremecer. Hay que reaprender que el vacío es maravilloso.

Un monje antiguo decía que la ley del cielo es vaciar lo que está lleno y llenar lo que está vacío.

El silencio interior es vaciarse de lo que nos satura para dejar que Alguien nos llene. Vaciar para aprender a coger.

Un pasaje de la resurrección habla de que, al ver la tumba vacía, los discípulos creyeron (cf. Jn 20,9): el vacío de la tumba fue el despertador de la presencia de Jesús en su corazón. No hay que temer el vacío, la desembocadura del vacío es una resurrección. Los discípulos se sintieron colmados de Jesús.

SI TIENES MIEDO, TE LLEVO SOBRE MIS ESPALDAS

La oración de un indio cuenta cómo, *en un sueño, iban desfilando distintas secuencias de su vida que discurrían junto a la playa. Averiguó pronto que había dos huellas y pensó: unas serán las mías y las otras de Jesús. Pero a medida que pasaban las secuencias, se dio cuenta de que de vez en cuando desaparecían unas huellas y que además coincidían con los momentos más incómodos de su vida. Y le decía a Dios: «Qué solo me dejaste», y no acaba de decir esto cuando escuchó en su corazón: «Yo era el que te llevaba sobre los hombros, te hubieras muerto si te dejo sólo».*

Es Dios quien nos lleva siempre sobre sus espaldas. Santa Catalina también, después de horas difíciles, le decía a Dios: «¿Dónde estabas?». Y oía: «Jamás estuve más cerca de ti».

SI QUIERES CAMINAR, IRÉ CONTIGO

Emmanuel es «Dios con nosotros». En todos los instantes Dios está ahí.

Es cierto que la vida es una continuidad y que nunca nos podemos estancar, pero en esa continuidad está presente Dios.

SI ESTÁS CANSADO, SOY TU DESCANSO

«*Venid a mí los que estáis fatigados y yo os aliviaré*» (Mt 11,28) es una invitación de Jesús llena de audacia.

Frecuentemente, ante una persona cansada la gente se va yendo. Del aburrido, del triste, la gente se escabulle. Es un atrevimiento el de Jesús: «*Venid a mí los cansados*».

Un corazón cristiano debería ser como un sanatorio. Un corazón que no sea un lugar de salud, ¿qué es?

Jesús es Salvador porque salva de todas las situaciones de tristeza, de todos los agobios.

SI ME PIDES, SOY UN DON PARA TI

Lo genuino de un don es que no se agota. Se eterniza. Por eso el don provoca una gratitud que no tiene fin. Por eso los humanos nos protegemos de un obsequio porque sabemos que nos despierta a estar toda la vida agradecidos y nos gustaría más pagarlo, para quedarnos descuidados.

Nuestra relación con Dios es una relación de gratitud que no tiene fin.

A un don no se le pone precio y menos al don de la vida.

SI ME NECITAS, TE DIGO: ESTOY AQUÍ, ESTOY DENTRO DE TI

Preguntamos por Dios como si estuviera fuera de nosotros, cuando, si a Dios no le encontramos dentro de nosotros, no le encontraremos en ningún sitio: o le hallamos dentro o en ningún sitio. Esta es la maravillosa revelación de Jesús.

Preguntó la flor al fruto: «¿Dónde estás?». Y el fruto con voz queda dijo: «Estoy aquí, estoy dentro».

El fruto siempre está en la interioridad, fermentando en lo profundo.

Siempre el vientre connota lo hondo, lo íntimo. La presencia de Jesús es fruto de la interioridad de María... y de cualquier corazón que permite la maduración del mundo divinal en su interior.

SI TE RESISTES, NO QUIERO QUE HAGAS NADA A LA FUERZA

Dios en el cosmos hace lo que quiere, pero entre los humanos se ve limitado por la libertad que nos ha regalado y concedido. Dios no quiere que hagamos nada a la fuerza.

Nosotros nos imponemos, nos vemos obligados por nosotros mismos a una situación. Pero Dios es exageradamente respetuoso: no quiere que hagamos nada a la fuerza.

SI ESTÁS A OSCURAS, YO SOY LÁMPARA PARA TUS PASOS

Es una luz para cada instante. En nuestro afán de proyectos, quisiéramos un mapa de nuestra trayectoria y ver los riesgos de nuestra andadura. Pero no es necesario. Dios es lámpara para cada una de esas pisadas.

Basta que nuestra atención esté puesta en el momento actual, presente.

Un silencio para cada instante. Cuando nos atropella la inconsciencia... un silencio para cada pisada.

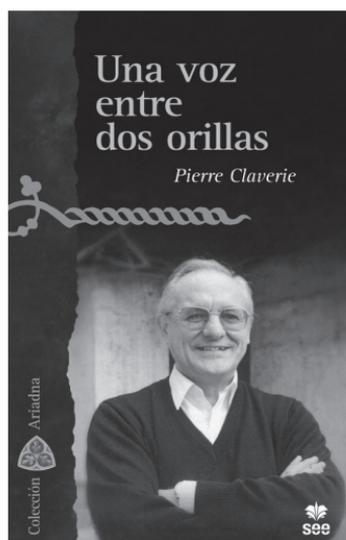
SI ERES INFIEL, YO SOY FIEL

Es en referencia a esta fidelidad como nosotros podemos sentir dichosos. Quizá es nuestra relatividad la que es portadora de un deseo de lo absoluto.

Existe en la persona el afán de ser lo infinito. Pero debajo subyace la conciencia de nuestra infidelidad.

Sólo la mirada hacia ese Ser que es inmensamente fiel, puede encontrar paz y sosiego en la vida. Y al abandonarse al Señor recupera esa paz y sosiego ilimitado.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio



**UNA VOZ ENTRE
DOS ORILLAS**
PRIERRE CLAVERIE

Páginas: 254 Precio: 15 €

Pierre Calverie (1938-1996), obispo dominico de Orán. Murió asesinado en los días de la sangrienta guerra civil que asoló a Argelia. Comprometido con el destino del país norteafricano en el que nació, es un referente en el diálogo cristiano-islam. En esta obra se recoge una introducción biográfica a cargo de Jean Jaques Perêennes y una selección de sus mejores escritos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia:

2. El significado de la perfección de la vida religiosa

Desde la Edad Media se había fijado una teología clásica sobre la vida religiosa. El aprecio por esta forma de vida cristiana se concretó, andando el tiempo, en la noción de «estado de perfección», que se hizo clásica con la teología de santo Tomás. La autoridad de Dionisio Areopagita en estas cuestiones, en dependencia de la cual están estas doctrinas, seguía siendo determinante en aquel tiempo. En aquella época este autor era todavía considerado el varón apostólico y no un autor promonofisita del siglo VI. Tradicionalmente la vida religiosa se entendía como un estado de perfección, de modo que los religiosos debían ser santos. Esto tenía la prueba práctica en el hecho de que todas las órdenes tenían sus santos canonizados. Eran de alguna manera los profesionales de la santidad, como si fuera algo exclusivo de ellos.

El hecho de que la teología de la vida religiosa de Tomás surja en este contexto histórico no significa que esté desprovista de importantes intuiciones. No cabe duda de que, al calor de la polémica, subraya con más fuerza los argumentos convenientes para ese fin,

pero también es verdad que procede con equilibrio y profundidad. Sitúa su raíz en la vida teologal. Las últimas cuestiones de la segunda parte de la *Suma de teología* II-II, 179-189, donde desarrolla su visión del hombre en camino hacia su verdad total, están consagradas al análisis y al elogio de la vida religiosa. Allí explica la naturaleza de la perfección, los tres votos religiosos y el significado de las distintas órdenes.

Concluye esta exposición con unas palabras clarificadoras de su objetivo: «Y a los que cargan sobre sí este yugo suave, promete como alivio el gozo de Dios y el descanso del alma, al cual se digne llevarnos el mismo que lo prometió, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por todos los siglos. Amen» (*ST* II.-II, 189, 10, ad 3). La vida religiosa, como el resto de las actividades cristianas, está en función de la bienaventuranza eterna. Hay aquí una convencida afirmación del valor de la vida religiosa, que sigue siendo muy oportuna para tiempos como los nuestros.

Las discusiones habidas sobre la teología de la vida religiosa no deben desorientarnos del objetivo fundamental: *servir a la misión del pueblo de Dios*. Durante mucho tiempo la vida religiosa parecía un bastión al abrigo de los aires mundanos, porque la conciencia de ser los elegidos y predestinados se afianzaba con la teología de la vida religiosa. Pero el estado de perfección no se puede ya proponer, si ello significa disminuir la dignidad de alguna porción del pueblo de Dios. La santidad es fruto del bautismo, que confiere a todos la misma dignidad.

Suenan muy sensatas las advertencias de santo Tomás para no mantener imágenes míticas del estado religioso. En una obra polémica sobre la vida religiosa observa que: «Es evidente que algunas personas son perfectas, aunque no están en un estado de perfección, mientras que otros están en un estado de perfección, pero no son perfectos». La sabiduría popular siempre advirtió que «el hábito no hace al monje». Por supuesto que todos estamos suficientemente prevenidos de que nuestro estado no nos da automáticamente la perfección, pero también debiéramos estar convencidos de que tampoco nos la impide. Ni el optimismo ni el pesimismo son buenos consejeros en las cuestiones de la vida.

Sin embargo, hay que reconocer que Tomás conserva un profundo sentido eclesial tanto por el valor que atribuye a todas las órdenes como por no restringir la santidad a los religiosos. Para él: «Es, por otra parte, presunción juzgarse a sí mismo perfecto, pero no lo es tender a la perfección» (ST II-II, 185, 1, ad 2). Es claro que esa condición no es ningún privilegio, sino que es el compromiso de tender a ella y que lo grave es renunciar a ese deseo: «Los hombres abrazan el estado de perfección no haciendo profesión de ser ya perfectos, sino de tender a la perfección... Por consiguiente, no comete hipocresía o mentira por no ser perfecto el que abraza el estado de perfección, sino por renunciar al deseo de perfección» (ST II-II, 184, 5, ad 2). Todo miembro de un estado canónico de esa índole no era perfecto por el mismo hecho de estar integrado en él, sino por obligarse a buscar la perfección por medio de los consejos evangélicos.

Lo que caracteriza el estado de perfección no es la perfección alcanzada, sino el compromiso de buscarla y la solemnidad o el carácter público-eclesial de este compromiso (cf. *ST II-II*, 184, 4). Esto hace comprensible su rotunda e ingeniosa afirmación: «Así, pues, se dice hallarse uno en estado de perfección, no porque tenga ya el acto de caridad perfecta, sino porque se obliga perfectamente y con alguna solemnidad a las cosas que dicen relación con la perfección. Pero puede darse el caso de *unos que se obligan a lo que no cumplen y de otros que cumplen aquello a lo que no se han obligado*, como se ve en los dos hijos de los que habla el evangelio [cf. Mt 21,28-32]» (*ST II-II*, 184, 4; 184, 5, ad 2; 185, 1, ad 2; 186, 1, ad 3; 186, 9).

Las críticas que se hacen a esta concepción, deben tener presentes, pues, el valor de algunas de sus afirmaciones. En primer lugar, que la perfección cristiana para santo Tomás consiste esencialmente en la caridad, a la que están obligados todos los cristianos: «La perfección de la vida cristiana se toma de la caridad» (*ST II-II*, 184, 1 y 2). Los consejos evangélicos sólo instrumentalmente contribuyen a la perfección, en cuanto eliminan obstáculos que, sin embargo, no contrarían esencialmente a la caridad (cf. *ST II-II*, 184, 3).

Además, afirma que la perfección del estado religioso no se refiere al juicio de Dios, sino a la belleza de la Iglesia: «Por lo tanto la disposición interior del hombre determina un estado espiritual en relación al juicio de Dios, mientras que los actos exteriores le hacen tener un estado espiritual en relación a la Iglesia. En este último sentido tratamos ahora de los estados,

esto es, en cuanto que, por su diversidad, la Iglesia alcanza cierta belleza» (ST II-II, 184, 4).

El equilibrio doctrinal de Tomás consiste en que al afirmar el valor de algo no lo hace en detrimento de las otras realidades. Tampoco aquí el aprecio de la vida religiosa significa desprecio del mundo. Algo propio de esta teología religiosa es que el aprecio de la misma no significa menosprecio de otras formas de vida cristiana. Ya la legislación canónica, inspirada en *2 Timoteo 2,4*, establecía disposiciones minuciosas sobre los oficios que no debían aceptar los clérigos, como el comercio o la profesión de las armas. En esta perspectiva también considera esas actividades como impedimentos y obstáculos para alcanzar la meta de la vida religiosa. Pero no se trata de descalificar estas actividades humanas, que en todo momento las considera lícitas (cf. ST II-II, 184, 3, ad 3; 184, 5). Si fueran malas por sí mismas, estarían prohibidas a todos los cristianos, porque «tanto religiosos como seculares están obligados en cierto modo a hacer todo el bien que pueden» (ST II-II, 186, 2, ad 2).

FRAY GREGORIO CELADA LUENGO, O.P.
Salamanca (España)

La espiritualidad de san Juan de la Cruz:

1. Oración

INTRODUCCIÓN

Según Federico Ruiz, el tema principal de las obras de san Juan de la Cruz es *Dios*, que llena y transforma la vida del ser humano. En el itinerario hacia la unión con Dios, Juan de la Cruz sigue un *sistema* marcado por su propia experiencia: él ya ha coronado el proceso y divisa panorámicamente el conjunto. Posee de antemano una síntesis orgánica de cada etapa y de su función en el conjunto de la vida perfecta lograda. Su sistema espiritual gravita sobre cada punto recorrido, uniforme y acentúa lo común.

Pero junto al sistema, Juan de la Cruz introduce en su obra un *proceso vital* que rompe leyes y busca evasión, que lleva su atención sobre lo nuevo e imprevisto y estima lo que tiene entre manos según la impresión que en ese momento recibe. En ocasiones el sistema y el proceso no coinciden, beneficiándose entonces de la mutua complementariedad: mientras que el sistema da orden y eficacia a la vida, de ésta recibe flexibilidad y realismo¹.

1. Cf. F. RUIZ, *Introducción a San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1968, pp. 272-273.

En este sentido, Luciano Ruano afirma que Juan de la Cruz, al dar «muestras de nulo o muy escaso gusto por el estilo tradicional de la vieja metodización de la oración mental de acuerdo con la *Scala claustralium*, contribuye a una total liberalización, espontaneidad y ruptura de encasillados, confiados a esfuerzos personales en ese ejercicio, limitado, además, a horarios y normativa comunitaria». Juan de la Cruz considera mejor «ejercitar la oración, como *actitud* hecha hábito en “lo vivo de la oración”, “en el templo vivo del alma, el interior recogimiento”, tratando de mirar y de andar “con limpia conciencia”, “guardando los mandamientos de Dios” “y andar en sus cosas como pudiéremos” [Cartas 11, 22, 28; Avisos 178; 3S 36,1-2; 39,2; 40,1-2]»².

En relación con esto, un asunto importante en la obra sanjuanista son los *daños* y *provechos*, relacionados con la ley y el orden del funcionamiento de la vida. Se trata de la defensa del organismo vital sin que Dios tenga que intervenir cada vez. Mientras que el *castigo* sugiere ley positiva y proviene de otro, el *daño* se lo proporciona uno a sí mismo y está relacionado con un sistema de fuerzas establecido o ley natural del organismo. Los *daños* y los *provechos* están vinculados generalmente por sí mismos a las cosas, y se producen independientes de la buena o mala voluntad.

La fusión del *sistema* y el *proceso vital* tiene ventajas muy grandes. Para lograrlo es necesario que la

2. L. RUANO DE LA IGLESIA, «Iniciación en San Juan de la Cruz», SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, BAC, Madrid 2002², pp. 3-66, pp. 57-58

persona no se centre sólo en uno de ambos factores. Si se obceca con seguir el sistema, lo endurece y atropella con él la vida. Si, por el contrario, se fija sólo en el proceso vital, puede que no llegue a comprender las verdaderas dimensiones de la realidad que se trae entre manos y que confunda lo secundario –más aparente y llamativo– con lo principal –tal vez latente–. Nos dice Federico Ruiz que la vida del propio Juan de la Cruz nos da una pauta en orden a la integración de vida-sistema.

La visión sintética que san Juan de la Cruz tiene de los ámbitos religioso y mundano en el que él se mueve, se puede resumir en la *unión del hombre con Dios*: dos realidades *hombre* y *Dios* entre las que media una relación de *unión* en dinamismo transformante. A estos tres elementos hay que añadir otro: la unión del hombre con Dios en *Jesucristo*. Esta unión se realiza por medio de las *virtudes teologales* (cf. C 2 6-7). Y habría que añadir, además, dos facetas complementarias: la unión implica *negación* y las virtudes teologales tienen su culmen en la *contemplación*. Es decir, tenemos estos siete elementos:

- Tres elementos *personales*: el hombre, Dios y Jesucristo.
- Dos *funciones*: unión y negación.
- Dos *medios*: virtudes teologales y contemplación.

Todos estos elementos se relacionan estrechamente, ocupando Dios el lugar central: de *Dios* depende la *persona* y que su ideal sea la *unión*, por lo que bus-

cará las *virtudes teologales* y consiguientemente las *renuncias*.

Según Federico Ruiz, la diferencia entre Teresa y Juan de la Cruz es ésta: «Para Santa Teresa unión quiere decir unión, y ‘búscate en mí’ se toma como suena; con la misma naturalidad, para el Doctor Místico, unión quiere decir unión y negación juntas, y ‘búscate en mí’ dice búsqueda y, además, muerte a las demás cosas [cf. C 3,5] [...]. Teresa es más intimista y colorista; ve las cosas desconectadas. Juan es hondo y sistemático; las ve conchabadas y en dependencia esencial»³.

TIPOS DE ORACIÓN

La meditación

San Juan de la Cruz identifica a los *principiantes* con los que meditan: «*El estado y ejercicio de los principiantes es de meditar y hacer actos y ejercicios discursivos con la imaginación*» (Ll 3,32; cf. 1N 1,1).

La meditación es un ejercicio «natural» del hombre (cf. 3S 13,3; 2S 4,2; 3S 2,13; Ll 3,28; 2N 17,8), es decir, de su intelecto, que comienza en los sentidos externos (cf. 2S 17,3-4) –las «ventanas» del alma (cf. 1S 3,3)–, guarda en la memoria las imágenes de las cosas y las juzga (2S 16,2). El entendimiento, al meditar, actúa «discurriendo» y «considerando» las «formas» e «imaginaciones» que le presenta la imaginación a los objetos percibidos por los sentidos. Es

3. RUIZ, *Op.cit.*, p. 282; cf. pp. 274-277, 280-281

una actividad plural dentro del campo de lo sensible (cf. 2S 14,1; 13,1; 1N 10,1; 8,3).

Dado que a san Juan de la Cruz le interesa tratar con Dios lo más plenamente posible, y a solas, no se extendió mucho con la meditación: *«Porque estando aquella catarata y nube sobre el ojo del juicio no ve sino catarata, unas veces de un color y otras de otro, como ellas se le ponen, y piensa que la catarata es Dios, porque, como digo, no ve más que catarata que está sobre el sentido, y Dios no cae en el sentido»* (Ll 3,73).⁴

La contemplación

San Juan de la Cruz da esta definición de contemplación: *«Sabiduría de Dios secreta y escondida, en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a oscuras de todo lo sentido y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo»* (C 39,12; cf. 2S 10,2).

Para *contemplar* hay que dejar inactivas nuestras potencias: *«Estar a solas con atención amorosa a Dios sin particular consideración, en paz interior y quietud y descanso, y sin actos y ejercicios de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad –a lo menos discursivos, que es ir de uno a otro–; sino sólo con la atención y noticia general amorosa que decimos, sin particular inteligencia y sin entender sobre qué»* (2S 13,4; cf. 2S 15,5).

4. Cf. M. HERRAIZ, *La oración, historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2003⁶, pp. 35-42.

Pero es importante tener en cuenta que hasta que la persona no llegue al *matrimonio espiritual*, los sentidos no estarán del todo apaciguados: «*aunque habemos dicho que el alma goza de toda tranquilidad y que se comunica todo lo más que se puede en esta vida, entiéndese que la tranquilidad sólo es según la parte superior; porque la parte sensitiva, hasta el estado de matrimonio espiritual, nunca ha de perder sus resabios ni sujetar del todo sus fuerzas*» (C 15,30)⁵.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



**¡QUÉ SUERTE
SER CREYENTE!**
PRIERRE CLAVERIE

Páginas: 286 Precio: 18 €

Un libro que ayuda a profundizar en la fe y que conmueve por la autenticidad y sinceridad de sus reflexiones.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

5. Cf. *Ibíd.*, pp. 38-39, 108.

El silencio fecundo

La sed de silencio es constatada en nuestros días. Vemos que muchos ritos, palabras y dogmas nos dejan vacíos, sin llenar la expectativa existencial que cargamos y que sólo se nutre con la experiencia. En ocasiones andamos desesperados ante momentos de «soledad» y hasta decimos: «la soledad es dura como una piedra». Hemos escuchado a quien se queja de la tortura de llegar a casa y encontrarse con paredes. El silencio generalmente es vivido como una derrota o una frustración. Algunas veces me pregunto si los seres humanos andamos huyendo de nosotros mismos.

Observo que la demanda de escucha es masiva. Hay muchos hechos para contar y pocas personas para donar oídos atentos. El espacio por tomar la palabra se torna disputado en las mesas, en las reuniones, en los lugares de encuentros entre amigos.

Curioseando entre los místicos de la Edad Media nos quedamos sorprendidos... nos deleitamos con figuras históricas que desarrollaron una sólida espiritualidad mediante el silencio fecundo. Eso es saludable, siempre y cuando no nos dejen presos en un pasado cuya función debería ser únicamente la de animarnos a vivir nuestro presente y a emprender nuestro propio camino.

La pregunta se hace sentir: ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué el silencio no ha tenido en nuestra sociedad

tanto éxito como el ruido y la expresión verbal, algunas veces eléctrica y desenfrenada? ¿Será posible cultivar el agrado por el silencio de la misma forma que hemos cultivado el agrado por la palabra? O ambos, silencio y palabra, ¿pueden complementarse y componer una misma realidad dinámica?

En la Biblia encontramos luces que nos iluminan. El Dios bíblico es el Dios de la Palabra, pero al mismo tiempo es el Dios del silencio. En la tradición de las Sagradas Escrituras se nos manifiesta la Palabra que nace del Silencio. Profetas y profetisas, sabios y sabias, sólo se pronuncian después de haber experimentado no sólo el silencio verbal, sino el interior, donde el Espíritu se comunica. Jesús es el espejo de la contemplación en la acción: antes de tomar decisiones se retira a orar en silencio.

En el libro de Job 13,13 se escribe: «*Callen delante de mí para que pueda hablar yo*». Esas palabras nacen de quien está saturado de palabras necias. La necesidad lingüística se gesta en quien habla sin compasión ni experiencia, a partir de referencias puramente teóricas. Esas palabras necias incomodan a Job quien, desde el estado de desesperación en el que se encuentra, lo único que le resta es la autoridad de su palabra para exigir silencio delante de su cruda enfermedad.

Sólo a partir de ese SILENCIO FECUNDO nuestras palabras pueden tomar peso y autoridad. Porque el silencio es como un filtro que pule nuestras intenciones y nos encauza hacia dentro: ahí donde encontramos la única verdad de nosotros mismos. El silencio es como un fuego que purifica nuestros pensamientos. Él lim-

pia nuestro organismo al purificar nuestros enunciados de los prejuicios y condenas que hacemos de forma mecánica la mayoría del tiempo.

El silencio fecundo no es un producto adquirido en el supermercado. Él nace mediante un proceso de observación y toma de conciencia. Ese tipo de silencio se gesta por necesidad; a partir de la necesidad se comienza una práctica con disciplina, paciencia y perseverancia. Cerrar la boca por períodos cada vez más prolongados, sin sufrimiento, es una gracia abierta a todos. Sólo necesitamos cultivarla. Pero este silencio no muere en él mismo. Por eso hablamos de un silencio fecundo, porque se trata de un espacio sin palabras para permitir que Dios se exprese y nos transforme mediante la experiencia.

El silencio fecundo le da dignidad a la palabra.

La palabra nacida de la contemplación está destinada a aliviar, a curar, a llevar mensajes de justicia y esperanza. Nosotros somos como un jardín que ha de ser cultivado en el silencio. El jardín está en el interior. Estamos invitados a dejar que la Luz del Evangelio sea nuestro jardinero. No tengamos miedo de pasear en nuestro jardín, de trabajarlo y cuidarlo.

Cuanto mejor estemos con nosotros mismos, tanto mejor estaremos para donarnos de forma eficiente en nuestro compromiso con el Reino.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Un agua que salía del lado derecho del Templo

En el antiguo rito dominicano se cantaba los domingos del tiempo pascual, antes de la misa conventual, la antífona «*Vidi aquam*» que traducida al castellano dice así: «Vi un agua que salía del lado derecho del Templo y a todos los que llegaba esta agua eran salvados y cantaban, aleluya».

Es un texto bellísimo que hace alusión al capítulo 47 de Ezequiel, en el que se nos habla insistentemente del agua que brotaba del lado derecho del Templo y que formaba un gran torrente imposible de vadear.. y a todos los vivientes que alcancen las aguas –dice el profeta–, por dondequiera que entre este río, vivirán (cf. Ez 47,12).

Si comparamos este texto con el de San Juan 19,33-36, donde se nos narra la lanzada que el soldado infligió al cuerpo muerto de Jesús, encontraremos un paralelismo profundo y perfecto. Juan es el único evangelista que narra este hecho, como es el único que al referir la expulsión de los vendedores del Templo, en el capítulo 2, después de la frase de Jesús: «*destruid este Templo y en tres días lo reedificaré*», anota la siguiente aclaración: «*hablaba del templo de su cuerpo*».

Para San Juan, el verdadero Templo es, pues, el cuerpo de Jesús, lugar en el que se reconcilian el hom-

bre y Dios. Y no deja de ser significativo que al narrar cómo la lanza del centurión entró en su costado, apunte: «*y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio de ello*»...

¿No parece este pasaje un eco del de Ezequiel? El profeta dice: «*Vi que debajo del Templo brotaban aguas... vi que las aguas salían del lado derecho*».

Juan anota que vio salir *agua* juntamente con la sangre del costado de Jesús pendiente de la cruz. El costado derecho –dice la tradición–.

El agua que vio Ezequiel lo saneaba todo. El agua que contempló Juan en la cima del Gólgota, purifica y comunica salvación. Una salvación de la que aquella que salía del Templo sólo era una pálida imagen.

¿Por qué el agua es un elemento tan citado en la Sagrada Escritura, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento?:

Dios siempre se ha adaptado a la mentalidad de los hombres para comunicarse con nosotros, y nos habla por medio de gestos, acontecimientos o elementos sensibles capaces de expresar con facilidad las hondas realidades que Él quiere manifestarnos.

Una de las propiedades del agua es la de lavar, purificar, sanar. Es en la que más nos fijamos cuando nos detenemos a considerar el simbolismo de los ritos bautismales. Pero el agua tiene también otros cometidos en la naturaleza que no son menos expresivos. Por ejemplo, la virtud de fecundar. Donde hay agua hay vida, brota la vegetación, la tierra se cubre de toda clase de plantas y flores, y los animales retozan

con una vitalidad pujante. Si falta el agua, nuestro planeta se convierte en un árido desierto inhóspito y frío que no hace posible la vida de ningún ser.

También simboliza el agua el Espíritu de Jesús. La imagen es del mismo Señor: «*El agua que yo le daré [al que beba de mi agua] se convertirá en su interior en una fuente que salte hasta la vida eterna*», dijo a la mujer samaritana (Jn 4,14). Y en el libro del Apocalipsis se nos habla del río de agua viva que brotaba del trono de Dios y del Cordero, como figura del Espíritu (cf. Ap 22,1)

¿Cómo, pues, asimilar el mensaje que San Juan intenta transmitirnos al narrar este detalle aparentemente pequeño del agua brotada del costado de Jesús?:

Pensemos en el significado bíblico de este elemento y, si Jesús con su muerte nos comunicó la plenitud de su Espíritu, y si lava, purifica y fecundiza las profundidades de nuestro ser, abrámonos a su misterio de salvación para cantar como verdaderos resucitados.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Liturgia de las Horas

3. Datos importantes de la Constitución *Laudis Canticum* y del *Enchiridium*

EL OFICIO DIVINO COMO OBRA DE CRISTO Y DE LA ASAMBLEA DE LOS FIELES (cf. SC 83)

La Constitución apostólica *Laudis Canticum* del 1 de noviembre de 1970, promulga el Oficio divino reformado por mandato del Concilio Vaticano II. Citaré algunos de los puntos más importantes de este bello Documento.

En primer lugar, al comienzo, vemos con claridad que no es, principalmente, una actividad de los hombres, sino que «*el cántico de alabanza que resuena eternamente en las moradas celestiales y que Jesucristo, sumo Sacerdote, introdujo en este destierro, ha sido continuado por la Iglesia, con una maravillosa variedad de formas. La Liturgia de las Horas se desarrolló poco a poco hasta convertirse en oración de la Iglesia local...*» (3923 del *Enchiridium*, documentación litúrgica post-conciliar).

Por lo tanto, nuestras celebraciones son una participación de la Liturgia celestial, en la cual ellas se reflejan y son como un eco de lo alto. Esta realidad es –para nosotros– una exigencia y un desafío. La exigencia y el desafío de unir nuestro querer y nuestro sentir al de Cristo. Si bien debemos procurar celebraciones

bellas y veraces, el motivo principal es la belleza y la veracidad de la Liturgia de lo alto.

Recuerdo que en 1958, años pre-conciliares, en mi Noviciado no se daban estas preocupaciones, sino que la parte principal se la llevaba «el cumplimiento» de la obligación jurídica de celebrar, comunitaria o privadamente todo el Oficio en todas sus partes. En los días en que salíamos todo el día de paseo, recitábamos a las 7:30 de la mañana: Maitines, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas. Viendo que el primero de los Himnos hablaba del sol que nacía en el horizonte, mientras que el de Vísperas narraba cómo se ponía en occidente y las sombras comenzaban a invadirnos, «creo» que había una cierta anomalía ¡Todo esto, a la mañana, muy temprano! No había conciencia de «la verdad de las horas».

Hasta tiempos coincidentes con el último Concilio, la Liturgia de las Horas era una oración reservada a clérigos y religiosas. La Iglesia quiere ahora que sea la oración común de todo el Pueblo de Dios, introduciendo variados tipos de celebración, adaptables a diversas personas y circunstancias (cf. 3927).

El salterio, deja de desarrollarse semanalmente, para desplegarse a lo largo de cuatro semanas (cf. 3930).

En el Oficio de lecturas se han introducido textos extensos, tanto de la Palabra de Dios, como de los Padres, del Magisterio o de algún santo, abriendo más no sólo el tesoro de la Palabra, sino también el de otros textos útiles para nutrir nuestra fe y nuestra piedad (cf. 3931-3932).

Las preces en Laudes y Vísperas, con el Padrenuestro como conclusión, son una novedad de la renovación de la Liturgia de las Horas.

«Cuando la oración del Oficio se convierte en verdadera oración personal, se manifiestan mejor los lazos que unen entre sí a la Liturgia y a toda la vida cristiana. La vida entera de los fieles, durante todas las horas del día y de la noche, constituye como una *“leitourgia”* mediante la cual ellos se ofrecen en servicio de amor a Dios y a los hombres, adhiriéndose a la acción de Cristo, que con su vida entre nosotros y el ofrecimiento de sí mismo, ha santificado la vida de todos los hombres» (3938).

Esta oración recibe su unidad del corazón de Cristo. Quiso, en efecto, nuestro Redentor que *«la vida iniciada en el cuerpo mortal, con sus oraciones y su sacrificio, continuase durante los siglos en su Cuerpo místico, de donde se sigue que la oración de la Iglesia es la de Cristo, con su Cuerpo, al Padre»* (3936).

Aquí vemos algo de importancia que debemos recalcar: la inspiración de la Iglesia en la oración del Señor, y la identificación de nuestra oración con la de Jesús, pues Él siempre ora desde nuestros labios y con nuestra voz. Para los que celebramos cotidianamente la Liturgia de las Horas, es –al mismo tiempo– una honra y una llamada a la exigencia y a la calidad, haber recibido la vocación de Cristo en el aquí-y-ahora de nuestro tiempo.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

En memoria de fray Bernardo Cuesta Álvarez, O.P. (1954-2012):

1. Su vida

«Doctor, esto se acaba. Este cuerpo no aguanta más. Dejemos que lo que tiene que suceder acontezca. Estoy en paz. No tengo miedo a morir. Estoy en las manos de Dios y acepto la muerte. La espero». Fueron sus palabras poco tiempo antes de morir al oncólogo que le trataba, como lo atestiguaba su hermana Esperanza, religiosa dominica que cuidó de él noche y día durante su larga enfermedad.

Y así fue. Fr. Bernardo moría en la paz del Señor el pasado 20 de enero, precisamente el día San Sebastián, patrono de Villoruela (Salamanca), pueblo del que era párroco. La fiesta estaba ya programada para el día siguiente, sábado, con el fin de que pudiera participar más gente. Era la fiesta que tantos años había presidido con la acostumbrada eucaristía y la posterior procesión por las calles del pueblo, si bien en esta ocasión el rostro de los asistentes no pudo ocultar entre lágrimas su profundo dolor en medio de un respetuoso y emotivo silencio. Habían perdido, no acaba-

1. Se trata del artículo «Bernardo Cuesta Álvarez, O.P. (1954-2012). In memoriam» publicado íntegramente en *Ciencia Tomista* 139 (2012) 239-253 y que ha sido adaptado para su publicación en tres partes en *Vida Sobrenatural*.

ban de creérselo, a una persona realmente apreciada y querida por todos, a la que lloraban en la intimidad.

Bernardo, animador religioso y sociocultural en la zona rural de Las Villas (Babilafuente, Moríñigo, Villoria y Villorueta), profesor de Teología Moral en la Pontificia Facultad de Teología San Esteban de Salamanca, de la que había sido además Secretario en los últimos años, será recordado para siempre por su incondicional y generosa entrega sacerdotal. Su ausencia deja sin duda un notable vacío en la mente y el corazón de quienes le conocieron, especialmente de cuantos han compartido las motivaciones e ideales que le llevaron a abrazar un proyecto de servicio evangélico al mundo rural acogiendo como suyos «sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias» desde la inserción en su propio habitat de vida.

Uno de los presentes en el funeral de la abarrotada Iglesia de San Esteban decía: *«La ceremonia religiosa de despedida se ha convertido no ya en un homenaje sino en una reivindicación de tu persona y obra como camino a seguir. Cómo se notaba que te quería mucha gente, cómo se apreciaba todo lo que sembraste en la vida, cuántas lágrimas se han derramado recordando tu presencia...»*

La pasión y el compromiso que ponía Bernardo en todo son el mejor acicate para, desde su recuerdo, seguir los pasos que él inició».

AHONDANDO EN LAS RAÍCES

Nació en Riofrío del Órbigo (León) el 20 de agosto de 1954 en una familia larga de hermanos –uno ya

fallecido— y hermanas. Allí pasó su infancia, arropado por el calor familiar que alimentó sus primeros sueños. Fue en el seno de esta humilde y sencilla familia donde hizo el aprendizaje de la convivencia con los suyos y con su entorno vecinal, reforzado en la escuela con sus compañeros y amigos de pupitre. Una familia numerosa en la que todos se necesitaban, como era el caso por aquel entonces de la mayoría de los niños del pueblo con los que transcurría y compartía la mayor parte de la jornada.

Infancia feliz que tantas veces recordaba y que impregnó de gozoso optimismo el resto de su vida. Infancia que dejó grabada para siempre en su código genético una clara inclinación y predisposición para lo que más tarde sería su auténtico proyecto vital de convivencia en la fraternidad. En su talante bondadoso y afable sólo cabían actitudes de respeto, escucha, acogida, solidaridad y encuentro. Corría por sus venas la savia de un tronco familiar arraigado en los firmes valores humanos y religiosos de una sana tradición local.

Dos semanas antes de su fallecimiento, previendo sin duda su desenlace final, dejaba su pueblo natal para compartir los últimos días con sus compañeros de comunidad en Babilafuente. Plenamente consciente de lo que se le avecinaba, silencioso y callado, volvía rumiando con añoranza un intenso cúmulo de sentimientos mientras pasaba revista a un paisaje natural que le hablaba en todos y cada uno de sus rincones.

Para Bernardo la naturaleza era algo así como su segunda madre. Quienes le hayan tratado de cerca

saben de su amor a la naturaleza. Como ha escrito un compañero que compartió con él los primeros años de ministerio en el mundo rural, *«era un hombre con raíces profundas campesinas. Siguió al Jesús que le invitaba a mirar y admirar las aves del cielo y las flores del campo. Gozaba de gran simpatía con las plantas que en su presencia lucían radiantes y le agradecían con sonrisas y aromas sus cuidados. Gran amante de flora y fauna campesina, que observaba, aprendía y transmitía»*.

La contemplación de la naturaleza le dotó de un instinto y de una sensibilidad especial para captar y disfrutar de pequeños detalles que no percibíamos los demás. Su misma forma de relacionarse y tratar las plantas y los animales reflejaba la delicadeza y cariño con que acostumbraba a vivir sus relaciones sociales. Le era muy familiar y experimentaba personalmente aquella certera y sabia afirmación de los antiguos que concebían el ser humano como un microcosmos.

El libro de la naturaleza, que tan bien interpretaba y del que tanto disfrutaba, le acompañó de por vida. Me viene a la memoria una estampa que me parece significativa de cuanto estoy diciendo. Residiendo durante su enfermedad en el convento de San Esteban, acostumbraba a pasearse con su hermana Esperanza por la huerta. Hasta que llegó el día en que, no pudiendo ya más y sentado en una silla delante del ventanal del primer piso, le sorprendí mirando hacia el campo de fútbol al mismo tiempo que proyectaba su vista hacia lo lejos buscando horizontes más amplios.

Es esta verdad desnuda de sus orígenes la que transpiraba en todo momento, con toda naturalidad

y por todos los poros de su piel. No podía olvidarse de las raíces que le vieron nacer. Transmitía en cada una de sus palabras y gestos el talante tranquilo y apacible, abierto y bonachón de quien se encuentra feliz compartiendo su vida con los demás. Recuerdo a este propósito –cuando por las noches elaborábamos juntos las fichas semanales de la catequesis infantil–, cómo le gustaba el simbolismo bíblico de Sicar-Siquem (encrucijada de varios caminos), aquella aldea en la que encuadra el evangelio de Juan el pasaje del encuentro de la samaritana con Jesús en el pozo de Jacob (cf. Jn 4,1-42). Me decía: *«esto es lo que tenemos que transmitir antes que nada a los niños; son los cimientos sobre los que irán edificando más tarde su personalidad»*.

PROYECTO DOMINICANO DE INCARDINACIÓN RURAL EN LAS VILLAS (SALAMANCA)

Una vez concluido el bachillerato en la Escuela Apostólica de la Virgen del Camino (León), ingresó en el noviciado del convento de San Pablo (Palencia), donde hizo su primera profesión (28/09/1975). El primer ciclo de Filosofía y Ciencias de la Educación lo hizo en el Instituto Superior de Filosofía de Valladolid (1975-1978). Seguidamente cursó la Teología en la Pontificia Facultad de Teología San Esteban (Salamanca): Bachillerato (1978-1982) y Licenciatura (1982-1984). Interesado como estaba por los estudios teológicos, pudo realizar cursos complementarios de Licenciatura en Teología Moral en el Instituto Superior de Ciencias Morales de Madrid, adscrito a la

Universidad Pontificia de Comillas (1984-1985), y los cursos de Doctorado en Teología en la Facultad de San Esteban (1989-1990).

Desde su profesión solemne en el Santuario salmantino de la Peña de Francia (26/09/1980), Bernardo ya intuyó cuál podía ser el lugar donde podría ejercer el carisma dominicano de la predicación dentro de las posibilidades que le ofrecía en aquel momento la planificación general de la Orden en la Provincia de España. Siendo todavía estudiante de Teología y con el beneplácito de la comunidad de Sotomayor, comenzó su andadura pastoral junto con otros compañeros yendo los fines de semana a los pueblos cercanos de Pitiegua y Cabezabellosa, en la Armuña. Bella experiencia juvenil de la que siempre tuvo un recuerdo inolvidable y que le sirvió para programar e impulsar decididamente un nuevo plan de actuación en el mundo rural residiendo habitualmente en los pueblos.

Fue en diciembre de 1981 cuando, junto con otros seis compañeros dominicos, fundó la comunidad Virgen de la Vega de Babilafuente (Salamanca) como proyecto de inserción pastoral en la zona rural de Las Villas, donde se ordenó sacerdote al año siguiente. ¿Qué fue lo que motivó fundamentalmente esa presencia dominicana en el mundo rural salmantino? En uno de los muchos documentos que figuran en el archivo de aquella época se decía lo siguiente: «*La movilidad ideológica y social de los años setenta en la sociedad española, unida al proceso de regeneración intraeclesial impulsado por el Vaticano II, cuestionaron muchas formas de ser y estar de las Órdenes y Congre-*

gaciones religiosas. Fueron años de renovación interna, reflejada en la ampliación a nuevos campos de trabajo. La creación de nuestra comunidad fue fruto de aquella mística que impulsaba hacia formas nuevas de presencia donde traducir con más fidelidad el mensaje liberador de Jesús de Nazaret».

En el punto de mira estaba el campesinado de la vieja Castilla, un sector social deprimido y abandonado por la política, necesitado de apoyo cultural y religioso. La opción final, no exenta de dificultades por el hecho de romper con la tradición de los dominicos españoles, fue el fruto maduro de un largo proceso intracomunitario.

Juan Francisco Blanco, apasionado etnólogo salmantino de la cultura y religiosidad popular, suele decir que ésta necesita aproximar y adecuar el hecho religioso a la realidad cotidiana integrándolo en la familiaridad del día a día más reconocible. Esta intuición estuvo presente desde el principio en el proyecto de acompañamiento y promoción humana, social y cristiana que asumió aquel pequeño grupo de frailes como animadores de las comunidades cristianas y como animadores socioculturales. Todo un proceso que sirvió para conectar con las necesidades y tradiciones de la gente y que desembocó en una programación minuciosa y detallada de cara a cumplir objetivos concretos en cada una de sus etapas.

En el campo de concienciación y renovación cristiana se inició un proceso formativo adaptado a la situación de cada uno de los sectores comunitarios: renovación y animación de la vida sacramental y de la Eucaristía diaria, creación de grupos parroquiales

con sus respectivos encuentros periódicos de formación, elaboración de fichas de trabajo e incorporación de nuevas dinámicas y materiales pedagógicos, preparación específica de agentes pastorales, reuniones por barrios, revisión y planificación anual de la programación que luego se diversificaría en función de las características y evolución de cada pueblo, etc.

Animación comunitaria que a su vez iba acompañada de una actuación sociocultural por sectores, barrios y casas en diferentes áreas de trabajo con fichas y posteriores reuniones: Centros Culturales, Movimiento Junior, Escuela de Tiempo Libre, Campamentos, Escuelas Infantiles de Verano, CREPA (Centro de Educación Permanente de Adultos, de carácter comarcal, con Aulas de la Mujer, de Pregraduado y Graduado Escolar de Agricultores y de la Tercera Edad), Escuelas de Padres, Semanas y Cursos sobre temas puntuales de actualidad, Jornada comarcal del «Día del Mundo Rural», colaboración con el movimiento educativo «Escuelas Campesinas», Programa educativo de fijación y recuperación en soporte fotográfico del patrimonio histórico de los pueblos de la zona con exposiciones locales y publicación final del libro *La huella que somos. Patrimonio Cultural de Las Villas*, creación y animación de una revista en cada uno de los pueblos, etc. Este es, a grandes líneas, el contexto sociocultural y religioso en el que se movió Bernardo con múltiples iniciativas y actividades encaminadas a la realización de un proyecto evangélico en el que siempre creyó.

Identificado con su ministerio sacerdotal, supo entregarse responsablemente a cuantas propuestas

fueron surgiendo y en las que encontraba diariamente la razón de ser de su vocación dominicana. Estoy convencido de que cumplimentó sobradamente los objetivos que se fue marcando en cada etapa de su ministerio al filo de los acontecimientos. Convicción personal confirmada por la masiva manifestación popular de homenaje y agradecimiento que le brindó la población de los pueblos y de la ciudad con su continuo desfile ante la capilla ardiente y con su presencia en el funeral abarrotando la iglesia de San Esteban.

Después de largos meses golpeado y castigado por la enfermedad, llegó a confesar un día: «*Me siento rodeado del cariño de todos. Y me emociona*». Bernardo tenía y tiene mucho que decir a cuantos convivieron con él. Identificado como estaba desde niño con las raíces populares de su pueblo natal, supo irradiar en todo momento su amor y pasión por la cultura y religiosidad popular.

En las dos siguientes partes de este artículo vamos a abordar su trabajo intelectual y solidario y su experiencia interior.

FRAY JUAN HUARTE OSÁCAR, O.P.
Salamanca (España)

ESCUELA DE VIDA

Textos escogidos del *Manual del asceta cristiano*:

4. El silencio

(XIX) SOBRE EL SILENCIO

El varón espiritual no debería utilizar su lengua sino para honra de Dios y edificación del prójimo. De este modo, y de ningún otro, usaba su lengua la bienaventurada Virgen María. Por eso, tú, siguiendo el ejemplo y el amor de nuestra Madre, no hables cuando puedes guardar silencio. Que hablar sea para ti una necesidad y permanecer silencioso, un deseo. Aunque esté permitido hablar, tú guardarás un silencio como el que observan algunos concienzudamente en tiempo de silencio: hablan poco y solo cuando es necesario, y lo hacen con temor de exceder la medida del silencio. Haz tú lo mismo: habla poco y solo lo necesario, con temor y cuidado de no excederte. No respondas más de lo que sea necesario, guardando siempre discreción y serenidad. Que en tu rostro brille siempre la serenidad, como si sonrieras dulcemente, y conserva en tu corazón la paz con el prójimo para que tu silencio a nadie le resulte cargante o singular.

Te haces muchos propósitos, pero pocos o casi ninguno son los que mantienes. Dime, ¿cuántas veces dijiste que no te excederías hablando? ¿Cuántas

has roto tu propósito? Tan pronto como empiezas a hablar, se te desliza la lengua hacia asuntos intrascendentes y de ahí pasas a hablar sobre los que están ausentes. Siguen risas, bagatelas y otras cosas por el estilo que dañan seriamente al siervo de Dios. Acuérdate de nuestro Señor Jesucristo, que prohíbe toda palabra ociosa. Así que abstente de toda palabra, salvo urgido por la necesidad, la honestidad o la conveniencia de responder al prójimo. De este modo evitarás que, cuando sueltes la lengua para lo lícito, caigas también en lo ilícito. Además, si por causa del silencio guardado de este modo y con esta intención pecas por ignorancia, el Señor perdonará más fácilmente tu pecado y lo corregirás más fácilmente que aquel que habrías cometido por garrulería. Pues la palabra vuela irrevocable y un pecado cometido por hablar no puede enmendarse tan rápidamente como el que se comete por callar. Y si alguien se inquieta por tu silencio, ruega por él al Señor para que no se escandalice.

Señor Jesús, tú conoces mi debilidad y mi inclinación a caer en los excesos de la lengua. Por eso, no me tengas en cuenta que alguien se moleste si hablo poco o casi nada, pues no debo derramarme en futilidades por el juicio de otros. Sin embargo, en cuanto digo unas pocas palabras, mi hombre interior pierde la quietud y se fortalece en mí la costumbre de hablar –y, por qué no decirlo, la petulancia–. Por eso, Dios mío, guárdanos a todos del pecado del escándalo.

No rehúses responder cuando se te pregunte algo razonable, siempre que te esté permitido hablar. Sin embargo, hablar cuando no es necesario o provechoso, o dar pie a que otros digan o pregunten cosas su-

perfluas, eso te está prohibido en todo momento. Tu propósito de vigilar la lengua necesita una renovación más frecuente que la de los demás defectos, pues el carácter resbaladizo de la lengua y su propensión a la caída es mucho mayor que la de los otros miembros del cuerpo. Aprieta los dientes y cierra bien los labios para no hablar inútilmente y sin razón.

De igual modo, cuando preveas que tienes que hablar, refuerza tu propósito, antes de empezar, contra las ocasiones que quizás se te presenten, no sea que te excedas por incauto, es decir, que digas irreflexivamente palabras moralmente reprobables, descuidadas o dañinas. Ten siempre en tu memoria, escucha siempre esta voz interior cuando te dispongas a hablar: «Pocas palabras, pocas palabras».

Evita los enfrentamientos y las discusiones, porque destruyen la paz interior y la caridad. Deja que los demás hagan lo que quieran. Tú obedece a Dios y a tus superiores, cumpliendo con aquello que incumbe a tu estado. ¿Qué te importa lo que otros dicen de ti si tu conciencia está tranquila delante de Dios? No busques excusarte, salvo que el asunto sea complicado. Deja que cada uno considere lo que quiera sobre los escritos y opiniones de los teólogos, especialmente cuando se te pregunte qué piensas al respecto. Entonces, pon el máximo cuidado en no defender de forma intransigente tu interpretación y lo que hayas dicho.

Acostúmbrate a abstenerte de palabras ociosas, gracias, carcajadas y liviandades, pero con la serenidad reflejada en el rostro y un comportamiento bondadoso. Sin embargo, si la caridad te urge –quizá

cuando adviertas que un hermano está herido, triste o sospecha algo malo de ti— a quitar la turbación o la sospecha de su corazón, entonces podría ser útil bromear con él, dirigirle palabras generales y de consuelo, pero honestas y amistosas, habiéndote comprometido previamente a volver al silencio inmediatamente después.

Cuando participes en una conversación, si crees conveniente hablar por honestidad o para evitar el escándalo, emplea palabras útiles y nunca discutas ni rivalices con nadie, ni siquiera por la verdad, a no ser que por tu silencio se ponga en peligro a las almas. Da testimonio de la verdad una vez, o dos veces si fuese necesario. Si nadie quiere escucharte, deja a los demás opinar lo que les parezca y tú, con tu silencio, contribuye a eliminar la tensión y la ofuscación.

En medio de conversaciones de confianza, no te arroges el papel de predicar o enseñar a otros como si lo hicieras por edificación, pues mientras eres joven y careces de autoridad, nadie lo aceptaría. Generalmente, tales prédicas nacen de la arrogancia o de la presunción; incluso suponiendo que tu intención fuese sincera, los demás la juzgarían como arrogancia. Tú elige la ignorancia y deja a los demás discutir, predicar o citar la Sagrada Escritura.

Gran soberbia es responder a las palabras de otros cuando no se te ha preguntado. Desde luego, se parece mucho a la ostentación el hablar sin necesidad, pues se da la impresión de querer demostrar a los demás lo mucho que se sabe. Por eso, abstente de ello. Ama ser ignorado y muéstrate como quien no sabe.

Que tu silencio sea agradable y dulce para los demás, en tanto que esté inspirado en un sentimiento de respeto y temor de Dios. El silencio que provoca perturbación y amargor en los demás, a todos les resulta molesto, en todos despierta sospechas, para todos es una carga. Procura interrumpir la conversación de los demás, si en ella se emplean palabras dañinas o absolutamente innecesarias, con alguna buena excusa o con el relato de algo edificante, pero evitando la discusión. En previsión de ello, ten siempre preparado algún buen tema antes de mezclarte en ese tipo de conversaciones, y desvíalas hacia él.

Cuídate de juzgar a nadie por sus palabras. De la boca de los hombres fluyen fácilmente muchas palabras no meditadas ni dichas a propósito, y sería temerario juzgar que ellos las dicen sinceramente. Cuando estés en compañía de otros, ya sea sentado a la mesa o dialogando con ellos, si la conversación gira en torno a temas inapropiados, no oses reprenderlos ni interrumpir sus palabras, no los juzgues en modo alguno, sino vuélvete a Dios y ruega por ellos diciendo: «Jesús mío, si estas palabras te desagradan, te ruego las apartes de estos hermanos y las hagas desaparecer. Dios de bondad, Tú conoces mi debilidad, por la cual no sé hacer otra cosa sino caer cada vez que me falta el auxilio de tu gracia. Por eso, Señor, guárdame y líbrame de mi lengua».

Un silencio que, en un momento de necesidad, hace hablar al hombre violenta o amargamente, o responder con indignación, es un silencio sospechoso. De igual modo, un discurso se considera adulatorio cuando se intenta aparentar lo que la naturaleza no

da y hay un afán evidente por hablar en un tono dulce y suave para agradar a los hombres. Pues algunos, por su naturaleza apasionada, son iracundos o de trato difícil. Estos, en cuanto se fingen mansos, enseguida se les nota.

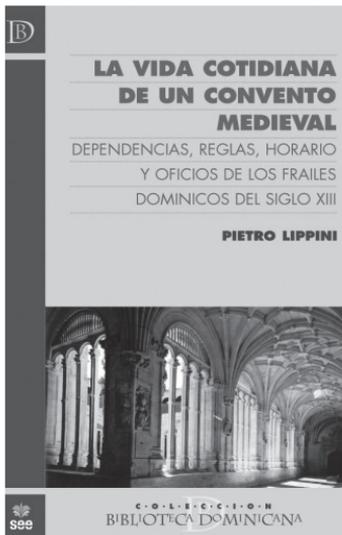
Guarda silencio todo el tiempo que puedas, si con ello no pecas. Pues, cuando sea conveniente, siempre puedes empezar a hablar, pero no puedes dejar de hablar cada vez que quieras. Es muy raro que tengas necesidad de hablar si examinas con atención qué es lo verdaderamente necesario y si sopesas bien cuán útil es el silencio y qué pernicioso el discurso vacío.

Cada vez que tengas que tomar parte en una conversación, retírate de ella tan pronto como tengas permiso, pero no lo hagas bruscamente, sino aguarda un poco, como el espacio de dos salmos, y entonces márchate sin que se note. Pero no debes huir de tus hermanos o del prójimo como si fueran malos, sino de ti mismo, es decir, del peligro de tu lengua, que no ha aprendido a hablar como conviene. Así pues, cuando te retires de la conversación, di a Dios: «Señor Jesús, estos hermanos, o estos hombres, son buenos y pueden hablar con seguridad. Pero yo no he aprendido aún a hablar como debo, por eso me retiro a la soledad. Yo no huyo de los hombres o de mis hermanos, sino de mí mismo y de mi propia lengua. Señor Jesús, ten misericordia de mí».

El expresar u oír críticas y difamaciones debe ser algo tan ajeno a ti como para hacerte un propósito especial contra ellas. Pues todo el mundo sabe que ha de tenerse un cuidado especial en esos casos. Si se producen en tu presencia y no puedes prohibirlas, tú

apártate, de manera que los demás aprendan por tu gesto que lo que hacen está mal. Y ruega al Señor que Él corrija lo que haya de corregirse. Sobre rumores del mundo, que ningún provecho espiritual aportan, prefiere ignorarlos a oír algo acerca de ellos, pues generan distracciones y pensamientos inútiles.

FRAY JUAN JUSTO LANSPERGIO



**LA VIDA COTIDIANA DE UN
CONVENTO MEDIEVAL**
**Dependencias, reglas,
horario y oficios de los frailes
dominicos del siglo XIII**
PIERRE CLAVERIE

Páginas: 369

Precio: 23 €

PIETRO LIPPINI reconstruye con maestría la vida de un convento dominico en el siglo XIII. Desde su creación la Orden de Predicadores ha tenido un estilo de vida que en lo sustancial ha cambiado poco.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Mes de María¹

Éste es el mes de María,
me lo han dicho en el Colegio
y si María es la Madre
yo le quiero dar un beso.
Se lo daré a mi mamá
que María está en el cielo
y como soy tan pequeño
me queda lejos, muy lejos.

Mamá dice que María
quiere a grandes y pequeños
porque es la Madre de todos
y de aquél Niño tan bueno
a quien llamamos Jesús,
que por nosotros, los hombres
le clavaron en la cruz.

Pobre Niño y pobre Dios,
pobre su madre, María,
si este mes es para ella
cuántas cosas le diría:
que no sufra, que no llore,
que ya está junto a su Hijo
y que aquí en la tierra todos
buscamos el Paraíso.

Como es Mayo, yo a María
quiero ofrecerle un gran ramo
de rosas, claveles, lirios
y aunque soy niño, muy niño
decirle: -¡Madre, te amo!

ISABEL DíEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de: ISABEL DíEZ SERRANO, *Queridos niños*, Cardeñoso, Vigo 2003, p. 33. Premio: Flor natural de Poesía breve.

Bibliografía

PABLO BLANCO (ed.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización. Comentarios: Mons. Fernando Sebastián, Juan Alonso y Carmen Alejos*. Ediciones Palabra, Madrid 2012. 194 pp.

La presentación que realiza del libro el editor, Pablo Blanco, es ya un buen y organizado resumen de lo que el Papa expone en sus diversas enseñanzas que constituyen el libro.

1. La fe:

- a) Actualidad permanente tiene la relación entre asistencia social y evangelización (homilía en la nueva explanada de la feria de Munich, 10 de septiembre de 2010).
- b) El *credo* es la expresión de que es necesario Dios para que cuadre la explicación del mundo y de la vida del ser humano. Pero también el *credo* en su segunda parte es expresión del compromiso de Dios con la humanidad, y la confianza en un futuro que bajo el Espíritu Santo se construye con los demás en la Iglesia: «quien cree nunca está solo» (homilía en Ratisbona, 10 de septiembre de 2006). Por eso Dios no tiene que estar al margen de la cultura. Es necesario profesar y publicar esa visión cristiana de la cultura occidental. En concreto, en los procesos

educativos de la persona humana, que han de cultivar su dignidad: razón, inteligencia y amor (discurso a la IV Asamblea eclesial italiana, 19 de octubre de 2006).

- c) Es necesario vivir la fe y no tener miedo a proclamarla. La fe que se origina en la revelación divina cuenta con la mediación humana –el profeta–, por eso es necesario la comunión en ella para vivirla en el momento concreto (encuentro con sacerdotes en Roma, 2 de marzo de 2006; vigilia de oración en Hyde Park, Londres, 18 de septiembre 2010).

2. La evangelización:

- a) Es necesario animar a los jóvenes a que digan con valentía, sin miedo, «sí» a Cristo para evangelizar; evangelización que cuenta necesariamente con la celebración eucarística (París, 13 de septiembre del 2008).
- b) La humanidad necesita ser liberada de lo inhumano. Por eso evangelizar es cuestión de amor a esa humanidad. No evangelizar es renunciar a amar (mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones, 11 de mayo 2008). Es un compromiso que a veces implica el martirio (ídem, 9 de junio de 2009).
- c) En especial la *missio ad gentes* adquiere una dimensión nueva: no se puede cifrar en territorios concretos, sino más bien en la diversidad de culturas que es necesario evangelizar (discurso al Congreso en el XL aniversario del decreto *Ad gentes*).

3. Fe y evangelización (carta pastoral *Porta fidei*, 11 octubre 2011).
 - a) Existen urgencias en el mundo actual que se cifran en necesidades económicas y sociales que pertenecen al ámbito de la evangelización. En la fe se encuentra el fundamento sólido para éstas y otras dimensiones de la evangelización.
 - b) No se puede entender la fe como un presupuesto en las culturas cristianas, ha de ser ahondada y confesada, como «alimento que no perece». Fe que ha de ser vivida y testimoniada, y que «se fortalece creyendo» (San Agustín).
 - c) La fe es un don que se recibe de Dios, que cuenta con una actitud por parte del sujeto que experimenta que Dios le ama. Pero la fe tiene también unos contenidos. Por eso se ha de exponer en la nueva evangelización el *Credo* y el *Nuevo Catecismo de la Iglesia católica*. Sin olvidar que el año de la fe que se proclama, así como la nueva evangelización, son una «buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad».
4. El libro aporta al final tres comentarios de Juan Alonso, Carmen Alejos y Fernando Sebastián, que sin duda enriquecen el contenido del libro. Juan Alonso se centra en el acto de fe y en su dimensión comunitaria. Carmen Alejos en el proceso educativo de la fe. Y Fernando Sebastián en la fe como camino de salvación, ofreciendo pautas para la comprensión y la vivencia de la fe. Termina su aportación con una oportuna exposición

de las «Consecuencias pastorales» del «año de la fe»: la nueva evangelización del mundo moderno pasa por acoger lo enseñado en el Vaticano II. Ello supone revisar en las diócesis los procesos de la «iniciación en la fe», desde la perspectiva de la autenticidad de ésta; que exige además «poner a nuestras iglesias en trance de misión».

Libro, pues, que invita a tomar en serio nuestra fe y a proclamarla dentro de la nueva evangelización; que ofrece bases sólidas, bien documentadas, para conseguir ambos objetivos.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Salamanca (España)

JESÚS ESPEJA, *Oyentes de la palabra*.

Editorial San Pablo, Madrid 2011. 232 pp.

El P. Jesús Espeja que, desde sus comienzos como profesor de Cristología en la Facultad de San Esteban, no ha dejado de profundizar en el mensaje evangelizador de Jesucristo, nos ofrece en el libro *Oyentes de la Palabra* una sencilla reflexión teológica sobre su pensamiento cristológico, ya conocido a través de múltiples publicaciones que siempre han tenido excelente acogida.

En *Oyentes de la Palabra*, el P. Espeja nos brinda unos comentarios breves y sugerentes sobre las lecturas bíblicas de los domingos y principales fiestas litúrgicas de los tres ciclos del año litúrgico. A través de estos comentarios –como no podía ser por menos– aparecen las principales claves de su madura reflexión teológica acerca del misterio de la Palabra de Dios manifestada en la humanidad de Jesús.

Jesucristo que «*pasó haciendo el bien*» (Hch 10,38), ha dejado para las mujeres y hombres de todos los tiempos, un mensaje lleno de esperanza para alcanzar las mejores cotas de solidaridad y de amor. Recogemos algunas de las palabras del P. Espeja, que son como un hermoso estribillo en todos sus escritos: «*La expresión “Padre Nuestro”, lleva una carga intensa de confianza y de ternura. Los discípulos de Jesús han recibido el espíritu del Hijo, experimentan a Dios como amor gratuito; han pasado de ver a Dios como juez a verlo como Padre. Alcanzados por esta gracia, espontáneamente pedimos que alcance y transforme a todos y a todo: que se manifieste la gloria de Dios promoviendo la vida de la creación y de la humanidad, que su señorío acabe con los ídolos homicidas...*».

Creemos que es un libro muy recomendable y fácil de leer por su sencillez y la claridad con que nos manifiesta las claves fundamentales del mensaje bíblico en las principales celebraciones festivas del año. *Oyentes de la Palabra* también puede ser una guía válida para una reflexión personal, y para grupos que deseen conocer y profundizar en el mensaje de Jesús.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
La Peña de Francia (España)

ANDRÉ DUPLEIX, *15 días con el Concilio Vaticano II*.
Editorial Ciudad Nueva, Madrid 2012. 128 pp.

Con motivo del 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II se han celebrado congresos, conferencias, reuniones..., y publicado numerosos libros y artículos en revistas especializadas en temas religiosos,

con el fin de retomar aquel aire nuevo que *«respondiera a la exigencia de nuestra época, sin desviar la mirada de la herencia sagrada de la verdad recibida de los antiguos...»*, que, como dijo el cardenal Garrone: *«Nada nuevo y todo cosas nuevas. Nada nuevo y todo nuevo, lo cual constituye verdaderamente el signo de la fe»*.

Estas últimas palabras recogidas en el Prólogo del libro, nos abren paso a la lectura de un pequeño y atractivo libro, donde se nos presentan a nuestra reflexión los principales documentos del Concilio Vaticano II. El autor nos invita a acercarnos al Concilio desde *«una perspectiva más espiritual que doctrinal. No se trata de un enfoque técnico al contenido de los documentos... Nuestro objetivo es percibir de modo transparente, en la diversidad de escritos (y de estilos), la presencia y luz de Aquel que asegura desde dentro la coherencia y capacidad que tienen de suscitar nuestra oración»*.

Durante 15 días el autor nos invita a *«rezar con el Concilio»*. Para lo cual se vale de una metodología muy sencilla y cercana: Motiva nuestra oración con un texto clave del documento que pone a nuestra consideración ese día. Sigue con una breve y substanciosa meditación sobre el núcleo del mensaje del documento, para finalizarla con unas breves líneas tomadas del Nuevo Testamento en sintonía con lo propuesto en la meditación sobre el documento del Concilio.

Libro muy práctico para recordarnos y renovarnos en el contenido del mensaje del Concilio Vaticano II. Muy aconsejable sobre todo para los agentes de pastoral, sacerdotes, catequistas, grupos de oración...

que quizás debido a las múltiples ocupaciones, no pueden disponer de tiempo suficiente para sentarse a leer otras publicaciones de mayor relieve teológico.

El Concilio Vaticano II fue convocado por Juan XXIII el 11 de Octubre de 1962. Éste acontecimiento que reunió durante más de tres años a unos 2.400 obispos de todo el orbe católico quedó plasmado en una serie de densos documentos que han sido una luz orientadora para los mejores movimientos de renovación de la Iglesia contemporánea.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
La Peña de Francia (España)

GIUSEPPE PAGANO, *La vida monástica en San Agustín. Comentario al salmo 132.*
Editorial Agustiniiana, Guadarrama 2012. 132 pp.

El autor es un fraile agustino italiano nacido en 1960, es doctor en Ciencias Patrísticas y ha desarrollado distintas labores de pastoral: juvenil, vocacional, parroquial, etc. Como indica el título, esta obra trata de mostrarnos la idea de monacato que tenía san Agustín de Hipona (354-430) a partir de un comentario que hizo al salmo 132, cuyo tema central es la unidad.

La obra la podemos dividir en dos grandes partes. En la primera Pagano se centra propiamente en el salmo 132, ofreciéndonos un análisis bastante completo del mismo. En la segunda nos habla de su contenido, sobre todo en lo tocante a la vida monástica. Por último, a modo de apéndice, nos ofrece íntegramente el

Comentario al salmo 132 escrito por san Agustín unos quince años después de la *Regla*.

Se trata de una obra muy bien documentada, bastante técnica y no escrita para el gran público. Por ejemplo, cita algunas frases en latín que el autor no traduce al español. Tampoco habría estado demás haber incluido el texto del salmo 132, que es muy corto –sólo tiene tres versículos–. Pero, a pesar de ello, creemos que puede resultar muy enriquecedor a toda persona interesada en este tema, pues trata los elementos centrales del monacato agustiniano: Cristo, el Espíritu Santo, la unidad, la caridad, la Iglesia, la Regla, etc. Asimismo compara muy resumidamente el monacato agustiniano con otros que ya existían en su época: los de san Pacomio, san Basilio y san Jerónimo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

SANDRO MAGGIOLINI, *Tú. Introducción a la oración*.
Editorial San Pablo, Madrid 2012. 222 pp.

El autor de este libro es el obispo de Como (Italia). Participó en la elaboración del *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) y es miembro de la Comisión episcopal para la Doctrina de la Fe y de la Catequesis y de la Comisión episcopal italiana para la Cultura y la Educación.

Esta obra podríamos calificarla como un tratado ameno y sencillo sobre la oración cristiana. Trata gran cantidad de componentes de este fundamental ejercicio espiritual en muchos y pequeños capítulos,

cuyo variado contenido nos resulta difícil de resumir. Comienza por varios temas introductorios sobre la oración en el tiempo actual, después nos habla del Misterio, de Dios y de la Iglesia, analiza diferentes elementos de nuestra interacción con Dios en la oración y nos habla de varios aspectos prácticos como son, por ejemplo, el lugar y el tiempo, aborda diversos tipos de oración y finaliza tratando temas de carácter existencial que concluyen con un capítulo sobre: «¿Y si no se logra orar?».

Apoyándose en sus conocimientos teológicos, su amplia experiencia personal y pastoral y en su gran «sentido común», Mons. Maggiolini hace un esfuerzo en ofrecernos un texto cercano y divulgativo, que trata sobre cuestiones importantes ante las que nos topamos en el día a día de nuestra oración. Dada la sencillez de su lenguaje y la escasa longitud de los capítulos, este libro se lee con facilidad y no se hace pesado ni aburrido.

En conclusión, esta obra es muy recomendable para los novicios y religiosos en formación y para todo aquel que quiera saber en qué consiste orar dentro del contexto de la Iglesia Católica.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La confianza en Dios

Tras muchos años de azaroso estudio, Susana acababa de conseguir el doctorado en Psicología. Una etapa muy importante de su vida había acabado y ahora comenzaba otra muy distinta... pero no sabía muy bien qué hacer. Tenía varias ofertas de trabajo y también le atraía mucho la idea de ser profesora en la Facultad de Psicología, pero había algo que desde muy joven le andaba rondando por la cabeza, y sobre todo por el corazón: se trataba de un monasterio bastante conocido en su ciudad en el que varias hermanas se dedicaban al acompañamiento espiritual de laicos, religiosos y sacerdotes.

En el fondo de su corazón, Susana sabía que había elegido la carrera de Psicología porque quería ser una de aquellas monjas que, como Jesús, liberaban a las personas de sus «malos espíritus» y las ayudaban a tomar el buen camino. El impactante pasaje del endemoniado de Gadara (cf. Lc 8,26-39) lo tenía muy metido en lo profundo de su alma. Así que, tras pensárselo muy bien, se decidió a pedir el ingreso en aquel

monasterio, lo cual sorprendió a su familia y amigos, pues veían en ella a una «intelectual», no a una «contemplativa».

La priora la recibió con los brazos abiertos y cuando supo que era doctora en Psicología y que quería unirse al grupo de las acompañantes espirituales, le pidió a la maestra de novicias que le prestase una atención especial.

Pero desde su ingreso en el monasterio, sor Susana tuvo que pasar por durísimas pruebas. Ella pensaba que con su doctorado en Psicología la iban a dejar desempeñar la labor de acompañante espiritual inmediatamente, pero no fue así. Su maestra le hizo ver que una cosa es el acompañamiento psicológico y otra muy distinta el espiritual. Sin duda que sus conocimientos de psicología le ayudarían, pero si quería ser una buena acompañante espiritual debía estudiar Teología y, sobre todo, madurar mucho interiormente.

Aquello fue muy duro para sor Susana, pero como en el fondo de su corazón quería ser una buena acompañante, lo aceptó y decidió ponerse en manos de su maestra de novicias.

Tras hacer los votos simples, se puso a estudiar con ahínco las diferentes materias de Teología y a leer con gran interés las obras de los grandes maestros espirituales. Pero la priora le insistía una y otra vez en que no todo consiste en estudiar, también debía madurar espiritualmente, y eso no lo hacía, pues tenía un gran escollo en su interior: el orgullo.

La propia sor Susana era muy consciente de ello, pero no podía vencerlo, pues en su interior albergada

un miedo terrible a abajarse ante sus hermanas. Sus conocimientos y sus títulos eran para ella como una alta atalaya en la que se sentía segura. La priora, que podía ver el interior de su corazón, le decía a menudo: «*Sor Susana, estás construyendo tu vida sobre arena, sin cimientos, y en cuanto llegue un torrente, al instante te desplomarás y muy grande será tu ruina* [cf. Lc 6,49]. *Debes abajarte y poner tu confianza en Dios*».

Pero por más que luchaba sor Susana para vencer su orgullo, más lo reforzaba. Así que la priora decidió tomar una medida muy drástica: propuso al Capítulo enviarla a otro monasterio de la Federación para ver si allí podía «convertirse» realmente al Evangelio. El Capítulo decidió enviarla al monasterio más alejado, situado en una pequeña ciudad rodeada de campos de cultivo y bosques.

Sor Susana vio aquello como una intervención divina, así que fue llena de ilusión a aquel recóndito monasterio pensando que su comunidad sería capaz de ayudarla a cambiar. Pero al llegar se llevó una gran desilusión, pues pronto descubrió que aquellas monjas eran bastante decadentes: no asistían regularmente a los rezos comunitarios, salían sin motivos justificados de la clausura y apenas trabajan, pues vivían de las rentas que les proporcionaban sus fincas.

En un principio sor Susana hizo un esfuerzo por ser una monja ejemplar, pero pronto comenzó a dejarse llevar por el ambiente comunitario. Y, así, en muy poco tiempo, pasó a ser la más decadente de toda la comunidad, tanto, que al cabo de unos meses el Capítulo de aquel monasterio decidió enviarla de vuelta a su comunidad.

Esto, obviamente, supuso una gran humillación para sor Susana, y se planteó muy seriamente dejar la vida religiosa: pero seguía teniendo una profunda ilusión por ser una buena acompañante espiritual. Por ello decidió poner su destino en manos de sus hermanas.

Estando de regresó en su monasterio dijo ante el Capítulo: *«Hermanas, salí de aquí porque soy demasiado orgullosa y resulta que estoy de regreso porque, además, no he sido capaz de ser una monja observante: ¿qué os parece que he de hacer con mi vida? ¿Creéis que merece la pena que siga intentando ser una buena religiosa?»*.

Toda la comunidad giró la cabeza hacia la priora, pensando que ella le diría algo, pero la que rompió el silencio fue la hermana más anciana, que le dijo: *«Sor Susana, yo tengo 97 años, sabes que tiempo atrás fui maestra de novicias y después priora de la comunidad, sin embargo nunca he dejado de intentar ser una buena religiosa y sé que aún me queda mucho para serlo. Por eso me siento muy identificada contigo. Por favor, te pido que te quedes. Mi corazón me dice que todo te irá bien»*. El resto de las hermanas, conmovidas por aquellas palabras, asintieron.

Sor Susana se sintió perdonada y sanada por su comunidad y, sobre todo, por Dios. Así pudo vencer su orgullo, descubrió lo bien que se está «fuera de la alta atalaya» y comenzó a construir su vida sobre «Roca firme», es decir, poniendo toda la confianza en su amado Dios.

Al observar su conversión, el Capítulo le permitió hacer los votos solemnes y poco después le pidió que

comenzase a desempeñar el servicio de acompañar espiritualmente a otras personas en el locutorio del monasterio. En pocos años llegó a ser una magnífica acompañante, cuya fama se extendió más allá de la diócesis. Pero aquello nunca se le subió a la cabeza, pues siempre tuvo muy presente su experiencia en aquel lejano monasterio de la Federación, y Quién fue la que la sacó del abismo.

*«Aquel día se cantará este canto en el país de Judá:
Tenemos una ciudad fuerte,
ha puesto para salvarla murallas y baluartes:*

*Abrid las puertas para que entre un pueblo justo,
que observa la lealtad;
su ánimo está firme y mantiene la paz,
porque confía en ti.*

*Confiad siempre en el Señor,
porque el Señor es la Roca perpetua» (Is 26,1-6).*

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

El hecho de crear

Breve consideración de santo Tomás orientada
a cómo valorar lo creado

CONSIDERACIÓN PREVIA

Con el devenir del pensamiento afloran visiones nuevas de cuestiones antiguas. Hoy, por ejemplo, santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274) está presente en el mundo del pensamiento, sea filosófico, teológico, social, político... Y también en el ecológico, en cuanto una preocupación por el mundo en el que vivimos y los deterioros que la actividad humana en él produce.

¿Qué se puede esperar de un teólogo y filósofo de la Edad Media sobre este asunto tan de nuestros tiempos? ¿Cómo en el estudio de santo Tomás se puede buscar iluminación para potenciar el cuidado de la Creación?

Los tópicos señalan que santo Tomás vive en una época en la que el pensamiento es esencialmente religioso, en el sentido de atender menos aquello que desborda lo experimental: lo que nuestros pies pisan, ven nuestros ojos, perciben nuestros oídos..., en fin, lo que siente nuestro cuerpo. Su preocupación es por el Creador, no por la creación.

Más aún, en el tiempo de santo Tomás, y años antes, se había extendido por zonas amplias de Europa una corriente maniqueísta que tildaba de negativo

todo lo terrenal y material y que afirmaba que sólo despreocupándose de ello el ser humano se salvaría. Precisamente la Orden de Predicadores, a la que se incorporó santo Tomás, fue fundada por santo Domingo (ca. 1172-1221), para apartar a hombres y mujeres de esa concepción de lo terreno. Pues bien, también del maniqueísmo y de cómo combatirlo se ocupó santo Tomás.

¿Qué podrá decirnos, pues, santo Tomás sobre ecología?

Santo Tomás es un teólogo y como tal bebe en dos fuentes, la Revelación y la razón. Lo que acepta por fe y lo que la razón va descubriendo como deducción de los datos revelados, componen su saber. El nivel de la ciencia en su tiempo es superado en no pocos aspectos por un estudiante de enseñanza secundaria de hoy. Pero la ciencia nunca tiene la última palabra. Toda ciencia es humana, y como humana se ve desbordada por inquietudes esenciales del ser humano a las que no puede dar respuesta. Por ejemplo: ¿cuál es el lugar del hombre en la creación?, ¿cómo fue el origen de todo?, ¿cuál es el destino de lo existente?, ¿cuál su sentido último?

Sobre esto se han preocupado científicos y filósofos, cuando filosofía y ciencia caminaban juntas. Separadas en estos tiempos, no son pocos los científicos que se pierden en investigaciones filosóficas, sin cambiar el método que usan en la ciencia. Si la ciencia no ofrece una respuesta es porque excede su ámbito y, si la ofrece, habla de lo que no sabe ni puede saber. Con todo, la ciencia no determina los límites del conocer.

Pero sí la filosofía. Y es imposible prescindir de la filosofía, está en nuestros genes.

Pero no es ese nuestro tema. De lo que vamos a hablar es de la creación realizada, teniendo en cuenta por qué está ante nosotros y nosotros ante ella y en ella. También es necesario considerar el abismo que hay entre el ser humano y el resto de la creación –prescindiendo de lo que la teología pueda decir acerca de los ángeles–.

EL UNIVERSO CREADO

De la creación nos habla la Biblia: en su relato sobresalen dos afirmaciones: 1ª. Dios vio que era bueno lo que había creado: bondad de la creación (cf. Gn 1,4.12). 2ª. Creación singular de hombre y mujer: los hizo semejantes a él (cf. Gn 1,27).

Hablar del acto de creación queda reducido ya al ámbito de lo religioso. En el ambiente intelectual lo que predomina es el evolucionismo. No se oponen creación y evolucionismo. Basta con afirmar que Dios está en el inicio del universo, fuera cual fuera esa partícula o energía inicial, que luego fue evolucionando hasta llegar al universo inmenso que conocemos. La ciencia puede explicar la evolución, no el origen del universo. La evolución responde, quizás, a un diseño de alguien que la fue conduciendo, o, quizás, es puro efecto de infinitas probabilidades siguiendo ciertas leyes o, quizás, es producto del simple azar: ésta es una pregunta que genera mucho que hablar y escribir, y que la ciencia tampoco puede responder. No trato de eso en este artículo. Sí quiero dejar sentado que en esa

hipotética evolución se ha producido un salto, el que determinó que apareciera el espíritu, el alma intelectual. Pudieron evolucionar las bases orgánicas que sustentan al espíritu, pero no pueden ser el origen de él. Se exige una intervención que supera lo orgánico. Dios crea el alma humana.

Desde el principio, pues, ha de quedar claro que existen dos actos: el de la creación de lo material y orgánico y el de la creación del alma humana. Y también hay en lo creado dos realidades distintas, la realidad humana y el resto de lo creado. Distancia y jerarquía, fundada en la dimensión espiritual, aunque encarnada, del ser humano, que el Génesis expresa magníficamente al decir que Dios hizo al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza; y les concedió el dominio sobre la tierra que habitarían (cf. Gn 1,28). Incluso castigados por querer ser como Dios, someterá la tierra, y dominará sobre los peces del mar y las aves de la tierra. Eso sí, el pecado trajo consigo penalidades al hacer efectivo ese dominio (cf. Gn 3,17-19).

CONSECUENCIAS DEL ACTO DE CREAR

Santo Tomás defiende que todos los seres han sido creados por Dios, que es causa eficiente (cf. *ST I* 44,1). Dios no necesita de la creación. Fue una acción libre y expresa, frente al panteísmo que defiende una especie de emanación necesaria de un ser que se confunde con lo que de él dimana. Lo creado se diferencia del creador, pero refleja su propio ser, lo que santo Tomás llama «participación del ser de Dios en lo creado» (*ST I*, 9, 44). Hay algo de Dios en la creación, no una parte

de Dios, sí un reflejo de lo que Dios es; la creación tiene su dimensión divina, que el ser humano, sólo él, descubre.

Santo Tomás ve también en Dios la causa ejemplar, el modelo de todo lo existente. No porque existieran lo que Platón llamaba «ideas ejemplares» distintas de él y previas a la creación que le sirvieron a Dios de modelo. Dios mismo es el modelo, el ejemplo de todo.

Más aún, la grandeza de la creación no se apoya para santo Tomás sólo en que participa de la divinidad, y en que refleja su ser, sino además en que todo tiene como fin a Dios. La razón es que Dios no puede actuar en función de otro, se haría a sí mismo depender de otro y eso no es propio de la condición divina. Dios crea sólo para comunicar su perfección, su bondad, y el fin de las cosas es acercarse a la bondad divina (cf. *ST I* 44, 4). En fin, Dios crea desde su bondad libre. Es lo mismo que decir que Dios crea por amor. Ama lo creado.

De la visión tomista de Dios como creador se deduce la valoración de lo creado: participa del ser de Dios, tiene a Dios como modelo, es creado por amor del mismo Dios y a Dios tiende en la medida en que tiende a su perfección. De esto fluye una apreciación del universo que rebasa esas razones de la defensa de la naturaleza que se apoyan en su belleza, orden, armonía y en ser el ámbito de la vida humana, si bien, son éstas muy de tener en cuenta.

Estos argumentos hondos y fundamentales, metafísico-teológicos, que radican en el mismo ser de Dios, conceden un valor a lo creado que permite construir un proyecto ecológico basado en el mismo proyecto

divino de creación. Desde esta perspectiva tomista la naturaleza merece una consideración especial, una especie de veneración –no adoración–, pues en ella Dios ha dejado su huella. Esto es así por el simple y elemental hecho de existir, antes que por sus peculiaridades bellas a nuestros ojos, o útiles a nuestras necesidades. Vamos a desarrollar algo más lo dicho.

¿QUÉ LE MOVIÓ A DIOS A CREAR?

¿Quién no ve en esta pregunta la ilusión infantil de tratar de penetrar en las intenciones de Dios? Si nos atrevemos a ello es porque nos permite evitar falsas ideas de Dios y del mundo. En definitiva es una pregunta que se impone cuando partimos de que en el origen de la creación no está la necesidad ni el azar, sino que responde al proyecto de alguien.

Siempre cabría decir, hablando a nuestro modo, que Dios decidió crear porque le dio la «divina gana». Nada había que le impulsara a crear, ninguna obligación pesa sobre él; su felicidad no aumenta por compartir el ser con otras realidades. Lo que pasa es que a ningún teólogo le gusta hablar de la simple arbitrariedad de Dios en sus decisiones. No cabe la fácil solución de lo que Einstein ya denunciaba: que Dios jugara a los dados. El azar nada explica, tampoco las decisiones de Dios. Puede parecer que buscar razones en Dios por nuestra parte es una pretensión de la curiosidad sin límites de nuestro entendimiento, que no quiere saber nada de límites. Ha sido, sin embargo, una preocupación de las culturas y de las religiones, también de la filosofía. No hay cultura sin religión, ni religión sin cosmogonía, es decir sin explicar

por qué existe lo que existe, qué fue lo que decidió a Dios o a los dioses, o demonios o demiurgos, a fabricar el cosmos.

Santo Tomás afirma que Dios no puede «rebajarse» a actuar por un fin distinto de Él, sería como someterse a otra realidad, algo que atenta directamente contra el concepto de Dios, pues no tiene causa final. Eso es así porque Dios no necesita nada, nada tiene que conseguir que le falte. La creación no amplía el ser de Dios. Tampoco lo disminuye. Dios seguiría siendo el mismo sin creaturas. Dos textos pueden darnos respuesta a esta cuestión:

1. Santo Tomás dice que Dios creó el mundo «para dejarse conocer por el ser humano, ya que lo invisible de Dios es conocido por lo que Él ha hecho [cf. Rm 1,20]» (ST III 1,1). Ciertamente, el texto haría referencia a que se creara un mundo en el que el ser humano existiera. Ese mundo Dios lo entiende como lo que debe permitir al hombre «alzarse» hasta Dios.

Dios sin duda se «revela en el mundo». Es, como venimos diciendo, una manifestación de su ser. Dios con la creación ha querido, ante todo, darse a conocer. Y darse a conocer como el fin de todo conocer humano. La visión de Dios ha sido ciertamente la ilusión del saber humano. La contemplación del ser supremo –o acto puro– era el fin del hombre según Aristóteles y también según santo Tomás, pero éste considera que esa contemplación no es sólo intelectual: también es afectiva. A todo ello contribuye el mundo. He ahí de nuevo un argumento más que tenemos para valorar nuestro mundo: es camino hacia Dios. Por lo visible a lo invisible, decía san Pablo.

Ciertamente nosotros los cristianos tenemos como esencia y fundamento de nuestra fe que el mismo Dios ha venido en nuestra ayuda y se revela, no sólo en la creación, sino también en su palabra, para superar –al menos en parte, porque el misterio no desaparece, y de ahí la fe– las limitaciones de nuestro entendimiento, al querer descubrirlo a partir de lo creado. Nos ha manifestado que quiere que busquemos su rostro y también cómo quiere que le veamos. Si no hubiera querido mostrar su rostro, le gritaríamos como el salmista: *¿Hasta cuándo, Señor seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo Señor me ocultarás tu rostro?* (Sal 13,2). Entre todas las manifestaciones, sobresaliendo sobre ellas y dando sentido a todas en las que vimos el rostro de Dios, está la que se realiza en Jesús de Nazaret: *Quien me conoce a mí, conoce al Padre* (Jn 14,7).

2. Segundo texto de santo Tomás: «Al primer agente no le corresponde actuar para adquirir algún fin, sino que tan sólo intenta comunicar su perfección, que es la bondad. En cambio, todas las criaturas intentan alcanzar su perfección, que consiste en asemejarse a la perfección y bondad divinas. Por lo tanto, la bondad divina es el fin de todas las cosas» *ST I 45,4*.

Dios quiere comunicar su bondad, su perfección. El término «comunicar» es altamente significativo. Dios se comunica, se abre a nuevas realidades, con las que quiere tener una relación, una comunicación. Comunicación de su bondad, de su ser y también de su condición trinitaria. La creación como comunicación genera una especie de comunión entre el creador y las criaturas. No una identificación, pero sí, de alguna manera, una unión: Dios y las criaturas. De aquí se

deduce algo que pertenece al pensamiento de santo Tomás: de la comunicación de la bondad de Dios se pasa a la comunicación de su amor. Se ama sólo lo bueno, y comunicar lo bueno es lo propio del amor. De ahí la convicción presente en este artículo de que la creación es un efecto del amor de Dios a lo creado. Dios creó por amor.

Es evidente que sólo unos seres captan esto, los seres humanos. Lo que nos hace llegar a la conclusión de que la creación está exclusivamente en función del ser humano, como se deriva de los relatos bíblicos, e indica el salmo 8: «*todo lo sometió bajo sus pies*». Sólo el ser humano puede tener la visión comprensiva del destino y origen de la creación.

Todo esto tiene su sentido más pleno desde la revelación de Dios como amor. Desde esa perspectiva teológica asoma ya en este momento la relación entre creación y salvación. O sea: entender si en el «decreto» de la creación estaba implícito el de la Alianza, es decir, el compromiso afectivo de Dios con la humanidad y, sobre todo, el de la Encarnación del Hijo de Dios.

La afirmación de Juan: «*Dios es amor*» (1Jn 4,8), como resumen de lo más relevante que sabemos de Él, induce a que una decisión tan esencial como la de crear no puede surgir si no es desde el amor. Una realidad que se define como «amor» exige –nos atreveríamos a decir, impropriamente sin duda– un interlocutor de su amor: la creación era producto de ese amor divino. Pero se podía dar a entender que, así vista, la creación era exigencia ineludible del amor de Dios, con lo que su libertad quedaría olvidada. Y eso no es

así: el amor nunca atenta contra la libertad, por el contrario, ayuda a realizarla.

La libertad no consiste en indeterminación sino en preferencia, y en decidir según esa preferencia. La preferencia la marca el amor. Lo más preferente ha de ser lo que más se ama y viceversa. Así, se ha dicho aplicado a Dios: «En el sentido material, el amor es la verdad de la libertad. Pero el amor es la autocomunicación del bien. Y esta autocomunicación del bien puede darse sólo en libertad. La libertad y el amor son sinónimos en este sentido»¹.

Detengámonos en la presencia de la Trinidad en el origen y mantenimiento de lo creado. Ha sido el mismo santo Tomás quien lo plantea, y en la teología moderna lo ha desarrollado Moltmann. Desde esa perspectiva se fundamenta aún mejor la relación amorosa –y por lo mismo libre– de Dios y lo creado.

LA TRINIDAD EN LA CREACIÓN.

LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD. LA RELACIÓN

Sabemos que la Trinidad es relación que se personifica. Que es la manifestación de una diversidad en la unidad de Dios. Por supuesto la Trinidad ha de estar reflejada en el ser humano (cf. *ST I* 93, 5). Gusta a los Papas últimos desarrollar esto. Pero no sólo en el hombre, en toda criatura existen vestigios de la Trinidad. Santo Tomás expone que en la naturaleza existe ese vestigio de la Trinidad, y existe en cada ser, en su modo específico de ser y en la relación –u orden– que tiene respecto al resto de los seres.

1. MOLTSMANN, *Dios en la creación*, Sígueme, Salamanca 1987, 97.

Según esto, en cada ser, precisamente por ser como es, en su singularidad, hemos de descubrir reflejada la singularidad de las personas trinitarias, distintas entre sí. Pero a la vez en la naturaleza captamos la relación entre los seres que componen la unidad de la naturaleza, como las personas trinitarias se relacionan constituyendo un único Dios. A este argumento no llega el ecologismo que se apoya sólo en cuestiones de belleza o de utilidad, pues si bien son argumentos válidos, se quedan en el ámbito de la ciencia o de la estética como interés humano.

El argumento de santo Tomás a favor de la naturaleza está enraizado en el mismo ser de Dios –uno y trino– como consecuencia de su acción creadora. Es un argumento teológico y metafísico de mayor hondura, pero que se entiende en el ámbito del misterio y la fe. Ofrece, pues, a los creyentes una razón más honda para valorar, respetar y, como diremos, de amar a la naturaleza.

No existe ser que no haga relación a algo, nada existente tiene sentido cerrado en sí mismo. No cabe duda de que los seres inertes no tienen conciencia de ello, pero los que somos capaces de descubrir relaciones lo podemos entender así.

La tesis es genial, es la tesis del todo, de superar el solipsismo en la realidad y en el conocimiento de ella. Es lo que permite tener una visión global, ir de las criaturas al creador, y de relacionar las criaturas entre sí. Santo Tomás entiende la naturaleza como un todo. Un todo compuesto de diversas realidades, que se relacionan. Los distintos componentes del universo están en función del todo, eso sí, con una jerarquía, según

la cual lo menos noble está en función de lo más noble, como los sentidos en función del entendimiento en el psiquismo humano o como –dice él– los pulmones en función del corazón en lo fisiológico.

Este orden del universo, por una parte, impide un ecologismo radical en el que todo lo existente fuera igualmente valioso, incluido el ser humano. Y, por otra parte, conlleva un ordenamiento de unos seres a otros que desemboca en el hombre, de tal forma que todo está al servicio del ser humano. Dado que éste tiene como horizonte a Dios, expresión de su realización personal, a través del ser humano todos seres se ordenan a Dios. Como vemos, un igualitarismo cósmico no cabe en el pensamiento de santo Tomás.

Desde la perspectiva del misterio trinitario podemos acercarnos con más facilidad a entender la creación como efecto del amor de Dios. La Trinidad presenta a nuestro Dios como alguien que mantiene un diálogo amoroso en su mismo seno, que da origen a las tres Personas. Dios es diálogo amoroso. La creación –que como decían los escolásticos, por ser una acción hacia fuera del ser de Dios, es producto de las tres Personas– no puede ser otra cosa que un efecto de ese diálogo amoroso y eterno que define a la Trinidad.

ECOLOGÍA DEL AMOR TRINITARIO

Hemos visto cómo santo Tomás pone en la Trinidad el origen de la creación. Veamos ahora como lo recoge Moltmann y hace derivar de él el aprecio a lo creado. Moltmann resalta cómo para una comprensión auténtica de la creación –como acto y como resultado

de ese acto— hemos de tener en cuenta el carácter trino de Dios que nos muestra la revelación cristiana.

A Moltmann le interesa resaltar que la creación no surge de un Dios solo en su unidad y lejano, que sigue lejos de lo que crea, que no entiende de comunicación, de presencia en algo que no es él. Para ello Moltmann muestra cómo el Dios creador es un dios que se define por la relación cognoscitiva y amorosa de las tres Personas. Su relación con lo creado desde el inicio estará marcada por esa manera de ser relacional.

Habla de la inmanencia de Dios en la creación. Se muestra así Dios no como el ser uno que crea y domina, sino como el trino que amplía su relación a la creación, que sale de esa relación trinitaria de diálogo y afecto —la «pericóresis»— y la extiende al mundo. Por la relación de comunión que existe entre Dios y el mundo «Dios penetra y empapa su creación con las fuerzas creadoras y vivificantes del Espíritu». Esto lleva a una visión integradora, la más auténtica entre creación y Creador. Visión que le servirá para encontrar el lugar del ser humano en el resto de la creación, acorde con el carácter ecológico que él da a su teoría de la creación.

Desde una perspectiva más religiosa, más teologal, más trinitaria, esa integración es comunión². Comunión de la naturaleza con el ser humano y de ambos con Dios. La comunión reinterpreta lo que el Génesis dice sobre el sometimiento de lo creado al ser humano (cf. Gn 1,28) al precisar dicho sometimiento como

2. Cf. *Ibid.*, 16 ss.

un servicio que el ser humano necesita y valora extremadamente.

Las expresiones del libro de la Sabiduría en las que se muestra a Dios disfrutando con lo creado ayudan a ver a un Dios *ludens*, es decir, «juguetón», «divertido». De ahí que el relato sacerdotal de la creación tenga como objeto presentar a Dios contento con su obra y disfrutando de ella el sábado (cf. Gn 1,1-2,4).

Ese derramarse del Espíritu Santo en la creación es lo que alienta la comunión de lo creado con Dios. Eso sí, alienta, soporta el mundo, pero sin confundirse con él. Lo contrario se asemejaría al panteísmo estoico. Dios no es la naturaleza. Ésta no tiene sentido ni ser sin Dios. Dios no necesita a la naturaleza. Pero ella nos sirve para descubrirle. Dios no es algo mundano, ni el mundo algo divino.

La presencia del Espíritu Santo en lo creado es la presencia del amor como relación de Dios con la creación, como nos los recuerda el libro de la Sabiduría: *Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues si algo odias, no lo habrías creado. Y ¿cómo podría subsistir una cosa no querida por Ti?* (Sb 11,24-25).

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
SALAMANCA (ESPAÑA)

Jesús, amigo de los niños

Propuesta cristiana en lenguaje sencillo

DIOS TIENE UN PLAN

Desde siempre Dios es amor. Por amor creó todo y nos creó a todos, haciendo que su Corazón fuera el paraíso, donde pudiéramos vivir felices con Él. Un enemigo, envidioso de nuestra suerte, nos hizo creer que vivir con Dios es aburrido.

Pobres de nosotros que le creímos y decidimos marcharnos del Corazón de Dios. No hizo más que cerrarse la puerta detrás de nosotros y nos dimos cuenta de que nos habíamos metido en un desierto, cuya arena empezamos a mojar con nuestras lágrimas. Y ¡qué disgusto le dimos a Dios!

Pero Dios, bueno como es, quiso devolvernos a su Corazón e ideó un plan para ello. Así, para devolver a todos los pueblos de la tierra a su Corazón, empezó escogiendo un solo pueblo, el de Abrahán, Moisés y David. Quiso Dios hacerse Él mismo hombre, naciendo como tal en el seno de este pueblo. Y para ello se buscó la mejor madre, María.

TAMBIÉN DIOS FUE NIÑO

Un ángel vino de parte de Dios a preguntar a María si quería ayudar a Dios en su plan salvador, consintiendo ser la madre del mismo Hijo de Dios. El «sí» de María hizo que Dios diera un gran salto desde su eternidad a nuestro tiempo, plantando así Dios su tienda en nuestro campamento.

Jesús, Hijo de Dios e hijo de María, nació en una cueva de ganado en las afueras de Belén. Donde nadie se lo podría haber imaginado, allí nació Dios. Nació pobre, pero muy querido de María y de José –el esposo de ésta–, quienes hicieron por Él todo lo que unos buenos padres hacen por sus hijos: le alimentaron, le vistieron, le educaron, le ayudaron a crecer no sólo en edad sino también en sabiduría y en gracia.

Como buen niño, Jesús obedecía y ayudaba a sus padres y abuelos, a sus vecinos y a sus amigos. Como buen niño iba todos los sábados a la sinagoga de su pueblo a escuchar las palabras de su Padre del cielo, con quien hablaba y rezaba en el secreto de su corazón.

EL NIÑO JESÚS LO PASÓ MAL

Aunque era verdaderamente Dios, Jesús Niño también lo pasó mal desde pequeño. A punto de nacer, su madre y José tuvieron que viajar de Nazaret a Belén en pleno invierno. Una vez allí, las puertas de las posadas se les cerraron y tuvieron que refugiarse en una cueva de ganado en las afueras de Belén. Y, como ya hemos dicho un poco más arriba, allí nació Jesús. Sólo se

enteraron, avisados por los ángeles, unos pastores que andaban por allí al cuidado de sus rebaños.

También se enteraron en el lejano Oriente unos sabios, que estudiando el cielo, descubrieron una estrella. Y, guiados por esa estrella, organizaron una caravana de dromedarios para ir a encontrarse con un rey muy especial, del cual aquella estrella maravillosa era la señal. Casi se equivocan creyendo que el rey que buscaban era el cruel rey Herodes, por eso la estrella desapareció. Pero cuando volvieron a ver la estrella, ésta se había parado encima de la casa de Jesús, José y María. Supieron que el Niño Jesús era el rey que buscaban y le adoraron y le regalaron lo que traían para Él.

Como aquellos magos del Oriente no volvieron a decir al rey Herodes dónde habían encontrado al verdadero Rey de los Judíos, Herodes se enfadó mucho y mandó matar a todos los niños inocentes de Belén, que tenían una edad parecida a la de Jesús. Los padres de Jesús, para guardar la vida de éste, salieron huyendo hacia el país de Egipto. Y allí, como emigrantes, vivieron en aquella tierra extraña hasta que pudieron volver a Nazaret.

CUANDO JESÚS SE HIZO MAYOR

Un día, siendo ya Jesús adolescente, María y José se lo llevaron de excursión al templo de la ciudad santa de Jerusalén. Y entre los muros de aquel templo Jesús se perdió, pero encontró su vocación. El susto se lo llevaron María y José y la alegría se la llevó el mismo Jesús.

Cuando Jesús llegó a ser mayor y a fin de poder cumplir con aquel plan salvador de su Padre del cielo, dejó su casa en Nazaret y empezó a recorrer, acompañado de un grupo de amigos, los caminos de Galilea, Samaría y Judea, predicando la Buena Nueva del Evangelio.

Decía que había que dejar de obrar el mal, ya que somos hijos de su Padre del cielo, que es bueno y que nunca nos hará ni nos dará nada malo. Invitaba a creer en Él, porque es el camino, la verdad y la vida. Animaba a amar de corazón a los demás, sobre todo a los más pobres y necesitados. Anunciaba que, después de la muerte, nos esperan los brazos abiertos de nuestro Padre que está en el cielo.

También nos dijo que debemos ser como son los niños, si queremos entrar en el Reino de los cielos; que todo lo bueno que hagamos a los niños tendrá su recompensa y que si les hacemos mal, pagaremos muy caro por ello, ya que todos los niños tienen junto a ellos ángeles buenos, que lo ven todo. Y mientras predicaba todas estas cosas no dejaba de hacer milagros, curando a los enfermos, enfrentándose con el demonio y perdonando los pecados.

Nuestro amigo Jesús hace por nosotros todo lo que hace un buen pastor por las ovejas de su rebaño: nos alimenta, nos guía, nos cura, nos defiende, nos guarda, nos busca... Cuando nos vamos del rebaño, creyendo que vamos a ser más felices, su amor nos persigue. Y cuando nos encuentra, nos carga al hombro y nos devuelve muy contento a casa.

Marta y María eran dos hermanas amigas de Jesús, que vivían en Betania. Cuando Jesús visitaba su casa,

las dos le mimaban: María, escuchándole y Marta, sirviéndole. También nosotros podemos hacer que Jesús se sienta cómodo en la casa de nuestro corazón. Cuando le rezamos, somos como María e imitamos a Marta, al trabajar por Él.

Pequeño de estatura, el pecador Zaqueo se subió a un árbol para ver a Jesús. Ya en casa, Zaqueo se mostró arrepentido y Jesús le abrió del todo las puertas de su Corazón. Aunque seamos pecadores, si buscamos a Jesús, Él nos encontrará. Si le invitamos a casa, Él nos dará en la suya el banquete de su perdón. Felices nosotros y más feliz Él.

Uno de sus amigos resumió la vida de Jesús diciendo que Jesús pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él. Jesús sigue curando las enfermedades y perdonando los pecados, porque, hoy como ayer, el Corazón de Jesús es un hogar acogedor, donde todos somos bien recibidos.

QUEDABA AÚN LO MÁS GRANDE

Y después de pasar tres años anunciando la Buena Nueva del plan salvador de Dios, con total libertad y movido del amor más grande, Jesús llevó a plenitud ese plan.

A lomos de una borriquilla entró Jesús en la ciudad santa de Jerusalén. Ramos y palmas, júbilo y canto para dar la bienvenida al que viene como un rey manso y humilde. Hoy los que somos amigos de Jesús queremos proclamar que Él es nuestro rey con

las palmas de nuestras buenas palabras y con los cantos de nuestras buenas obras.

La víspera de su muerte celebró con los suyos una cena de despedida. En esa cena tan especial nos dijo que nos quería mucho y que por ello iba a entregar su vida por nosotros. En esa cena también nos lavó los pies a todos y realizó en nuestro favor su gran milagro: quedarse con nosotros para siempre, escondido en el pan y en el vino de la Eucaristía.

Después de aquella cena, llegada la noche, Jesús fue apresado mientras rezaba en un huerto de olivos. Sus amigos huyeron dejándole solo. Sus enemigos le acusaron injustamente de cosas muy graves y le condenaron a morir clavado en una cruz.

Al mediodía del viernes, sudando amor por todas las heridas que le habían hecho, cargó a su hombro la cruz y salió de la ciudad de Jerusalén con ella. En lo alto de un monte le crucificaron y antes de morir por nosotros nos dejó como herencia a su misma Madre.

RESUCITÓ Y VIVE PARA SIEMPRE... SU MISIÓN CONTINÚA

Le enterraron con prisa el viernes por la tarde. Pasado el sábado, algunas mujeres que le querían mucho, fueron muy temprano el domingo por la mañana a su sepulcro. Pero no encontraron por ninguna parte su cadáver. Y es que había resucitado de entre los muertos para no volver a morir. Se fue apareciendo a los suyos, que así fueron creyendo en Él.

Jesús murió y lo enterraron. Pero el domingo por la mañana su carne empezó a oler a flores y su cuerpo

llagado brilló como el sol: Él vive. El sepulcro se quedó vacío. Los amigos de Jesús han de llenar el mundo con el buen olor de sus obras de amor y con la luz de su fe, dando así motivos de esperanza a los que viven medio muertos.

Después de una noche sin pescar nada, Jesús Resucitado pidió a sus amigos que lo volvieran a intentar. Antes de regresar con las redes llenas, ya les tenía preparado pescado asado a la brasa. Aunque las cosas no siempre salgan como esperamos, Jesús quiere que sus amigos confiemos en Él. Su amor hace milagros, dándonos mucho más de lo que nos ha pedido.

Y antes de volver a su Padre, de donde había salido, pidió a sus amigos que fueran ellos los que ahora siguieran adelante con el plan salvador de Dios Padre. Para ello envió desde el cielo al Espíritu Santo, que vino sobre ellos en forma de viento, de fuego y de paloma. Fortalecidos por el Espíritu, sus amigos forman la comunidad de la Iglesia y se dispersan como misioneros por el mundo entero, predicando el Evangelio, celebrando los sacramentos, ayudando a las personas en sus necesidades.

Jesús reunió a sus primeros discípulos para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar; es decir: para que fueran primero sus amigos y después sus misioneros. En la barca de la Iglesia navegamos los que hoy somos discípulos de Jesús. No podremos ser misioneros de Jesús, si primeramente no somos nosotros verdaderos amigos suyos.

Los evangelistas se hicieron eco del Evangelio de Jesús. Gracias a ellos sabemos todo lo que Jesús dijo

e hizo por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Hoy somos nosotros los que estamos llamados a ser eco del Evangelio de Jesús. Cuanto mejor vivamos según el Evangelio, más fuerte resonará éste en el mundo.

Gracias a ellos y a todos los que vinieron después, también nosotros hemos sido evangelizados, hemos recibido los sacramentos y hemos venido a ser parte de la Iglesia universal. Y ahora somos nosotros los que tenemos que seguir ayudando a Jesús para que el Plan salvador de su Padre se realice en todos los pueblos de la tierra.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

¿Dónde está escondido Dios?

Ordinariamente vivimos entregados de lleno a nuestras preocupaciones y proyectos. Eso nos impide percatarnos de las huellas de Dios que cada día, prácticamente a cada momento, nos salen al encuentro. El problema no es que Dios esté ausente, que haya huido o que ya no nos dirija palabra alguna para convocarnos a la vida eterna. Lo que ocurre es que no tenemos tiempo para Dios; que convencidos de la dificultad que supone su realización, hemos olvidado que el fin para el cual fuimos creados es ser hijos suyos en plenitud. No es que el don del amor divino deje de otorgarse a todos por igual; ocurre que al no estar allí para recibirlo, lo perdemos.

El solo hecho de que tengamos que buscar la presencia de Dios supone que ésta no es evidente. La pobreza, la injusticia, la enfermedad, la muerte, el sufrimiento y la violencia, lejos de hacer patente la presencia de Dios contribuyen a ocultarla. Así, son muchos los que concluyen que Dios no existe porque de lo contrario jamás permitiría que ocurrieran tales acontecimientos.

El Dios encarnado del cristianismo es siempre un Dios escondido. Una realidad trascendente cuya grandeza y perfección sólo se manifiesta parcialmente. En

esta vida no es posible acceder a la visión clara y esencial de Dios. La limitación de nuestras facultades nos impide comprender el misterio de Dios.

Si Dios está escondido, ¿cómo podemos encontrarlo? A causa de la desproporción entre su ser y el nuestro, la única manera de acceder a su experiencia personal es a través de la fe teológica: únicamente el conocimiento sobrenatural puede conducir al hombre a comprender en qué sentido Dios es amor.

El conocimiento amoroso de Dios supone la revelación. No hay camino del hombre a Dios. No hay acción cuyo mérito sea tal que valga para hacer al hombre digno de que Dios lo llame por su nombre para unirlo consigo. La experiencia cristiana de Dios es don y no retribución.

El amor que se manifestó en la cruz de Cristo es donación libre, espontánea, desinteresada y universal, que no obedece al mérito humano. Si la gracia es universal es porque el pecado también lo es. Porque todos hemos pecado, Cristo se sacrificó voluntariamente por todos, a fin de otorgarnos la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios mediante el seguimiento de la cruz. Pues *donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (Rm 5,20).

En lo que a nosotros respecta, ¿cómo hacer para descubrir la presencia escondida de Dios? Al comentar la primera línea del *Cántico Espiritual*, ¿*A dónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?*, San Juan de la Cruz sostiene que el sentimiento de su ausencia no se identifica con la ausencia real de Dios. Asimismo, *por grandes comunicaciones y presencias y*

*altas y subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con Él (CB 1, 3)*¹. Dios es Dios y no se identifica con nuestros sentimientos gozosos ni dolorosos acerca de Él. Entre la limitada comprensión que de Él tenemos y el misterio de Dios hay un abismo. Es por ello que aun si, a causa del sufrimiento, nos sentimos inmersos *en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar [cada uno de nosotros] que le falta Dios (CB 1, 4)*.

Quien desee progresar en el amor perfecto de Dios no debe pedir la devoción afectiva y sensible de Dios, que consiste en sentimientos y emociones espirituales de gozo íntimo de Dios, sino la experiencia del amor que se manifestó en la cruz. Quien desee seguir a Cristo no debe pedirle que le llene de bienes materiales y espirituales; debe pedir que Dios lo una consigo a través de la imitación y seguimiento de la cruz. Tal es el sentido de las palabras de San Pablo *Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma (Ef 5,1-2)*. Ser cristiano es hacer propia la cruz de Cristo, tal como ésta se configura en nuestras propias circunstancias: en la aceptación de nuestras limitaciones y en el reconocimiento de que en la más honda desesperación, en la soledad y el dolor, brilla la esperanza de que Dios no nos abandona. Ser cristiano es saber que al participar

1. Empleamos las siglas normalizadas para citar los textos de San Juan de la Cruz. «CB» corresponde a *Cántico Espiritual B*, seguido por los números correspondientes a la canción y al párrafo.

de la muerte de Cristo, participamos también de su resurrección.

El lugar donde se halla escondida la presencia amorosa de Cristo es ante todo el alma humana. *Está, pues, Dios, en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo* (CB 1, 6). La presencia de Dios en nosotros se manifiesta como llamada amorosa que invita al hombre a abandonar cualquier otro amor para corresponder al amor que Dios es. A que se retire del mundo y juzgue en su justa dimensión la importancia de los bienes mundanos, de modo que su búsqueda no le haga olvidar que Dios es el sumo bien y que la unión amorosa con Cristo es el fin de la vida humana. Para hallar la presencia escondida de Dios *conviene salir de todas las cosas según la afición y voluntad y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma* (CB 1, 6).

Salir es abandonar, dejar a un lado el cuidado y afecto de aquello a lo que anteriormente se estaba apegado. El abandono espiritual es dejar el cuidado de sí mismo y del mundo para concentrarse en la búsqueda de Dios: no a través del desprecio del mundo y de sí, sino del desapego.

Superar el amor egoísta a uno mismo por amor a Cristo es asumir la responsabilidad derivada de saber que *el reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21).

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

Vivir en plenitud

*Rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan (Sal 64,13-14).*

Se canta en este salmo la bendición que es la vida. Bendición presente en el cosmos. No somos los únicos seres vivos de este cosmos, compartimos la vida con toda la creación... somos familiares del árbol, del río, del mar, de una fuente, de una flor. Saber compartir la vida es respetar la vida, es alabarla y bendecirla a su vez.

La creación es manifestación de la plenitud de Dios. Por eso vivir no es lograr nada, no es adquirir ningún título, no es adquirir nada. La vida no se adquiere, no se conquista. En realidad, no poseemos la vida: es la vida la que nos posee. A Dios tampoco se le puede poseer.

Somos nosotros los invadidos por la vida, los colmados y los conducidos por ella. La vida nunca es lo que se adquiere. La vida precede a todo lo que se logra, a todo lo que se puede tener. La vida precede a todo lo que se adquiere, a todo lo que se puede conquistar.

Es cierto que nosotros tenemos necesidad de esta corporeidad. Gracias al cuerpo podemos relacionarnos con tantas cosas... con un perfume, con un color, con un sonido, con una forma... La vida en muchas dimensiones llega a través de los sentidos. Por eso hemos de cuidar nuestro cuerpo, para que sea un cauce lleno de limpieza, para que la vida de esta creación nos alcance y nos toque. La vida la sentimos en nuestro cuerpo. Nuestro sentir cambia como cambian las estaciones. También nuestro cuerpo disfruta de un cambio, de unas estaciones. Es una sucesión maravillosa la que vive nuestro cuerpo.

Pero desgraciadamente la memoria busca retener y fijar lo que siente. Quiere prolongar lo que nos es grato. Y no nos damos cuenta de que es la muerte la que todo lo cristaliza. Lo mejor es dejar que todo pase, que todo se acabe. Que se acabe cada sensación, cada acontecimiento. Porque es cuando todo acaba, cuando puede inaugurarse lo nuevo.

Por eso es maravilloso el aprender a vivir las cosas enteramente, sin que nada dejen en nosotros. Hemos de desconfiar de nuestro afán posesivo. Hay que dejar que concluya un acontecimiento feliz, lo mismo que uno doloroso: es así como se puede iniciar otro paso.

Cada experiencia de la vida es como una iniciación para vivir otra vida distinta. Sería precioso que nos liberáramos de este afán de adueñarse de lo feliz y de pretender extenderlo. Más bien hay que dejar que todas las cosas sucedan en nosotros como suceden las estaciones, que nacen y mueren en la tierra y nunca se fijan.

Porque en la vida damos mucha importancia a lo que es prosperidad. Olvidamos que el «desarrollo» es, como dice la misma palabra, desenrollar lo que ya hay. Y nuestra verdadera riqueza es esa interioridad que está todavía un tanto enrollada, escondida, oculta.

La luz, en la hora en que se hace presente, nos llama a vivir, nos convoca a la vida.

Para vivir en plenitud, sin aferrarnos a nada, primeramente es preciso crear un orden en todo lo que somos nosotros. En nuestra dimensión física, en nuestra dimensión mental y en nuestra dimensión verbal. Es decir, buscar vivir siempre sin confusión, sin caos en estos niveles, de modo que estén cohesionados, armonizados, pues a veces no es así: decimos una cosa y estamos haciendo otra. Y el cuerpo suele delatarlo: dice con más nitidez la verdad. A veces las palabras no expresan la verdad del corazón. Decimos una cosa y nuestro cuerpo dice otra. El cuerpo es elocuente, es la pura espontaneidad.

Es muy sano el vivir orquestadamente. Nuestro cuerpo es víctima de todas nuestras pretensiones y, sin darnos cuenta, le torturamos sometiéndole a un desorden. Lo justo para nuestro cuerpo no es ni un heroísmo ni un apoltronamiento.

Crear un orden en nosotros es crear belleza. El orden siempre es bello. En cambio el desorden es fealdad.

Otro paso para vivir en plenitud es ser consciente de que la muerte está en cada momento. Decimos popularmente que la hora de la muerte es la hora de la verdad. Pero la hora de la muerte es cada instante,

porque cada instante es la muerte. Porque cada experiencia muere. Por eso no hay que escaparse del instante, no hay que huir. Vivir desatentos es una especie de suicidio en nosotros. Vivir atentos es un gesto saludable.

Es maravillosa la atención que se consigue cuando estamos en silencio interiormente.

Otro paso es el actuar de acuerdo con lo que estamos viviendo, no con una autoridad externa a nosotros. No actuar bajo la autoridad de una ideología o del pasado, sino actuar desde nuestra libertad interior. Por eso es tan importante estar con la luz de la atención encendida. Para ver algo hay que olvidar lo visto, porque si, cuando vemos algo, las imágenes que hemos visto no se han ido, no veríamos con lucidez. Si cuando escuchamos algo, quedan sonidos sonando, no escucharíamos con nitidez.

Para vivir de acuerdo con lo que uno ve, hay que vivir en un gran silencio interior.

Esta es nuestra felicidad: vivir de acuerdo con lo que se ve, no con lo que se nos dicta, ni con lo experimentado, ni con lo que se nos impone, sino de acuerdo con lo que uno en su corazón, sencillamente, ve.

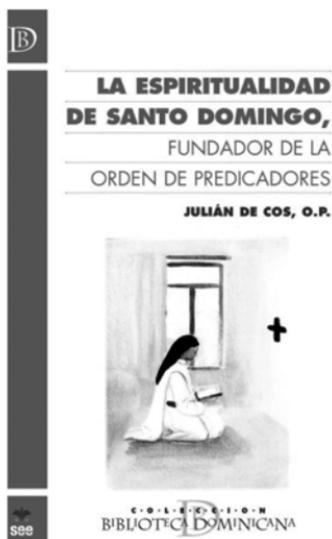
¿Y qué ocurriría si fuera sí? No habría distracciones en la vida y no habría tampoco preocupaciones en la vida. «Pre-ocupación» significa: por adelantado, ocuparse antes de tiempo.

Si viviéramos atentos... estaríamos inmensamente presentes a cada acontecimiento y situación. Nuestra percepción sería pura y se intensificaría, porque estar en varios sitios a la vez crea ansiedad, tensiones

y división. Y nuestra convivencia ganaría en encanto. No sería una rutina, sino novedad. Cada primavera, aunque se repita, es nueva. Nunca hay dos auroras iguales. Nunca hay dos relaciones idénticas.

Vivir así es el maravilloso gozo de vivir. El premio de la vida es la felicidad de esta acogida. No habría residuos ni resacas en nuestra relación. Vivir es estar libres de todos los residuos.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio



LA ESPIRITUALIDAD DE SANTO DOMINGO

Fundador de la Orden de Predicadores
JULIÁN DE COS, O.P.

Páginas: 270 Precio: 15 €

Hay quienes afirman que no existe la espiritualidad dominicana pues santo Domingo consideró que lo mejor era que sus hermanas y hermanos de comunidad se relacionasen con Dios con una gran libertad. Por eso, la libertad que precisamente, la esencia de la espiritualidad dominicana. Una libertad que se despliega en «cuatro pilares»: la comunidad, el estudio la oración y la predicación, y en todos los ámbitos de su vida cotidiana. La espiritualidad es la manera con que las dominicas y dominicos viven su vocación cristiana.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia

3. La inspiración profunda de la vida religiosa

En la teología posterior al Vaticano II se ha ido imponiendo la consagración como la definición de la vida religiosa. El religioso pertenece completamente al Señor y está llamado a ser santo en este mundo. Es lo que aconseja el apóstol: «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos» (Ef 5,1). Como el profeta, el religioso está llamado a ser un «hombre de Dios», testigo suyo en una sociedad secularizada.

El motivo esencial de la presencia en la vida religiosa es que responde a una vocación. Cada uno se hizo religioso por motivos diversos, pero todos ellos no son suficientes, sino que lo esencial es que era nuestra vocación. Pero la vocación es la expresión de la profunda verdad de que todo ser humano es llamado por Dios. Ser religioso significa oír que Dios está llamando a toda la creación hacia Él.

Lo característico de los seres humanos es decir «Sí» a Dios con sus palabras. Dios nos habla una palabra, y nosotros respondemos con nuestras palabras. Así lo expresa *Vita consecrata*: «Este es el sentido de la vocación a la vida consagrada: una iniciativa enteramente del Padre (cf. Jn 15,16), que exige de aquellos que ha

elegido la respuesta de una entrega total y exclusiva. La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida, consagrando todo, presente y futuro, en sus manos. Precisamente por esto, siguiendo a santo Tomás, se puede comprender la identidad de la persona consagrada a partir de la totalidad de su entrega, equiparable a un auténtico holocausto (ST II-II, 186, 1)»¹.

Santo Tomás, para expresar la originalidad de la vida religiosa acude a una tradición que la definía por el holocausto. Al proponerla como un estado de perfección escribe: «Como ya hemos probado (cf. ST II-II, 141, 2), cuando una cosa es común a muchos, se atribuye por antonomasia a quien la posee en mayor grado. Así el nombre de fortaleza se reserva a la virtud que sostiene el ánimo en las cosas más difíciles, y el de templanza, a la virtud que modera los deleites más intensos. Ahora bien, hemos dicho (cf. ST II-II, 81, 2, 3, ad 2) que la religión es la virtud por la cual rendimos a Dios culto y servicio.

Por lo tanto, se llamarán por antonomasia religiosos los que se consagran totalmente al servicio de Dios, ofreciéndose a Él en holocausto. «Por eso dice san Gregorio en *Super Ez.*²: “Hay quienes nada se reservan para sí: su pensamiento, su lengua, su vida, todos los bienes que poseen los inmolan al Dios todopoderoso”. Y, como la perfección del hombre consiste en la unión total con Dios, según hemos visto (q.184,

1. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Vita consecrata* 17, del 25.III.1996.

2. SAN GREGORIO, *Super Ez.*, L. II hom. 8: ML 76, 1073.

a.2), el estado religioso es un estado de perfección» (ST II-II, 186, 1).

Los sacrificios eran una tradición ritual del Antiguo Testamento como forma de consagrar las cosas a Dios. Pero entre los sacrificios había una forma peculiar, que era el holocausto, que consistía en consagrar la víctima entera y exclusivamente a Dios. En los otros sacrificios se quedaba una parte para quien lo había ofrecido o para los sacerdotes que lo ejecutaban, mientras que el holocausto era la forma más elevada de consagración a Dios.

Por la profesión de los consejos evangélicos, el religioso se entrega a su Dios amado sobre todas las cosas. Así se abraza un estado de vida aprobado por la Iglesia en el que se opta por el evangelio siguiendo a Jesús célibe, pobre y obediente al Padre. Es Dios el que consagra al religioso y le confía la misión de ser testigo de su santidad en el mundo.

La profesión hasta la muerte es un hermoso signo que habla de la historia a largo plazo en el que todo ser humano está llamado a Dios. Es un gesto insólito, pero es un signo de esperanza precisamente porque vivimos en una cultura de compromisos a corto plazo. En otros géneros de vida las fuentes de sentido pueden ser otras: el éxito económico para el empresario o para cualquier profesional, la vida en pareja para el matrimonio, los hijos para los padres... Pero en el género de vida religioso, la única fuente de sentido segura es la fe, la experiencia de fe que da sentido a la pobreza, a la castidad, a la obediencia, a la vida comunitaria, a la misión... Por eso, el gran problema actual de la vida religiosa es el problema de la fe; los demás son pro-

blemas importantes pero secundarios y más fáciles de manejar. Son muchos, con razón, los que nos han advertido que es *cuestión de fe*. La Biblia nos aporta muchos ejemplos.

Para fortalecer la fe como fuente de sentido y de motivación para nuestra vida, cabe señalar que algunas cosas son imprescindibles y algunos ejercicios son necesarios, sobre todo, hay que cuidar la dimensión orante y contemplativa. Los momentos contemplativos desempeñan un papel importante en el discernimiento de la historia humana y así fecundan el ministerio apostólico. El misterio de la salvación no se inventa, se nos revela y se nos ofrece como gracia. La perspectiva del contemplativo es situarse en el plan salvífico de Dios para comprender esa historia humana que se debate entre la libertad de la gracia como sumisión a Dios y la esclavitud de la arrogancia humana.

La contemplación invita a buscar a Dios y, sin olvidarse de las cosas de abajo, a buscar al hombre. Por eso no hay contemplación de espaldas a las necesidades de los hombres. Pero tampoco hablamos de las cosas que interesan a los hombres, si olvidamos a Dios. El evangelio es la invitación a unir ambas realidades. El maestro de la espiritualidad monástica Evagrio Póntico decía: «El monje es aquel que se ha separado de todos y está unido a todos»³. Elegir a Dios es valorar profundamente todas las realidades de este mundo, nunca menospreciarlas.

FRAY GREGORIO CELADA LUENGO, O.P.
Salamanca (España)

3. EVAGRIO PÓNTICO, *Sobre la oración*, n. 124.

La espiritualidad de san Juan de la Cruz

2. Purificación o «noche del espíritu»

INTRODUCCIÓN

Hemos visto en la primera parte de este estudio que los dos componentes de la oración sanjuanista son el *sistema* y el *proceso vital*. Pues bien, ahora vamos a estudiar el *sistema* pues se trata de una base común a todas las personas, que después deberá adaptarse al *proceso vital* de cada una de ellas.

Federico Ruiz distingue cinco bloques o periodos en el *sistema espiritual* de Juan de la Cruz:

- «1. Estadio inicial, de imperfección y relativa tranquilidad;
2. noche del sentido o purificación primera;
3. paréntesis de consolación;
4. noche del espíritu, depuración radical;
5. unión perfecta»¹.

Lo más importante de este sistema, y donde radica su peculiaridad, son los estadios de la noche –crisis

1. F. RUIZ, *Introducción a San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1968, p. 492. La numeración la hemos añadido nosotros.

o purificación–: 2 y 4. Junto con el punto 5, hacen de eje al camino ascendente. Federico Ruiz considera, además, que podemos quitar el estadio de los *aprovechados* (punto 3) por su falta de relieve y unificar así los dos pasos de la noche en uno sólo de alcance total. De este modo nos quedaría reducido el sistema sanjuanista a tres etapas: inicio, noche y unión. Dado que la primera etapa no es más que una simple puesta en marcha, la noche y la unión son la base.

De este modo, tenemos que la *purificación* –la noche– y la *unión* son dos funciones preponderantes, aunque no exclusivas, del proceso de santificación, pues están presentes en todo el itinerario y son las que más influyen en él. Mezcladas en distintas proporciones, la purificación y la unión son actividades permanentes y coextensivas del camino espiritual.

La *purificación* es lo fugaz y transitorio, el dispositivo hacia un futuro mejor y la *unión* es la meta parcialmente ya alcanzada. De esta forma, la crisis de crecimiento no se interrumpe y hace de bloque sólido, reduciendo a paréntesis lo que suele llamarse «estados»: podemos decir así que no existen «escalones» –llanuras en el transcurso de la subida– ni crisis con golpes repentinos y quebrantadores. Todo es perseverante subida y unión actual de amor. Aunque de forma velada, la unión ocupa todo el proceso purificativo.

La *unión transformante con Dios* hacia la que Juan de la Cruz encamina a la persona no es otra cosa, según Maroto, que la *divinización* del ser humano de la que hablaban los Padres de la Iglesia siguiendo el realismo del Evangelio de san Juan: *La [...] espiritual*

perfecta [...] es posesión de Dios por unión de amor (Ll 2,32).

El amor es el mecanismo psicoafectivo que une al hombre con su objeto, pues *hace semejanza entre lo que ama y es amado* (1S 4,3). Sin embargo, *dos contrarios, según nos enseña la filosofía, no pueden caber en un sujeto* (1S 4,2). Por tanto, debemos escoger el objeto del amor –Dios o las criaturas– para ascender por el camino de la unión. Así, si la persona ama a las criaturas, se transforma en criatura, si ama a Dios se transforma en Dios (cf. C 9,5-7).

Otro tema importante para entender el sistema espiritual de san Juan de la Cruz es el de las *mediaciones*. Las hay de dos tipos:

- *Insuficientes*: se trata de las potencias –memoria, entendimiento y voluntad–, los sentidos corporales, el mundo creado y la relación con él, etc.
- *Necesarias*: es el ejercicio de las virtudes teologales (cf. C 2,6-7), que manifiestan a Dios tal cual es.

Pero, sin duda, el gran mediador es *Jesucristo*. Él ilumina todo el proceso hacia la unión y es objeto, él mismo, del amor teologal. Hay dos momentos importantes del camino espiritual en los que Juan de la Cruz alude a la función de Jesucristo:

1. A imitación de Cristo, la persona hace la negación purificadora (cf. 2S 5,5-11).
2. Cristo hace resaltar la supremacía de la fe y sus contenidos sobre cualquier revelación «privada»: después de Cristo, Dios no ha revelado nada nuevo (cf. 2S 22,3-7).

Cristo es camino, modelo y consumidor de la vida espiritual. Es el Esposo del alma con la que consuma un *matrimonio espiritual* (C 22,3-6).

Y así llegamos a la plenitud de la vida cristiana con la experiencia trinitaria: «*Porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado*» (C 39,3). Este último grado de amor lo expone san Juan de la Cruz en *Llama de amor viva*.

Él considera el final de la vida como plenitud y madurez para todo el que ha seguido el proceso de purificación y transformación. La *muerte* es, así, el «dulce encuentro» con la divinidad (2Cr 5,1; Ll 1,30; 1,36).

Respecto a la acción y el apostolado, Juan de la Cruz dice que la verdadera fertilidad de la acción consiste en el amor: «*Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradecerían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen si quiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alta como ésta*» (C 29,3)².

2. Cf. D. PABLO MAROTO, *Historia de la Espiritualidad cristiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1990, pp. 229-233; RUIZ, *Op.cit.*, pp. 492-494; M. HERRAIZ, *La oración, historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2003⁶, p. 109.

LA PURIFICACIÓN

Siguiendo el esquema del *sistema espiritual* de Juan de la Cruz que Federico Ruiz nos ha presentado más arriba, las dos etapas de purificación –2 y 4– las podemos subdividir en:

- a) Noche del sentido o purificación primera:
 - a1) *Noche activa del sentido* –en 1S; C 2-4–: esta crisis la realiza el propio ser humano en sí mismo controlando los sentidos.
 - a2) *Noche pasiva del sentido* –en 1N; C 5-8–: Dios opera en nosotros para que vayamos dejando poco a poco de buscar nuestros propios gustos externos cuando hacemos las cosas, para buscar únicamente el gusto de unirnos a Jesús. Es muy importante no dejar nunca el corazón sin ningún gusto, sino pasar de los primeros gustos al segundo con cuidado.
- b) Noche del espíritu, depuración radical:
 - b1) *Noche activa del espíritu* –en 2S y 3S; C 12–: guiándose por las virtudes teologales, el hombre somete a crisis su memoria, entendimiento y voluntad.
 - b2) *Noche pasiva del espíritu* –en 2N; C 13–: es la más cruel de todas. Dada su importancia, la estudiaremos más abajo.

En conclusión, básicamente, el objetivo de las purificaciones es pasar de tener gusto por las cosas –espirituales o materiales– a tenerlo únicamente por Cristo (cf. C 3,5). Para ello –como ya hemos visto– debemos ir conscientemente sustituyendo los gustos

sensitivos o espirituales por el gusto por Dios, evitando dejar el corazón sin ningún gusto.

LA NOCHE PASIVA

La *noche pasiva* –tanto del sentido y como del espíritu– es la purificación más importante, ya que con nuestras propias capacidades –*noche activa*– poco podemos hacer. Esta purificación es vista por Juan de la Cruz como la *contemplación*, pero también como esos acontecimientos adversos –fracasos, calumnias, etc.– no buscados ni previstos. Si la persona los interpreta como una acción divina en su vida, entonces serán *noche pacificadora*. Así, un hecho humano es transformado en «acontecimiento» salvífico³.

Efectivamente, Dios opera la mayor purificación en nosotros –la *noche pasiva*– y lo hace a través de lo que nos ocurre en la vida cotidiana. No es tanto que Dios haga directamente que entremos en crisis a causa de lo que nos puede ocurrir a nivel sensitivo o espiritual, sino que algo que nos ocurre en la vida cotidiana –por azar– nosotros podemos entenderlo: bien como un medio para nuestra purificación, o bien, simplemente, como una desgracia.

Todo depende de nuestro modo de interpretar los acontecimientos y de cómo *dialogamos con Dios* a través de eso que nos ocurre en la vida cotidiana. Si dejamos que Dios nos conduzca a través de esa crisis para que no busquemos más gusto que Él, progresaremos en la *unión* con Dios. Pero si preferimos pensar que

3. Cf. PABLO MAROTO, *Op.cit.*, pp. 230-231.

somos unos desgraciados y nos lanzamos a buscar desesperadamente otros gustos, nos alejaremos de Dios –cf. C 3,5–.

LA NOCHE PASIVA DEL ESPÍRITU

Veamos ahora la última de las purificaciones: la *noche pasiva del espíritu*. En ella Dios pone a los «aprovechados» en el camino hacia el estado de *unión* (cf. C 22,3).

Dejemos que el propio san Juan de la Cruz nos explique en qué consiste la crisis de la *noche pasiva del espíritu* y su objetivo final: *La causa de padecer el alma tanto a este tiempo por él es que, como se va juntando más Dios, siente en sí más el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma con fuego espiritual que la seca y purga, para que purificada se pueda unir con Dios; porque, en tanto que Dios no deriva en ella algún rayo de luz sobrenatural de sí, esle Dios intolerables tinieblas cuando según el espíritu está cerca della, porque la luz sobrenatural oscurece la natural con su exceso* (C 13,1; cf. 2N 5,6).

Esta Noche oscura es una influencia de Dios en el alma que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplación infusa, o MÍSTICA TEOLOGÍA, en que de secreto enseña Dios [a] el alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo» (2N 5,1).

Dos son las causas que convergen en la realidad y experiencia dolorosa de esta contemplación:

- *La primera es por la alteza de la Sabiduría divina, que excede al talento del alma, y en esta manera le es tiniebla (2N 5,2; cf. 5,3; 8,4).*
- *La segunda, por la bajeza e impureza della, y desta manera le es penosa y aflictiva y también oscura (2N 5,2; cf. 5,4-7).*

En la *noche pasiva del espíritu* se experimenta la propia miseria. Se tiene el convencimiento de que Dios nos ha rechazado con carácter definitivo (cf. 2N 5,5; 6,1-2; 13,5). Pero la finalidad de este proceso es muy positivo: *Porque en este sepulcro de oscura muerte la conviene estar para la resurrección [espiritual] que espera* (2N 6,1). Se nos purifica de todo aquello que no es Dios, pues sólo Él nos satisface (cf. 2N 21,11; C 35,1).

En el curso de la noche suelen producirse algunos intervalos de experiencia gozosa, que fortalecen al contemplativo y le hacen ver como anticipos de lo que será la plenitud una vez superada la prueba purificadora: *En estos medios hay interpolaciones de alivios, en que por dispensación de Dios, dejando esta contemplación oscura de embestir en forma y modo purgativo, embiste iluminativa y amorosamente, en que el alma, bien como salida de tal mazmorra y tales prisiones y puesta en recreación de anchura y libertad, siente y gusta gran suavidad de paz y amigabilidad amorosa con Dios, con abundancia fácil de comunicación espiritual; lo cual es al alma indicio de la salud que va en ella obrando la dicha purgación y preanuncio de la abundancia que espera; y aun esto es tanto a veces, que le parece al alma que son acabados ya sus trabajos* (2N 7,4; cf. 6,6; Ll 1,19).

San Juan de la Cruz nos aporta una clave para discernir personalmente si se está pasando por el estado de purificación: quien pasa por esta fase *ama de muchas maneras* (2N 11,6), y quiere mucho a Dios (cf. 2N 7,7; 16,14). El crecimiento del talante teologal es la prueba de la excelencia de la *gracia* de la contemplación purificativa y de su poder unitivo de inmersión en el mundo de Dios-amor: *Diremos que la propiedad principal por la que aquí se llama escala, es porque la contemplación es ciencia de amor, lo cual, como habemos dicho, es noticia infusa de Dios amorosa, que juntamente va ilustrando y enamorando el alma, hasta subirla de grado [en grado] hasta Dios, su Criador, porque sólo el amor es el que une y junta al alma con Dios* (2N 18,5)⁴.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

4. Cf. HERRAIZ, *Op.cit.*, pp. 107-115; PABLO MAROTO, *Op.cit.*, p. 231.

LITURGIA

Liturgia de las Horas

4. Se nos pide orar comunitariamente: ¿por qué?

Hay en todo hombre dos dimensiones y ninguna de ellas puede ser dejada de lado: *la individual y la comunitaria*. Tampoco deberemos acentuar indebidamente una de ellas en menoscabo de la otra, sino ejercer un cuidadoso equilibrio, para no caer en un «comunitarismo» que anule al individuo, ni en un individualismo que socave los fundamentos de la comunidad orante, en que mejor se expresa y define como Iglesia. El modo más perfecto de celebrar la Liturgia de las Horas es el realizado en el seno de una comunidad, sea ésta religiosa, parroquial o familiar.

El ejemplo y el mandato de Cristo y de los Apóstoles de orar siempre e insistentemente, no han de tomarse como una simple norma legal, ya que pertenecen a la esencia íntima de la Iglesia, la cual al ser una comunidad, debe manifestar su propia naturaleza comunitaria incluso cuando ora. Por eso [...] «en el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo» (Hch 4,32), y esta unanimidad se fundaba en la Palabra de Dios, la comunión fraterna, la oración y la Eucaristía (OGLH 9).

Si bien los Evangelios nos hablan *de la oración hecha en lo oculto y cerrada la puerta (cf. Mt 6,6), que es necesaria y debe recomendarse siempre, la realizan los miembros de la Iglesia por medio de Cristo y en el Espíritu Santo*, la oración comunitaria encierra una espe-

cial dignidad, *conforme a lo que el mismo Cristo manifestó: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20) (OGLH 9).*

No ponemos en duda que cada bautizado es una piedra viva de la Iglesia y, por lo tanto, «es Iglesia». Pero esos «dos o tres reunidos en su nombre», como nos lo dice el Señor, son un signo más claro del hecho de que la Iglesia es *congregación*, y este término exige un mínimo de dos personas.

Además, como hecho claro de que cualquier Liturgia demanda múltiples ministerios (hebdomadario, sustentores, versicularios, lectores...), a los que añadimos el hecho del canto y posibles instrumentos musicales, si bien es verdad que puedo cantar solo, es «más verdad» que el canto coral expresa mejor a la comunidad que lo realiza, que lo hecho sólo por un solista.

Añade la Ordenación General de la Liturgia de las Horas que *«la Liturgia de las Horas, como las demás acciones litúrgicas, no es una acción privada sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiesta e influye en él. Su celebración eclesial alcanza el mayor esplendor y, por lo mismo es recomendable en grado sumo» (OGLH 20).*

Y ratifica con fuerza lo antedicho al expresar que *cuando los fieles son congregados y se reúnen para la Liturgia de las Horas, uniendo sus corazones y sus voces, visibilizan a la Iglesia que celebra el Misterio de Cristo.*

Me parece que con lo ya expresado basta para dar respuesta al título de este artículo.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Recuperando la Biblia como fuente de espiritualidad

Reflexión sobre el Salmo 119

El Salmo 119 es un poema acróstico, o sea, posee 22 estrofas, compuestas por 8 versículos, y cada una de ellas comienza con una letra del alfabeto hebreo en orden cronológico. Esta metodología permitía que personas sencillas pudieran memorizar trechos del salmo y repetirlos a lo largo del día.

Este Salmo gira en torno a la *torah* y sus sinónimos: ley, precepto, palabra, camino, norma, promesa... Cuando el salmista habla de *torah* se refiere al conjunto de las instrucciones de Dios para su vida que, en su contexto, se encontraba en lo que hoy forman los primeros cinco libros de la Biblia. El Salmo 119 sintetiza la teología o la religiosidad de una persona dentro de la comunidad de fe. Ella procura transmitir que en la Palabra de Dios encontró alegría plena y satisfacción absoluta. Teniendo a Dios como su instructor, el salmista se convierte en un sabio interesado en introducirnos en la fuente de vida.

El salmista hace una invitación a la felicidad indicando dónde encontrarla: en la acogida de los caminos de Dios (cf. v.3), que son los mismos caminos de

la justicia. La llamada está especialmente dirigida a los jóvenes (cf. v.9). Les exhorta a guardar la Palabra en el fondo del corazón y a enumerar en sus labios tales preceptos. Entiendo que la felicidad de la juventud consiste en enriquecer el contenido de sus conversaciones con otras personas y así, consecuentemente, revertir tal contenido ético y teológico en la sociedad con el fin de transformarla en un espacio cada vez más humano.

Se observan en el texto, una serie de peticiones del salmista, especialmente: «*¡Llegue hasta mí tu amor, Yahvé!*» (v.41). La palabra «amor», viene del hebreo *hesed* y también puede significar «misericordia». El salmista pide la intervención amorosa de Dios para con él, porque no se olvida de su propia flaqueza, mas aguarda que en su barro, Dios confíe el tesoro de su Palabra. Esta *hesed* divina no economiza criterios para donarse libremente, pero también aguarda de la persona beneficiada la misma disponibilidad para con las otras personas, no como forma de pago, sino como una respuesta de gratitud.

El deseo del salmista en las cosas de Dios (cf. v.58) está relacionado con su reconocerse criatura: «*Tus manos me han hecho y me han formado*» (v.73). Él está divinamente manufacturado y esas huellas lo transforman en un ser con identidad y en constante búsqueda de sabiduría. Hay en esta teología dos movimientos: el primero de parte de Dios generador de vida, y el otro de parte de esa vida generada que busca su esencia sin fecha de conclusión. En el versículo 105 el salmista confiesa: «*Para mis pies antorcha es tu Palabra, luz para mi sendero*». La belleza del versículo

reside, a mi juicio, en que la Palabra de Dios no queda cerrada en las estructuras; Ella se extiende sin medida en las veredas cotidianas.

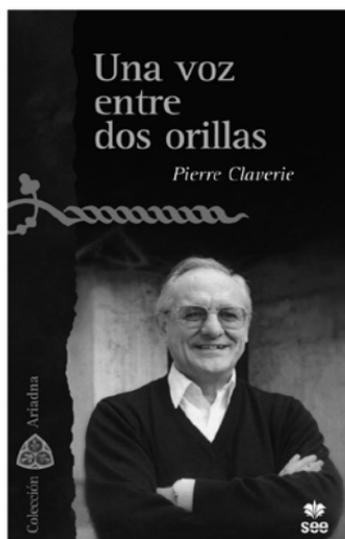
Según el salmista, Dios es compasivo (cf. v.156); o sea, Él «mira con compasión», «comparte el camino de forma especial con quien atraviesa dificultades», y al mismo tiempo, concede su «favor», y su «gracia» para libertar en el aprieto. Cuando el orante expresa la necesidad de anunciar los favores de Dios (cf. v.171) está comunicando que no puede enmudecer después de la actuación de Dios en su propia vida.

Actualmente hay un mal que lastima la sociedad: el sinsentido de la vida. Pero, nosotros tenemos una herramienta esencial como proyecto de existencia. Es necesario recuperar la Biblia como libro de espiritualidad y compromiso. Ella derrumba los criterios que nos hacen quedar aburridos y deprimidos. Ella nos brinda razón para existir. No pierda oportunidad para estudiarla a solas y comunitariamente; sabiendo que, como fuente inagotable, a nuevas preguntas siempre nos ofrece nuevas respuestas.

El estudio de las Sagradas Escrituras se convierte en un camino contemplativo que conduce a Dios y a la comunidad. Quien estudia la Biblia ya no se pertenece. No tiene derecho a nada de lo que le es revelado en las investigaciones. Es su deber comunicar y, sobre todo, es su obligación escuchar para aprender con las personas, especialmente con las más sencillas. Si la Biblia cuenta la historia del pueblo pobre de Dios, entonces son los mismos pobres quienes más elementos poseen para interpretar tal lenguaje.

El estudio de la Palabra es una contraposición a la arrogancia académica. Entiendo que debe conducirnos por los trillos de la humildad. Por lo tanto, no se puede escribir o hablar sobre Ella sin antes haber orado y reflexionado. El objetivo de tal empeño, como dice el santo dominico Tomás de Aquino, es «iluminar» y no «brillar». Sólo así, nosotros, como instrumentos, nos colocamos a disposición para divulgar la misericordia de Dios mediante las más diversas vías que nos sea posible.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)



**UNA VOZ ENTRE
DOS ORILLAS
PIERRE CLAVERIE**

Páginas: 254 Precio: 15 €

Pierre Claverie (1938-1996), obispo dominico de Orán. Murió asesinado en los días de la sangrienta guerra civil que asoló a Argelia. Comprometido con el destino del país norteafricano en el que nació, es un referente en el diálogo cristiano-islam. En esta obra se recoge una introducción biográfica a cargo de Jean Jaques Perennes y una selección de sus mejores escritos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

TESTIGOS

En memoria de fray Bernardo Cuesta Álvarez, O.P. (1954-2012)¹

2. Su labor intelectual y solidaria

Tras haber expuesto las raíces sobre las que se asentó Bernardo, hablaremos ahora sobre sus facetas de hombre estudioso y solidario.

VOCACIÓN INTELECTUAL Y ACTIVIDAD DOCENTE

Consciente de la relevancia que tiene en la Orden dominicana el estudio, nunca abandonó esta faceta, en la que ya había destacado durante su período de formación institucional. Supo mantener el equilibrio entre el estudio y la evangelización, dos campos de acción que condicionaron desde un primer momento la propuesta hecha al obispado por el grupo de dominicos que se asentaron en Las Villas para trabajar en una zona rural: que se respetara la especificidad comunitaria del carisma dominicano y que se facilitara el proceso académico de los estudiantes que conformaban el grupo, entre los que se contaba Bernardo. No

1. Se trata del artículo «Bernardo Cuesta Álvarez, OP (1954-2012). In memoriam» publicado íntegramente en *Ciencia Tomista* 139 (2012) 239-253 y que ha sido adaptado para su publicación en *Vida Sobrenatural*.

se encerró, pues, en los pueblos para convertirse en el clásico cura rural.

Por una parte, puesto que se reconocía ante todo como fraile vocacionado para vivir en comunidad, asumía plenamente que su compromiso evangelizador debía pasar también por el filtro comunitario. Después de todo, era el clima que había respirado en el estudiantado, sin solución de continuidad con la educación recibida en el seno de su familia.

Por otra parte, había abrazado esa actitud de búsqueda permanente de la Verdad que debe caracterizar a todos y cada uno de los frailes dominicos. Llevaba en sus genes esta dimensión reflexiva e intelectual de la Orden. Estaba acostumbrado a sopesar juiciosamente cuanto proyectaba, sabía calcular los tiempos a corto y largo plazo, defendía los criterios que inspiraban cada una de sus propuestas y permanecía atento a las sugerencias que le llegaban de los demás. Acostumbraba a compartir su reflexión personal con las opiniones y pareceres de sus hermanos religiosos y de las comunidades cristianas sin perder nunca de vista su misión evangelizadora de transmitir una fe personal, adulta y serena, confiado en la insondable anchura y profundidad del misterio de Dios. Ese era el trasfondo íntimo que le llevaba a dinamizar con paciencia y tesón, sin prisa ni pausa, procesos formativos acoplados con flexibilidad a las situaciones y necesidades concretas de las personas y colectivos con los que trabajaba.

Los alumnos de la Pontificia Facultad de San Esteban, tanto del ciclo institucional como del ciclo de Licenciatura, recuerdan con cariño y gratitud su acti-

vidad docente, en la que dejó su impronta y sello personal. Cabe decir otro tanto de quienes disfrutaron de su enseñanza en las diferentes instituciones asociadas o extensiones de la Facultad (Escuela de Teología «San Esteban», Cátedra «Fe y Derechos Humanos», Escuela de Laicos «Yves Congar», Cursos de Actualización Teológica, Escuela de Teología en Internet «Santo Tomás de Aquino») así como en el Centro de Teología «Santo Domingo» en la República Dominicana (cursos 1999-2000; 2004-2005).

Además de su enseñanza académica como profesor de Teología Moral, impartió cursos, seminarios, jornadas, conferencias y charlas en diversas instituciones: Caritas Rural, Escuela de Formación Social de Caritas-Salamanca, Escuela de Laicos de la Diócesis de Salamanca, Profesores de Educación Primaria, Asociación de Universitarios Cristianos, Manos Unidas, voluntariados sociales, parroquias, comunidades religiosas, Familia Dominicana, Promotoría de Formación Permanente de los Dominicos de la Provincia de España, etc.

Era como el sembrador de la parábola evangélica (cf. Mc 4,3-9) que salía cada mañana a esparcir la semilla sobre toda clase de terrenos, consciente de las mil dificultades que entrañan la escucha y acogida de la Palabra pero sabedor también de que, tarde o temprano, algo fructifica.

Al mismo tiempo que abría espacios de diálogo y debate en torno a los problemas emergentes del momento, abría también nuevos horizontes de comprensión que refrescaban el espíritu y ayudaban a leer la realidad con un irreductible optimismo cristiano.

Para él, la voz de la teología no podía quedar enclaustrada entre las cuatro paredes de una institución académica. Tenía claro que la Palabra de Dios, de la que se nutre la teología, no hace acepción de personas, que habla a cuantos quieran escucharla, que es palabra profética para quienes buscan con nobleza y sin prejuicios la Verdad venga de donde venga. Como buen profesor y maestro de vida, autoconvencido como estaba de la primacía del estudio dentro del carisma dominicano, supo ejercer con encomiable tacto pedagógico su reconocida labor académica motivando, orientando y asesorando al alumnado.

¡Cuántas veces no habremos comentado su capacidad de trabajo multiplicándose en mil frentes! Dentro de la Facultad de San Esteban desempeñó con solvencia y eficacia importantes cargos académicos: Director de la Cátedra «Fe y Derechos Humanos» desde 1987, Director de las Conversaciones de San Esteban entre 1992 y 1995 y Director Académico de la Escuela de Teología en Internet «Santo Tomás de Aquino» desde 2007. A partir del 2006 fue también Secretario de la Facultad, evidenciando sus dotes organizativas.

Otra vertiente importante de su actividad intelectual es el campo de las publicaciones, entre las que destacan sus numerosos artículos sobre temas de moral –su especialidad teológica– y en los que muestra al mismo tiempo un vivo interés por divulgar su pensamiento de forma accesible y pedagógica.

No quisiera pasar por alto en este apartado lo que significó para él la revista «Ágora» del pueblo de Villoruela, de la que fue fundador y que es secundada con

ilusión y constancia por todos sus habitantes. Prueba de ello son los 243 números editados, de los que el último, monográfico, recoge el homenaje póstumo dedicado a su persona.

Como ocurre en el resto de los pueblos, la revista propicia una buena plataforma cultural para que todos puedan participar. Es como el espejo en el que se van viendo sus raíces a la luz de sus tradiciones y recomponiendo paso a paso su propia identidad. El rico arsenal documental recopilado en torno a las costumbres de sus antepasados despierta la curiosidad y el interés de niños, jóvenes, adultos y mayores, quienes de esta forma aprenden a valorar y respetar el rico tesoro escondido en el baúl de los recuerdos, a la vez que les sirve de permanente fuente de inspiración y motivación para nuevas propuestas e iniciativas.

Como se suele decir, «sin raíz no hay árbol que aguante vendaval». Es la fidelidad a las tradiciones la que nutre y forja la personalidad identitaria de cada uno de los pueblos, nunca idéntica a la de sus vecinos a pesar de su proximidad geográfica.

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE

Y SED DE JUSTICIA

Fue esta bienaventuranza (cf. Mt 5,6) lo primero que se nos ocurrió para encabezar el recordatorio de la despedida definitiva de Bernardo. Nos parecía que plasmaba bien, como trasfondo evangélico de cuanto hizo en vida, su sensibilidad y entrega en favor de los más débiles y abandonados, de aquellos a los que Dios tiene prometida su bienaventuranza.

No había sido otra la razón última y decisiva que le impulsó desde un principio a entregarse sin reservas, junto con sus compañeros, al proyecto rural de Las Villas. Como consta en la presentación oficial del mismo, se trataba de acercarse al *campesinado*, *sector social deprimido*, *abandonado económica, cultural, política y religiosamente*, *el prójimo herido y apaleado de la parábola del Buen Samaritano* (cf. Lc 10,25-37), *donde «los pobres son evangelizados», un lugar privilegiado y una llamada urgente donde intentar vivir y realizar los valores del Reino de Dios.*

Curiosamente, fue también la parábola del Buen Samaritano la que centró la homilía predicada en su funeral por el P. José Antonio Lobo: *una parábola –nos decía– que es un fiel reflejo de su vida y explica muy bien cómo vivió y por qué vivió, lo que hizo y las razones de esa forma de actuar. Para Bernardo la gran pregunta que le planteaba la parábola no era quién es el prójimo, pues él tenía claro que Dios no excluye a nadie, aunque nosotros sí lo hacemos, sino cuáles son los pasos que nosotros debemos dar para hacernos próximos a los otros y a la realidad.*

Una de las asistentes al funeral se expresaba más tarde así: *Y llegó la lectura del Evangelio: El Buen Samaritano. Nada es por casualidad. Fueron muchas las veces, Bernardo, que habías hablado e interpretado esta lectura. Pero esta vez, muchos pusimos rostro a ese samaritano y eras tú, el que caminando por la vida vio, se paró y ayudó. Gracias, Bernardo, por ser el samaritano que muchos se encontraron –nos encontramos– en el camino. Y continuaba: La ONG Acción Verapaz, no sé si atreverme a decir, con permiso de otros, era tu niña*

de los ojos bonitos. ¡Cómo creíste desde el principio en este proyecto, cómo te vinculaste, cómo lo animaste, cómo has dado parte de tu vida, o mejor dicho, tu vida en él! Nos dejas un legado importante.

Efectivamente, en la ONG Acción Verapaz, de la que Bernardo fue Presidente desde su fundación, encontró el mejor cauce para hacer realidad lo que su inmenso corazón solidario llevaba dentro. La solidaridad era para él como la palabra mágica que despertaba y ponía en marcha el engranaje interior de sus inquietudes y sueños más queridos. Dejándose llevar del sentimiento de compasión que impregnó el espíritu de Jesús y de Santo Domingo, multiplicó su actividad evangelizadora en la promoción de la justicia y la paz. Era la fuente que alimentaba su vida interior, desplegada incansablemente en varios frentes de acción solidaria. Son muchos los testigos beneficiarios de su generosa prodigalidad y entrega, pues nunca se negó a echar una mano en lo que de él dependiera.

Desde la presidencia de Acción Verapaz, constituida como una Federación de Asociaciones, logró crear una serie de delegaciones por toda la geografía española, además de implantarla en tierras de Perú y de República Dominicana. Se sentía plenamente identificado con una institución como ésta: configurada de forma democrática y participativa, que respondía a los criterios y convicciones personales en que había sido educado y que conformaban su estilo de vida.

Si algo quería transmitir a todos sus socios era precisamente el valor de la solidaridad, vivida y ejercida responsablemente como servicio altruista dentro de un marco de participación comunitaria a través de las

diversas comisiones. Los socios salmantinos, tanto en la sede de Las Villas como de la capital, son testigos directos de su buen hacer prestándose a todo tipo de servicios, animando constantemente a unos y otros e impulsando nuevas metas y proyectos. He aquí un sencillo pero significativo testimonio sobre él: *«Bernardo nos lo repetía en Acción Verapaz: éste es un espacio no sólo para poner en práctica la solidaridad, sino para crecer nosotros dentro de él en este valor, para madurar nuestras convicciones y nuestro compromiso»*.

Quienes trabajan en Caritas de Salamanca tendrían también muchas cosas que decir sobre su aportación reflexiva y certera mediante charlas y encuentros de sensibilización y formación del voluntariado, encaminadas hacia tareas de promoción, desarrollo y defensa de los derechos humanos.

Su inserción social y pastoral en el medio salmantino, unida a su preparación intelectual como profesor de Moral Social, le equipaban de las herramientas idóneas para analizar crítica y certeramente determinadas situaciones y fenómenos dentro del marco general de la sociedad como punto de partida para programar e intervenir posteriormente con actuaciones precisas. Fueron muchos los campos en que se hizo presente asesorando y apoyando pequeñas pero importantes iniciativas con grupos generalmente minoritarios pero dispuestos a tirar del carro con tesón y perseverancia.

Le eran muy queridas las parábolas evangélicas del grano de mostaza y de la levadura (cf. Lc 13,18-21), en las que creía a pie puntillas, pues su mensaje de

compromiso cristiano en la transformación de la sociedad está al alcance de todos.

En una semblanza sobre Bernardo resultaría imperdonable olvidar esta faceta tan característica de su personalidad, habituado como estaba a iluminar desde la teología el campo de la justicia social y las tareas de solidaridad con los más desfavorecidos. Consciente, eso sí, de que la justicia humana nunca se ajusta a la justicia benevolente de un Dios que ama a todos y que enjuicia con criterios y parámetros a veces paradójicos para los humanos.

Ante los fracasos constantes en la lucha por un mundo más justo y pacífico, no puede quedar de lado esta reflexión más profunda del evangelio que invita a leer la vida desde los inescrutables designios de Dios.

En el próxima –y última– parte de este artículo veremos la experiencia interior de Bernardo.

FRAY JUAN HUARTE OSÁCAR, O.P.
Salamanca (España)

ESCUELA DE VIDA

Textos escogidos del *Manual del asceta cristiano*

5. La paz de corazón y la paciencia

(XLVII) LA PAZ DEL CORAZÓN Y LA QUIETUD DE LA MENTE

No estés pendiente de las palabras, acciones y costumbres de los demás. No evoques recuerdos originados en la impresión de los sentidos ni permitas que un solo pensamiento se interponga entre tú y Dios. No consientas que cualquier palabra, hecho u otra circunstancia alteren tu amor al prójimo, que siempre ha de ser humilde, dulce, pacífico, misericordioso y compasivo.

¿De qué te sirve perder la paz por causa de una multitud de pensamientos sobre los defectos de los demás, cuando ni siquiera puedes curar los propios? Déjalos en manos del Señor, que Él se ocupará de ellos. Tú guarda la paz en tu corazón, y esos pensamientos que indagan en la vida ajena, en cuanto aparezcan, arrójalos lejos de ti. Te basta con compadecerte de los defectos o pecados de los demás, no alimentarlos, no darles ocasión alguna ni dejarles mal ejemplo. De este modo, si tú quieres, todas las cosas pueden servirte para provecho.

Si quieres gozar de paz y quietud, has de convencerte –y sentirlo también en tu corazón– de que estás

completamente solo en el mundo, de que nadie más hay salvo Dios y tú, de que lo ignoras absolutamente todo excepto tu relación con Dios. O, si quieres otra alternativa, considera que llevas tres años muerto, de manera que no tengas preocupación ni cuidado de cosa alguna salvo de tu conciencia. Como si ya hubieras abandonado el mundo, en nada pongas tu atención sino en Dios. Aunque tengas que ocuparte de alguna otra cosa, orientala siempre hacia Dios.

Si supieras que tu hermano tiene una tentación oculta contra ti, haz como si no lo supieras. Evita en lo posible las ocasiones, para que no se sienta molesto contigo, y, como si no entendieras nada, sé con él más dulce, amistoso y afable. Debe tenerse esto en cuenta sobre todo en relación con las tentaciones que nacen de sospechas y apariencias, así como de la debilidad o de una pasión repentina. Pues esas tentaciones que uno padece por tu culpa o tu negligencia, o las que acaecen a un hermano porque te considera erróneamente culpable, deberías intentar calmarlas en tu hermano humillándote ante él y dando cuenta de ello bondadosamente.

No evoques penas pasadas no sea que tu incapacidad para resistir a ellas las reavive o se abra la cicatriz de una herida antigua. Lo que sufriste en otro tiempo, ahora no querrías no haberlo sufrido, pues si no hubieses padecido nada por la contemplación de Dios, carecerías también de paciencia y del mérito de esta. Sabe, pues, que esa persona te ha sido enviada para tu provecho, es decir, para poner a prueba tu paciencia. Sirve a Dios para tu bien.

Alégrate, pues, si has sufrido, porque el sufrimiento pasa, pero la gracia de Dios no. Ese que te ha hecho sufrir, ahora se ha hecho mejor por ello, pues Dios no hubiera permitido que aquel hermano tuyo, e hijo de Dios igual que tú, hubiera actuado por error, a no ser para ejercitar en ti la paciencia. ¿Cómo hubieras obtenido tú el mérito de la paciencia sin nadie que te pusiera a prueba?

Si quieres tener verdadera paz, has de vivir entre los hermanos como si estuvieses entre ovejas, o absolutamente solitario en un bosque; es decir, no te inmiscuyas en cosa alguna en tanto las pasiones dominen en ti, sino que, como si nadie hubiese contigo, conserva tu espíritu libre y apaciguado no enfrentándote a nadie ni discutiendo por nada, no instruyendo o enseñando por presunción o cuando esa labor corresponda a otro, no preguntando sobre nada, guardando silencio, no oyendo nada que no edifique, no acusando a nadie, no entrometiéndote en tu corazón en los hechos o disposiciones de los demás ni contrayendo una familiaridad especial con nadie. Ama a todos con el mismo amor, obedécelos, sírveles y a nadie ofendas. Cuando te sientas movido interiormente a decir algo, a dar algún consejo, a ocuparte de algún asunto, si aún no estás seguro de si tal cosa será del agrado de Dios –excepto, claro está, que eso sea responsabilidad tuya–, no hagas nada, sino confíalo al Señor diciendo: «Señor Jesús, ordena y dispón Tú esto o aquello según tu perfectísima voluntad».

Así como no debes observar a los demás ni indagar sobre su estado o disposición, tampoco admitas pensamientos o sospechas de que otros te observan a ti o

de que piensan de ti esto o lo otro. Disimula siempre con simplicidad todo lo que pueda turbarte, huyendo, callando e ignorando. Vive de tal modo que tu hombre interior esté ejercitando continuamente el conocimiento de sí, la caridad y la humildad. El hombre exterior, en cambio, debe humillarse, ejercer la caridad con el prójimo sirviéndole, obedeciéndole, escuchándole, no menospreciándolo ni enfrentándose a él. Huye siempre de la singularidad en público y de tu propia voluntad, y tendrás paz. Nada hay más estúpido y que inquiete más al hombre que observar a los otros o estar pendiente de quién anda por aquí, qué hace, adónde va y otras cosas semejantes que generan muchas sospechas y vulneran la caridad. Por eso, tú empléate con no menor diligencia en ignorar esas cosas –es más, aunque las veas, déjalas pasar como si nada– que otro en indagar acerca de ellas y otras semejantes.

Nunca te inquietes por los defectos ajenos, en especial de los de aquellos cuyos trabajos son muy a menudo mal juzgados, y no murmures. Confíalo todo a Dios. Cree siempre que la intención del prójimo ha sido sincera. Piensa que se ha equivocado y ya se ha arrepentido. ¿Por qué te indignas por los defectos de los demás, cuyo cuidado no te ha sido confiado? Por tanto, si deseas la paz y el sosiego del corazón, tienes que hacerte necio y muerto en este asunto, de manera que ni entiendas ni sientas muchas cosas.

(XXV) SOBRE LA PACIENCIA

Si en tu corazón se levanta una tentación de disgusto, impaciencia o ira contra un hermano, vigila tus

pensamientos y tu voluntad con gran diligencia a fin de que no trames nada ni concibas ningún mal pensamiento contra él. De igual modo, controla tus sentidos y tu lengua para no difamarlo, criticarlo ni acusarlo. Por justo que fuese hacerlo, tú no le reprendas ni hagas nada que pudiera tener su origen en aquella tentación. Si no la puedes apartar de ti, contente, no la alimentes. Debes ser paciente, no agente. Ruega a Dios que tenga compasión de ti y de aquel hermano. Si no puedes amar con tanto afecto como deberías a quien te ha ofendido o a quien consideras tu enemigo, para tener el corazón totalmente en paz respecto de él, procura no decir ni hacer nada que esté motivado por esa mala raíz. Por tanto, duélete de lo que sientes en tu corazón y siéntelo a tu pesar, es decir, lamenta verte obligado, contra tu voluntad, a tener malos sentimientos con respecto a tu prójimo, cuando desearías tenerlos buenos.

Mientras tanto, en cuanto al hombre exterior, cuida de no omitir nada que sea necesario para la observancia de la caridad. Cuando la ocasión se presente, habla con el hermano, no lo rehúyas a propósito, no le privas de los favores comunes ni le pongas trabas. No le niegues los demás signos de la caridad y los servicios que debemos a todos. Si haces esto con verdadero interés, el Señor lo verá y favorecerá tu esfuerzo para que dejes de sentir algún día la tristeza que ahora sientes.

En todo acto de generosidad que tengas con el prójimo, di en tu corazón: «Quiero acordarme, Señor, de estas palabras tuyas: *Lo que habéis hecho a uno de mis pequeños, a mí me lo habéis hecho*». Así me estimula-

ré a hacer todas las cosas con humildad y alegría. Piensa siempre: si sirvo a un hermano, a Cristo he servido; si desprecio a un hermano, si me enojo con el prójimo, a Cristo se lo he hecho. Piensa siempre: quizás agradecería ahora al Señor que yo hiciera por Él esto o aquello en la persona de este hermano, así que haré sin demora un servicio no menos grato en el prójimo que en su propia persona; más aún, probablemente le sea más grato que lo hagamos en el prójimo que en Él mismo.

Cada vez que descubras que has ofendido a un hermano, después de pedir permiso a tu Padre, échate a los pies de ese hermano en un lugar discreto y pídele perdón. Hazte en esto violencia y [convíértelo en] costumbre, aunque te consideres inocente o parezca que es el otro el que debe pedirte a ti perdón. No pierdas [la ocasión de hacer] mérito, permitiendo que el otro te arrebatte la humildad de tu propia mano; antes bien, humíllate tú primero y pide perdón. El temor a pedir continuamente perdón te contiene de movimientos de indignación y de palabras de impaciencia.

Si en el coro un hermano muestra signos de cierto disgusto, por pequeño que sea, intenta apaciguarlo dejándote caer de inmediato sobre las formas¹ a su vista y pidiéndole perdón. Muéstrate bondadoso y pacífico ante quienes te atacan o te odian, ofreciéndoles con dulzura los signos y beneficios de la caridad. Finge no saber lo que sabes, y esto hazlo por amor a Dios, para que de este modo ganes más rápidamente

1. En el coro, especie de repisa sobre la que se prosternan los monjes para orar o pedir perdón.

tu propia alma y la del otro; pues, de encolerizarte, una indignación mayor enraizaría en ti y en tu hermano. Así que, por duro que sea hacer el bien a los que te odian, hazlo con dulzura por amor a Cristo. Cuando seas objeto de alguna ofensa, de palabra u obra, apártala totalmente de tu corazón y no recrimines a su autor. No se lo echés en cara, no le acuses, sino que, por el contrario, pórtate con él como solías hacerlo antes de la ofensa.

Disimula que estás inquieto, aunque realmente lo estés, y di con el corazón: «Deseo soportar esto y guardar silencio», como si nada hubiese pasado, por amor a Dios. Si actuaras así, sucederá después que te inquietarás muy poco o nada en absoluto por las ofensas o los ultrajes recibidos. Con este proceder ganarás mejor a tu hermano. Éste es un camino necesario si quieres llegar a la mortificación; de otro modo, estarás cada vez más a merced de tus pasiones. Recuerda que frecuentemente, por una insignificancia manifestada externamente por medio de palabras o gestos, se origina entre dos o más una violenta tentación que hubiese sido mucho mejor haber disimulado. ¡Oh manso cordero, Jesús, Hijo de Dios, ayúdame, protégeme, dirígeme y poséeme, para que nunca me separe de tu voluntad!

A veces, un hombre enfurecido y preso de vehementes pasiones se calma fácilmente con la dulzura de las palabras. En este caso no es conveniente guardar silencio y mostrarse indiferente ante el hermano turbado. No te baste entonces con amarlo, sino que, en la medida de tus posibilidades, intenta pacificar al prójimo cuando está irritado. Pues no es un género leve

de venganza el incitar al prójimo enfurecido contra ti estimulando más fuertemente su ira. Hay quienes provocan al prójimo con palabras injuriosas; pero hay otros que se vengan con el silencio. Por tanto, si rehúsas responder con paciencia, aunque sea simulada, a un hombre enfurecido contra ti, al que podrías aplacar con tu palabra, le haces daño con tu silencio, actúas contra la caridad, hiriéndolo con tu silencio no menos que con una espada.

Ve, pues, qué es útil a la caridad y a la paz del prójimo, para que lo apacigües con el silencio cuando sea necesario disimular y excusándolo cuando haya que disculparlo. Sin embargo, es injuria más grave (con tal de que el desprecio también lo haya sido) haber atacado al prójimo con improperios.

Hay, finalmente, quienes se abstienen de ofender por fuera, pero por dentro murmuran y dan gritos contra el alma del prójimo. Estos, aunque exteriormente no manifiesten ningún movimiento de ira, en realidad están preocupados no de no tener pecado alguno, sino de tenerlo menos. Pues quienes se cubren solo de un barniz de honestidad, aunque su proceder no sea pecaminoso ni escandalicen a nadie, la virtud no se ha perfeccionado en ellos mientras su hombre interior rechaza obstinadamente la corona de gloria.

Cuando te veas obligado a responder al que te injuria, en caso de que sea necesario instruirlo o amonestarlo, no se haga esto sin una necesidad evidente, determinada según el juicio de una tercera persona, ni en el mismo día en que se te hizo el daño, ni mientras persista en tu corazón alguna pasión originada por tal incidente, porque es un engaño que te lleva a

considerar como necesarias y buenas muchas cosas que después se descubren malas. Si la reprensión fuese necesaria, hágase cuando las aguas se hayan serenado, en la dulzura de la paz.

FRAY JUAN JUSTO LANSPERGIO



**¡QUÉ SUERTE
SER CREYENTE!**
PRIERRE CLAVERIE

Páginas: 286

Precio: 18 €

Un libro que ayuda a profundizar en la fe y que conmueve por la autenticidad y sinceridad de sus reflexiones.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

POESÍA

Nada soy, oh Señor, sin tu presencia¹

Nada soy, oh Señor, sin tu presencia,
tu compañía, Dios, que me arrebató,
carpintero que tallas mi alma y la endureces,
que los dardos de amor hacen herida
en el corazón
y lo arrojé a la hoguera:
que purifique, Señor, que purifique,
ya que ayer pronunció palabras necias
y se hizo fuego y todo lo arrasaba,
pero al fin es de lluvia y se da al mundo
como Tú lo pensaste.
Un pensamiento tuyo es Creación
y lo acato pues nunca fue tan dulce mi ser
como al cumplir tus planes.
Hoy quiero parecerme a una flor
que humanamente tiembla,
y desfallece
cuando Tú no la tocas.

ISABEL DíEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de ISABEL DíEZ SERRANO, *Las horas detenidas*, Cardeñoso, Vigo 1998, p. 32.

I Accésit Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística 1996.

Bibliografía

JAVIER BARRANCA MAIRAL, *Vivir la humildad. Ensayos contra la soberbia.*

Editorial San Pablo, Madrid 2011.

El autor es especialista en ética y profesor de Filosofía en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. En esta obra –desde su perspectiva de creyente– nos habla de la humildad de un modo razonado y bien argumentado, apoyándose en grandes autores. Se divide en dos grandes bloques. En el primero trata sobre los «fundamentos», es decir, sobre el origen, la raíz y el valor de la humildad. El segundo bloque versa sobre diversas «aplicaciones» de la humildad: la felicidad, el perdón, la colaboración y la vocación.

Según Javier Barranca *la humildad es el desnudo camino que nos conduce a la felicidad. Porque nos ayuda a apreciar o estimar con realismo todo lo que somos o tenemos* (p. 64). *Sólo Dios puede amar de una forma totalmente gratuita, pues es el Infinitamente Humilde. Él se abaja desde su altura infinita a lo que se encuentra ilimitadamente lejano, debajo de sí* (p. 57).

Este libro está escrito de un modo comprensible. Ofrece temas de reflexión y estudio sobre la humildad de forma bastante amena y profunda. Puede servirnos para meditar personalmente sobre la humildad o para dialogar sobre ella en grupo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

HÉCTOR MUÑOZ, *Manual de Liturgia. La celebración del misterio cristiano en el nuevo Catecismo y en el Magisterio de la Iglesia.*

Editorial San Pablo, Buenos Aires 2012. 301 pp.

El propio subtítulo del libro nos señala el contenido del mismo e incluso el modo en que se va a desarrollar. El autor concreta, desde la Introducción, que quizá el título no sea el más apropiado *pues un Manual requiere una mayor síntesis entre sus partes, mientras que en este trabajo he tratado con mayor longitud unos temas que otros* (p. 5).

Los destinatarios del mismo son catequistas y todas aquellas personas que tienen entre sus tareas la formación litúrgica de los fieles. Asimismo, dado que se trata de un manual, no encontraremos un estudio en profundidad de los temas, sino invitaciones a profundizar en aquellos que puedan ser de mayor interés para el lector mediante otras lecturas. Para ello incluye una breve bibliografía al final del libro, así como otras en distintos momentos, como en las pp. 64-66 para el Bautismo y la Confirmación; o en la p. 77 con un elenco de textos magisteriales sobre la Eucaristía.

Siguiendo el esquema del Catecismo, el libro está estructurado en dos partes. La primera de ellas analiza la economía sacramental. La segunda, con el título más genérico de «Temas a tener en cuenta para una comprensión de la liturgia», presenta todos los demás aspectos que estudia el Catecismo en relación con la liturgia.

En la primera parte, a partir de la importancia del lenguaje simbólico en la liturgia y del significado

teológico de los sacramentos (de Cristo, de la Iglesia, de la fe, de la salvación, de la vida eterna) va analizando, en tres momentos, los siete sacramentos (de iniciación, de curación y al servicio de la comunidad). En cada uno de ellos, después de resumir lo señalado en el Catecismo junto con las referencias bíblicas fundamentales y algunas reseñas de textos del Magisterio, presenta lo que se dice en el Ritual y analiza algunos de los textos litúrgicos mostrando cómo sirven para profundizar en la doctrina de la Iglesia. Como es lógico, el estudio más pormenorizado corresponde a la Eucaristía y a la Penitencia, con unas reflexiones muy interesantes sobre la reconciliación con Dios en Cristo y en la Iglesia (pp. 114-119).

En la segunda parte, después de hablar sobre la oración de Cristo y de la Iglesia, desarrolla el tema de la Catequesis y la Liturgia (que, dado el tema del libro y los destinatarios, reviste importancia) y lo hace presentando una serie de documentos que tratan el tema (Vaticano II, Catecismo y algunos otros textos de diversa importancia). A partir de ahí vuelve al esquema del Catecismo para desarrollar los aspectos litúrgicos del mismo (qué es la liturgia, cómo, cuándo y dónde se celebra, los sacramentales, el culto a la Virgen y la espiritualidad mariana). Presenta también la Constitución *Sacrosanctum Concilium*.

La orientación del texto es buena: en todo momento relee los textos magisteriales y los comenta haciéndolos de ese modo más accesibles a todos. Se trata de una buena y práctica obra que puede ayudar a aquellos a quienes está dirigida (fundamentalmente catequistas) a acercarse al significado de las celebraciones

cristianas. Obra que viene a ayudar a llenar el vacío que existe en la catequesis litúrgica (ya reconocido en el Vaticano II –SC 14– y que se ha mantenido en todo el postconcilio).

FRAY MIGUEL ÁNGEL DEL RÍO, O.P.
Salamanca (España)

MARÍA ÁNGELES GÓMEZ-LIMÓN, *Ser María. Dimensión mariana de la espiritualidad franciscana.*

Ediciones Franciscanas Arantzazu, Vitoria 2012. 299 pp.

La autora fue compañera mía cuando ambos estudiábamos Teología Espiritual en la Universidad de Comillas (Madrid). Destaca por su capacidad de trabajo, su inteligencia y, sobre todo, por ser una buena franciscana misionera de la Madre del Divino Pastor.

Esta obra es su trabajo de licencia, que defendió en 2008, tras lo cual hizo un esfuerzo por acomodar el texto al formato de libro. María Ángeles parte de la convicción de que «*la existencia cristiana es toda ella una existencia mariana, se tenga o no conciencia refleja de ello*» (p. 15) y es eso lo que intenta mostrar, limitándose al ámbito de la espiritualidad franciscana.

Nuestra autora nos muestra hasta qué punto todos los cristianos estamos llamados a seguir a Jesús como lo hizo María, de tal forma que, en cierto modo, hacemos nuestros los rasgos que caracterizan la respuesta de María a la iniciativa divina. Para ello parte del perfil mariano presente en el discipulado franciscano y, más concretamente, en los textos de san Francisco.

Para realizar su estudio, María Ángeles sigue, como es lógico, las pautas propias de un trabajo de licencia,

de tal forma que, tras una Introducción general, nos habla del estado de la cuestión y planteamiento, hace un análisis en el que descubre en los textos de san Francisco a María como discípula, estudia la configuración mariana del discipulado franciscano y finaliza con unas conclusiones en las que afirma que, efectivamente, san Francisco descubre a María como madre, discípula y morada de la Palabra de Dios, con quien y por quien vive el mandamiento más importante: amar enteramente a Dios y enteramente al prójimo. También afirma que el discipulado franciscano se apoya en la matriz mariana, en virtud de la cual todo miembro de la Familia Franciscana está llamado a «ser María» en lo esencial de su vida teologal.

En definitiva, se trata de un libro de carácter teológico, en cierta medida adaptado al gran público. No es un libro para hacer un retiro espiritual sino, más bien, una magnífica obra de investigación imprescindible en toda biblioteca de Mariología o de Franciscanismo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

LAIA DE AHUMADA, *Monjas*.

Fragmenta Editorial, Barcelona 2011. 304 pp.

Laia Ahumada, doctora en Filología Catalana, especializada en escritura femenina de la época moderna, nos ofrece un atractivo libro donde nos presenta la apasionante vida de veinte «monjas», que con su generosidad, su imaginación y su libertad de espí-

ritu han roto las estrechas fronteras de unos esquemas religiosos rutinarios.

Todas ellas han rechazado el encasillamiento empobrecido de *la palabra* «monja» con que nuestra sociedad se refiere a ellas; todas ellas han roto los menoscabados paradigmas sobre un colectivo de mujeres anónimas que han prestado servicios impagables a nuestra sociedad; todas ellas han sido *mujeres fuertes, muy fuertes...* Algunas de ellas han acudido –arriesgando incluso su vida– a paliar los sufrimientos humanos en las fronteras más comprometidas y peligrosas de nuestra frágil sociedad.

Laia Ahumada ha escrito un libro necesario, reivindicativo –que engancha al lector desde la primera hasta la última línea–, sobre un grupo de mujeres que con frecuencia sufre una lamentable marginación humano-religiosa. Estas buenas mujeres, impregnadas e identificadas en un auténtico espíritu evangélico, han ejercido una hermosa maternidad espiritual, única e irremplazable.

Su lectura es aconsejable para toda clase de personas: creyentes, no creyentes, gentes piadosas, personas que sufren el cansancio de una vida religiosa mediocre..., y hasta para tantas buenas monjas que están en estos momentos sufriendo la incertidumbre de un problemático futuro.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La oración en el Rosario

Hablar de la oración en el Rosario es, en cierto modo, una redundancia, pues el Rosario es, de por sí, una oración. De lo que vamos a tratar es de algunos de los misterios del Rosario en los que se nos invita a contemplar a María o a su Hijo orando.

Comenzamos por el *Segundo Misterio Gozoso*, en el que María visita a su prima Isabel y, tras el saludo de ésta, del corazón de María sale una alegre y espontánea oración de alabanza y agradecimiento hacia Aquel que la ha elegido para ser la Madre del Salvador (cf. Lc 1,39-56). En buena medida el Rosario es eso: una oración que dirigimos junto a María para alabar y dar gracias a Dios por habernos enviado a su Hijo. Pero para que dicha oración surja espontánea y alegremente de nuestro corazón es necesario sentirnos verdaderamente salvados por Jesús. La auténtica alabanza y el sincero agradecimiento nacen de un corazón que busca ser humilde y puro como el de María.

En el *Quinto Misterio Luminoso* meditamos el pasaje en el que Jesús, con 12 años, deja varios días a su familia para ir al Templo, donde los judíos consideraban que Dios se hace presente en medio del mundo. Cuando José y María le encuentran, Jesús estaba dialogando con varios doctores de la Ley. Y Jesús les dice que está allí porque tiene que estar en las cosas de su Padre (cf. Lc 2,41-51). Efectivamente, su Padre lo es todo para Jesús, y siente una nostalgia tremenda de su presencia. Por ello es lógico pensar que Jesús no sólo fue al Templo a hablar con los doctores, sino sobre todo para sentirse cerca de su Padre. Es decir, Jesús fue principalmente a orar. Recordemos que para Jesús el Templo es, ante todo, «*casa de oración*» (Lc 11,17). Se puede rezar el Rosario en cualquier sitio, pero un lugar privilegiado para hacerlo es una iglesia, donde oramos junto a Jesús, presente en el sagrario.

En el *Quinto Misterio Luminoso* meditamos cómo Jesús y sus discípulos celebraron la Última Cena, cuando quedó instituido el sacramento de la Eucaristía (cf. Lc 22,14-23). Muy probablemente aquella celebración se desarrolló en un ambiente de oración. Tras la ascensión de Jesús resucitado, es ahí, en el «cenáculo», donde la tradición dice que su Madre y sus discípulos se reunían para orar, de tal forma que el día de Pentecostés les vino desde el cielo el Espíritu Santo y todos quedaron llenos de valor y sabiduría (*Tercer Misterio Glorioso*; cf. Hch 2,1-12). El «cenáculo» simboliza todo sencillo oratorio donde la comunidad se reúne a orar junto a María, en torno a Jesús.

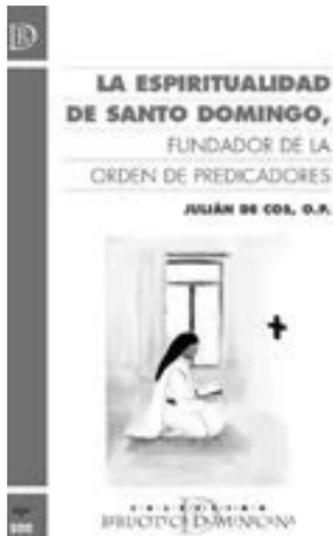
También la naturaleza es un lugar de oración, por eso los evangelios nos dicen que Jesús oró en el río

Jordán al ser bautizado (*Primer Misterio Luminoso*; cf. Lc 3,21-22), en la cima del monte Tabor junto a tres de sus discípulos (*Cuarto Misterio Luminoso*; cf. Lc 9,28-36) y en el Huerto de los Olivos antes de ser apresado (*Primer Misterio Doloroso*; cf. Lc 22,39-53). Y María ocupa un lugar preeminente en la creación, pues fue erigida por Dios como Reina de cielos y tierra, e intercede por todos nosotros (*Quinto Misterio Glorioso*). Los mismos rosarios están generalmente fabricados con elementos naturales como semillas, madera, hueso, metal, etc. y los tocamos y acariciamos mientras rezamos. Y es que María de un modo u otro nos introduce en la belleza y la intimidad de la naturaleza, donde nosotros, desprendidos de todo aquello que nos distrae o retiene, podemos dejarnos enamorar junto a Ella por nuestro Dios y Creador.

El último lugar en el que Jesús oró a su Padre antes de su resurrección fue la Cruz, donde dio su vida por amor. Y junto a Él estaba su Madre. Aunque los evangelios no entran en detalles, es fácil suponer que ambos oraron juntos, unidos por el sufrimiento y la esperanza. Nos situamos en el *Quinto Misterio Doloroso* (cf. Jn 19,23-42). De algún modo, todos hemos experimentado que, al darnos por amor a los demás a costa de nosotros mismos, en esos momentos la oración fluye naturalmente y sin esfuerzo entre nuestro corazón y el corazón de Dios. Y más que nunca notamos interiormente que nuestra Madre nos acompaña con su consuelo y cariño. Es esa una oración sin medida, pues compartimos con Jesús el amor que de su pecho brotó hasta la última gota en la Cruz.

Concluyendo, en el rezo del Rosario María es nuestra compañera de oración: de una oración movida por Espíritu Santo y que, a través del Hijo, va dirigida hacia el Padre con todo nuestro amor.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



LA ESPIRITUALIDAD DE SANTO DOMINGO

Fundador de la Orden de Predicadores
JULIÁN DE COS, O.P.

Páginas: 270 Precio: 15 €

Hay quienes afirman que no existe la espiritualidad dominicana pues santo Domingo consideró que lo mejor era que sus hermanas y hermanos de comunidad se relacionasen con Dios con una gran libertad. Por eso, la libertad que precisamente, la esencia de la espiritualidad dominicana. Una libertad que se despliega en «cuatro pilares»: la comunidad, el estudio la oración y la predicación, y en todos los ámbitos de su vida cotidiana. La espiritualidad es la manera con que las dominicas y dominicos viven su vocación cristiana.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

ESTUDIO

Relación salvífica entre el ser humano y la naturaleza

En clave tomista

GOBERNAR Y CONSERVAR LA NATURALEZA

El gobierno y la conservación del mundo lo desarrolla santo Tomás a través de varias cuestiones en la *Suma Teológica* y en la *Suma contra Gentiles*. Un tema que, para el santo, es teológico: baste ver que en ese gobierno y conservación aparece la función de los ángeles. Lo que nos interesa resaltar es lo siguiente:

a) En la *Suma de Teología* (cf. *ST I q.103, 6*) santo Tomás expone cómo Dios no gobierna directamente el mundo, sino a través de las creaturas: de la influencia –causal– que existe entre ellas. Afirma el dinamismo interno que tiene toda realidad, que no necesita de intervenciones externas. Es decir, la naturaleza tiene sus leyes, hemos de aceptarlas, contar con ellas, y no entender que los fenómenos naturales responden a una intervención inmediata de Dios: que es él quien provoca terremotos, manda el agua...

Dios *crea* para que la creación *se mantenga* en su variedad, en sus contradicciones o complementos, en fin, en su dinamismo. Incluso en su dinamismo evolutivo. Dios es fundamento y base de la existencia

(cf. *ST I* q.104, 1): «si Dios se durmiera, despertaría sin cosas», decía un autor, Garmar, en un libro que leíamos en nuestra adolescencia: *Sugerencias*. Y así lo dice la Escritura: «*Si Yahvé retirara a sí su espíritu, si recogiera hacia sí su soplo, expiraría de una vez toda carne, el hombre volvería al polvo*» (Job 34,14).

Pero a la vez es respetuoso con la variedad y su mutua influencia, efecto del dinamismo interior de los seres. Es clásico el dicho escolástico de que *lo que se puede explicar por las causas segundas no debe intentarse acudiendo a la causa primera*. Algo que no es fácil de aceptar en culturas impregnadas de explicaciones religiosas de todo lo que sucede o existe y que entienden a Dios interviniendo en cada acontecimiento de la naturaleza.

Y no sólo Dios, también otros seres, como ángeles o demonios, que podrían modificar a su gusto las leyes de la naturaleza. Santo Tomás dice que aunque éstos tengan ciertos poderes superiores a los hombres, el poder sobre las leyes de la naturaleza, es de Dios. Único que propiamente puede hacer milagros.

b) Santo Tomás tiene una visión optimista del mundo, «en las cosas naturales acontece siempre, o casi siempre, lo que es mejor» (*ST I* q.103, 1). Esta apreciación se deriva no de la simple experiencia de lo que se percibe, sino que se apoya en un fundamento hondo y metafísico: en la bondad divina como determinante de su acción creadora. Bondad e inteligencia divinas que se continúan en el gobierno de Dios: «El curso regular y constante de los seres naturales es una prueba evidente de que el mundo está gobernado por alguna inteligencia» (*ST I* q.103, 1 ad 1).

Argumento de valor en la filosofía aristotélico-tomista es que las realidades son buenas cuando están ordenadas a un buen fin. Ahora bien, todo el universo existe ordenado a Dios. Gobernado, insistimos, no por intervenciones puntuales, sino por el dinamismo implícito en cada ser. Ante acontecimientos que podemos calificar de «catástrofes» como lo fueron, por ejemplo, las glaciaciones que han cubierto y anulado la vida de gran parte de la tierra hace millones de años, santo Tomás ya había señalado que en el mundo nada existe totalmente malo, puesto que el mal sólo existe en el bien (cf. *ST I* q.48, 3; q.103, 7, ad 1).

Una conclusión que se deriva de esta inteligente bondad creadora de Dios es que santo Tomás llame «óptimo» al universo (cf. *ST I* q.47, 2, ad 1). Pero, aun siendo óptimo, el mundo es imperfecto.

c) Santo Tomás, por tanto, exige la conservación de la variedad del universo: «El orden del universo lleva consigo la conservación de la diversidad de seres creados por Dios y del dinamismo de los mismos, porque bajo ambos aspectos están ordenadas las cosas, por cuanto unas son mejores que otras y unas influyen en otras» (*ST I* q.103, 4 ad 1).

Precisamente ve cierta dimensión de mal en la creación cuando unas realidades llevan a la desaparición de otras. La expresión que utiliza es la de «corrupción». El hecho de la corrupción es un mal, pues es una privación de un bien: el ser. Es ley de la naturaleza que unos seres subsistan a expensas de otros. Este hecho es un mal necesario si se entiende como simple desaparición de seres, no es mal si se entiende

como una transformación, como la que se produce al servirse unos seres de otros para alimentarse o cubrir otra necesidad.

d) Al ser producto de ese amor eterno, la creación no es sólo el primer acto por el que lo creado apareció en el tiempo –o con el tiempo–, es también una acción que continúa. El mundo sigue estando sustentado por el amor creador de Dios. El amor siempre es creativo.

El sumo de su creatividad impensable fue la aparición entre lo creado del mismo Dios en Jesús de Nazaret. Desde su condición resucitada y por lo tanto humana, sin dejar de ser Dios, recreó la creación entera y la invitó a la glorificación, que espera como la madre espera el nacimiento de su hijo (cf. Rm 8,22).

Y Dios continúa su obra creadora y recreadora en el ser humano, y en él, en toda la creación, de la que es el representante más genuino.

EL SER HUMANO CON LA NATURALEZA A SU SERVICIO

La distancia entre el ser humano y la naturaleza

Hoy molesta afirmar el antropocentrismo de todo lo creado. Sobre todo porque se ha descubierto la impensable inmensidad del universo, que nos hace difícil creer que todo él esté en función de una mota de polvo, que es lo que el hombre representa en el conjunto de lo existente.

¿Qué puede significar, sin embargo, que sea el ser humano quien estudia y construye teorías sobre la naturaleza? ¿No manifiesta una distancia que evita

toda homogeneización entre ser humano y naturaleza, todo univocismo? ¿No habla ello claramente de dos niveles de ser irreductibles? ¿No indicará esto la existencia necesaria de una «cualidad» o modo de ser en el hombre y la mujer que rebasa lo que la ciencia puede medir, que pertenece a otro nivel de existencia y de ser, aun cuando necesite para subsistir lo natural, lo corporal, lo fisiológico?

Porque orgánico es el ser humano, impregnado de naturaleza. Pero una cosa es que sin lo orgánico no exista el ser humano y otra que todo el ser humano se reduzca a lo orgánico.

No vamos a abundar en las razones filosóficas que fundamenten lo absolutamente original y, digámoslo sin ambages: lo absolutamente superior que es el ser humano en comparación con el resto conocido o intuido de la creación. No nos dejamos impresionar por el mínimo espacio que ocupa en ella para aceptar que existe en él algo que rebasa todo el resto de lo creado. Nos movemos en el ámbito de la Teología y es en ese ámbito en el que, de modo sencillo, evitando un exceso de erudición, apoyamos esa afirmación de la superioridad del ser humano. «Un modo finito de ser Dios», dice Zubiri que es el ser humano. Así lo expresa la *Gaudium et Spes* 14.

Fue creado, si nos atenemos al relato bíblico, de modo peculiar. Exigió, si se puede hablar así, una mayor atención de Yahvé, un cuidado explícito. Según el texto (cf. Gn 2,4-25), Yahvé habló en plural «hagamos» como si lo hubiera consultado con alguien, al decidirse a crear a Adán. Hecho de barro le insufló

su aliento, aliento divino que hace vivir a Adán. Y de Adán, ya no del barro, de Adán ya animado por su aliento, Dios hace surgir a Eva.

El ser humano es fin inmediato de la creación, todo está en función de él. Como la Biblia recoge: la creación está en función de Adán y Eva, y de su descendencia (cf. Gn 1,26-31). Pero, además, el hombre a través de la creación se rebasa a sí mismo y le lleva a contar con Dios, a saber algo de Dios, principio y fin también del ser humano.

Dicho esto no se puede olvidar que lo creado tiene también como fin mostrar al ser humano la grandeza de Dios. Errar sobre las creaturas lleva a errar sobre Dios (cf. *Contra Gentiles* 2,3). Eso aleja al hombre de Dios. Un error es someter al hombre a algunas creaturas (cf. *Contra Gentiles* 2,3).

Error es también entender que lo corporal, no el soplo del Dios que es el alma, sino el resto de lo creado –ángeles aparte– es malo porque aleja de Dios. Según esa opinión todo lo corporal sería hecho por un espíritu malo. Idea muy generalizada en culturas y religiones maniqueas, gnósticas, cátaras,... El miedo al cuerpo en el ser humano sería otra actitud errónea: «las criaturas por sí mismas no alejan de Dios, nos acercan a él» (*ST I* q.65, 1, ad 3).

Más aún, la creación es un paso para la salvación: en el séptimo día se dio la consumación de la naturaleza; después, en la Encarnación, se dio la consumación de la gracia; y, por último, en el fin del mundo, se dará la consumación de la gloria. Estos principios teológicos señalan unas referencias nuevas para el

cuidado de lo creado que urgen al creyente. No olvidemos lo que san Pablo expone de una creación que sufre esperando la redención de lo corporal –del cuerpo del ser humano y de todo lo corpóreo– a través de la redención del cuerpo humano (cf. Rm 8,22).

LA NATURALEZA SOMETIDA AL SER HUMANO

Quedémonos en el ámbito de la creación. La Sagrada Escritura manifiesta sin reticencia alguna el sometimiento de la creación al hombre por decisión divina: *«hagamos el ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra y mande en los peces del mar...»* (Gn 1,26). *«Creó, pues, Dios el ser humano a imagen suya, a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: “sed fecundos, multiplicaos y henchid la tierra y sometedla mandad en los peces del mar...”»* (Gn 1,27-28). *«Ved que os he dado toda hierba, árbol... como alimento para vosotros»* (Gn 1,29). Yahvé puso al hombre en el jardín *«para que lo labrase y cuidase»* (Gn 2,15). Dios presentó lo viviente al hombre para que le pusiera nombre: *«El hombre puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo... a los animales»* (Gn 2,19-20).

Esto fue antes de la caída. Al producirse ésta no se le quitó ese poder al hombre. A consecuencia de ella sí le exigiría fatiga al hombre dominar la creación y, a veces, ésta frustraría su esfuerzo, porque crecerían espinas y abrojos donde había depositado la semilla (cf. Gn 3,18). Y más adelante, después de que Dios enviase un diluvio como castigo a la humanidad, superando la idea de eliminarla, dijo a los hijos de Noé:

«Infundiréis temor y miedo a todos los animales de la tierra y a todas las aves del cielo... Todo lo que se mueve y tiene vida os servirá de alimento, todo os lo doy, lo mismo que os di hierba verde» (Gn 9,2-3).

En el libro de la Sabiduría se presenta una lectura ilustrativa de cómo entrega Dios el universo al hombre: *«Dios de los padres, Señor de la misericordia, que hiciste el universo con tu palabra, y con tu Sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por ti creados, administrase el mundo con santidad y justicia...» (Sb 9,1-3).*

Es evidente que Yahvé, el dueño de la tierra y de cuanto hay en ella, del orbe y de los que en él habitan, como dice el salmo (cf. Sal 24,1) entregó el dominio de lo creado al hombre. Y se lo entregó para su provecho. Como «alimento» es la expresión que se usa.

El hombre debería trabajar para que la tierra diera su fruto, es decir, para continuar la obra creadora fabricando un mundo de acuerdo con sus intereses. Lo tenía que hacer en el paraíso y también después de ser expulsado de él. Si bien, tras la expulsión, había de hacerlo con el sudor de su frente (cf. Gn 3,19), sudor que de vez en cuando sería inútil por la rebelión de la naturaleza contra sus intereses.

La naturaleza, pues, está en función del hombre. Una ecología teológica no puede olvidar esto. Ningún ser de la creación tiene valor en sí mismo, todos ellos está en función del hombre. Así lo ha querido el Creador. Un solo ser humano es superior a todo el universo. Lo dice el documento conciliar *Gaudium et Spes*, que acoge con tanta satisfacción todo lo que la ciencia

viene sabiendo del universo y su transformación: «No se equivoca el hombre cuando se reconoce superior a todas las cosas materiales y no se considera sólo una partícula del inverso o un elemento anónimo de la ciudad humana. Pues, en su interioridad, el hombre es superior al universo entero» (GS 14).

Esta superioridad del ser humano se expresa en el Concilio con el término «dignidad». La dignidad humana rebasa todo lo creado. Ahora bien, «la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios» (GS 19). Un Dios que encuentra el hombre en su interioridad cuando se vuelve sobre su corazón (cf. GS 14).

EL SER HUMANO RESPONSABLE DE LA NATURALEZA ANTE DIOS Y LOS DEMÁS SERES HUMANOS

La naturaleza: escenario y constructora del ser humano

Hemos de ver la naturaleza como el ámbito de nuestro ser. No un ámbito pasivo, sino activo, creador de nuestro ser, pues somos producto también de la naturaleza. En el gran teatro del mundo donde nos movemos, el escenario construye nuestro ser, interviene directamente en el papel que representamos. Por ser cuerpo, conectamos con todos los cuerpos. Por ser cuerpo consciente de lo que somos, cuerpo con espíritu, somos naturaleza que sabe que lo es. Sin perderlos en ella, sabemos que el ámbito de nuestro ser es la naturaleza. Fuera de ella no existimos. De ella recibimos lo necesario para vivir. En ella nos encontramos

a nosotros mismos «siendo». Y sin embargo no nos «perdemos» en la naturaleza como sí lo hace el agua de lluvia en el mar.

Podemos tomar la *pericóresis trinitaria* como ejemplo: somos relación espíritu-cuerpo, yo-naturaleza, como también somos yo-sociedad, yo-cultura, sin perdernos en el otro término de la relación. Y como asimismo somos hombre-Dios sin ser Dios, pero esa relación nos hace, nos constituye.

Tenemos cierto miedo a decir que somos un producto natural. Ha sido y es tan proclamada esa aseveración en quienes reducen el ser humano a naturaleza, que tememos hacerles el juego. Pero la visión cristiana del ser del hombre insiste en esa condición de naturaleza, de carnal.

Frente al platonismo y al neoplatonismo, profesamos nuestro ser *carne*, del mismo modo que *espíritu*. El ámbito de la carne, de la naturaleza, participa en la configuración total del ser humano, de lo orgánico y de lo espiritual. Ella está llamada a recibir el triunfo sobre la muerte y la destrucción, como el mismo hombre a cuya construcción contribuye. Está llamada a ser en Cristo, como el ser humano, tierra y cielos nuevos.

La lógica nos dice que nuestra contribución a hacer «hijos de Dios» nos hará merecedores del premio a éstos destinado. Es la lógica de la escatología, que también abarca a la naturaleza: el «ya pero todavía no» –de lo definitivo que se va formalizando en este mundo– habla de una naturaleza en camino de transformación como premio a su contribución en la

salvación del ser humano. La naturaleza alcanzará esta transformación cuando el ser humano consiga la plenitud de todo su ser, también la de su cuerpo.

La naturaleza y la solidaridad con las generaciones venideras

La solidaridad, ese máximo valor entre los miembros de la comunidad humana, no puede entenderse en la horizontalidad de la humanidad de hoy. Es un hecho irreversible que la humanidad de mañana depende en gran parte de nuestra herencia. La humanidad de mañana y de los miles de «mañana» que sucedan.

Para ser justos con los demás necesitamos proyectar nuestra solidaridad a lo largo de la historia, y antes de tomar decisiones prever las consecuencias de nuestras decisiones en tiempos posteriores al nuestro.

Refiriéndonos a nuestro ecosistema, no se podrán evitar cambios en la naturaleza a causa de la necesaria intervención del ser humano en ella. Más aún, se deben introducir, pues la naturaleza, en cierto modo, es también enemiga de sí misma. Se debe intervenir para recuperar espacios deteriorados, para consolidar situaciones o especies vivas en peligro. Es necesario conjugar lo que suponga cambios en la naturaleza con lo que implique restaurar deterioros, para que así la naturaleza que dejemos a los que nos siguen sea no sólo como la que recibimos, sino mejor. Eso es continuar la tarea creadora. Hacer lo contrario es buscar pan para hoy y hambre para mañana.

Es, pues, el amor al ser humano y a Dios lo que debe evitar agotar la naturaleza. El abuso de recursos naturales, el deterioro del medioambiente natural, la pérdida de especies naturales... debe ser evitado. El hombre necesita una naturaleza pura, variada, donde pueda respirar bien, donde pueda satisfacer su capacidad de detectar lo bello. Y ha de permitir disfrutar de los recursos para vivir y ofrecerlos a las generaciones posteriores. El hombre de hoy no tiene derecho a dejar tras de sí a otras generaciones una naturaleza deteriorada y con los recursos muy mermados. Es un atentado, no solo contra la naturaleza, sino también contra la humanidad.

La falta de visión histórica, el creer que nuestro tiempo es como el final de la historia, es propio de espíritus mezquinos. Es quebrantar el ser histórico de la humanidad, de una humanidad que ha de seguir poblando nuestro mundo: ¿Se puede ampliar el nivel de consumismo de no pocos, a costa de que dejemos una naturaleza esquilada a las generaciones futuras? ¿Es lícito que, para mantener un nivel alto de producción industrial, los Estados Unidos sean responsables del 20% de la contaminación de todo el planeta y renuncien a bajar esos índices? ¿Es lícito que lo sufran todos en ésta o en futuras generaciones aunque los beneficios que podían llegar de esa producción industrial sean mínimos o ninguno para muchos pueblos?

Amar la naturaleza

Por esta influencia en la vida del hombre y por respeto a lo que Dios ha creado –si bien en función del

hombre– el creyente ha de tener un máximo respeto a la naturaleza. Más aún, ha de amarla.

Dios creó por amor. Por amor al hombre, pero amó también la naturaleza. Lo dice el libro de la Sabiduría: *«amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues si algo odiases, no lo habrías hecho. ¿Y cómo hubiera permanecido algo si tú no lo hubieras querido? ¿Cómo se hubiese conservado si no lo hubieses creado? Mas tú con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas, Señor que amas la vida»* (Sb 11,24-26). El Salmo 144 también nos habla del cariño de Dios a lo creado.

Dios creó por amor y sigue amando lo creado. Creados, pues, por amor y existiendo bajo el amor de Dios, nosotros hemos de amar a los otros seres. Creados por amor, seguimos creando en la medida en que amamos lo creado. Con nuestro amor a lo creado hacemos a la naturaleza más humana, y más «divina», pues refleja mejor el amor creador de Dios. Todo lo que sea amar y fomentar el amor es crear, continuar la acción creadora de Dios.

Conseguir que un animal manifieste cariño a su amo es aumentar el amor en la creación, es crear lo más noble que se puede crear: el amor, es ennoblecer la creación.

El fruto de ese amor, como fruto consolidado, es la comunión, la comunión con la creación. La creación está empapada de amor de Dios, del mismo Dios. El hombre, ser creado, es el culmen de la creación. Ésta no es sólo el escenario de su existencia: es su compañera de ser. El ser humano es –vive– en ella,

en comunión con ella, compenetrado con ella, si bien diferenciadamente. Por la diferencia cabe la relación, relación que es de amor en el Dios que ha amado a la creación y al hombre. Amor que construye la comunión.

Nuestra primera actitud ante la naturaleza es quedar sobrecogidos por ella, ver su belleza, su grandiosidad, su bondad. Esa admiración, ese disfrute de la belleza pertenece a la constitución ontológica del ser humano, que ha sido hecho a imagen y semejanza de un Dios que descansó para admirar su propia creación (cf. Gn 2,1-3).

Sin sentido de lo bello no existe humanidad. Todo lo que permita surgir en nosotros esos sentimientos coopera con nuestro ser. El ser humano así lo ha entendido y protege lo bello para disfrutar de ello. Lo protege a costa de poner en segundo lugar otros valores que pueden parecer más utilitarios.

Lo útil siempre existirá en un peldaño inferior a lo bello. Ver la naturaleza sólo por el servicio que presta, sin incluir el servicio de disfrutar de su belleza, es propio de quien reduce su condición de ser persona humana. Es como si alguien visitara un museo de pintura simplemente pensando en el valor en el mercado de los cuadros, despreocupándose de disfrutar de su contemplación. Igualmente, el valor de la naturaleza no está sólo, ni en primer lugar, en su capacidad de solucionar esos problemas que llamamos «vitales», sino también en lo que permite elevar nuestro espíritu y disfrutar de su belleza. Así como no se debe trazar una calle destruyendo un edificio de

gran valor artístico, aunque sea poco funcional, nadie puede pretender construir una autopista destruyendo irracionalmente la naturaleza, dañando gravemente la vida vegetal y animal y privando al ser humano de disfrutar de su belleza.

Recordemos el mandato de Dios –que recoge el *relato yahvista*– de labrar y cuidar la tierra (cf. Gn 2,25). Dios entrega al hombre no un dominio despótico, sino un dominio que permita que la tierra produzca, no para una generación, sino para todas las generaciones. Por eso a la vez de labrarla es necesario cuidarla para que no se agote.

El hombre ha de administrar lo que es de Dios, como dice el texto de la Sabiduría, «con santidad y justicia» (Sb 9,3). ¿Qué quiere decir esa expresión «con santidad y justicia»? Por lo menos, es saber que todo viene de Dios, que el ser humano no es el dueño; que todo lo que la tierra le aporta ha de referirlo al único Señor de ella, es decir, ha de reconocer que a Dios se le debe todo como dueño absoluto que es¹. También es saber que él no puede apropiarse de todo, o de la mayor parte, y dejar a los otros sin nada: es saber que es preciso actuar sin egoísmo sobre la radical propiedad común de todos los bienes (cf. ST II-II, 66,7; GS 69). Es saber administrar de modo que el ser humano no agote las posibilidades y, así, pueda la tierra continuar dando su fruto.

Un texto de Isaías introduce, además, una relación cargada de afecto entre Dios y la tierra: «No llama-

1. Cf. JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 34; *Evangelium vitae*, 42.

rán a tu tierra “desolada”, sino que llamarán a tu tierra “desposada”, porque en ti se complacerá el Señor» (Is 62,4). Ciertamente, el profeta piensa en la tierra del pueblo elegido, en su patria, en su mismo pueblo. Pero la expresión permite intuir que «su pueblo» es su tierra, pues sin tierra no hay pueblo.

Todo lo que sea desolar la tierra atenta contra el plan de Dios, contra el plan salvífico divino que se manifiesta dando una tierra a su pueblo, para que la cuide, se identifique con ella... y la ame.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Salamanca (España)



SEIS DÍAS EN BUSCA DE LA FELICIDAD

JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA

Páginas: 190 Precio: 14,00 €

ISBN: 798-84-8260-200-4

Seis días en busca de la felicidad.
Proyecto evangélico para ser felices



www.sanestebaneditorial.com



SEIS DÍAS PARA REPENSAR LA VIDA

JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA

Páginas: 156 Precio: 10,00 €

ISBN: 84-8260-117-2

Sólo una visión positiva, esperanzadora del existir humano merece ser considerada



www.sanestebaneditorial.com

El don de la oración

Jesús es el gran orante de las *Sagradas Escrituras*. Su vida y muerte pueden comprenderse como un diálogo amoroso con el Padre, que se consuma con la entrega de sí mismo para la redención de los pecados. La oración permanente de Jesús está fundada en el *reconocimiento* de que todo procede del Padre; en la *entrega* de sí mismo para corresponder al amor divino; en su *comunión* esencial con el Padre, en el Espíritu Santo. Tras la muerte y resurrección gloriosa, la vida del Señor se revela «*como una plegaria compartida, abierta a sus discípulos en la eucaristía (cf. Mc 14, 12-26 par). Jesús mismo se vuelve fundamento y centro de la oración comunitaria*»¹. Jesús es fundamento de la oración porque sólo en su encarnación y muerte de cruz se manifestó el amor del Padre, y porque la presencia del Espíritu Santo, que procede de ambos, es la condición de posibilidad de la oración. Asimismo, Cristo es el centro de la oración comunitaria porque sólo *por Él* y *en Él* los hombres podemos reunirnos para entrar en diálogo con Dios.

Lo propio del cristiano es orar en todas partes (cf. 1 Tim 2,8). La oración es un diálogo amoroso, que nos hace participar en el misterio de Dios. Es el principio

1. X. PIKAZA, *Para vivir la oración*, Verbo Divino, Pamplona 1989, p. 86.

de vida religiosa, que comienza cuando el segundo cae en la cuenta de que Dios es el origen y el fin último de su existencia y decide corresponder a la llamada universal de la salvación.

En cuanto principio y esencia de la religión, la oración es un proceso. Por eso, cuando Dios nos hace gozar de su presencia para atraernos hacia Él y alejarnos de nuestros afanes, la oración es fuente de consuelo y fortaleza; pero cuando nuestro amor a Dios comienza a madurar y llega el tiempo de que busquemos su presencia sin considerar los beneficios y placeres que derivan de ella, entonces el diálogo de la oración se distingue por el silencio y la aparente lejanía de Aquél a quien, con temor y temblor, nos atrevemos a llamar *Abba*.

Cuando sentimos que Dios no nos oye, pensamos que la causa de su silencio son nuestros pecados. Nos alejamos de Él avergonzados y damos por terminado el diálogo de la oración. No comprendemos que aun en la desesperación y el abandono, Dios está presente para probar nuestra fortaleza y hacernos crecer en el amor.

Orar en todo tiempo, a semejanza de Jesús, sin reparar en su bonanza o dificultad, sólo es posible cuando reconocemos que *«la devoción no consiste en el fervor sensible, sino en la prontitud y firmeza de la voluntad»*². Orar es permanecer en diálogo con Dios, aun cuando parece que nuestras súplicas y alabanzas

2. J. GONZÁLEZ ARINTERO, *La evolución mística en el desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1968, p. 270.

no son escuchadas. Es sobre todo en los momentos de debilidad y de tentación cuando el hombre debe aferrarse a la oración, a fin de salir triunfante de ella.

Cuando nos olvidamos de vivir en actitud de espera y acogida del don de la gracia, éste se pierde. No es que Dios deje de ofrecernos la salvación a través de su Hijo. Lo que ocurre entonces es que no estamos en condiciones de recibirla. Cuando dejamos la oración para mejores tiempos, rechazamos el don que Dios nos ofrece.

La oración es un don. Recibir un don *«precisa [del hombre] de una honda y ancha capacidad de acoger y aceptar lo que se le regala; no vaya a ser que la gracia se otorgue pero el donador quede defraudado porque aquel a quien hace su regalo lo rechaza [...] necesitamos, en quien es objeto del don, un deseo de poseerlo algún día y la humildad de aceptar que se lo terminen regalando [...] y no se desea tampoco sino aquello a lo que realmente se tiende en la acción»*³.

Corresponder al don de la oración implica esforzarse por merecer la gracia que nos hace dignos de ser hijos de Dios. La invitación que Dios nos dirige reclama de nosotros valentía, porque no es fácil asumir la santidad como proyecto de vida. Sobre todo no lo es en un mundo donde cualquier asomo de radicalidad religiosa se toma como fanatismo o soberbia.

¿Por qué nos resistimos a corresponder al don de la oración? *«El problema de fondo es que tenemos*

3. M. GARCÍA-BARÓ, *De estética y mística*, Sígueme, Salamanca 2007, p. 275.

*miedo ante aquel Dios que nos ofrece su palabra de gracia, invitándonos a entrar en el espacio de vida que esa gracia va creando»*⁴. Nos atemoriza no ser escuchados a causa de nuestros pecados, en su doble sentido de limitación y culpa por la elección de actos contrarios a su voluntad. Lo cual descubre un profundo desconocimiento de la misericordia divina; de que Dios nos ama a pesar de todo y nos perdona siempre, para que podamos dejar atrás nuestros errores. Asimismo, tenemos miedo de las exigencias que supone corresponder al don de la oración.

Solemos pensar que para orar en todo tiempo es preciso ser un santo y olvidamos que la oración es el camino de la santidad. «*Muchos cometen un grave error, al pensar que los medios preparatorios y las buenas acciones engendran la oración cuando la verdad es que la oración es la fuente de las obras y de las virtudes»*⁵. La oración no es el premio a nuestra virtud moral. Según Kierkegaard: «*Al darse, la gracia de la oración no exige condiciones previas, pues la pureza del corazón, que sólo se adquiere con la oración, no tiene que precederla»*⁶.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

4. X. PIKAZA, *op. cit.*, p. 11

5. J. GAUVAIN, *Relatos de un peregrino ruso*, Parroquial, México 1952, p. 22.

6. J. L. CHRÉTIEN, *La mirada del amor*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 96.

Nuestro interés exterior y nuestro interés interior

«Un hombre rico tenía una gran cosecha y pensaba para sí diciendo: “¿qué haré, pues no tengo dónde reunir mi cosecha?”. Y dijo: “Voy a hacer esto: voy a demoler mis graneros y edificaré otros más grandes, y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: alma tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea”. Pero Dios le dijo: “¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; todo lo acumulado, ¿para quién será?” Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios» (Lc 12,16-21).

Nosotros somos buscados por el Señor y también nosotros somos buscadores. ¡Buscad el Reino! El ser humano es buscador desde siempre. Pero es bueno también dejarse buscar. La Verdad es la que nos busca y nos dejamos encontrar por ella cuando nos quedamos sin nada.

La palabra «verdad» es de origen indoeuropeo y significa «desnudez». Una leyenda cuenta *de un matrimonio. La esposa había estado con una ermitaña y había aprendido el camino del silencio y de la meditación y se lo comentaba a su marido. Su marido desconfiaba mucho, pero resulta que un día vino por la aldea en que vivían la ermitaña con un grupo de gente que*

le acompañaba en esta aventura. El marido sintió curiosidad de ir a verla: ¡le había hablado tanto la esposa de ella! Era un hombre muy orgulloso y quería llamar la atención. Se le ocurrió llevar un diamante que era valiosísimo y que había sido motivo de guerras familiares. Y cuando se marchaba, la mujer, que vio que iba con el diamante, se rió de él y dijo: “no sabes con qué mujer te vas a encontrar, mejor que le lleves una flor”. El marido fue al jardín y cogió una rosa. Pero llevaba las dos cosas: el diamante y la flor.

Y dice la leyenda que cuando entró en la reunión, la ermitaña le dijo sin más: «¡Tíralo!». Y tiró la flor. Al rato le dijo otra vez: «¡Tíralo!». Y tiro el diamante. Y todavía la ermitaña volvió a decirle: «¡Tíralo!». Él se quedó asustado, y hubo unas pequeñas risas, y entonces se encaró como diciendo: «¿Qué pasa aquí?». Y hubo uno que le dijo: «¡Tira tu ego, hombre! ¿Qué más da que traigas la flor que el diamante? ¡Tira tu ego, quiere decir la ermitaña!». En ese momento cayó en la cuenta y se desmoronó su afán de ser protagonista, de llamar la atención y se sintió en un profundo fluir con el grupo y con la ermitaña.

El ego es nuestra barrera, la que nos separa de los demás y también de lo divino. La verdad se nos descubre en el silencio. Cuando nos vamos despojando, una cierta verdad va iluminando nuestro corazón. Por eso, el silencio vuelve al hombre *sabio*.

La etimología latina de «sabio» es lo que rezuman las plantas. Esta palabra después pasó a usarse con el ser humano y era «sabio» el que había probado todas las flores de la geografía y conocía qué planta cura-

ba un dolor de cabeza o una mala digestión,... era el curandero, el que lo sabía todo porque todo lo había probado. Luego «sabio» ha pasado a significar para nosotros «erudito», el que tiene una gran información.

Nosotros adornamos mucho nuestra oración y pierde ya ese sabor original. Vamos a la oración y la llenamos de «especias», de «condimentos»: que si una música, que si un verso,... Pierde ya el sabor original.

El sabor original de Dios se da en la desnudez, en su pureza, en el absoluto y entero despojo. Decía el Maestro Eckhart: «Por amor a Dios, vamos a olvidar las palabras que hablen de Dios».

Nuestro encuentro está lleno de interferencias. Nos cuesta la desnudez, el encuentro con la Verdad original. Nos interesa más lo de fuera que lo de dentro.

Decía san Agustín que hay en nosotros dos clases de interés: el que suscita en nosotros el entorno social en que vivimos y el interés del corazón. El primero es el interés que suscita en nosotros la avaricia, el protagonismo, el afán de tener: lo incita nuestro ego. Y el otro es el interés del corazón: la comunión con lo Eterno.

Un niño es el que vive en comunión con todos: todos son su papá, su mamá. Está integrado en este cosmos hasta que un día –se discute mucho el porqué– empieza a decir: «éste es *mi* papá, éste *mi* juguete,...». Y comienza el conflicto. Luego, más tarde: «ésta es *mi* esposa, éste es *mi* coche,...». Vivimos desglosados.

Nuestro silencio interior nos devuelve a esa *unidad*. A esa comunión que es el gran interés de nuestro

corazón: el de la unidad. Si algún reto hay en este siglo es el de recuperar la unidad. Siglos y siglos enfrentados. Y en primer lugar dentro de nosotros mismos. Porque donde hay una dualidad de anhelos, de deseos, de intereses,... surge el conflicto.

Debemos esforzarnos en reconocer cuál es nuestra *necesidad interior*. Pero resulta que la *necesidad exterior* la reconocemos muy bien, como describe la parábola del hombre que tuvo una gran cosecha. Y posponemos el interés del interior al del exterior. Decimos: «Haré meditación, estaré atento... pero mañana». Y vamos aplazándolo. En vez de aplazar la ira diciendo: «Me llenaré de ira dentro de un mes», decimos: «Haré meditación más tarde...». Es una trampa de nuestra mente.

Deberíamos decirnos: «Tomaré en serio mi corazón...», pues Dios siempre llega cuando no nos damos cuenta. Dios es como una nube que nos rodea. Pero no estamos *atentos*.

Una leyenda cuenta *de un judío que estaba en una situación muy grave de salud y que tenía contadas las horas. Estaba su mujer a su lado y quería tranquilizarle. Él le preguntó: «¿Dónde está mi hijo mayor, el primero?». Y le dijo ella: «Está al otro lado, está a tu derecha». Al rato preguntó: «Y el hijo segundo, ¿dónde está?». Y contestó: «Está a tus pies». Ella insistía diciéndole: «Serénate, el médico ha dicho que posiblemente esta noche será la última que vivas». Él se incorporó y todavía pregunto: «Y el tercero, ¿dónde está?». Y dijo ella: «Está aquí junto a mí, a tu lado». Y*

sobresaltado se incorporó y preguntó: «¿Y quién se ha hecho cargo del negocio?».

Los intereses de fuera suelen ser los primeros... cuando *lo primero* es el interés de nuestro corazón. Esa es nuestra vocación: entrar en comunión con ese Absoluto, con ese Reino, con ese misterio de Dios dentro de nosotros.

Dice Juan Ramón Jiménez: «No corras, ve despacio, adonde tienes que ir es a ti mismo». Pero tenemos miedo de ser nosotros mismos. Porque cuando uno se resuelve a ser uno mismo, ese día se queda solo. Y nadie quiere quedarse solo. Se sospecha una soledad angustiada. Hay quien se casa por no estar solo. ¡Pero es un error!

Es imprescindible estar uno consigo mismo. No hay ningún egoísmo, ninguna insolidaridad, cuando uno está no con su gusto, no con su emoción, no con su caprichito, sino con ese sí mismo interior. Entonces uno se incorpora a esa comunión con el todo.

Lo que nos aísla y desplaza es nuestro exterior. «*Habitare secum*» –la vuelta a la interioridad– es lo que está después, más allá, de lo que desconocemos. El misterio del ser humano sólo se nos va a revelar en el silencio interior.

Erich Fromm dice que lo que *es* el hombre no lo sabemos. Sabemos las pautas, las reacciones, las líneas de conducta,... pero ese *sí mismo*, ese secreto, eso oculto, nadie nos lo puede decir. Sólo en el silencio interior se da la revelación de nuestro verdadero ser.

Si meditas, estarás en esta soledad que nos vuelve *solidarios*. La mujer cuando va a dar a luz está sola. Pero esa soledad genera una comunión sin igual entre la madre y la criatura. Es una soledad que se vuelve solidaria. Es como la soledad del silencio interior, que no separa, que no aleja, que nos vuelve en unión y unidad con todos. Pero ello lo alcanzas si oras solo... si meditas solo. Y ésta es una decisión, la de vivir al servicio de nuestro *interés interior* –y no de nuestro interés exterior–, que nadie puede tomar por nosotros.

Hoy hay fobia a tomar una decisión. Preferimos la costumbre, lo que se nos mande. Jesús no se dejó gobernar por nada. Es una invitación para nosotros.

Los tres grandes pilares del pueblo judío eran: Yahvé, Jerusalén –la ciudad santa– y la conciencia de «pueblo». Cuando aparece Jesús y Él se declara *Dios*, para el pueblo judío es inconcebible, irresistible, porque uno de los pilares se tambalea. Y se excomulga a los discípulos por tomar una postura distinta a lo que era la tradición.

Hay que atreverse a vivir en esa especie de «excomulgación». Si es por *ser fiel a sí mismo*, no pasa nada. Hay un momento en los evangelios, cuando Jesús sale del Templo y los discípulos le quieren hacer admirar esa gran edificación, en el que Él les dice: «*Mirad, no quedará piedra sobre piedra, todo será destruido*» (Mt 24,1-3). Todas nuestras estructuras van a ser destruidas... y brotará algo nuevo.

Hay dos modos de evitar decisiones: uno, que los demás decidan por nosotros, y otra, dejarse llevar por la masa.

Todas las culturas han buscado este encuentro con el *secreto* del corazón. Hay un común denominador. Os voy a contar una leyenda:

Había una princesa muy hermosa y bella, hasta el punto de que el sol se había enamorado de ella. Su padre, pasada la adolescencia, le regaló una bola de oro que era lo más querido para ella. Con ella jugaba, la tiraba a lo alto y cuando la recogía entre las manos se volvía como otro sol. Tenía tanto brillo la bola, que parecía como si estuviera enamorada de ella.

Su padre, cuando la veía jugando, le decía: «Ten cuidado, que la fuente que hay ahí es tan honda, tan profunda, que nadie ha podido bajar. La bola puede perderse en la fuente». Aunque tenía cuidado, una vez se le cayó dentro y se quedó triste, sollozando y gimiendo. En esto apareció una rana y le dice: «Princesita, ¿qué te pasa?». Ella le contó su historia: que tenía una bola de oro, que se le había caído, que su padre le dijo que la fuente era muy profunda y que nadie podía descender. Le dice la rana: «¿Cómo que no? ¡Yo puedo descender a lo profundo! Pero haremos un pacto: tú y yo seremos amigas». Dicho y hecho: la rana se sumergió en busca de la bola de oro.

La princesa se quedó con cierto recelo y pasado un rato se sentía engañada, confundida. Entonces se acordó de lo que su padre le había dicho: «La fuente es muy profunda y nadie ha podido descender». Esto la consolaba. Y, efectivamente, al cabo de un rato aparece de nuevo la rana trayendo en la boca la bola de oro. Entonces la princesa se abalanzó, se la quitó y se echó a correr, mientras iba criticando a la rana: «¡Qué se ha creído esta histérica, que vamos a ser amigas nosotras!».

La rana salió torpemente, y a medida que la princesa se alejaba, le decía: «¡Princesita!, ¿pero dónde está el pacto?». Mas, a todo esto, la princesa se alejó y yendo corriendo, tropezó, se le escapó de las manos la bola de oro, se le extravió, y no apareció ya nadie a buscársela.

La «rana» crece en la medida en que desciende a lo profundo. En la carta de san Pablo a los Filipenses, la *encarnación* es el descenso del Hijo de Dios (cf. Fil 2,6-8). Y cuanto más se desciende más se asciende (cf. Fil 2,8-11). Hay que descender a los infiernos, a lo más bajo. Pero eso es como una pelota: que cuanto más fuerte la das contra el suelo, más asciende. La princesa que huye es símbolo de la persona que quiere encontrar la bola de oro en su corazón, pero sin dar golpe. Y eso es imposible: supone un gran trabajo, un gran descenso.

La *plenitud* conlleva un gran sacrificio, un gran dolor, un gran silencio interior.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia:

4. La vida consagrada signo de comunión en la Iglesia

Es preciso subrayar la importancia de la *koiononía* como otro elemento de la vida religiosa. No se debe olvidar nunca que el misterio de comunión de donde dimana la Iglesia es siempre la comunión trinitaria del Dios de la revelación. El Vaticano II define a la Iglesia como reflejo de la Trinidad: «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu» (*Lumen Gentium* 4). Es decir, los hombres pueden formar comunidad porque previamente, en el origen, en la fuente de la vida, Dios creador es comunidad y amor. La referencia ideal de la imagen de la Trinidad, como la conservan los ortodoxos, es la comunicación y el amor.

Para los antiguos, la sociedad humana y el mismo ser humano encierran un *vestigium trinitatis*, ya que la Trinidad es la primera comunidad. La «huella de la Trinidad» es una consoladora idea, en la que simultáneamente se simboliza unidad y diferenciación. Por eso una percepción creyente de la Iglesia la debe colocar siempre en el plan salvífico, y la primera consideración es comprenderla como misterio de salvación.

La idea de comunión orienta certeramente a la comprensión de la estructura íntima de la Iglesia. Por eso, para los fieles la *comunión* define toda comunidad cristiana. Dios tiene un proyecto de salvación, que incluye a toda la humanidad, pero que se manifiesta en su pueblo elegido. Por consiguiente, si la Iglesia es comunión lo es ante todo en sentido teológico y como efecto de su íntima comunión con Dios. De ahí que resulte contradictoria una comunidad de gnósticos, de fanáticos o sectarios, de cátaros o de funcionarios. La Iglesia inserta en el misterio divino es siempre una comunidad abierta a la humanidad y al cosmos, precisamente porque su existencia está en función del decreto salvífico del Padre: salvar a todos los hombres en Cristo.

Por el carácter místico que tiene la comunión se comprende que no esté suficientemente afirmada con concepciones legales de la comunidad, donde se propongan exclusivamente mínimos jurídicos. Tampoco estaría representada en maximalismos teológicos, que la convirtieran en sociedad de perfectos. La eclesiología de la comunión está por encima de mínimos –pues requiere la participación consciente– y está más acá de máximos –pues no puede eximirse de la condición pecadora de sus miembros–. Por eso, la comunión no puede ser reducida a nada mediante el legalismo ni elevada a todo mediante el dogmatismo. Es cierto que la historia de la comunión presenta un saldo muy negativo –donde hallamos familias, comunidades y pueblos siempre enfrentados a pesar de la fe común–, pero ello lo que pone en cuestión es la realización concreta de ese ideal. Sin embargo, la

doctrina de la comunión siempre debe ser renovada mediante la conversión.

El valor de la vida de comunidad siempre se ha reconocido. Santo Tomás, al hablar del modo de vida de Cristo, se pregunta si debía llevar una vida solitaria o vivir entre los hombres. Para él «debió llevar aquel género de vida que más conviniese al fin de la encarnación, por el cual había venido a este mundo» (ST III, 40, 1). Y continúa: «Pero como el modo de obrar de Cristo fue nuestra instrucción, para enseñar a los predicadores que no siempre se han de manifestar en público, el Señor, de tiempo en tiempo, se apartaba de la muchedumbre. Lo cual leemos que lo hizo por tres causas: unas veces por el descanso corporal...; otras veces la causa era la oración... otras veces para enseñarnos cómo debemos evitar el favor humano. Y así leemos en san Mateo: “Viendo Jesús la muchedumbre, subió a un monte” [Mt 5,1]. Sobre lo cual dice san Juan Crisóstomo: “Apartándose de la ciudad y de las plazas y buscando la quietud en el monte y en la soledad, nos enseña a huir de la ostentación y retirarse del bullicio, sobre todo cuando hay que entender en lo que es necesario para la salvación”¹» (ST III, 40, 1, ad 3). La vida de comunidad no nos exige de buscar momentos personales y aislados de vida.

Pero la soledad en sí no es el ideal de la vida religiosa. Santo Tomás, tratando sobre las diversas órdenes religiosas, se pregunta si es más perfecta la vida religiosa en comunidad que la vida solitaria. Ahí afirma que «la soledad como la pobreza no es la perfec-

1. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matth.* homil.15: MG 57,223.

ción misma, sino un medio de perfección... Por consiguiente la soledad conviene al contemplativo que ya ha llegado a la perfección» (*ST II-II*, 188, 8). Por eso, si se abraza la vida solitaria sin previo ejercicio, constituye un grandísimo peligro, a no ser que supla la gracia de Dios –como en el caso de san Juan el Bautista– lo que en otros se alcanza por el ejercicio –como en el caso de san Antonio y san Benito–. Así no es suficiente cualquier tipo de soledad, sino la que tiene todo, es decir, a Dios.

Nuestra vida en común es un signo del Reino precisamente por nuestras diferencias. Una comunidad de personas de ideas idénticas sería tan sólo signo de ella misma. Pero somos signos del Reino si aceptamos y nos alegramos de las diferencias. La alegría de estar juntos es una parte intrínseca de nuestra vocación. Pero es también parte de nuestro testimonio del Reino el que vivamos con personas que no son como nosotros, que tienen teologías diferentes, ideas políticas diferentes, a quienes les gusta comida diferente y hablan lenguas diferentes. Convivir con ellos puede ser a veces maravilloso, pero también duro. Todos los hermanos han sido llamados por el Señor; por consiguiente tienen todo el derecho a compartir esta vida, pese a las diferencias y deficiencias, y merecen todo el respeto y la consideración. La vocación a la comunidad es un signo de que Dios llama a toda la humanidad al Reino, en que acabará toda división y violencia.

Deberíamos rehuir la tentación de buscar sólo a «los nuestros». La tentación de nuestra sociedad es buscar para nuestra comunidad sólo a quienes piensan como nosotros, que comparten nuestros puntos

de vista, nuestros prejuicios y nuestra sangre. Los conservadores se asocian con los conservadores y los progresistas con los progresistas. Existe enemistad real y enfado dentro de nuestra Iglesia hacia los «del otro bando». Nuestra misión profética es llegar en amistad más allá de las divisiones. Todos somos necesariamente tanto conservadores –volviendo nuestra mirada hacia los evangelios y la tradición– como progresistas –mirando adelante hacia el Reino–. Es verdad que algunos tenemos un temperamento más «conservador» o más «progresista», pero para nosotros no puede existir una fundamental y última oposición entre tradición y progreso, pues ambas posturas representan una conducta racional y libre.

FRAY GREGORIO CELADA LUENGO, O.P.
Salamanca (España)



**TOMÁS DE AQUINO,
TESTIGO Y MAESTRO
DE LA FE**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 308 Precio: 15,00 €

ISBN: 84-8260-055-9

El libro ofrece lo esencial de la vida de Tomás de Aquino y una interpretación de sus doctrinas, el contexto al que responden y las grandes aportaciones de su genio teológico



www.sanestebaneditorial.com

La espiritualidad de san Juan de la Cruz:

3. La unión con Dios

INTRODUCCIÓN

En el camino hacia la unión plena con Dios, san Juan de la Cruz distingue dos tipos de uniones:

- La *unión sustancial*: siempre se da entre Dios y todas las criaturas. Gracias a esta unión, Dios les comunica el ser que ellas tienen (cf. 2S 5,3). «*Dios en cualquiera alma, aunque sea la del mayor pecador del mundo, mora y asiste sustancialmente*» (2S 5,3; C 11,3).
- La *unión sobrenatural*: no se da siempre entre Dios y el ser humano. Es la semejanza de amor en que las voluntades de Dios y del alma humana están en uno conformes. «*Y así, cuando hablamos de unión del alma con Dios, no hablamos de esta sustancial que siempre está hecha, sino de la unión y transformación [por amor] del alma con Dios, que no está siempre hecha, sino cuando viene a haber semejanza de amor [...]. La cual es cuando las dos voluntades, conviene a saber, la del alma y la de Dios, están en uno conformes, no habiendo en la una cosa que repugne a la otra; y así,*

cuando el alma quitare de sí totalmente lo que repugna y no conforma con la voluntad divina, quedará transformada en Dios por amor» (2S 5,3). De esto último vamos a hablar en el siguiente apartado.¹

LA UNIÓN TRANSFORMANTE

Cuando Juan de la Cruz quiere definir la meta última del proceso contemplativo, es decir, la unión transformativa o matrimonio espiritual, la llama «contemplación oscura», frente a la «clara contemplación» que se da en la visión beatífica (cf. C 39,13).²

Secundino Castro nos dice que la categoría de *matrimonio* en Juan de la Cruz se remonta al simbolismo bíblico del *Cantar de los Cantares*, donde se inspira para el *Cántico espiritual*. Sabemos que es importante en el pensamiento de Juan de la Cruz el hecho de que el hombre fue predestinado a las bodas con Cristo antes del comienzo del tiempo. La esencia de la *unión transformante* está en la transformación en Cristo. En el *Cántico espiritual* el matrimonio con Cristo se narra en los capítulos 22 al 35 (cf. C 38,9).³

1. Cf. L. RUANO DE LA IGLESIA, «Iniciación en San Juan de la Cruz», en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, BAC, Madrid 2002², pp. 3-66, p. 1140.

2. Cf. M. HERRAIZ, *La oración, historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2003⁶, pp. 118-119.

3. Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002², pp. 95, 98-99; *Cristo, vida del hombre. (El camino cristológico de Teresa confrontado con el de Juan de la Cruz)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1991, pp. 135-139, 151; J. M. JAVIERRE, *Juan de la Cruz. Un caso límite*, Sígueme, Salamanca 1992³, p. 606.

Finalizando el segundo libro de la *Noche oscura*, Juan de la Cruz nos explica en qué consiste la *unión transformante*: «Cuando acaece que aquellas mercedes que le hacen al alma encelada, que es sólo (como habemos dicho) en espíritu, suel[e] en algunas de ellas el alma verse sin saber cómo es aquello tan apartada y alejada según la parte espiritual y superior de la porción inferior y sensitiva, que conoce en sí dos partes tan distintas entre sí, que le parece no tiene que ver la una con la otra, pareciéndole que está muy remota y apartada de una. Y en verdad, en cierta manera así lo está, por[que] según la operación, que entonces es toda espiritual, no comunica en la parte sensitiva. Desta suerte que se va haciendo el alma toda espiritual. En estos escondrijos de contemplación unitiva se le acaban por sus términos de quitar las pasiones y apetitos espirituales en mucho grado; y así, hablando de la porción superior del alma, dice luego este verso: estando ya mi casa sosegada» (2N 23,14; C 22-44).

Estamos ante un alto nivel de conciencia de amor e iluminación pasivos. Dios aporta a la persona mucho conocimiento y amor, o mejor, conocimiento por amor: «porque nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde» (2N 12,2). Dice Herráiz al respecto: «El amor es la causa del conocimiento del misterio de Dios en el que se “entra” y desde y en el que se va viendo toda la verdad derivada a las criaturas»⁴ (cf. 2N 12,6; 13,1; 17,2; 17,6; 18,5; Ll 3,49).

En la unión perfecta el amor consiste en adherirse a Dios: «queda el alma como robada y embebida en

4. HERRAIZ, *Op. cit.*, pp. 116-117.

amor, toda hecha en Dios, no la deja advertir a cosa alguna del mundo, porque no sólo de todas las cosas, más de sí queda enajenada y aniquilada, como resumida y resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado» (C 26,14). Gracias al amor, enriquecido por Dios, nuestra alma camina hacia a Dios (cf. C 30,6; 31,8; 2N 16,5; Ll 1,13). Ya no actúan las potencias (cf. C 16,11; C 28).⁵

Según Thomas Merton, san Juan de la Cruz, siguiendo a santo Tomás de Aquino, considera que, si bien, *en teoría*, la inteligencia es superior a la voluntad pues el objeto de aquella es más alto que la de ésta –la función del intelecto consiste en mostrar al ser humano la verdadera esencia del bien hacia el que la voluntad tiende–, *en la práctica*, la voluntad puede llegar a un objeto más elevado y perfecto que el que la inteligencia es capaz de alcanzar. El intelecto obra sobre lo que *ha recibido en sí*, mientras que la voluntad *sale de sí para darse*. Por ello santo Tomás, y con él san Juan de la Cruz, dirán que la voluntad puede alcanzar de un modo más perfecto a Dios que la inteligencia (C 38,5)⁶.

Martín Velasco subraya: «en la unión la inteligencia se ejercita en subida contemplación infundida por Dios, “el entendimiento se ha trocado en divino” [Ll B 2,34] “la memoria es trocada por medio de esta unión” a tener en la mente los años eternos “que dice David (Sal 75,6)” [Ll B 2,34]; y la voluntad está perfectamente conforme con la voluntad de Dios “porque

5. Cf. *Ibíd.*, pp. 116-118.

6. Cf. TOMAS DE AQUINO, *Suma de Teología*, I, q. 82, a. 83; Th. MERTON, *Ascenso a la verdad*, Sudamericana, Buenos Aires 1954, pp. 305-307.

por medio de esta unión la voluntad de él y la de Dios [ya] sola es una voluntad” [Ll B 2,34]»⁷. Esta transformación de las facultades es efecto de una transformación más profunda: el centro del alma vive tan unida a Dios que de ella se puede decir que es Dios: «*El centro del alma es Dios*» (Ll B 1,12)⁸.

En el libro cuarto de *Llama de amor viva*, cuando san Juan de la Cruz ha alcanzado la cima de su sistema espiritual, se nos dice que el contemplativo, con el Esposo «en el centro y fondo» de su alma (cf. Ll 4,3), llega a conocer las cosas en el *ser de Dios* y no en su *propio ser*: «*Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios en cuanto tiene ser criado, y las ve en Él con su fuerza, raíz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita inminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en su ser que en ellas mismas. Y éste es el deleite grande de este recuerdo: conocer por Dios las criaturas y no por las criaturas a Dios; que es conocer los efectos por su causa y no la causa por los efectos, que es conocimiento trasero y es otro esencial. [...] viendo el alma lo que Dios es en sí y lo que en sus criaturas en una sola vista, así como quien, abriendo un palacio, ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro y ve juntamente lo que está haciendo*» (Ll 4,5.7; cf. C 14-15,5).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

7. J. MARTÍN VELASCO, *El fenómeno místico*, Trotta, Madrid 2003², p. 396.

8. Cf. *Ibíd.*, pp. 395-396.

¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!

La experiencia mariana en los últimos meses ha hecho que detenga la atención en la teología de las frases relacionadas con nuestra Madre. Deseo comenzar con la expresión lucana: «*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*» (Lc 1,28). En el Evangelio de Lucas la ALEGRÍA es un tema fundamental. Desde el capítulo 1 se nos habla del gozo de Zacarías ante el anuncio del nacimiento de Juan (cf. Lc 1,14). Para introducirnos en la especificidad de esta «alegría» consultaremos el significado griego y teológico de la palabra. Proviene del término *cháiro* que, en la forma imperativa, también puede traducirse como «¡regocíjate!». Con este saludo el Mensajero del Señor se introduce en diálogo con Ella.

El significado de esta alegría está relacionado con el fundamento que la provoca. Se trata del gozo de estar participando en el Proyecto de Dios. Este tipo de alegría se sitúa encima de emociones, sentimientos y conflictos. María tendrá momentos de tristezas, preocupaciones, dudas, y hasta «una espada le atravesará el corazón» (cf. Lc 2,35) por causa de la opción elegida y de la vocación acogida. Pero su contento, en el ámbito de las bienaventuranzas, permanecerá inmutable por la conciencia de comulgar con Dios. María se alegra en Dios. Es el entusiasmo nacido por su fe,

fruto del Espíritu y del testimoniar las grandezas de Dios actuando en la pequeñez de la humanidad (cf. Flp 1,25; Rm 15,13; Gal 5,22).

El Mensajero, después del saludo, la engalana con la expresión «LLENA DE GRACIA». O sea, llena de *cháris*, que es igual al «favor gratuito», «don otorgado por benevolencia». Interesa señalar que el texto griego nos presenta la palabra en participio; significando que la *cháris* opera en María continuamente. Ella, no sólo permite esta acción divina, sino que colabora con ella. Aunque no fueron los atributos marianos los que la hicieron merecedora de tal «gracia», sino la mirada de Dios en su persona, la HUMILDAD mariana fue una de las condiciones previas para haber encontrado *cháris* ante los ojos divinos.

Ese favor recibido, proveniente de un único donante, se refiere a la fuerza que emana del Espíritu para acompañarla en la misión que asume. Por tal gracia, María tiene acceso a actuar y contemplar en los misterios de Dios. Eso la empuja a salir corriendo a casa de Isabel y compartirle las maravillas que sobrepasan el intelecto humano. La alegría mariana se convierte en espacio teológico, experimentado hasta por el niño de la prima, quien exulta de gozo en el vientre de su madre (cf. Lc 1,44).

Lo más interesante de la frase en cuestión es el objeto de alegría: «EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO». Por el análisis gramatical y teológico, la oración comunica que el Señor tuvo la iniciativa de compartir con María una experiencia salvadora: «permaneciendo juntos», «estando junto a ella», «a su lado», mediante una re-

lación «próxima». El tiempo de Jesús, será el tiempo de esta alegría profunda: obedecer la voluntad de Dios en la historia. Este fundamento marcará en adelante el origen de la alegría cristiana. Bien nos recomienda la tradición paulina: «*Estén siempre alegres. Oren constantemente*» (1Tes 5,16).

Meditar el Rosario nos introduce en la contemplación de los misterios, en la historia de la humanidad. Nos lleva a sintonizar con la alegría mariana y a buscar fundamentos de nuestra propia alegría. El contento mariano, no un regocijo alienante, sino comprometido con la vida y la dignidad de los pobres, como bien lo recuerda el Magníficat (cf. Lc 1,52-53).

María nos anima a buscar enfáticamente el cimiento de nuestra alegría. Al mismo tiempo, nos ayuda a localizar cuál debe ser el origen de nuestros sufrimientos necesarios: la causa del Reino. El Rosario meditado es una vitamina fecunda que invita a todos los cristianos a perseverar con paciencia en la misión. La alegría en la gracia que nos habita no ausenta las tribulaciones, sino que cobija de fortaleza.

María nos evangeliza en su humildad a quienes recibimos constantemente mensajes para vivir desde la vanidad y la arrogancia.

Nuestra Madre nos habla de personalidad y adultez en la fe, pero al mismo tiempo, nos señala el camino para andar sin invadir el espacio de Dios. Continuaremos reflexionando...

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

5. Su importancia en la vida de la Iglesia y en la de cada uno que la celebra

(OGLH 1-33)

Ya hemos dicho algo que nos ayuda a descubrir su importancia, en comunión con la primera Iglesia y de la enseñanza y el testimonio apostólico. Esta Iglesia, todavía con la fresca sintonía con el ejemplo de Jesús, fue fiel a su mandato de orar, tanto en privado como en público.

A más de dos mil años de la muerte y resurrección del Señor, podemos correr el riesgo de perder esa frescura que nos hace como niños, e intentar ser «grandes» y labrar nuestros propios rumbos, con total independencia y sin «interferencias» ni magisterio de ninguna especie, como si nacióramos a cada instante, sin alguien que nos hubiera precedido y dejado un legado muchas veces precioso y de valor grande.

No siempre la vida litúrgica en la Iglesia ha tenido un sostenido ascendente: ha sufrido altibajos y épocas de franca decadencia. Pero cada cierto tiempo, toma conciencia de su estado, reacciona y decide renovarse «volviendo a las fuentes».

Esto es lo que hizo el Concilio Vaticano II con suerte diversa. No se trató de barrer con todo, en un

proceso de demolición. En los casos en que esto fue necesario, se previeron nuevos planos, ya sea para una remodelación de lo antiguo para volverlo nuevo (es decir, renovación), ya sea para crear nuevas formas y estructuras para dar nacimiento a algo que no fuera la vieja realidad repetida, sino «otra cosa», pero siempre en consonancia con lo ya existe, y nunca en abierta contradicción con la misma (es decir, reforma).

En más de un caso sólo se trató de acentuar y puntualizar realidades existentes sobre las que no se había tomado una conciencia plena de su importancia. Por ejemplo: el carácter eclesial-comunitario de la Liturgia de las Horas, la presencia y acción del Espíritu en las mismas, el valor del lenguaje simbólico en la Liturgia, la necesidad de ahondar en un conocimiento de la Teología bíblica contenida en los textos escriturísticos, el verdadero sentido de la participación sinfónico-coral de quienes celebran, etc.

Estas realidades, vividas con conciencia de lo que hacemos, reclamará un esfuerzo individual y comunitario para lograr el fin ansiado en este caso: descubrir la importancia de la celebración de la Liturgia de las Horas en el quehacer cotidiano de la Iglesia, como uno de sus más valiosos oficios.

La importancia de este hecho «en la vida de la Iglesia» de ningún modo puede eludir dar una respuesta a su importancia en nuestras vidas personales.

¿Nos atreveríamos a afirmar que carece de valor en nuestra vida individual la Palabra en su dimensión de «alabanza»; o cantar junto a otros hermanos un Himno que, inspirado en la Escritura, se detiene en algún

momento particular de la Historia de la Salvación; o el canto de los salmos: esa escuela de vida espiritual que es una rica cantera de donde extraigo valiosos tesoros, ricos en vida espiritual; o los extensos textos de la Palabra y de los Padres, que nos ofrece el Oficio de lecturas? Si lo hiciéramos, seríamos unos ingratos frente a tales dones recibidos a diario en sobreabundancia.

El Espíritu Santo es el que logra la unidad de la Iglesia orante, convirtiendo a las voces de muchos en un solo corazón y una sola alma, con la de Jesús. En la oración comunitaria de la Iglesia no podemos soslayar la obra del Espíritu, «*que viene en ayuda de nuestras debilidades*» e «*intercede por nosotros con sonidos inefables*» (Rm 8,26). No hay una oración que podamos llamar «cristiana», sin la presencia activa del Espíritu Santo, sangre que recorre las venas de la Iglesia, para conducirnos, por Cristo, al Padre (cf. OGLH 8).

Esta tarea la realiza el Espíritu Santo en toda la Iglesia y en cada uno de nosotros, a título personal. Ésta es una promesa que nunca dejó de llevarse a cumplimiento y que los bautizados, aceptaron como un don de lo alto, gracia que nos abre a la santificación que viene del Padre y que nos asemeja a Él.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Somos un pueblo de hijos y de hermanos (el Padrenuestro)

Si al pronunciar esta bella oración dijera: *Padre mío...*, podría pensarse que soy hijo único. Pero apenas a «Padre» le agrego «*nuestro*», manifiesto que hay otros que a la misma persona llaman «*Padre*». Esto significa que no sólo somos hijos, sino también hermanos: un pueblo en el que *muchos* llamamos a Dios «*Padre*».

Hay tres momentos de la Misa en los que nos definimos de algún modo: en el rito penitencial nos mostramos como *pecadores*; en el Padrenuestro, como *hijos y hermanos*; en el gesto de paz, como *reconciliados*.

En esta oración pedimos muchas cosas: *que el Nombre de Dios sea santificado*. Esto no significa otra cosa sino que Dios sea siempre proclamado y aceptado como «el Santo» entre los santos, fuente de toda santidad.

También pedimos *que su Reino venga a nosotros*. Cristo vino para instaurar en medio de nosotros y en nosotros el Reino del Padre. Si Jesús es –por excelencia– el mensajero del Padre, nosotros debemos vivir anhelando ese bien del Reino que trajo y nos ofrece. Queremos ser y vivir como herederos de ese Reino.

Además, afirmamos el deseo de que *la voluntad de Dios se haga, en la tierra como en el cielo*. Porque

Cristo vino a hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4,34), nosotros lo tomamos como modelo ejemplar: sus palabras son una buena pedagogía que nos enseña cómo penetrar en el querer de Dios y también cómo aceptarlo como «querer de Dios para mí». «Si Dios quiere», tendría que acompañar cada una de nuestras afirmaciones, para que ningún querer personal vaya por carriles paralelos a la voluntad de Dios. En el «que se cumpla la voluntad de Dios» tiene que radicar nuestra alegría, pues sólo allí se da nuestro logro y crece nuestra personalidad. Y sabiendo que la voluntad de Dios es nuestra santificación –nuestra capacidad de perdonar–, la aceptación de la redención, será –en el cielo y en la tierra– no otra cosa sino perdonar al hombre caído que regresa a Él como el hijo pródigo, indigno de ser llamado «hijo», pero a quien su padre continúa llamándolo así... (cf. Lc 15,11-32).

Necesitamos tanto *el pan de cada día*, como el pan de su Palabra y de su Cuerpo. Pedimos que nos alimente y que no nos deje sin fuerzas, de modo que podamos seguir caminando y levantándonos de las inevitables caídas. Pero no pedimos que nos dé pan *por seis meses*, porque si lo hiciéramos, es más que posible que fuera del día en que pronunciamos ese deseo, los 179 restantes de ese semestre, nos olvidemos de reconocernos necesitados de ese pan y, por lo tanto, nos olvidemos también de Aquél que lo provee. Viviríamos afincados en la seguridad de quienes por mucho tiempo tienen lo que necesitan y, por lo tanto, no recuerdan pedir y reconocer quién es el Autor de todo bien y, así, creamos que somos nosotros los que nos ganamos el pan y la gracia y el cielo y... y... La

auto-suficiencia es un riesgo bastante frecuente entre los que tienen mucho y poco o nada necesitan. Frente a Dios, todos deberíamos sabernos pordioseros: no pedimos como quien tiene derecho a una respuesta, ni porque seamos buenísimos y cargados de méritos, sino sólo *por Dios* (de ahí viene «pordioseros») y *por su misericordiosa bondad*.

Todos los hombres y mujeres que poblamos la Tierra, somos deudores de Dios y del prójimo. Debemos mucho porque ofendemos mucho. Por eso pedimos a Dios que perdone *nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. No somos ni buenos hijos ni buenos hermanos. Tenemos la deuda del egoísmo. La deuda de la envidia; de la violencia que mata todo posible brote de mansedumbre. La deuda de estar inflados por la soberbia. No sabemos sufrir las ofensas. Somos rebeldes ante la Cruz. No sólo no ponemos la otra mejilla, sino que golpeamos otras mejillas... Caemos siete veces por día y no somos justos. Por eso pedimos al Padre de las misericordias, que perdone nuestras deudas. Pero hay algo interesante en el «Padrenuestro»: nosotros mismos condicionamos el perdón de Dios, al decir: ... *así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. Si perdonamos, nos estamos haciendo acreedores del perdón. Si no lo hacemos, la primera parte de la petición cae estrepitosamente. ¿Cómo podríamos pretender recibir lo que no queremos dar? ¿Cómo podríamos usar una medida dura y estrecha con el hermano, y ansiar una blanda y comprensiva para nosotros?

Finaliza esta hermosa oración de los hijos y de los hermanos, con una súplica confiada ante la debilidad

habitual que nos hace perder los dones de Dios: *no nos dejes caer en la tentación y libranos del mal*. No pedimos al Padre que extirpe de nuestras vidas las tentaciones (teniendo en cuenta el barro de que somos hechos, sería un imposible...), sino que no nos deje *caer* en ellas. El mineral se purifica cuando es sometido al fuego y, como dice el libro del Eclesiástico, «el que no ha sido probado, poco sabe» (Eclo 34,9). *Pasar* por las tentaciones (sin buscarlas) y *no caer en ellas*, es prueba de fortaleza y fidelidad. Lo mismo quiere Dios de nosotros. Aun cuando todo y todos nos inciten a negar al Señor, no lo negaremos. Esto es vivir la tentación, superarla y no sucumbir a ella. Pero eso supone lucha, librar el buen combate: no hay trofeo sin competición. Y en esa lucha hay sudor y dolor. Hay desgarrones y fracturas. Pero, desde el fragor de la batalla, sabemos que Él nos libra de todo mal...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

En memoria de fray Bernardo Cuesta Álvarez, OP (1954-2012)¹:

3. Su experiencia interior

Hemos hablado en la primera y segunda parte de este artículo sobre las raíces biográficas y vitales de Bernardo y sobre su labor intelectual y solidaria. Veamos ahora su vivencia espiritual.

LA PRESENCIA SILENCIOSA DE DIOS

Bernardo murió como vivió.

Presintiendo ya su final, confesaba: «*Quiero morir con la misma dignidad con la que he procurado vivir*». Y así fue. Murió con la misma paz y serenidad que vivió. Su hermana Esperanza nos recordaba estas palabras suyas de una de sus últimas conversaciones: «*En la enfermedad soy consciente de que el Señor me acompaña, aunque con mucho silencio. Sé que Él está ahí*».

Como buen teólogo que había buscado siempre la Verdad con sencillez y honestidad, durante su larga enfermedad se armó de confianza y coraje para afrontar de cara el insondable misterio de Dios rumiando las palabras del Apóstol: «*Ahora vemos en espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara*» (1Cor 13,12).

Pero sobre todo, como buen discípulo de Jesús, hubo de purificar su fe pasando por el difícil trance de su pasión: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). Fue y será siempre la queja confiada del verdadero creyente ante ese Dios que parece refugiarse en el silencio más displicente cuando más se le necesita. Son los momentos de las tinieblas habitados por la noche oscura de la soledad y el abandono. Abrahán y Job, por no citar más que dos ejemplos de quienes precedieron a Jesús en la fe, ya habían pasado por trances similares.

El profesor de Teología que tantas veces había respondido a la pregunta sobre Dios, volvía ahora a las aulas cual novato aprendiz que inicia su rodaje reconociendo su profunda ignorancia: «*sólo de oídas te conocía*» (Job 42,5).

Me consta que el recuerdo de Julio Lois, sacerdote fallecido poco antes que Bernardo y en condiciones muy parecidas a las suyas, fue uno de los resortes que más le ayudó a arrostrar con fe profunda y serena los últimos y amargos sorbos del cáliz de una vida que se le iba apagando lenta e inexorablemente. En uno y otro había una coherencia perfecta entre su pensamiento teológico y su testimonio de vida, dos vertientes de una misma realidad que se fecundan y significan recíprocamente.

Los alumnos de la Escuela de Teología recordarán para siempre la magistral lección dictada por Bernardo, ya gravemente enfermo, en su cursillo: *Pensar y vivir como Jesús. Claves de una moral evangélica*. ¿Qué otras podían ser las claves de su vida?

Si éste era el sentir de sus alumnos, no era otro el de cuantos lo trataron de cerca y gozaron de su amistad. Valgan como ejemplo estos dos testimonios, que son mucho más elocuentes de cuanto yo podría decir.

—Un feligrés de la parroquia de Villoria: *«No nos has defraudado. Hay mucho dolor, pena y rabia, porque nos ha dejado Bernardo, cura de Las Villas, un amigo y un hermano. Han sido quince meses de sufrimiento con amor y valentía, dando gracias de haber conocido a tanta gente que te ha querido. Estoy seguro que nunca te olvidarán porque has transmitido trabajo, cariño y paz sin quejarte de ese maldito cáncer que es como una alimaña que te come poco a poco, como veneno en el agua... Porque con 32 años de servicio has dejado tu huella y alma en los que tuvimos la suerte de conocer con qué cariño nos transmitías esa paz, valentía y trabajo en favor de los demás.*

Te vas de este mundo injusto que nos dejas, sopor-tando con entereza y valentía tu agonía, despidiéndote de tus hermanos uno a uno, también de ese ángel, tu hermana llamada Esperanza, que todos estos meses ha estado al lado de tu cama con tanta ternura, amor y resignación.

Señor, ¿por qué te lo llevas? Es muy joven y digo yo que no te hará tanta falta.

Doy gracias de que hayas conocido a tanta gente que te ha querido, que estoy seguro que nunca te olvidarán».

—Un compañero de comunidad: *«Igual que los cereales amarilleaban en las cuestas, iba amarilleando tu cuerpo dolorido mientras madurabas por dentro tus*

respuestas a las últimas preguntas. Hasta que ha llegado este invierno crudo de tu agonía y de tu muerte: como a la tierra recién arada para recibir la energía re-generadora del sol y del viento, te toca en esta rueda de leyes de la naturaleza guardar silencio y dejar que se pudra el grano de trigo de tu vida para renacer a una nueva Primavera.

También a nosotros, Bernardo, nos toca ahora guardar silencio. Y llorar por ti. Para aprender a continuación a comulgar e iluminarnos con tu memoria, con tus palabras, las anteriores y las últimas, que Esperanza ha ido recogiendo amorosamente. Para aprender a resucitar contigo en esa Primavera serena en la que habitas. (Ayer me han dado saludos para ti los patos y los cormoranes del lago)».

BERNARDO, UN DOMINICO FELIZ

Parafraseando el título de un conocido libro del también dominico Eduard Schillebeeckx, puede ser ésta, a mi entender, una de las expresiones que mejor refleje lo que fue la vida de Bernardo. Todos aspiramos a la felicidad. No era otro el objetivo que persiguió Jesús dejándonos en las bienaventuranzas lo más nuclear de su mensaje, ni fue otro el mensaje que Bernardo acogió cuando hizo su profesión religiosa.

En su recordatorio, una especie de pequeño testamento, figura la frase siguiente: *«He sido feliz. Me he dedicado a lo que me ha gustado y he procurado vivir y luchar siempre por los valores en los que creo y que han dado sentido a mi vida».*

Fue feliz porque amó y se sintió querido por cuantos fue encontrando en su camino. Su trato afable y sosegado remansaba el espíritu del interlocutor. Lúcido y clarividente en sus principios y criterios, coherente en sus actitudes, fiel y constante en sus compromisos, sabía tomarse la vida con filosofía y disfrutar de todos y cada uno de sus momentos. En su aparente parsimonia, sabía ganarle minutos al reloj despreocupándose del mismo, dando tiempo al tiempo. Se cumplía en él aquella sabia máxima de los clásicos: «*Festina lente*» –apresúrate despacio–.

Era feliz viendo felices a los demás, encontrándose a sí mismo en el otro. Era su forma de entender la vida, de enfocar personalmente todos y cada uno de sus proyectos. De todos es sabido cómo animaba y colaboraba sobre todo en aquellas actividades de tipo asociativo encaminadas a beneficiar y potenciar la maduración y el crecimiento de las personas en el seno de sus respectivos colectivos y asociaciones.

Recuerdo a este propósito un gesto que, a modo de juego cooperativo, solía repetir con cierta frecuencia en las reuniones: entregaba una madeja de lana a uno de los presentes para que, sin soltar una punta del hilo, la lanzara indiscriminadamente a otro y éste repitiera a su vez la misma acción que se iba sucediendo entre unos cuantos; al final, cuando el monitor paraba el juego, la mayoría de los componentes del grupo se veían entrelazados por una caprichosa tela de araña hilvanada –improvisada y caprichosamente– por el hilo de la madeja. Era un gesto sencillo y simbólico que mostraba plásticamente el profundo sentido comunitario que albergaba Bernardo. Disfrutaba lan-

zando puentes de diálogo e intercambio con el fin de generar y recrear en todo momento auténticas redes de comunicación y convivencia.

Esa visión comprensiva e integradora de todos y de todo, como si de una gran familia humana se tratara, no era en realidad más que la proyección madura y gozosa de aquel humus familiar de su pueblo natal en el que había echado profundas raíces durante su infancia. En más de una ocasión me pidió bibliografía sobre la vida familiar de las primeras comunidades cristianas, en las que buscaba inspiración para el ejercicio cotidiano de su actividad ministerial. Anhelaba su mismo objetivo: reunirse en torno a la mesa del Señor como pequeña familia donde se vivía como hermanos y hermanas, donde se compartía lo que se era y se tenía, donde se acogía a los más necesitados y se daba sentido a sus vidas.

¡Bienaventurados los invitados a la Cena del Señor! Bienaventurado tú, Bernardo, amigo y compañero de tantas fatigas y alegrías, con quien tuve la dicha de compartir durante muchos años las siempre jóvenes e ilusionantes inquietudes del mundo rural y académico en clave dominicana. Ayer mismo asistía al entierro de Sabina, tu queridísima madre. Estoy seguro de que el Señor os ha acogido a los dos como sabíais acoger a todos en la ancha mesa familiar de vuestra casa. Os imagino, y así os recordaré siempre, saboreando el succulento banquete de su Reino, «*festín de manjares exquisitos y vinos refinados*» (Is 25,6).

FRAY JUAN HUARTE OSÁCAR, O.P.
Salamanca (España)

ESCUELA DE VIDA

Textos escogidos del *Manual del asceta cristiano*:

6. Temas varios

(LXVI) EL MODELO DEL ASCETA

Si deseas llegar a ser una persona espiritual debes, ante todo, cuidar hasta el mínimo detalle de tu hombre interior y guardar silencio, para que oigas la voz de Dios en ti. Evita toda ocupación y distracción del corazón, y descansa en Dios en la soledad. Mantén tus sentidos alejados de toda vanidad y sé consciente de la presencia de Dios en todo lugar y en todo tiempo. Habita contigo mismo, permanece siempre en la verdad, en la sinceridad del corazón y en la paz de la conciencia. Siempre manso y humilde de corazón, deiforme en toda tu conducta. Acepta todas las cosas de manos del Señor y piensa que Dios te ve en todo lo que haces. Persevera siempre en un humilde sometimiento a Dios, pero también al prójimo por amor a Dios.

El hombre deiforme debe tener plena conciencia de la bondad y perfección de Dios y, al mismo tiempo, de su propia miseria e imperfección, considerándose el más insignificante de todos los hombres. Guárdate a ti mismo, con el mayor cuidado, de la vana auto-complacencia y de la astucia latente de tu naturaleza.

No te sobrevalores ni quieras que otros te tengan en más de lo que eres, es decir, no otra cosa sino pecado. Busca siempre renovar tu vida, nuevos modos de mortificación y, como si fueses un principiante, lánzate a la conquista de virtudes siempre nuevas.

Sé parco en palabras, rico en virtudes. Desea ser abandonado y despreciado por todos los hombres. Concede máxima importancia a los más pequeños defectos. Que tu principal ocupación sea, interiormente, encontrar a Dios presente en tu alma y, exteriormente, edificar a todo hombre con el ejemplo de tu vida. Cumple todas tus obras con la máxima perfección posible para honra de Dios.

El verdadero adorador de Dios nada hace en esta vida de lo que tenga que arrepentirse en la eternidad. Tiene una paciencia espiritual en las tribulaciones [y] una mente recogida en la multiplicidad. Nada propio posee en esta vida ni muestra preferencia por cosa alguna; nada excepto a Dios concibe en su mente, por lo cual nada alumbraba sino a Dios solo, es decir, nada deja entrar en su mente ni salir de ella sino a Dios.

Se mantiene apartado de todos los hombres y vacío de las imágenes que le acechan. Protege su mente y la libera de todo lo insustancial. Acoge asiduamente en el alma la inspiración de su Padre celestial. Se mira frecuentemente en la venerable imagen de nuestro Señor Jesucristo y ve en qué es semejante o desemejante a Él. Es para todos un modelo de bondad. Sincero en sus palabras y de una mansedumbre ejemplar. Contempla continuamente su origen, del que procede sin medio, y a él desea regresar con toda

diligencia. Reflexiona también sobre qué es, dónde está, de dónde viene, adónde va, qué hace y por qué lo hace. Persevera constante y adelantando en toda virtud hasta la muerte.

(XLVIII) LA QUIETUD Y LA LIBERTAD ESPIRITUALES

Guarda la pureza de corazón, de manera que no pienses ni desees nada salvo lo que te conduce a Dios. Guarda la paz del corazón y no retengas en tu mente recuerdos de lo que hayas visto u oído, ni hechos que no edifican. Guarda la quietud, de manera que dejes toda ocupación inútil y no te inmiscuyas en cosa alguna que no te ha sido confiada y que puedes dejar con tranquilidad de conciencia, abandonando ese cuidado en manos de Dios y de quienes tengan tal responsabilidad. Pon toda preocupación y todo cuidado a los pies de Dios, y pídele que disponga de ti no según tu conveniencia, sino según su beneplácito, y que una misericordiosamente tu voluntad a la suya en todas las cosas.

Guarda la libertad del corazón y aparta tu afecto de toda criatura. No te apegues a nada por medio del afecto sino solo a Dios. Aspira libre y continuamente a Él y une tu espíritu al suyo por medio del amor. En la medida de lo posible, mortifica tu atracción por las criaturas; vence tus inclinaciones naturales y despréndete de ellas para buscar puramente a Dios en todas las cosas.

Vela con toda la intensidad de tu mente y guárdate de la soberbia, pues así evitarás caer en la autocom-

placencia, juzgar o despreciar a los demás y consentir en algún movimiento de desagrado contra el prójimo. Huye de toda ocasión de pecado, eludiéndola y apartándote de ella.

Calla imponiendo silencio a la boca y al corazón, de forma que no hables a no ser que te pregunten o por necesidad. No retengas en tu mente nada que hayas visto u oído. Ten quietud uniéndote solo a Dios por el afecto.

Aprende ahora a morir. Mira la condición de un muerto: no ve, no habla, no siente, no oye, no se engríe, no se enoja. Haz tú lo mismo: no hables, no oigas, no pienses, no desees las cosas del mundo, y así estás muerto al mundo.

En ti vive lo que preocupa a tu corazón, lo que atrae a tu afecto, lo que deseas, lo que amas. Muera el mundo para que Cristo viva en ti.

(XVII) EL VALOR DE LA SOLEDAD

Cuando estés en la soledad, pide a Dios que te infunda el conocimiento de tu propia nada y el de su bondad. Él haga que no te atribuyas ninguno de sus dones, sino que siempre lo bendigas y alabes, confíes constantemente en Él y no en ti ni en tus propias fuerzas. Pide a Dios a menudo el don de la confianza, pues, en verdad, quien merece recibirlo posee el don máspreciado.

No debes entender la soledad como libertad para el pecado (porque pienses que nadie te ve), sino ocasión

para el respeto reverente y una conciencia más despierta de la presencia divina. Pues en la soledad caminas ante los ojos de Dios, que todo lo ve. Frecuentas la soledad. Cuanto más la frecuentas, tanto más la amarás.

Haz todo lo posible por llegar a la soledad de la mente. Pero sabe que esta no puede alcanzarse si no mantienes tu espíritu apartado [de todo], especialmente de las situaciones que no te hacen mejor ni más devoto. Cuanto te apartas de las criaturas, tanto te unes a Dios.

Nunca se ha ponderado suficientemente la alabanza de la celda, es decir, de la soledad. Esta guarda al hombre temeroso de Dios y lo hace mejor. La soledad no soporta una conciencia perturbada, pues el hombre que tiene mala conciencia no puede perseverar en ella, como tampoco puede vivir un pez muerto en agua fresca: o es expulsado de ella o se corrige.

Una es la soledad del cuerpo y otra la de la mente. La primera se busca para favorecer la segunda. Quien obtiene ambas, posee un don extraordinario. Si solo pudiese conseguirse una, la del corazón es con mucho preferible a la del cuerpo.

Siempre que puedas, vuelve a la soledad. En ella se purifican nuestros pecados, se serenán las tentaciones, se iluminan nuestras tinieblas y se calma el estrépito de los pensamientos. Lo que hace el fuego con el oro, eso hace la soledad con su morador.

Dedica tu celda o habitación a la bienaventurada María, siempre Virgen. Que este lugar le esté espe-

cialmente consagrado y sea para Ella algo familiar y propio. Tú, por tu parte, cuida de la celda y hónrala como se merece la Virgen, porque le pertenece. Por eso, nada inconveniente, nada que no sea puro y sincero, puede ser dicho o hecho en ella. Cada vez que entres en la celda, antes de hacer cualquier cosa, ponte de rodillas y saluda a su Señora y Dueña.

Al entrar en la celda, y para salir de ella, ármate de la oración. En la soledad de la celda, el solitario debe ejercitarse en la alegría espiritual, porque la soledad genera una tristeza natural. Por eso, es bueno el uso de cánticos espirituales, himnos y salmos para recreación del alma y estímulo de la devoción. Pero hágase con discreción, para no molestar a los vecinos.

A los que están fuera de la celda y entre los hombres les conviene guardar la compunción y la prudencia, porque sin ellas el hombre tiende a relajarse con facilidad.

(L) LA LECTURA ESPIRITUAL

La *lectio divina* es lluvia de Dios que riega el espíritu del hombre. Por ella, cualquier cosa que haya sido concebida con buena voluntad germina en obra. Absente de toda lectura, por dulce y honesta que parezca, si no edifica ni inflama el corazón en amor a Dios. Haz solo lecturas edificantes y que enciendan el corazón en amor a Dios. Esas son las que verdaderamente te ayudan. ¿Qué te aprovecha haber leído mucho si no has leído los libros que, con la disposición adecuada, pueden ayudarte a corregirte y hacerte mejor?

Lectura inútil es también la que no deja fruto alguno. Todo lo bueno que has leído, si no te haces el firme propósito de ponerlo en práctica, de nada sirve. Pues la ciencia sin obras acusa y condena. No leas por curiosidad nada que no esté de acuerdo con tu propósito. Si en un libro bueno y útil aparece algo vano, frívolo o deshonesto, sáltatelo con santo escrúpulo religioso o interrumpe la lectura. ¿Qué te importan a ti los rumores sobre reyes, príncipes y otros asuntos mundanos? Desprecia todo lo que no huele a compunción o santidad, todo lo que no edifica. ¿Por qué has elegido una vida apartada del mundo sino para no saber lo que no es necesario que sepas, para ignorar los rumores del mundo y para no ver ni oír nada que pueda perturbar la paz y tranquilidad del espíritu? ¿Cómo, en la soledad, vas a dedicarte a leer o indagar sobre cosas de las que, precisamente para ignorarlas, has huido de este mundo a la soledad? ¿No sabes que has de meditar sobre todo lo que lees?

Por lo tanto, si no te abstienes de leer u oír historias profanas y rumores mundanos, de nada te aprovechará el silencio ni el aislamiento físico. ¿Qué diferencia hay entre leer y oír rumores sobre asuntos vanos e insustanciales? Que es casi más pernicioso haber leído, porque lo leído se adhiere a la memoria más tenazmente. Así pues, que la finalidad de tu lectura sea imitar lo que has leído, siempre que sea bueno. Cuando leas algo, piensa cómo podrías llevarlo a la práctica. Si no es así, la lectura te resultará completamente inútil y ociosa.

(LVII) EL RECUERDO DE LA MUERTE

Recuerda que has de morir. Pues vendrá un día, y no sabes cuándo será, en el que no podrás decir: «Mañana moriré», sino: «Hoy tengo que abandonar este mundo». Con la llegada de la muerte tienes que dejar todo lo que ahora ves, lo que tocas, lo que amas, las personas con las que vives. Irás tú solo a un lugar desconocido para ti y nadie te acompañará sino tus obras, por las que recibirás tu recompensa. En aquel momento conocerás por primera vez si eres digno de amor o de rechazo. Mira que de todo tiempo pasado o futuro nada tienes, pues solo eres dueño del ahora presente, y también ese instante pasará en breve.

Dime entonces, ¿dónde está lo que has vivido? Mira cómo han pasado los años y son como si no hubiesen sido, porque nada tienes de ellos. ¿Qué te ayuda ahora, qué te aprovecha, qué consuelo recibes de tus pecados? ¿Qué perdura o qué te ha quedado del placer pasado? ¿Qué te han dejado los placeres ilícitos? Por un fugaz deleite, que en un momento acaba, has caído en el fuego que nunca tendrá fin. ¿Cómo no vas a arrepentirte de tan gran maldad y de la necedad con la que te estás engañando? Hasta tal punto has perdido el juicio que no piensas que lo que hoy es para ti pasado, eso mismo será para ti, en el momento de la muerte, todo lo que te queda de vida, porque en aquel momento todo lo que es finito llega a su fin y comienza para ti lo eterno, lo que nunca acabará.

¡Cómo desearás entonces no haber tenido en el mundo placer o consuelo alguno, sino solo trabajo, humillación y tribulación! Por eso, piensa ahora

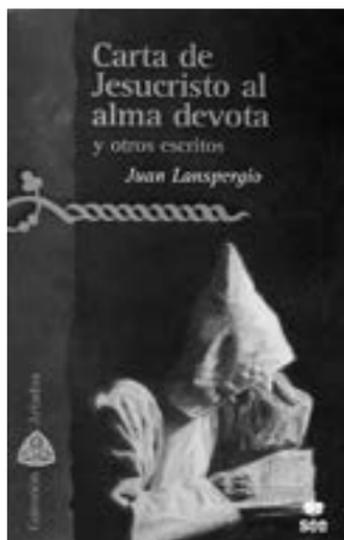
como pensarías en el momento de la muerte, y juzga el tiempo futuro, si es que algo te queda, como juzgarías ahora el pasado, es decir, que el futuro pasará también sin dejar huella y nada te quedará del placer del pecado sino una amarga retribución. Por el contrario, piensa qué daño te haría o te hace ahora haber trabajado por la virtud, haber resistido al pecado por amor a Dios, haberte opuesto valientemente a las malas inclinaciones, no haber cedido a la tentación del placer, haber renunciado a lo superfluo, haber aplastado la propia voluntad. ¿Qué daño te hacen la fatiga, la aflicción, la opresión y todo lo que parece pesado e insoportable, si has aguantado hasta el presente? Ahora lo pasado, pasado está, y no puede en absoluto contristarte, sino alegrar más tu conciencia.

Juzga de igual modo lo que está por venir, pues temes el futuro y el presente y por eso sientes esa desgana por esforzarte y resistir a las tentaciones; sin embargo, piensa que en poco tiempo todo eso será pasado. Entonces te alegrarás, porque tú te has mantenido firme, has padecido y has resultado victorioso. Lo que hoy te resulta una carga, mañana será pasado. De igual modo, lo que te deleita no permanecerá, y lo que suceda mañana ya no será pasado mañana. Piensa que hoy es la recompensa, el fin de tus trabajos y obras. Piensa en «aquel hoy» cada día, y pregúntate qué es lo que deseas haber hecho en este momento. Por eso, todo lo que deseas hacer, hazlo ya, porque en la muerte se te retribuirá tanto por el bien como por el mal que hayas cometido.

¡Oh hermano!, ¿qué te propones?, ¿en qué piensas? Esta noche, o mejor, hoy mismo vas a morir.

¿Qué planes tienes a largo plazo si hoy has de entregar el alma? El hombre ha de huir del pecado y de las ocasiones [de pecar] como si hoy fuera su último día de vida, para que pueda poner en orden su alma con el último acto de contrición y penitencia en el que quisiera ser hallado. Y debe trabajar por las virtudes con tanta insistencia y atención como si ahora empezara de nuevo y desde el principio. Viva con tal moderación que, si se le concediera vivir muchos años más, le quedaran todavía fuerzas suficientes para servir a Dios.

FRAY JUAN JUSTO LANSPERGIO



**CARTAS DE JESUCRISTO AL
ALMA DEVOTA Y OTROS
ESCRITOS**

JUAN LANSPERGIO

Páginas: 268 Precio: 20,00 €

ISBN: 798-84-8260-245-5

Esta carta del cartujo alemán Juan Lanspergio (1488-1539) enseña a vivir en Dios con rectitud y santidad. La carta de Jesucristo es una figuración de este maestro espiritual, utilizada para ofrecer una serie de consejos que ayudan a mantener la profundidad espiritual



www.sanestebaneditorial.com

POESÍA

A veces me pregunto si soy solo silencio¹

A veces me pregunto si soy solo silencio
porque solo me encuentro cuando sola y callada.
Sé que dentro se alzan palomas y recuerdos
y por dentro me visto mi túnica más niña.
Poseo un corazón con un granado en llamas
que arde en el Universo alocado en sus sienas.
Tengo la piel templada de caricia amorosa
y un pensamiento blanco que todo lo transmuta.
A veces, tengo sueños dormidos y despiertos
que porfían inquietos por subirse a mis olas.
Detrás de tu mirada, a veces, tengo miedo
de volarme desnuda en indeciso espacio.
Y es cierta tu ausencia. Te encuentro en el silencio
porque en silencio veo tu rostro y yo le amo,
y te sigo y te nombro y soy río que rueda
y se hace grande, grande, inmensidad, océano,
y allí, como un espejo que refleja la vida
me fundo, nos fundimos, y emprendemos el vuelo.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de: ISABEL DÍEZ SERRANO, *Las horas detenidas*, Cardeñoso, Vigo 1998, p. 33, I Accésit Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística 1996

Bibliografía

SOR MARÍA DEL MAR CASTRO MALO, O.P., *Ofrenda a santa Rosa de Lima*.

Alcalá de Henares 2012. 390 pp.

Al poco de morir santa Rosa en Lima apareció una biografía del dominico fray Pedro de Loaysa. Asimismo, son abundantes los testimonios que se recogieron en los procesos de beatificación y canonización de la santa por personas que la conocieron bien. Su biografía, pues, está bien documentada. Sor María del Mar ha acudido a las fuentes para presentar una nueva biografía de santa Rosa, a la vez rigurosa y emotiva. Escribe desde la admiración por la santa, sin que la admiración la derive del rigor histórico: se aportan abundantes testimonios de biógrafos anteriores.

Es un bello libro que refleja, con el mismo estilo narrativo, el talante de santa Rosa: si no fuera sobre ella podía haber sido escrito por la misma santa. Sor María del Mar lo ha conseguido –entiendo– porque ella misma está impregnada de la sensibilidad espiritual, en general humana, de la santa limeña. Su excepcional figura hace que el fiel relato de su vida, de su entorno, esté cargado de interés.

Santa Rosa desde su ermita se relacionó con personajes de la Lima de entonces y también con el pueblo sencillo. Viviendo era tenida por santa por unos

y otros. Al poco de morir las autoridades de la Orden inician el proceso de beatificación, como respuesta a un clamor popular. Sólo leyes que vinieron de Roma, que exigían que pasaran años para proceder a la beatificación, retrasaron el acontecimiento cincuenta años: fue beatificada en 1668; su canonización tuvo lugar tres años después. Patrona de América, la santa más venerada del continente, se ve reflejada con acierto y cariño en este libro de Sor María del Mar.

Felicito a la autora y recomiendo vivamente la lectura del libro.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Salamanca (España)

BONIFACIO FERNÁNDEZ Y FERNANDO PRADO (eds.), *Vida evangelizadora y evangélica. Vida consagrada y nueva evangelización.*

Publicaciones Claretianas, Madrid 2012. 357 pp.

Este libro recoge las actas de la XLI Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada. Su objetivo es ayudar a los religiosos a situarse en la realidad española actual, con sus pros y sus contras, y aportar buenas ideas –bien fundamentadas– sobre cómo constituir en ella comunidades religiosas que vivan el Evangelio y puedan predicarlo. Dada la creciente globalización que estamos viviendo, consideramos que buena parte de lo que se dice en este libro puede ser aplicado a todo el mundo, no sólo a España.

Consta de tres capítulos: 1. «Centralidad de la misión evangelizadora», que recoge un interesante ar-

título de Santiago Guijarro sobre las bases sobre las que se apoyaba la evangelización en las primeras comunidades cristianas; 2. «Los actuales desafíos de la evangelización», en el que destaca el artículo de Carmen Román Martínez, donde da una visión panorámica muy completa de la evangelización de san Pablo, y el artículo de Pedro Belderrain, que analiza cómo ha cambiado la realidad socio-religiosa española en los últimos cincuenta años y aporta datos estadísticos muy reveladores; 3. «Comunidades evangelizadoras en misión compartida», donde cabe resaltar el artículo de Francesc Torralba sobre cómo comunicar el Evangelio en la sociedad actual; y 4. «El cuándo y dónde de la evangelización».

Entre los otros autores que no hemos citado, consideramos que son de gran interés las aportaciones de las superiores generales que participaron en este congreso, pues recogen el sentir compartido de sus Institutos religiosos y su propia experiencia personal.

Las ideas más relevantes que hemos sacado en claro son las siguientes: la sociedad actual es muy diferente a la de hace varias décadas y ello ha de tenerse muy en cuenta si queremos vivir en verdad el Evangelio en nuestras comunidades y, sobre todo, si queremos que nuestro testimonio y predicación llegue a la gente. Es preciso conocer bien los valores y forma de pensar de aquellos a los que queremos comunicar la Buena Noticia, pero también es muy importante considerar que la base de la evangelización sigue siendo la misma que siempre ha funcionado desde las primeras comunidades cristianas, por ello: debemos pasar del Evangelio predicado al Evangelio explicado;

junto a la fe creída, es preciso pasar a la fe vivida; hay que continuar con el crecimiento y consolidación en Cristo de los creyentes y las comunidades; y es bueno establecer una formación sólida y continua que ayude a los creyentes a progresar en el camino de la perfección siempre buscada (cf. p. 86).

En conclusión, creemos que este libro puede aportar mucho a todos aquellos religiosos preocupados en tener «los pies en el suelo».

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU, *El evangelio de la amistad en Carlos de Foucauld*.

Editorial Desclée de Brouwer, 2011. 160 pp.

José Luis Vázquez Borau nos presenta una nueva reflexión sobre la siempre interesante y atractiva vida del P. Foucauld. No creo que sea necesario recordar la apasionante biografía de este gran converso francés asesinado en medio de la soledad de las arenas del desierto sahariano a manos de un grupo guerrillero islamita. Hay numerosas biografías que nos lo cuentan con detalle, sobre todo el proceso de su conversión e identificación con Jesús, y su generoso compromiso evangelizador. «Tan pronto como creí que había un Dios –nos dice el recién convertido Carlos Foucauld–, comprendí que no podía hacer nada más que vivir para él. Mi vocación religiosa data del mismo momento que mi fe».

Después de esta intensa experiencia personal que durante unos años vive en el anonimato de una vida oculta «al estilo de Nazaret», inicia una nueva etapa de «misionero solitario» entre los tuaregs, habitantes aislados y seminómadas, en las inconmensurables arenas del desierto sahariano. Tarea nada fácil, no sólo por la dureza del hábitat y la climatología del Sahara, sino también por la gran dificultad de llegar al mundo islámico-tuareg, muy cerrado en sus tradiciones, y con una gran desconfianza a cualquier relación con personas procedentes de las potencias colonizadoras europeas.

Vázquez Borau recoge las claves evangelizadoras del P. Foucauld: 1º) Preparar el terreno en silencio por la bondad. 2º) Manifestar a alguien una amistad enteramente desinteresada, amándole por sí mismo, sin intentar convencerle o traerle a la fe, aunque, desde luego, sin ocultarle nuestra fe –ésta puede ser a menudo la única manera de revelarle la plenitud del amor que reside en Dios–. 3º) Mi apostolado debe ser el apostolado de la bondad. Viéndome se deben decir: «Si esta persona es buena, su religión debe ser buena». Si me preguntan por qué soy amable y bueno, debo responder: «porque soy servidor de un bien más grande que yo. ¡Si supieseis como es de bueno mi Maestro Jesús!».

Pensamos que la lectura de *El evangelio de la amistad*, de donde hemos recogido este pequeño resumen de las claves evangelizadoras del P. Foucauld, puede ser muy útil para los que tratamos de anunciar el mensaje evangélico en una sociedad secularizada,

encerrada sobre sí misma e indiferente a todo aquello que trascienda la realidad material y sensible.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
La Peña de Francia (España)

FRIEDEMANN SCHULZ VON THUN, *El arte de conversar. Psicología de la comunicación verbal*.
Editorial Herder, Barcelona 2012. 355 pp.

El autor es psicólogo y fue profesor en la Universidad de Hamburgo. Con este magnífico libro, trata de ayudarnos a mejorar nuestra capacidad de comunicación en la conversación verbal con otra persona. Esto es muy importante para todos aquellos que en su trabajo o labor pastoral tienen que entablar diálogos. Nos referimos a acompañantes espirituales, sacerdotes, psicólogos, maestros de escuela, etc.

Lo que hace este autor a lo largo del libro es descomponer la comunicación entre dos personas en sus cuatro elementos más importantes: el *contenido objetivo*, con el fin de que la comunicación sea comprensible; la *relación*, para que el trato a la otra persona sea el correcto; la *autoexposición*, para dar una imagen auténtica de nosotros mismos a nuestro interlocutor; y la *incitación*, con el objetivo de controlar la respuesta que pretendemos obtener de nuestro interlocutor y evitar que intentemos, por ejemplo, manipularle. Asimismo estudia los problemas e interferencias que acontecen en el proceso de comunicación. Para ello se apoya en la psicología humanista de Carl Rogers y en la psicología individual de Alfred Adler.

Se trata de un libro con un alto contenido teórico pero explicado de un modo muy didáctico, con muchos ejemplos prácticos, dibujos y esquemas.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MARGARITA DE LA CRUZ ESQUIVEL Y PONCE DE LEÓN, *Desde la clausura carmelita*,
Editado por la Diputación de Huelva, 2012. 320 pp.

El carmelita segoviano, Balbino Velasco Bayón, doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, ordenado sacerdote en 1948, con un amplio y sustancioso bagaje de publicaciones históricas, buena parte de las cuales referentes a la historia carmelitana, ha tenido la feliz idea de publicar los escritos de Sor Margarita de la Cruz Esquivel y Ponce de León, monja carmelita, que ingresó en el convento carmelitano de clausura de Villalba de Alcor (Huelva) el año 1713, permaneciendo en él hasta su muerte acaecida en 1747.

El manuscrito de Sor Margarita de la Cruz recoge en sucintas y breves reseñas las vidas de más de cincuenta monjas que vivieron en el monasterio de Villalba de Alcor, durante los siglos XVII y XVIII. «*Detrás de esta obra –nos hacer notar Balbino Velasco– hay una mujer cultísima del siglo XVIII, que la convierte en una excepción de la época*». Se trata de una monja investigadora, que manejó los libros manuscritos del archivo conventual, de profesiones, necrologios y algunos borradores biográficos redactados anteriormente, aunque

la principal fuente de información fue la tradición oral que en los conventos de clausura se mantiene viva por generaciones y generaciones.

Creemos que la lectura de estas pequeñas biografías donde se nos relata *con gráficas pinceladas las vidas de las monjas de vida ejemplar y santa*, es de gran interés, y de un merecido reconocimiento hacia esas grandes mujeres, que escondidas en el gran anonimato de un convento de clausura han desarrollado una intensa y heroica vida espiritual.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

RICHARD ROHR, *La Biblia y su espiritualidad*.
Editorial Sal Terrae, Santander 2012. 249 pp.

Richard Rohr es un franciscano estadounidense conocido por fundar la Comunidad Nueva Jerusalén y el Centro para la Acción y la Contemplación, en los que promueve una espiritualidad monista en la que se unen íntimamente la acción y la contemplación. Así, define la tradición judeo-cristiana como «*un encuentro integral entre un cognoscente interior, accesible por medio de la oración, y el cognoscente exterior, al que podríamos llamar Escritura y tradición*» (p. 121).

En este libro comparte con los lectores aquello que, según él, Dios nos dice en nuestro interior por medio de las Sagradas Escrituras. Para ello, capítulo a capítulo, va abordando temas importantes que están presentes en la espiritualidad bíblica: el pecado, la presencia de Dios, el bien y el mal, etc. Y lo hace de

un modo muy fluido, pues los temas están interconectados unos con otros, conduciéndonos hacia la unión con Dios.

El P. Rohr escribe muy bien. Es un hombre culto, con una gran facilidad de palabra y muy ingenioso. Además de la Biblia y la teología, maneja mucho la psicología. Si bien cita a numerosos autores, le da mucho valor a lo que él considera que Dios le dice en su interior. El resultado es un libro entretenido e interesante en el que anima al lector a plantearse importantes interrogantes sobre Dios y su relación con Él y con los demás.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ (ed.), *365 días con Agustín de Hipona*.

Editorial San Pablo, Madrid 2012. 520 pp.

El autor es sacerdote de la Sociedad de San Pablo. En este libro ha recogido 365 textos de san Agustín para meditar –personal o comunitariamente– cada día del año. Los ha escogido pensando en que sean acordes al tiempo litúrgico o al santo del día. Antes nos ofrece una magnífica Presentación, en la que nos habla del transcurrir espiritual de san Agustín a lo largo de su vida, haciendo hincapié en su proceso de conversión y en su desarrollo cristiano posterior. En dicha Presentación, además, intercala un breve comentario de las dos obras más significativas de san Agustín: *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios*, de las

que el P. José María toma muchos de los textos de las meditaciones.

El gran valor de la espiritualidad de san Agustín está en su carácter afectivo. Es un hombre que buscó denodadamente el amor de Dios hasta que lo encontró en el seno de la Iglesia. San Agustín, gran conocedor del interior humano, considera que el amor es la dimensión fundamental de la persona, pues nos lleva a la unión con Dios.

Este libro es, en definitiva, una buena obra para meditar diariamente, con textos breves y sencillos, con la belleza y profundidad propias de san Agustín.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ANSELM GRÜN, *El espacio interior*.

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao, 2012. 114 pp.

Este conocido monje benedictino alemán nos habla en este libro sobre la dimensión interior del ser humano desde diferentes puntos de vista: la oración, el amor, el cuerpo, la mística, los ritos, la psicología, etc. Y lo hace en escuetos y amenos capítulos de fácil lectura. Se apoya en diversos autores: Evagrio Póntico, santa Hildegarda de Bingen, santa Teresa de Jesús, Carl Jung, Karlfried Dürckheim, Ernesto Cardenal, etc., así como en las Escrituras. También comparte con los lectores algunas experiencias personales.

Grün define el espacio interior como ese lugar que hay dentro de nosotros donde reina la paz y el amor.

Es esa dimensión interior en la que Dios habita en nosotros: «*Cuanto más espacio doy en mí al Espíritu de Dios, tanto más entro en contacto con el gozo que hay en mí, independientemente de la situación exterior o interior en la que ahora me encuentro. Esto me da una sensación de libertad. La alegría que hay en mí es, en definitiva, divina*» (p. 29).

Este libro ayuda a conocer, reflexionar y contemplar nuestra interioridad. Se trata de una lectura espiritual muy recomendable para hacer unos ejercicios espirituales personales.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ANTONIO PAVÍA (ED.), *Los Salmos*
Editorial San Pablo, Madrid 2012 (2ª edición). 405 pp.

Tras publicarlo en 2004, la editorial San Pablo ha vuelto a reeditar este sencillo librito de bolsillo para todo aquel que quiera conocer y orar los salmos sin grandes complicaciones, pues nos ofrece el texto íntegro de los 150 salmos bíblicos, precedidos cada uno de ellos por una pequeña y profunda introducción en la que se nos explica resumidamente la temática espiritual del salmo y su conexión con el Nuevo Testamento. Dichas introducciones y el prólogo del libro son obra del P. Antonio Pavía, misionero comboniano, autor de otras obras divulgativas de materia bíblica.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La acedia y la vida monástica

A finales del siglo IV llegó al desierto egipcio un joven, llamado Andrés, procedente de un lejano país, para poder cumplir su gran deseo: ser monje anacoreta. Desde que leyó la *Vida de Antonio* –escrita por san Atanasio, patriarca de Alejandría– no tenía otra cosa en la cabeza que dejarlo todo para unirse enteramente a Dios en la soledad del desierto.

Su obispo le recomendó que se incorporara a la colonia de anacoretas que estaba bajo la guía espiritual del anciano Mlesio. Así lo hizo Andrés: tras desprenderse de todo (trabajo, familia, posesiones, amigos, casa...), emprendió un largo y arriesgado viaje por el desierto egipcio. Cuando llegó a la colonia, buscó la cabaña donde vivía aquel monje, se arrodilló ante él y le pidió ser su discípulo.

El anciano escuchó con detenimiento todo lo que aquel joven tuvo a bien decirle, y decidió aceptarle como discípulo. Así que le llevó a una cabaña en la que había vivido otro monje –recientemente

fallecido— y le dijo que esa iba a ser su vivienda hasta la muerte, salvo que la divina Providencia dictaminase otra cosa.

Andrés se integró con ilusión en la colonia y aceptó con gran interés y esfuerzo todo lo que su padre espiritual le indicaba. Su vida consistía básicamente en permanecer en su cabaña orando y fabricando cestos casi toda la semana. Desde el sábado por la tarde hasta el domingo a medio día Andrés se reunía con el resto de la colonia de anacoretas en una gran cabaña central en la que todos escuchaban las charlas espirituales del anciano Milesio, oraban juntos, celebraban la Eucaristía y compartían una alegre y austera comida. Y así se hacía siempre, sin apenas variaciones, semana tras semana, con el fin de que los monjes pudiesen dedicarse por completo a Dios.

Pero, al cabo de unos meses, a Andrés se le hacía cada vez más difícil permanecer en la cabaña. Sobre todo a medio día, pasando un calor asfixiante, cuando ya habían pasado muchas horas desde que se había levantado y aún le quedaban otras tantas antes de acostarse. Entonces en su interior sentía un aburrimiento atroz, que le hacía experimentar una profunda tristeza. En esos momentos se le venían a la cabeza multitud de cosas «útiles» que podría estar haciendo en vez de estar orando y tejiendo cestos.

El anciano Milesio ya le había advertido contra esa tentación llamada «acedia». Y también le había dicho que hasta que no la venciese y se sintiese a gusto en la monótona rutina de la vida monástica, no sería un monje maduro.

Pero Andrés no aguantó más y decidió dirigirse todos los días a un inhóspito cruce de caminos que había a varios kilómetros de la colonia, para prestar su ayuda a los viajeros que por allí pasaban, sobre todo cuando se trataba de presos que eran trasladados en condiciones deplorables para trabajar en las minas del Emperador. Curiosamente, el anciano Mlesio le dio libertad y le dejó que hiciera aquel servicio, salvo los sábados y los domingos.

Andrés pensaba que eso daba más sentido a su vida y, además, no se aburría «perdiendo el tiempo» en la cabaña. Pero, pasado un tiempo, comenzó a reflexionar sobre qué sentido tenía estar haciendo aquello a cientos de kilómetros de su pueblo, cuando en él también había gente que necesitaba de su ayuda. Así que se despidió de la colonia, regresó a su pueblo y se puso a atender a enfermos y ancianos desamparados.

Sin embargo, pronto comenzó a pensar: ¿por qué voy a perder el tiempo ayudando a esta gente, cuando tengo toda una vida por delante? Así que hizo lo posible por recuperar todo lo que había dejado antes de marchar al desierto y volvió a su vida anterior. Pero al cabo de unos meses comenzó a sentir en su interior que esa vida que había recuperado no tenía ningún sentido, y volvió a anhelar ardientemente poder unirse a Dios en aquella solitaria cabaña del desierto, a pesar del aburrimiento y el calor. Así que volvió a dejarlo todo, regresó a la colonia de anacoretas y allí se presentó ante el anciano Mlesio. Este le dijo:

«Andrés, hace aproximadamente dos años, lo dejaste todo y te presentaste ante mí diciéndome que querías

vencer todo aquello que te alejaba de Dios para así poder unirse a Él. Esa es la esencia de la vida monástica, por eso te acepté en la colonia de monjes. Te advertí que pronto recibirías ataques del “demonio” de la acedia. A pesar de ello sucumbiste ante él y dejaste tu cabaña. Ahora regresas, pero la acedia sigue habitando en tu interior. ¿Qué piensas hacer?». Andrés le contestó: «Lo que usted quiera, maestro».

Éste le dijo: «La acedia es una tentación fortísima que muy pocos pueden vencer, pues necesitan una gracia especial para hacerlo. Pero Dios se la concede a aquellos que llama a la vida monástica. Ahora te pido que pienses: ¿sigues queriendo unirse enteramente a Dios?». Sin dudarle un segundo, Andrés contestó afirmativamente.

«Bien –continuó diciendo el anciano–, pues has de esforzarte en tomar conciencia de estas verdades: Dios es eterno. Por Él no pasa el tiempo. Y por su Reino de amor tampoco. Cuando mueras y resucites a la otra vida, te sumirás en un eterno y pleno amor que no tiene fin. Pues bien, la vida monástica es un anticipo –imperfecto– de esa experiencia de eternidad.

Ahora te digo: cuando estés en tu cabaña trata de sumergirte interiormente en el Reino del amor eterno. Haz un esfuerzo por aceptar en tu interior el ritmo del suave devenir impuesto por Dios a toda su creación. No trates de forzar nada ni de imponer tu voluntad. Sólo has de dejarte llevar por Dios, que habita en ti. Y, así, poco a poco Dios te hará sentir que tu vida tiene pleno sentido. Y tanto te gustará esta vida, que entonces serás

tú el que no quiera salir de la cabaña, porque ella será tu «Paraíso».

Mi querido Andrés: grandes y misteriosas maravillas son las obras que hace Dios por medio del alma contemplativa de los monjes, porque la oración todo lo puede [Mt 21,22]».

Andrés regresó a su cabaña y oró con todo su corazón para que Dios le ayudara a introducirse interiormente en el pausado ritmo del amor eterno.

Sufrió enormes tentaciones, pero Dios le ayudó a vencerlas. Con el tiempo llegó a ser un gran padre espiritual y tomó plena conciencia del sentido de la vida monástica y de las inefables maravillas que hace la oración. Ayudó a muchos a unirse con Dios y vivió en una profunda paz.

Dijo el Señor en el hogar de Betania:

*«Marta, Marta, andas inquieta
y nerviosa por tantas cosas;
pero sólo una es necesaria.
María ha escogido la mejor parte» (Lc 10,41-42).*

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Sobre el envejecimiento, la enfermedad y la muerte

Reflexiones sobre la enfermería dominicana de Villava

La enfermería de Villava, Navarra, atiende a los enfermos de nuestra Provincia dominicana de España. Es, quizás, el servicio más humano, fraterno y compasivo para nuestros hermanos que se encuentran en situación delicada. El esfuerzo económico de la Provincia es digno de la mejor de nuestras causas de la Orden y nace de ese espíritu fraterno en favor de nuestros enfermos.

Quisiera exponer una serie de reflexiones en torno al cuidado y mantenimiento de la Enfermería. El día 1 de agosto de 2010 nos hicimos cargo de la responsabilidad de la enfermería. Como todos saben, el equipo lo integramos: fray Juan José Larrañeta, fray Miguel Ángel Fuertes, fray Félix Sanzberro y fray José Antonio Reyero.

En el transcurso de estos dos años y cinco meses han fallecido en Villava QUINCE HERMANOS, con sus vidas, sus agonías y sus encuentros en la Casa del Padre.

Cuando un hermano muere, algo se desgarrar en nuestro interior porque se nos ha ido un amigo, un compañero, un profesor, un hermano. Puedo afirmar

que a esto no nos acostumbramos. Es, quizás, la parte más dura para nosotros. Sin embargo, existe la satisfacción de un deber cumplido. El poder estar presente en el momento último en donde despedimos a un ser querido es motivo de alegría. Sólo nos queda, por lo menos a mí me sucede, dar gracias a Dios por la vida de estos queridos hermanos que se entregaron íntegramente a Dios a través de nuestra Orden. Sin lugar a dudas ellos velan por nosotros en ese cielo prometido.

En mis largos años de misión en la selva peruana puse gran empeño en trabajar en el área de salud. Creamos hospitales y postas médicas. Traje personal médico para organizar esta gran labor. Nos encontramos con variedad de enfermos: niños, jóvenes, adultos y ancianos. Sobre estos últimos, algo aprendí y se me quedó grabado: *aunque el área cognitiva esté muy deteriorada, el área afectiva se mantiene hasta el final*. De ahí la importancia de que, aunque tu hermano no entienda y no sea capaz de comprender lo que le dices tú, le has de demostrar afecto, cariño y ternura en todo momento. ¡Cuánto me gustaría que estas muestras de delicadeza las tuviéramos con nuestros enfermos! Se lo merecen. Y por encima de todo, sembrar alegría en medio de las tristezas y soledades. Es fácil decirlo, pero es difícil su cumplimiento.

LUCES QUE ILUMINAN EL ESPÍRITU DE LA ENFERMERÍA

Acogida

Debemos tener capacidad de acogida para los hermanos enfermos que llegan a Villava. Esta capacidad de acogida está envuelta en diversas comprensiones:

- a) Vienen a un convento nuevo y sienten que han sido desgajados de su convento de origen.
- b) Llegan con dos clases de limitaciones: la corporal, debido a la enfermedad; y la anímica porque, con frecuencia, se encuentran abatidos.
- c) Los hay agradecidos: anhelan venir a la enfermería y muestran, en todo momento, su gratitud.

Es lógico pensar en el gran esfuerzo que todos debemos desarrollar para que nuestros enfermos encuentren el calor que necesitan.

Ternura

Nunca sabremos lo suficiente aquello que el corazón siente ante gestos delicados por parte del personal que atiende a nuestros enfermos. Es posible que no haya rasgos externos por parte del paciente. No importa. Ante una caricia, un mimo, un beso, estamos convencidos que el alma del enfermo se siente confortada.

En este sentido, estamos de suerte. El personal que trabaja con nosotros sigue dando muestras del enorme cariño que despliega durante las 24 horas del día y de la noche a favor de las personas con cualquier tipo de limitación.

La virtud de la paciencia

Si entrásemos en los sentimientos de nuestros enfermos podríamos comprender sus estados de ánimo.

Muchos de ellos, anclados en sus sillas de ruedas, ven pasar los días sin esperanza de recuperación. Se encuentran tan incapacitados que necesitan atención en situaciones límites: levantarles de la cama, asearles, ayudarles a ir al baño, darles la comida en la boca porque ya no se valen por sí mismos. No es de extrañar que tengan desajustes, a veces con incomodidad, para sus cuidadores y cuidadoras. Es, en estos momentos, cuando más necesitan de nuestra paciencia, comprensión y cercanía.

Atención espiritual

La enfermería de Villava es una enfermería religiosa porque así lo son todos sus pacientes. Creo que la ambientación de sus instalaciones es una invitación hacia el recogimiento y la piedad. Tenemos dos momentos fuertes de oración:

- a) La Eucaristía que se celebra diariamente a las 11 de la mañana.
- b) El rezo del Santo Rosario, a las 17 horas.

El director acompaña todos los días en el rezo mariano. Con frecuencia, en situaciones graves, administramos el Sacramento de la Unción de Enfermos.

Acompañamiento en los hospitales

La enfermería dispone de un grupo selecto de personas que acompañan día y noche a nuestros enfermos que son internados en un hospital por razones

de gravedad. Durante la estancia en el hospital, en turnos de ocho horas, los cuidadores y cuidadoras están al lado del enfermo.

La presencia de nuestros cuidadores ofrece un consuelo grande para los pacientes. Creo, por lo que he podido constatar, que pocos Institutos religiosos poseen este servicio tan cristiano y humano. Es una bendición de Dios, presente en los que sufren.

Rehabilitación de los enfermos

El día 11 de septiembre de este año 2012 se cumplió uno de los anhelos que deseábamos hace tiempo. Desde ese día el joven Pablo Alonso, fisioterapeuta, se encarga de la rehabilitación de nuestros enfermos: todos los días, de lunes a viernes, por espacio de dos horas (17,30 a 19,30), él dirige las sesiones de los enfermos que lo requieren. Es una gran satisfacción la respuesta generosa de nuestros hermanos.

ENVEJECIMIENTO Y ENFERMEDAD

Diferentes formas de envejecer

Toda comunidad tiene como prioridad el acompañamiento de sus frailes en su proceso de envejecimiento, enfermedad y muerte.

Envejecer es un proceso fisiológico normal. Lo patológico y anormal es morir joven; pero evidentemente hay formas y formas de envejecer, en gran medida condicionadas por el quehacer de la ciencia y

la técnica de la medicina actual. Todos y cada uno somos producto de la interacción entre la base genética que nos transmitieron nuestros padres y las innumerables relaciones con el entorno que recibimos, desde las primeras fases de nuestra vida embrionaria hasta la muerte.

Se envejece como se vive. Existen mil formas de «ser mayor»: el anciano irritable y el anciano paciente; el pesimista y el optimista; el receloso y el confiado; el crispado y el adaptado; el egoísta y el generoso; el que se autoculpabiliza y el que confía en el perdón.

Cualidades genéticas

Observamos que en nuestras comunidades hay frailes con una muy buena condición genética adaptada al medio, o mejor dicho a los distintos medios y ambientes en los que han vivido, gracias a lo cual no tienen daños especiales y gozan de un envejecimiento físico, psíquico, social y espiritual extraordinario. Todos conocemos a algunos de ellos.

Igualmente conocemos personas cuya condición genética no es tan buena. Se trata de frailes que desde su nacimiento portan genes que van a condicionar, por ejemplo, un colesterol alto o un mayor riesgo de infarto de miocardio, o genes asociados con distintos cánceres o que van a tener un riesgo alto de padecer enfermedades serias: coronarias, insuficiencias y procesos neurodegenerativos como el Alzheimer. Es digno de tomarlo en cuenta.

Proceso de envejecimiento

Hoy, «gracias» a la medicina moderna hemos conseguido alargar la vida para llegar a esa muerte natural, senil.

Sin embargo, podemos contemplar que, con frecuencia, se muere después de años de sufrimiento igualmente senil pero, por ejemplo, con un ictus, una hemiplejía, una neoplasia sin foco primario o una demencia degenerativa.

¿Qué ocurre hasta llegar ahí? En la vida familiar existe un estado ansiado: la jubilación. En la vida de comunidad religiosa hay frailes que se jubilan antes de tiempo. También los hay que, de modo admirable, trabajan hasta el final de sus días. Para otros, el envejecimiento supone el paso a un segundo plano, a una falta de protagonismo social y personal, a un duelo que puede tener un tinte depresivo, de pérdida de autoestima, de abulia y de cansancio moral y espiritual. Y tenemos aquellos otros, los más necesitados, a quienes distintos tipos de enfermedad les han dejado postrados. A éstos les solemos llamar «enfermos asistidos».

Necesidades espirituales

La «salud» (según la OMS) se define como el estado de completo bienestar físico, psíquico y social y no solamente como la ausencia de enfermedad.

Recientemente, en los textos y artículos de Cuidados Paliativos, a estos tres ámbitos (físico, psíquico y social) se añade cada vez con más énfasis la atención

a las necesidades espirituales del paciente, cosa que, si se considera importante frente a los enfermos terminales, no lo es menos para cualquier ser doliente en general.

Los frailes, desde la infancia, hemos sido «en cierto modo» desarraigados de nuestra familia de sangre. Hemos consagrado nuestra vida a los demás a través de la vocación religiosa. Pertenece a una nueva familia. Pero, en ocasiones, llega el sufrimiento de la soledad afectiva: porque se ha perdido la experiencia vital de vida familiar en el convento. Ello convierte al fraile en una persona vulnerable, sobre todo si no ha sabido prepararse para ello. Nos referimos a ese nuevo estado de jubilación natural o forzada donde podemos tener de todo, pero estamos faltos de afecto, cariño, cordialidad y simpatía.

En nuestra opinión, creemos que esta faceta no se ha cultivado en el convento. Ahora, en la vejez y enfermedad se hace más notoria esa carencia. Urge una acción efectiva a nivel personal y comunitario para que, entre todos, generemos estilos de vida más solidarios y fraternos.

Confianza en Dios

Ansiamos una salud en lo espiritual, liberándonos y liberando a nuestros hermanos de tantos escrúpulos, y acompañándolos camino del cielo eterno donde ya no hay llanto ni gemido. Eso, que tantas veces predicamos, hemos de hacerlo vital para nosotros mismos.

Este «chasis» corpóreo, que llevamos puesto, viene con fecha de caducidad: pero nuestra capacidad como hijos de Dios no tiene caducidad, es eterna. No cabe ninguna duda de que habrá habido frailes endebles en lo moral y espiritual, pero eso no es lo común.

Es del todo necesario aceptar con realismo la nueva situación y adoptar una postura abierta y positiva en esta última etapa de la vida, etapa en la que, según Tagore, «*se depende más de los vientos que de los remos*».

Creemos en la misericordia del Padre y su amor infinito a todos. La comunidad religiosa debe ser escuela, no sólo de humanidad y afecto sino también de aprendizaje a saber morir con la dignidad de una vida llevada con espíritu de fe, esperanza y amor. Trabajemos en ello.

Una peregrinación del corazón

En la Orden dominicana nos han enseñado muchas cosas: la vida fraterna, la convivencia, la ayuda mutua, la atención a los hermanos desvalidos, la prioridad de la comunidad por encima de intereses personales, etc. Pero no nos enseñaron el difícil arte de preparar a los hermanos en la salida final de este mundo.

Cuando vemos al hermano que se debate entre la vida y la muerte, cuando observamos la cruda realidad: una persona humana inconsciente que no habla, que no puede expresarse pero, a lo mejor, escucha lo que se le dice al oído, algo se remueve en nuestro interior.

Somos peregrinos desde el día que nacemos. Nuestra peregrinación ha estado marcada por la actividad

y el ruido externo. En la vejez y en la enfermedad emprendemos la singular peregrinación del corazón. Podemos mirar hacia dentro, escuchar las aspiraciones más nobles y los deseos más humanos para llegar a lo profundo del misterio. Ahí, en el fondo de la existencia humana, nos encontramos con el Dios de la Vida, fuente y destino último de nuestro ser.

Aceptación

En la presente reflexión sobre envejecimiento, enfermedad y muerte, mi personaje admirable es el gran Moisés. Cuando subió al monte Nebo y en frente de la tierra prometida Yahvé le dijo: *«Ahí tienes la tierra prometida que juré dar a Abraham, Isaac y Jacob. Te la hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella»* (Dt 34,4), esta fue la respuesta de Moisés: aceptación.

Podría él mismo preguntarse: «Después de tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tantas penalidades ¿Mereció la pena?». Sin embargo, ni una pregunta, ningún reclamo. Sólo la aceptación como respuesta a la fidelidad. Moisés enseñó a su pueblo a aprender a morir. Moisés no entró en la tierra prometida, pero su espíritu quedó para siempre en el pueblo.

CONCLUSIÓN

Algo vislumbro en esta actitud de Moisés. Van muriendo nuestros hermanos, aquí, en Villava. Nos dejan, pero algo queda en nuestras mentes y en nuestro corazón: es el espíritu de aquellos que conocimos y

que nos dieron muestras, en vida, de la entrega, sacrificio y holocausto.

Esto es lo que nos anima: acompañar a nuestros «mayores», atender con dulzura a nuestros enfermos y ayudar a bien morir. O, en otras palabras, ayudar a morir con la dignidad cristiana y religiosa que Dios nos regaló.

Termino con las palabras de nuestro Humberto de Romans (ca. 1200-1277): «*No hay mayor misericordia que la que se dirige hacia los enfermos, ya que nuestros ancianos y enfermos deben ser tratados con todo el cariño*» (*Opera de Vita Regulari* 1,205; II,304).

Estamos abocados a este servicio fraterno.

MONS. JUAN JOSÉ LARRAÑETA, O.P.
Villava (España)



MARÍA.
Un don de Dios y una existencia de fe

Autor:
Miguel IRIBERTEGUI ERASO

Colección: **TRAZOS**

Precio: 10,00 €

Páginas: 136

Año: 2005

ISBN: 84-8260-155-5



www.sanestebaneditorial.com

Quedéme...

*«Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre el Amado
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado».*

San Juan de la Cruz, *Noche Oscura*, canción 8

«QUEDÉME»

Es sólo el comienzo pero, antes, es preciso llegar allí. Uno necesita poder quedarse porque sabe que «quedéme» es el principio de un anhelo que no tiene fin. El camino de acercamiento a este inicio es terriblemente duro, se hace infinito, se sienten ganas de abandonar porque las fuerzas flaquean pero, si uno se ha puesto en camino, la oscuridad que implica ese «quedéme» está envuelta en una luz tan luminosa que atrae ciegamente y es imposible detener ese caminar hacia la aventura que implica poder quedarse, parar, detenerse, descansar, haber encontrado el refugio que ofrece seguridad, descanso, paz, felicidad.

Sólo se queda uno voluntariamente allí donde sabe que está o estará bien, se haya pasado o no por la experiencia del camino. Quedarse, cuando uno está cansado del esfuerzo de andar, puede ser, en sí mismo, una meta. Ahí cesa todo, hasta el pensamiento. Se cierran los ojos y no apetece nada a excepción de

ESTAR «quedo», en silencio, arropado por esa oscuridad contradictoria que nos protege.

¡Qué enormes deseos de poder decir «quedéme», con todo lo que ello implica! ¿Huida de este mundo? ¿Deseos de satisfacer ese anhelo de amor protector que nos consume? ¿Haber encontrado el comienzo del sentido de nuestro fugaz paso por esta vida? Lo ignoro, pero ansío lograr hacer realidad en mí el estado que significa «quedéme».

«Quedéme» es estar ya allí, en brazos protectores que te estaban esperando extendidos, que te consuelan, que te hacen olvidar las penalidades, sufrimientos y esfuerzos de la pedregosa y estrecha senda que con generosidad llamamos «camino». Poder quedarse significa ser aceptado aunque se llegue en condiciones deplorables.

¡Qué descanso poder permanecer, aunque sólo sea por unos minutos, en este refugio que no nos puede ofrecer el mundo...!

El sueño de toda una vida se podría alcanzar con sólo poder gozar del «quedéme» ¡Qué logro!

«Quedéme», no obstante, es el primer escalón del ascenso a la unión mística con Dios. Una vez detenidos, parados en sus brazos, protegidos, retenidos, amados, ¿qué más se puede desear? La lógica nos dice que la consecuencia de este inesperado pero ansiado descanso es olvidarse, olvidarse de uno mismo, de todo lo que se ha dejado atrás y de todo lo que nos rodea, un estado como de no-existir carente de toda sensación o sentimiento hasta ahora experimentado pero, al mismo tiempo, un estado muy vivo y gozoso. Algo inexplicable por desconocido, por su plenitud de paz, algo

tan extremadamente ignoto que ni siquiera te deja gozar –porque lo sobrepasa– el estado de «quedéme».

«QUEDÉME Y OLVIDÉME»

Es la llegada a puerto del navío que ha estado a punto de zozobrar en la tempestad del océano y cuyo capitán no ha podido todavía asimilar ni comprender su hazaña, pero que reconoce que esta experiencia era inimaginable, y lo son aún más las consecuencias derivadas de ella, como si en vez de navegar de puerto a puerto hubiese hecho una travesía entre dos tipos de vida diametralmente opuestos, por lo desconocido y sorprendente que es el último.

«Olvidéme» de la dureza del camino, de la tentación de desesperanza de algunos momentos difíciles que hubo en él. Ahora es obvio que todo ha merecido la pena, nos parece increíble que nos haya costado tanto conseguir llegar a este punto en el que «olvido» es sinónimo de paz, plenitud, unión con esa protección invisible que hace que nos sintamos seguros y felices como nunca antes. Es una quietud gozosa inigualable. Bastaría «quedarse y olvidarse» para llenar toda una vida humana, para darle significado. Es comenzar a saborear algo que anhelamos sin saber exactamente qué es.

«EL ROSTRO RECLINÉ SOBRE EL AMADO»

El ritmo y la aliteración existente en esta línea son de una belleza indescriptible que transmite serenidad. Se imagina uno dejando reposar suavemente la

cabeza sobre el pecho del Amado en una acción sin prisas, larga, disfrutando, gozando de la proximidad que acorta cada segundo hasta que el contacto se convierte en unión que se desea interminable, eterna.

La nada descansando en el Todo, la nada acogida por el Todo, la nada protegida por el Todo, la nada perdida en el Todo.

¿Puede existir o imaginarse algo más sublime y, al mismo tiempo, innecesario?

El Amado, a quien se ha estado buscando durante toda la travesía de nuestra existencia, nos permite que, suavemente –como si hubiéramos hecho méritos para ello–, reclinemos nuestro rostro sobre su pecho, buscando perdernos dentro de él en una fusión indestructible. Cada vez se va avanzando y penetrando más en un universo desconocido que era impensable hasta llegar a él.

Al cuidado con que reclinamos el rostro nos impulsa el saber que hay unos brazos amorosos, abiertos y expectantes, deseosos de cerrarse sobre todo nuestro ser que ya reposa en el Amor.

Queremos sentir, a continuación, el abrazo del Padre que, aunque tardábamos en llegar, conocía nuestro anhelo y deseaba estrecharnos fuertemente porque nos ama con amor infinito.

¡Qué deseo más impaciente de sentirse atrapado de esta forma!

Miles de caminos como el recorrido hasta llegar aquí habrían valido la pena a cambio de una décima de segundo de este gesto de amor.

PAULA RIGUES
Jerez de la Frontera (España)

El amor místico: condición de posibilidad del amor perfecto al prójimo

*Ame mucho a los que la contradicen y no la aman,
porque en eso se engendra el amor
en el pecho donde no le hay;
como hace Dios con nosotros,
que nos ama para que le amemos
mediante el amor que nos tiene.*

San Juan de la Cruz,
Carta a una religiosa carmelita descalza, en Segovia.

San Juan de la Cruz plantea cuatro principios místico-teológicos que, conforme a su doctrina y experiencia de unión con Dios, definen la identidad de la vida cristiana:

1. Dios creó al hombre para el fin sobrenatural de unirlo consigo, en la participación de sus operaciones fundamentales: amarse y conocerse a sí mismo.
2. Los medios deben tener proporción con los fines.
3. Nada finito, por causa de su desproporción con el ser infinito de Dios, puede valer como medio para la unión.

4. El único medio proporcionado al fin sobrenatural del hombre es el ejercicio de las virtudes infusas teologales.

Es una constante afirmar que el prójimo es el ámbito donde se realiza el amor a Dios. Que el prójimo es huella de Dios y que el amor al Creador redundando en el amor a sus criaturas no está sujeto a discusión. Si el amor a Dios es un acto y no una mera disposición, ha de expresarse en obras que día a día manifiesten el amor que Dios es. Sin embargo, una cosa es amar al prójimo con el amor natural del que somos capaces valiéndonos de nuestros propios medios, y otra es el amor perfecto al prójimo y a Dios, sólo posible por la participación de las operaciones divinas.

Para San Juan de la Cruz no cabe confundir a Dios con sus criaturas, es decir, pensar que Dios es el otro, el pobre, la mujer, el excluido, el extranjero, la viuda o el enfermo. Si así fuera, si Dios se confundiera con sus obras, bastaría amar al prójimo en el orden natural para merecer la salvación.

Por otro lado, en lo tocante al modo en que se realiza el amor a Dios, es preciso aceptar que para amar y ser virtuosos en el orden natural nos bastamos a nosotros mismos. No obstante, carecemos de la capacidad para amar a Dios y al prójimo con el mismo amor que Dios *es*, toda vez que entre las operaciones humanas y divinas no hay proporción.

Si el fin para el cual fuimos creados es el amor perfecto, manifestado en la cruz de Cristo, de ello se sigue que sólo pensar en merecer la salvación a través de la realización de obras de amor imperfecto es un

acto de soberbia. ¿Cómo podría lo finito, natural e imperfecto igualarse con lo infinito, sobrenatural y perfecto? El hombre, por sus solas fuerzas, es capaz de practicar la virtud; mas para hacerlo perfectamente necesita las purgaciones pasivas de las que habla San Juan de la Cruz en su doctrina de la noche oscura. En la exposición doctrinal que San Juan de la Cruz hace, con la intención de declarar el sentido de sus poesías, la *«noche aparece con frecuencia como medio de purificación activa y pasiva de las secuelas del pecado, de los apetitos y hábitos desordenados, de las múltiples imperfecciones; purificación indispensable para la preparación a la unión con Dios»*¹.

El ejercicio de las virtudes morales adquiridas, indispensable para mantener la fortaleza de su hábito, es medio *remoto* para alcanzar el fin sobrenatural de la transformación en el amor que Dios es.

*«Los diez mandamientos no nos dicen cómo ser hijos de Dios sino cómo ser humanos, y las aptitudes humanas que desarrollamos mediante su práctica son llamadas las virtudes morales adquiridas –la templanza, la fortaleza, la justicia y la prudencia– [que...] preparan para el desarrollo de las aptitudes propiamente cristianas, es decir, para los actos que corresponden a las tres virtudes teologales»*².

En los inicios, el espiritual busca al Amado mediante la realización de obras de amor finito. Al hacer

1. JUAN MARTÍN VELASCO, *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid, 2007, p. 163. (Las cursivas son mías)

2. JOSÉ FERRARO, *¿Senderos opuestos? Misticismo y liberación del pobre*, UAM-Edamex, México, 1995.

cuanto puede para liberarse por sí mismo de sus gustos y asimientos, se dispone favorablemente para que el Amado infunda en él la contemplación oscura amorosa, a fin de hacerlo capaz de obrar sobrenaturalmente. Lejos de constituir un olvido del prójimo, la contemplación infusa amorosa es condición de posibilidad del amor intersubjetivo. Como aclara uno de los mejores intérpretes de San Juan de la Cruz, *«Contemplación quiere decir: atracción radical y búsqueda de Dios, que concentra el ser y vivir de una persona creyente en la comunión con Él, y desde Él con personas y cosas»*³.

Hecha Dios por participación, las obras de la esposa son expresión del hábito de las virtudes teologales sobrenaturales, que le ha sido infundido por gracia. Únicamente unida y transformada en el amor de su Esposo, la esposa está en condiciones de amar a Dios y al prójimo con el mismo amor que Dios se ama a sí mismo y la ama a ella. Sólo entonces cobra sentido afirmar que el amor al prójimo y el amor a Dios se identifican, hasta cierto punto.

«Por eso también en este estado se hace perfectamente compatible la vida activa del místico con la contemplación y se hace posible o, mejor, necesaria como consecuencia de la fecundidad espiritual del místico, su referencia a los demás, a los que ama con el amor de Dios al que le ha elevado el estado de perfecta unión con él».⁴

3. FEDERICO RUÍZ, *Místico y maestro*. San Juan de la Cruz, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 2006, p. 13

4. JUAN MARTÍN VELASCO, «El fenómeno místico en la historia y en la actualidad», en: *La experiencia mística. Estudio interdisciplinario*, Trotta-Centro Internacional de Estudios Místicos, Madrid, 2004, p. 35.

En la época en que escribió San Juan de la Cruz, la práctica religiosa constituía un elemento fundamental de la vida social. La preocupación por la salvación era una evidencia. Por el contrario, en nuestra época, aun en los círculos religiosos, la sola afirmación del carácter universal del *misticismo* provoca el rechazo generalizado bajo el argumento de que querer igualarse con Dios es soberbia.

¿Cómo pensar la actualidad de la doctrina sanjuanista en un mundo atormentado por la pobreza, la opresión y la injusticia? Si comprendemos en qué consiste nuestra identidad cristiana, podremos tener claro que se impone un compromiso social y político para transformar las condiciones de vida de quienes, no pudiendo satisfacer sus necesidades elementales, encuentran mayores dificultades para procurar su salvación.

*«Dios no puede encontrarse en la historia, en nuestra transformación de la sociedad, en nuestras luchas por la justicia, ya que Él trasciende todo. Lo que se encuentra son “huellas de Dios”, de su plan para el hombre. Pero esto no es encontrar a Dios, sino que debe disponernos para el encuentro con Él, en la contemplación infusa».*⁵

Que la Iglesia tiene un compromiso con la justicia y el bienestar social de todos los hombres es algo innegable. Pero su finalidad no se limita a ello. La doctrina social de la Iglesia no se limita al ejercicio del amor natural del prójimo, dejando para mejores tiempos la preocupación por que aquellos cuyos derechos

5. JOSÉ FERRARO, *¿Senderos opuestos? Misticismo y liberación del pobre*, op. cit., p. 222.

defiende realicen el fin sobrenatural de la deificación. La lucha por la liberación es una exigencia ética y política de todo hombre, así como del cristiano en cuanto hombre. No se puede ser cristiano y decir que la santidad no es para todos sin caer en contradicciones. Sin olvidar que ser cristiano es hacerse semejante a Cristo y no simplemente vivir justamente y buscar la justicia social.

De ningún modo pienso que sea verdadera la suposición de que sólo quien goza de cierto bienestar está en condiciones de buscar la presencia de Dios; de que para imitar a Cristo es forzoso pertenecer a una sociedad donde las necesidades básicas estén satisfechas. Muy por el contrario, aun cuando en sí misma la pobreza y la injusticia son males que deben ser erradicados, nada sería más contrario a la esencia del cristianismo católico que olvidar que la pobreza, asumida voluntariamente y entendida como un desprendimiento de todo cuanto no es Dios, es el lugar privilegiado para escuchar su llamado amoroso.

Ni la liberación del prójimo, impulsada por el amor natural a éste, ni la vida libre de opresión, que permite una relación ética entre los individuos, son vías proporcionadas para el encuentro con Dios. Como cristianos, sería inconcebible pensar en una liberación plena que no considere que el fin de ésta es favorecer aquellas condiciones sociales que facilitan el encuentro con el Amado Esposo Cristo. Ninguna liberación es propiamente cristiana si deja en el olvido que la justicia económica no es más que un medio para la realización de lo que realmente somos: seres llamados a ser Dios por participación.

Cuando hago propio el reclamo de los oprimidos puedo reconocer la huella del Dios que sufre por sus criaturas en el otro que me mira y reclama de mí solidaridad ética para con su sufrimiento. Pero Dios no es el otro. Dios es Dios y a Él sólo se llega transitando la vía mística, a través de la cual, quien abraza la cruz de Cristo se asemeja a Él en el ejercicio del amor sobrenatural, al que canta San Juan de la Cruz.

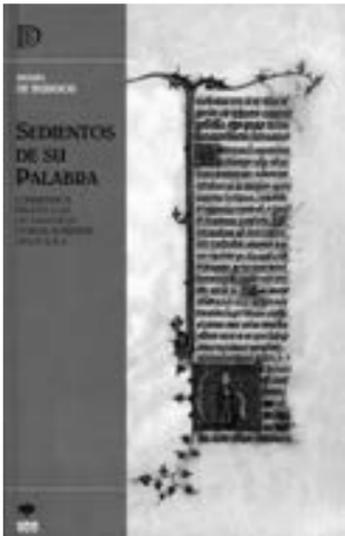
No el amor imperfecto, de raíz egoísta, que busca la virtud por su propio esfuerzo y se goza en los bienes que de ella redundan sino el amor perfecto, manifestado en la cruz de Cristo, es el fin sobrenatural de la vida cristiana. Si «*un poquito de este puro amor*» vale más que todas las obras del amor imperfecto, es debido a la «*asistencia y continuo ejercicio de amor en Dios*» (CB, 29, 1)⁶ de la esposa. «*...para este fin de amor fuimos criados*» (CB 29, 3), y no para las obras de la virtud imperfecta que no brota de «*este grado de solitario amor*» (CB 29, 3). Es por ello que, en su calidad de guía espiritual, San Juan de la Cruz recuerda a quienes piensan que las obras de amor natural bastan para merecer la salvación, que «*harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera es martillar y hacer poco más que nada, y aun a veces daño*» (CB 29, 3).

Para amar al prójimo conforme a nuestra limitada e imperfecta capacidad nos bastamos a nosotros

6. San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual B*, canción 29, párrafo 1. En adelante me referiré a este escrito mediante la sigla CB, seguida por dos numerales para indicar la canción y párrafo citados.

mismos; para amar como Cristo nos amó y como se aman el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo, es preciso participar de las operaciones divinas: ser místico. El misticismo no es un epifenómeno del cristianismo: es la esencia de su identidad.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)



SEDIENTOS DE SU PALABRA.
Comentarios bíblicos a las lecturas de la liturgia dominical. Ciclos A, B, y C

Autor:
Miguel de BURGOS NÚÑEZ

Colección: **MATERIALES**

Precio: 55,00 €

Páginas: 725

Año: 2009

ISBN: 978-84-8260-231-8



www.sanestebaneditorial.com

El vaciamiento interior

«No llevéis nada para el camino» (Lc 9,3)

Son de sobra conocidas estas palabras de Cristo. Y de sobra fuertes e impactantes éstas que lanza a bocajarro.

Seguro que nadie que las escuche «como Dios manda» dejará de sentir un choque de extrañeza y hasta de susto. O incluso, si uno se descuida, hasta de rebeldía, irritación y enojo. Sobre todo cuando uno las oye, no en plan de transeúnte, sino con toda la formalidad.

Es chocante a primera vista, que cuando Cristo habla de misión, de futuro, empiece hablando de despojo, de desapropio. Y es que el futuro no tiene nada que ver con lo que se puede acumular del pasado. Porque el futuro es virgen. Y se acoge desde el vacío, desde un corazón pulcro, libre, disponible. Y es así como no necesita ser defendido este dicho de Jesús, pues ya no despierta ningún rechazo ni confusión.

Lo que sucede es que la vida es tan incierta, tan insegura... Por eso uno quisiera preverla, apuntalarla, adelantarla. No sólo es incierto el mañana. Lo es también el cómo. E ignoramos qué dolor, qué amor, qué suerte, qué fortuna, qué salud, qué peligros o qué riesgos abrazarán la vida, la nuestra.

De ahí que a toda costa se quiera hacer una previsión para saber a qué atenerse, para sentirse amparado, sin susto, sin nerviosismo. Y así afrontar con calma el problemático futuro.

Todo aquello que nos pide dejar es movedizo, inestable, fluctuante e inseguro. La tierra firme es lo estable, es lo que queda en el corazón.

Qué casa, qué amigos, qué amores, qué sentimiento, qué opiniones... todo eso pierde significado si se advierte que uno mismo no es tan sólo eso. Pero precisamente es eso lo que puede deslumbrarnos y ensombrecernos...

Tan sólo cuando uno se separa de lo falso, de lo irreal y ficticio, aparece lo verdadero y lo real. De este modo, el despojo, el silencio, es como la epifanía de la verdad interior.

Dejamos las cosas a regañadientes. Lentamente. Poco a poco. De suerte que es ahí, en la desposesión, donde se evidencia el apego desafortunado y voraz que nos esclaviza.

En el silencio interior se da la puntilla sin compasión al último resto que busque adherirse y quedarse fondeando en el corazón. Cristo manda ir con el corazón, no con las cosas auestas.

Sabemos poco de la vida. Poquísimos. Sabemos que pasa por el desapropio, por el silencio interior. Sabemos que la vida es presencia y es silencio. Y así se va tolerando esa incertidumbre tan desazonadora. La vida se nutre a la par de horizontes y posibilidades.

Jesús quiere al discípulo no lleno de cosas, sino lleno de sí, pleno de sí mismo. Por eso no busca tan

sólo obtener un fuerte impacto sobre los oyentes. No. Busca que se hallen a sí mismos. Es como si a cada uno nos dijera: «No lles nada, vete tú mismo, llévate sólo a ti mismo. Y no echarás en falta nada. Con tal de que no te echés de menos a ti mismo».

La ley del silencio es cauce de vida, de maduración. Nadie lo ha inventado. Está sencillamente ahí. Tampoco ningún humano ha puesto en funcionamiento la ley de la gravedad...

De este modo, el discípulo del silencio lo vive, no como un hueco en la vida del que hay que escapar o intentar huir... sino como la vida misma.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio



EPISTOLARIO.
Introducción y traducción de
José Salvador y Conde

Autor:
Santa CATALINA DE SIENA

Colección: **BIBLIOTECA DOMINICANA**

Precio: 32,00 €

Páginas: 1.334 (2 vol.)

Año: 1982

ISBN: 84-85045-52-1



www.sanestebaneditorial.com

La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia:

5. «La vida consagrada epifanía del amor de Dios en el mundo» (*Vita consecrata*, 72)

El religioso, además de ser llamado a una comunidad, es también enviado a la misión. La venida de Jesús fue la manifestación del ilimitado amor de Dios. «En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su único Hijo para la expiación de nuestros pecados» (1Jn 4,10). Y Jesús a su vez nos envía a nosotros: «Como el Padre me envió, así os envío yo» (Jn 20,21). Como subraya *Ad gentes* la vocación misionera de la Iglesia no se fundamenta sólo en el mandato positivo de Cristo, sino también en el envío inicial del Padre. Por tanto estamos enviados en misión antes que a un trabajo.

Estamos acostumbrados a identificar la misión con personas especialistas y tierras exóticas, pero la palabra *misión* hace referencia, ante todo, tanto a la vida íntima del Dios vivo como al envío al mundo del Hijo y el Espíritu Santo. La misión viene de Dios que, como una inmensa cascada de gracia, se vierte en sucesivos receptores hasta llegar a nosotros. La palabra *misión* designa el *envío* de la Iglesia al mundo. Por eso, los cristianos tienen la misión de proclamar que

el plan de Dios sobre la historia de los hombres es único y universal. La misión nace de la misericordia de Dios. Por eso, a la misión no se va si no se ama a los hombres.

Uno de los rasgos más significativos de la eclesio-
logía es la nueva concepción de la misión evangeli-
zadora de la Iglesia. Se ha abandonado el concepto
geográfico de misión, para implantar una concepción
teológica de la misma. El concepto geográfico dividía
el mundo en áreas geográficas cristianas y paganas.
Desde esta perspectiva, la misión de la Iglesia estaba
dirigida a los pueblos paganos. Esta división de la hu-
manidad responde a una mentalidad de cristiandad,
llamada a desaparecer para bien del Evangelio y de la
comunidad cristiana. Todos son países de misión. En
segundo lugar, la misión es competencia de toda la
Iglesia, por eso se afirma que todos los obispos y, con
ellos, todas las Iglesias son «colegialmente» responsa-
bles de la evangelización del mundo.

La misión, pues, es el anuncio del misterio de la
Encarnación en la humanidad. En el lenguaje de la
Biblia la «carne» es lo más ínfimo. Por eso la misión
consiste en abrirse a todos los espacios donde hay
una humanidad esclavizada y humillada. La lógica
paradójica de la Encarnación no sólo hay que seguir-
la para entender a Jesús como la conjunción personal
de la naturaleza humana y divina, sino que hay que
extenderla a todas las manifestaciones de la Iglesia.
Aquí está la gloria y la tragedia del cristianismo. La
gloria del cristianismo está en saber armonizar equi-
libradamente ambos aspectos. Por eso, la separación
de lo humano y lo divino es también la tragedia del

cristianismo. Los Padres hablaban del misterio de la Encarnación como de un *encuentro* maravilloso y un *intercambio* entre dos seres que se buscan y que se enriquecen con el encuentro. Esta cuestión es imprescindible en la vida cristiana, para que la fe viva en la persona de Jesucristo no quede expuesta al abandono total.

Pero este encuentro no funciona automáticamente, porque la relación entre la fe y el mundo encuentra desde el principio el escollo de la predicación de Cristo crucificado y resucitado. Pablo se quedó con la palabra en la boca en el Areópago, porque al oírle hablar de la resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros le dieron largas (cf. Hch 17,35). Hay, pues, una tensión entre la sabiduría que proviene de Dios y la que proviene de la mente humana que no se puede obviar. Los judíos pedían signos de un mesías que engrandeciera las soberbias del templo. Los griegos pedían la explicación de todas las razones de las cosas. Pero esta señal no es otra que Cristo muerto y resucitado. Como advierte san Pablo, «escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1Co 1,23-25). Ésta sigue siendo la cuestión teológica. Incluso, aunque se relegue el mensaje bíblico al mausoleo de las utopías, sigue siendo preciso tenerlo presente para no cerrar horizontes a la vida humana.

Hablar de misión, pues, no es hablar de una obligación ni del éxito de una empresa. Hay que tener presente que la misión de la vida religiosa se realiza ante todo viviendo en profundidad la profesión de

los consejos evangélicos, que poseen en sí una fuerza profética. La misión parte de la experiencia de Dios para llevarla a los demás (cf. Jn 17,13), para que también los otros encuentren a Dios. Quien ha conocido a Dios (cf. Jn 10,14) tiene como fin de su vida la difusión de ese conocimiento. Alguien se convierte en profeta de Dios cuando los planes de Dios son más decisivos que los suyos propios. Es religioso, precisamente porque es testigo de Dios, y tiene que ser un «hombre para los demás».

Hoy día es bastante común afirmar que la misión básica de la vida religiosa es dar testimonio de vida evangélica. Para esto son hábiles todos los religiosos. En este sentido el comportamiento moral y evangélico de los individuos no es un asunto de libertad o de opción personal, sino una obligación nacida por el hecho de vivir en una comunidad apostólica. Nadie tiene derecho a desacreditar el ministerio de los hermanos, el ministerio de la comunidad. La disposición ministerial no depende sólo de lo que mande el superior, sino de la entrega generosa a la misión encomendada. La misión no es una penitencia o una obligación impuesta, sino que forma parte de la vida religiosa.

FRAY GREGORIO CELADA LUENGO, O.P.
Salamanca (España)

La envidia: un enfoque bíblico para nuestros días

La envidia es conocida en el mundo bíblico. Ese sentimiento se registra hasta en lazos familiares. Raquel, por ejemplo, estéril, sintió envidia de su hermana Lía, fecunda. El esposo Jacob, ante los reclamos de Raquel, deja claro que la realidad se escapa de sus manos. Intenta decir que la gracia y los dones son distribuidos según los criterios de Dios y en ese ámbito el ser humano no tiene ningún tipo de influencia (cf. Gn 30,1-2).

Así sucede con la historia de José, el hijo de Jacob, tenido en la vejez, convertido en el amor de sus entrañas. El afecto de Jacob al menor de sus hijos despertó el odio de sus propios hermanos mayores. Fueron incapaces de hablarle de forma amigable (cf. Gn 37,3-4), tramaron su muerte (cf. v.18), pero terminaron vendiéndolo a Egipto (cf. v.27). No sabían, pues, sus parientes próximos, que la presencia de Dios le acompañaba (cf. Hch 7,9). Los textos bíblicos también ofrecen otros presupuestos generadores de envidia. Por ejemplo, Isaac, quien tenía rebaños, ovejas y numerosos siervos, fue envidiado por los filisteos (cf. Gn 26,14).

La palabra hebrea utilizada para nombrar la «envidia» ofrece algunas explicaciones pertinentes. En su

sentido en el Antiguo Testamento, la envidia: *qana'*, indica una emoción muy fuerte en la que el sujeto desea alguna faceta o cualidad del objeto. En otra forma de expresión: la envidia surge cuando alguien anhela una posesión y/o una cualidad, de la cual carece, sin condiciones de alcanzarla, y la encuentra en otra persona, de forma frustrante. La palabra abarca el sentido de «ser/estar envidioso», pero, aún más, el de «despertar y provocar envidia».

En el Nuevo Testamento, para hablar de envidia, el griego utiliza la palabra: *phthonos* que puede estar vinculada al sentido de «tener mala voluntad». Entiendo que la envidia no es solamente observar en otra persona aquello que se desea y no se posee, sino que supone el resentimiento contra esa otra persona. Es así como, algunas veces, la envidia aparece acompañada de los «celos». Pero aclaro que no son situaciones sinónimas. En este aspecto, Aristóteles ofrece una pauta interesante: él define los «celos» como el deseo de tener aquello que otra persona posee, sin necesariamente tener resentimiento contra ella, mientras que la envidia se empeña en privar a la otra persona de la cosa que desea. Es posible que en su sentimiento negativo, la persona envidiosa tenga más interés en ser obstáculo que en tener lo deseado.

La tradición sapiencial aconseja no envidiar a quien parece triunfar practicando la injusticia (cf. Sal 37,1). Advierte que no se envidie el hablar de los arrogantes ni la propiedad de los ladrones (cf. Sal 173,3) ni el desenfreno de los violentos (cf. Pr 3,31). No de forma ingenua los sabios interpretan la envidia como «caries de los huesos». Esa caries se contrapone al

«corazón pacífico», sinónimo de vida para el cuerpo (cf. Pr 14,30).

La envidia, conocida no sólo desde el Antiguo Testamento, sino desde que el ser humano hace uso de sus facultades racionales, también es mencionada en el Nuevo Testamento. Hasta el propio Jesús fue envidiado por su práctica solidaria con la humanidad sufriente, por el atractivo que despertaba en las muchedumbres empobrecidas, por sus seguidores, por su relación íntima con Dios, a quien llamaba Padre. Puedo decir que la envidia fue uno de los estímulos que acompañaron a los arrogantes a entregar a Jesús en manos de sus ejecutores (cf. Mt 27,18; Mc 15,10).

No en vano Marcos identifica la envidia como una emoción fuerte, cargada de negatividad, gestada en el interior de la persona y que la deshumaniza (cf. Mc 7,22). También los apóstoles fueron envidiados (cf. Hch 5,17). Los envidiosos les hicieron la vida difícil y complicada (cf. Hch 13,45). Por eso se deja claro que, entre los cristianos, no debe existir esa polilla (cf. 1Cr 3,3), la cual sólo puede ser eliminada cuando el amor de Dios contagia todos los espacios (cf. Tt 3,3).

En forma de conclusión: el sentimiento envidioso es una de las necesidades en la que hemos caído como humanidad. La envidia hace sufrir gratuitamente. El sufrimiento es provocado por testimoniar el éxito deseado en personas próximas, de forma frustrante. Curiosamente, cuanto más se embelesan nuestros ojos observando el jardín de los vecinos, más se descuida nuestro jardín y se llena de basura. Considero que cuidar de nuestro jardín consiste en conocerse

y descubrirse. El conocimiento personal cura la envidia. Porque somos personas con muchos y variados dones. Saber que hemos sido premiados con la gracia divina nos hace capaces de donar lo que tenemos, pero al mismo tiempo nos reviste de humildad para pedir favores a las otras personas que poseen lo que no tenemos.

Estamos creados para necesitarnos mutuamente y para solidarizarnos en las desgracias y en las alegrías cotidianas.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)



LA TEOLOGÍA CATÓLICA

Autor:

Jean-Pierre TORRELL

Colección: **TRAZOS**

Precio: 17,00 €

Páginas: 189

Año: 2010

ISBN: 978-84-8260-240-0



www.sanestebaneditorial.com

Solemnidad de Todos los Santos

La Iglesia es Santa. Lo es porque su Cabeza, Cristo, es la santidad infinita, porque cuenta con medios que conducen a la santidad, y porque en todos los tiempos ha tenido y tiene personas que han practicado las virtudes en grado heroico, es decir, que han sido y son santas.

Desde los primeros siglos del cristianismo se ha venerado a los santos. Al comienzo el culto se daba solamente a los mártires; era el tiempo de las persecuciones y los discípulos de Jesús tenían la mirada puesta en el martirio como el *sumum* de la perfección. Era un común anhelo, ardiente anhelo, llegar a dar la vida por Cristo. San Ignacio de Antioquia lo expresa muy bien en su bellísima e impresionante carta a los Romanos. El Libro de las Horas que utilizamos para el Oficio divino recoge los capítulos 4,1-2; 6,1-8.3. En ella refleja su deseo impetuoso de ser devorado por las fieras para convertirse en «pan de Dios».

Por su parte, San Cipriano en la carta 6,1-2 expresa su veneración por los discípulos encarcelados que se hallaban esperando el martirio y les dice: *«¿Qué cosa más agradable y más excelsa que poder besar ahora vuestros labios, que han confesado de manera solemne al Señor, y qué desearía yo con más ardor sino estar en medio de vosotros para ser contemplado con los mismos ojos que, habiendo despreciado al mundo, han*

sido dignos de contemplar a Dios?». Ambos, como es sabido, consiguieron ser mártires, según sus deseos.

En la época de las catacumbas, los cristianos celebraban la Eucaristía sobre los sepulcros de los mártires y de ahí posteriormente nació la costumbre de colocar en los altares sus reliquias bajo las clásicas aras.

Con el paso del tiempo, al cesar las persecuciones, se fueron dando cuenta de que había muchas personas que vivían la entrega a Jesús con total heroísmo sin llegar al derramamiento de su sangre, y se fue ampliando el concepto de la santidad. Fueron, pues, surgiendo las celebraciones con una mirada más amplia de la misma.

Actualmente la Iglesia sigue siendo una Iglesia mártir y perseguida con numerosos testigos que dan la vida por el Señor. El martirio aunque tiene su parte dramática (si hay mártires, ha de haber verdugos y torturas y no podemos desear que esto suceda), tiene también su parte positiva porque es *una gracia inmensa* que Dios regala a los que han sido muy fieles. El martirio no se improvisa. Basta con leer las biografías de los mártires para percatarse de que todos han vivido santamente.

Esta pléyade de santos muchas veces desconocidos y anónimos (mártires o no) es lo que la Iglesia desea destacar y venerar en esta celebración del 1 de noviembre. No celebramos en esa fiesta a San Francisco, San Agustín, Santo Domingo, etc., que ya tienen sus días propios dentro del calendario litúrgico porque han sido canonizados, sino a los santos anónimos que no por eso son menos santos. La Iglesia

quiere reconocer que también ellos se merecen veneración porque han aumentado su caudal de gracia y son nuestros intercesores igual que los primeros.

Por lo tanto, haciéndonos eco del deseo de la Iglesia, hemos de venerar en esta celebración del 1 de noviembre, con mucha alegría, a nuestros hermanos que nos precedieron y fueron capaces desde el anonimato de enriquecernos. Aun sin llegar nosotros a percibirlo, son una corriente de vitalidad espiritual de la que todos nos estamos beneficiando.

Gloria a ti, Señor, por los siglos y bendito seas por siempre en tus santos. Al coronarlos a ellos, coronas tu propia obra.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)



ORAR EN EL ESPÍRITU DE JESÚS

Autor:

Manuel-Ángel MARTÍNEZ JUAN

Colección: **TRAZOS**

Precio: 10,00 €

Páginas: 148

Año: 2005

ISBN: 84-8260-154-7



www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

6. Su fin es hacer verdad lo de «orar siempre y sin desanimarse» en distintos momentos (Horas) del día

Aceptando la verdad de que la Liturgia de las Horas es la consagración del tiempo en el transcurso del día, la Iglesia nos pide «*orar siempre y sin desanimarse*» (Lc 18,1).

Y esta afirmación tuvo que ser interpretada, pues es imposible «orar siempre» cuando hay otras obligaciones: las tareas de apostolado y el trabajo, la atención a la comunidad a la que pertenezco y a mi familia, comer..., dormir... y otros menesteres que nos ocupan, y que hacen que «siempre» no sea «siempre».

La Iglesia, ante este hecho, vio cómo podría acercarse a ese ideal, insertando la oración en diversas «horas» del día, de modo que el «clima» del resto de las actividades estuviera empapado en un ambiente especial: el de la oración. A esto nos exhortan sus enseñanzas y recomendaciones: a crear ámbitos «saludables» donde la oración sea tan necesaria y habitual como el aire que respiramos y sin el cual no podemos vivir. Y ese aire no debe estar contaminado.

Una oración realizada con este espíritu será «ofrenda» y un verdadero *sacrificio de alabanza*. Y más todavía

cuando no sea una oración individual –sin duda alguna, buena–, sino una que adquiera, por voluntad de la misma Iglesia, la dimensión de *oración litúrgica*. Pues bien, esto es de modo especialísimo la «Liturgia de las Horas», liturgia que quiere santificar el tiempo de nuestros relojes y transformarlo en tiempo salvífico, que el Señor verifica en su «reloj» que marca horas de redención. Son los momentos experimentados por Jesús y sus Apóstoles y que hoy, la Iglesia de nuestros días, quiere revivir como en un memorial redentor que hace presentes su Palabra y sus gestos.

EL DESÁNIMO

No es imposible, por nuestra debilidad y porque muchas veces constatamos lo difícil que es vivir habitualmente en fidelidad, desanimarnos, o «*bajonearnos*», como decimos con frecuencia en nuestra jerga argentina.

Es posible que haya momentos fuertes de oración, como pasa, por ejemplo, en un retiro espiritual, en unas jornadas comunitarias donde se reflexiona sobre el Evangelio y la enseñanza que nos dejaron Jesús y sus discípulos, o cuando nos hallamos ante una necesidad grave que nos acosa: un problema de salud, la muerte de un ser querido o un clima de violencia familiar o social por el que debemos pasar, sin morir en el empeño, u otras dificultades que podamos añadir, y que no son infrecuentes: padecer injusticias, depresión, incomprensión, soledad...

Todo esto nos mueve a desanimarnos (*a perder el alma*), cosa lamentable que nos convertiría en «muertos en vida» y que no podemos permitirnos. Por ello, cuando nos aquejen, debemos buscar y encontrar un buen remedio y una salida a tal estado de cosas: remedio y salida que nos devuelvan el ánimo herido o perdido.

Lo que es una verdad ineludible es que no debo dejarme arrastrar por el desánimo –verdadero *tsunami* que deteriora las pocas fuerzas que no hayan sido dañadas por el maremoto– y ahogarme cada vez más en lo profundo de mis miserias.

Cuando –en el caso que tocamos– «no tenga ganas de orar»... lo que debo hacer como reacción inmediata es ponerme a rezar, hasta que pase el «desgano».

Lo que la celebración de la Liturgia de las Horas tiene, es el brindarnos la oportunidad de un contacto asiduo con la Palabra de Dios, que adquiere su máxima excelencia cuando es *Palabra celebrada* en una alabanza común.

Lo peor que podría suceder es que, porque no tengo «ganas» de comer, dejara de hacerlo. La consecuencia inevitable sería la pérdida de la salud. Lo primero que se impone ante esa posible «ausencia de ganas», es detectar su causa y, entonces, buscarle remedio.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Fray Francisco Coello de Portugal y Acuña, O.P. (1926-2013): arquitecto predicador

Homilía de su Funeral

«*Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles*». Con este versículo del Salmo 126 comenzó fray Curro su agradecimiento el día de sus bodas de oro sacerdotales en julio de 2011. Él, que había construido tanto, nos hacía ver entonces que todo es esfuerzo inútil si nos falta la presencia de Dios, el Señor de la casa, el Señor de la belleza. Por el contrario, el trabajo y las fatigas cobran sentido si los ponemos al servicio de los planes y proyectos del Constructor del mundo y Arquitecto de la humanidad. Con esta cita expresaba el primado de la llamada y presencia de Dios en su vida y ministerio, presencia constante en su casa interior, que fue la verdadera fuente de inspiración de su obra y de su predicación. Dios le había dado –como nos ofrece a todos– lo más valioso que tiene: la posibilidad de participar ya de su misma vida y de su presencia amistosa.

Por eso este momento final de su muerte, que tiene un costado doloroso de ruptura y separación, tiene otro lado luminoso de esperanza: Dios le ha llamado a participar plenamente de su vida y a compartir su

amistad en perfecta comunión. Y a esta última llamada el P. Coello ha respondido con la única respuesta que tiene el creyente: abandonándose en la muerte, con confianza, con la fe desnuda, en el momento en que sólo Dios nos sale radicalmente al encuentro. Sin la muerte, la fe no podría expresarse en toda su profundidad y en la belleza de su testimonio.

Ciertamente, nos ha emocionado la lúcida esperanza y la fe viva con las que fray Curro ha respondido a la última llamada del Señor. Su forma de afrontar la muerte ha sido un regalo de despedida que nos ha dejado. Pero esta actitud de confianza inquebrantable y de abandono no se improvisa. Uno va cosechando y madurando cuando vive cada día sabiéndose acompañado por Dios en las fieles respuestas cotidianas a su proyecto.

A fray Curro no le resultó extraña la última llamada del Señor a su encuentro definitivo. Sabía bien que toda llamada de Dios es siempre una llamada a la vida, a compartir su vida, y que sus caminos, que a menudo no son nuestros caminos (cf. Is 55,8), son caminos finalmente de verdad y de vida (cf. Jn 14,6). El Señor ya le había llamado, siendo un joven arquitecto allá por marzo de 1954 –como él mismo decía con la precisión de quien señala su «nuevo nacimiento»–, a la vocación de fraile dominico, fusionándose la vocación arquitectónica y la religiosa en el servicio a la predicación, con la misión de construir obras de arte que hablen de Dios y espacios dignos en los que resuene la Palabra que anuncia la presencia de Dios entre nosotros.

Ante todo, la belleza nos habla de lo mejor del ser humano y de su apertura al encuentro con el Misterio.

En la experiencia de la belleza resuena la llamada a buscar el sentido escondido y último de la vida en Alguien que la trasciende. La belleza invita a la confianza y el «sermón de la belleza» nos habla de la fe en Dios como fuente de la dignidad humana. Pero, además, ha realizado un servicio eficaz a la dignificación de espacios para la predicación, en el amplio sentido que ésta tiene en nuestra Orden y que abarca no sólo templos, monasterios o conventos, sino también colegios, residencias universitarias, asilos, obras sociales, etc. Aunque sólo Dios conoce la verdadera calidad de nuestra respuesta, creo que será difícil pensar en alguien entre los que asistimos a este funeral que haya contribuido más a la causa de la predicación que fray Coello de Portugal.

No es el momento ahora de comentar los méritos arquitectónicos y estéticos de su extensa obra. Otros lo han hecho ya y algunos más competentes sin duda lo harán. Pero sí quiero subrayar que sólo se puede comprender bien la obra de una persona en el contexto de su vida. En el caso de fray Coello de Portugal hay que tener en cuenta su vocación y misión como predicador. Porque la arquitectura ha sido para él, ante todo, un apostolado, un servicio a la causa del Evangelio, una forma de llevar a cabo la predicación de la Orden Dominicana. Ha sobresalido precisamente en esto: en ser un servidor, en vivir su vocación como servicio generoso y humilde a la Orden, a la Familia Dominicana, a la Iglesia y a la sociedad. Ha sido un trabajador infatigable y entregado, constante y fiel.

Por eso, nos llena de esperanza la promesa del Señor en el Evangelio proclamado: *«para que donde*

estoy yo, estéis también vosotros» (Jn 14,3). Y en el servicio a la predicación su palabra hecha carne y edificio también tocaba lo esencial: la caridad, vivida en la fraternidad, en la amistad leal con familiares y amigos, en la ayuda generosa y escondida, siempre ingenua, a tantas personas como sólo Dios sabe.

Esta voluntad de servicio es lo que ha dado unidad y armonía a su vocación y a su vida, logrando equilibrar una actividad febril con una interioridad apasionada, armonizar acción y oración, integrar viajes y fraternidad comunitaria, dignidad y humildad, profesionalidad y ministerio, inteligencia y bondad. Un deseo de servir con ilusión y pasión hasta el final. No podía comprender ni uno solo de sus días sin poder servir a otros con sus cualidades y talentos. Una ilusión por servir y un servicio con ilusión. Sin la mínima concesión a los aspectos negativos o torcidos de la existencia, su estilo ha sido siempre constructivo, positivo, optimista.

Alguno le bromeaba diciéndole que era constructor... pero poco edificante. Sin embargo, ha sido muy edificante en vida como lo ha sido a la hora de la muerte. «Tú pon todas las pegas que quieras... que ya estoy yo para encontrar una solución», solía responder cuando poníamos dificultades a sus propuestas. Las dificultades sólo eran retos a superar. Se ha despedido como lo hacen los auténticos maestros de humanidad: ilusionado hasta la víspera, porque un hombre sin ilusiones es ya un hombre muerto.

Fray Coello no construyó edificios para lucirse él, sino para que en ellos brillara la belleza de la fe y resonara la Palabra de Dios. No ha sido un artista para

sí mismo sino un predicador del arte de Dios, lo que constituye la sustancia del «artista cristiano»: hacer obras y crear espacios que nos lleven a descubrir la belleza de la fe y a responder a la llamada de Dios en Jesucristo. Y a pesar de moverse en un mundo profesional amenazado por la vanidad, en el sentido radical de la palabra de vaciedad y meras apariencias, él ha sido un ejemplo de humildad y sobriedad, como refleja su propia obra arquitectónica, a la que alguien ha calificado como «arquitectura de verdad».

Recuerdo cuando le decíamos que hiciese mayores los armarios de nuestras habitaciones porque nos parecían un poco raquíticos. Respondía diciendo que los hacía pequeños porque un fraile debía tener pocas cosas. Y ciertamente él ha sido un ejemplo de desprendimiento, generosidad y humildad. En el libro homenaje que se le hizo en el año 2000, el primero de los artículos concluye diciendo que ha sido uno de los arquitectos más auténticos de la segunda mitad del siglo XX en España, a lo que añade como colofón algo que todos suscribiríamos: «*Y estoy seguro de que ni lo sabe ni le importa*».

Quiero leeros un párrafo de ese mismo libro del también artista y dominico fray Miguel Iribertegui que resume el reconocimiento y el agradecimiento que hoy ponemos ante el altar de Dios: «*En la Orden Dominicana, no sé si habrá alguien, además del Beato Angélico, que haya dejado tanta obra de interés en el capítulo de las artes como Francisco Coello. Si la labor evangélica no se puede recompensar humanamente, la labor cultural permite valorar una arquitectura de gran volumen, variados registros y de una calidad estética y*

pastoral evidente. En su obra se puede reconocer el intento por conjugar el servicio a instituciones diversas, la contemplación de un alto grado de belleza y la jovialidad de una vida terca de trabajo y fecunda en valores».

Os invito a dar gracias a Dios en esta Eucaristía no sólo por la predicación genial de nuestro hermano sino porque él mismo, persona amasada en valores evangélicos y fraile auténtico, ha sido entre nosotros y para nosotros un verdadero «templo» del Espíritu. Muchos seguirán disfrutando de su obra y fray Curro continuará predicando a través de sus edificios, pero nosotros debemos reconocer y agradecer el haberle conocido, tratado y disfrutado de su fraternidad y amistad, y por la luz incomparable de su testimonio. Ésta ha sido nuestra suerte; y su vocación dominicana, una verdadera gracia de Dios para nuestra Orden.

El Salmo que el P. Coello citaba en su agradecimiento sacerdotal: «*Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles*», continúa con una estrofa que se remata en una preciosa frase final que es hoy aliento de esperanza: «*Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde, que comáis el pan de vuestros sudores: Dios lo da a sus amigos mientras duermen*». Sí, fray Curro, ahora que ya duermes el sueño de los justos, de los fieles servidores y amigos de Dios, que sea nuestra Madre La Virgen del Camino quien te despierte para llevarte en sus brazos al encuentro del Padre, y puedas gozar eternamente contemplando la belleza de su templo en el cielo.

FRAY JAVIER CARBALLO, O.P.
Madrid (España)

Presentación de «Selección de sermones espirituales»

Fray Juan Taulero, maestro espiritual

Juan Taulero es, junto con Eckhart y Susón, uno de los miembros de la denominada «tríada mística re-nana», cuya influencia en la espiritualidad occidental ha sido enorme. Nacido en torno al año 1300 en el seno de una familia burguesa de Estrasburgo, ingresó a los catorce años en el convento de los dominicos de su ciudad natal, donde se formó como fraile predicador según el régimen de estudios establecido por el capítulo general de la Orden en 1305. Con toda probabilidad, no realizó estudios superiores en Colonia, que le hubieran permitido dedicarse a la docencia. Sin embargo, fue un predicador excepcional, un profundo teólogo y, a tenor de lo que se trasluce en sus sermones, un experimentado director de almas. La mayor parte de su actividad pastoral la desarrolló en Estrasburgo entre un auditorio de monjas dominicas, beguinas y un devoto grupo de laicos pertenecientes a los llamados «amigos de Dios».

Según Enrique de Nördlingen, contemporáneo suyo y perteneciente a su círculo de amistades, no había fisura alguna entre la predicación y la vida de Taulero, hecho que le confería gran autoridad moral. En sus escritos se muestra como un hombre de

mentalidad abierta, crítico con el fariseísmo de los teólogos que conocían muy bien la Escritura, pero que no ponían en práctica sus enseñanzas, y receptivo a la mística de autores no cristianos, como Proclo. Mostró siempre una actitud respetuosa con todos y no dudó en censurar la falta de compasión de muchos cristianos que perseguían a los judíos por acusarlos de todas las desgracias de la época. Asimismo, fue un firme defensor de begardos y beguinas en un tiempo en que la jerarquía los acusaba de herejes. En su concepto de «hombre», no distinguía entre cristianos, paganos, judíos, etc., sino que los considera a todos iguales con independencia de prejuicios de raza, religión o *status* social y religioso.

El *corpus* de su obra lo forma una colección de ochenta y tres sermones, redactados en dialecto alemán. Los dos temas principales de su doctrina son el nacimiento de Dios en el fondo del alma y la amistad espiritual, ambos estrechamente relacionados, pues no se comprende en profundidad el segundo si no es desde la perspectiva del primero. Murió en Estrasburgo, el 16 de junio de 1361, como consta por su losa sepulcral.

Índice de los sermones escogidos

Se trata de siete sermones que hasta ahora no se habían publicado en lengua española:

1. La elevación espiritual del ser humano.
2. Penitencia, oración y transformación.
3. La limpieza y sanación del alma.
4. El Espíritu Santo actúa dentro de nosotros.

5. Dios habita nuestro interior.
6. Trabajar en la viña del Señor.
7. La oración de petición.

Deseamos que la lectura espiritual de estos sermones les sirva de consuelo y ayuda.

DON SALVADOR SANDOVAL MARTÍNEZ, O.P.
Murcia (España)



OBRAS.
Exemplar y
cuatro sermones alemanes

Autor:
Beato Enrique SUSÓN

Colección: **BIBLIOTECA DOMINICANA**

Precio: 45,00 €

Páginas: 626

Año: 2008

ISBN: 978-84-8260-209-7



www.sanestebaneditorial.com

Selección de sermones espirituales:

1. La elevación espiritual del ser humano¹

«LEVÁNTATE Y BRILLA, JERUSALÉN» (Is 60,1)

Nada hay en este mundo de lo que Dios esté necesitado o por cuyo deseo esté poseído. Sólo hay una cosa que desea con toda su alma: encontrar desnudo y preparado el nobilísimo fondo que ha puesto en el espíritu del hombre para poder cumplir en él su obra. Aunque Dios posee toda autoridad en el cielo y en la tierra y nadie puede oponerse a su voluntad, parece que le falta poder llevar a cabo en el alma la más gozosa de sus obras.

Pero aquí puede plantearse la siguiente cuestión: ¿Qué debería hacer el hombre para que Dios pueda brillar y operar en este amabilísimo fondo? Como el propio tema del sermón exhorta, ha de levantarse. «*Levántate y brilla, Jerusalén*», dice el texto, y con ello se declara sin ambages que el hombre debe prestar su colaboración. ¿Cómo? Elevándose sobre todo lo que no es Dios, sobre sí mismo y sobre todas las criaturas. Por medio de esta elevación, el propio fondo es tocado por un súbito y ardiente deseo de ser liberado, desnudado y despojado de toda desemejanza, es decir, de

1. Corresponde al sermón 5 de la edición de Vetter. Hemos añadido los epígrafes y las referencias bíblicas.

todo aquello que no es Dios. El hombre, cuanto más crece en él ese deseo, tanto más alto es elevado sobre sí mismo. Y a veces, por el contacto con ese fondo desnudo, este deseo penetra la carne, la sangre y hasta las medulas de los huesos.

A este toque del fondo interior le corresponde un doble género de personas con dos modos de actuar distintos.

LOS INTELECTUALES

Las personas del primer género se apoyan en la agudeza de su inteligencia, en las formas e imágenes intelectuales, en altas y sublimes especulaciones. En sus ansias por escuchar y comprender sutilezas, obstruyen este fondo y extinguen en sí este deseo. Así, mientras descansan en el conocimiento de tales especulaciones, creen gozar de mucha paz y, ocupadas en sus elucubraciones intelectuales, están persuadidas de ser una Jerusalén y de tener auténtica paz.

Algunos se esfuerzan en preparar su fondo por medio de ideas propias o prácticas de piedad autoimpuestas, sea en la oración o en la meditación, ya las hayan inventado ellos mismos o las hayan visto en otros, y en ellas quieren encontrar la paz. Una vez conseguida ésta, ya se tienen por una verdadera Jerusalén, y de tanta paz disfrutan en aquellas ideas y prácticas propias que no la encuentran en otro lugar. Pero esta paz no es verdadera, sino falsa y engañosa, como puede comprobarse claramente por el hecho de que ellos permanecen voluntariamente en sus

pecados y defectos, en la soberbia, en los placeres del cuerpo o de la carne, en el disfrute que ofrecen los sentidos y las criaturas, en la desconfianza, en juicios temerarios, en la inclinación de su alma a las pasiones, al insulto e incluso al odio si les roza la más leve ofensa. Podríamos añadir otros pecados y defectos por el estilo.

Todo esto pone en evidencia que tales personas, al empeñarse en preparar este fondo por sí mismas y obrar en él, impiden al mismo tiempo la intervención de Dios. Por esta causa, su paz es completamente falsa y no se han elevado verdaderamente. Se han asignado falsamente el nombre de Jerusalén y presumen de gozar de una paz auténtica. Pero si quieren alcanzarla, han de aprender a elevarse de este modo: luchando contra el pecado con esfuerzo y tesón indomables, siguiendo las huellas de Cristo, imitando su humildad y su caridad, negándose a sí mismas en todo y renunciando a sus propios intereses. Todo esto han de proponérselo con voluntad inquebrantable.

LOS MÍSTICOS

Las personas nobles del segundo género son aquellas que se elevan verdaderamente y, por esta razón, son iluminadas por Dios. Ellas permiten a Dios preparar su fondo y a Él se abandonan y se ofrecen incondicionalmente. Despojándose de sí mismas y de todo lo propio en toda circunstancia, nada se guardan para sí en cosa alguna, ni en las palabras, ni en las prácticas de piedad, ni en lo que hacen, ni en lo que no hacen, ni en la prosperidad, ni en la adversidad, ni

de éste modo ni de otro. Buscan a Dios sin descanso y lo aceptan todo de sus manos con humildad y reverencia, y a Dios vuelven a referirlo con espíritu de desnuda pobreza y voluntario abandono de sí mismas; se someten humildemente a su divino beneplácito y estiman como la cosa más amable el cumplimiento de su voluntad en cualquier circunstancia, en la paz y en la inquietud, en la tristeza y en la alegría. Pues una sola cosa les sabe bien: la buena y muy grata voluntad de Dios.

Sobre tales personas puede decirse lo que respondió Jesús a sus discípulos cuando le invitaban a subir a la fiesta: *«Mi hora aún no ha llegado, pero vuestra hora está siempre presta. Subid vosotros a la fiesta»* (Jn 7,5). La hora de estas personas siempre está presente. Pero, ¿cuál es esa hora? El soportar pacientemente la adversidad y abandonarse. Esta hora siempre está aquí. En cambio, la hora de Dios, en la que opera e ilumina según su voluntad, no siempre está presta. Por esta razón, ellas la dejan al arbitrio de Dios con confiada y paciente longanimidad.

Por tanto, estas personas difieren de las anteriores en que ellas no preparan su propio fondo, sino que dejan a Dios que lo haga. Aunque sienten la tentación del pecado, de la que nadie está libre, en cuanto éste llama a la puerta de su alma, ya sea la soberbia, el placer de la carne, el disfrute de los bienes temporales, la ira, el odio o cualquier otro pecado que les importune gravemente, inmediatamente después del primer ataque se arrojan humildemente a los pies de Dios y, abandonándose a su beneplácito, soportan pacientemente toda presión y ofrecen a Dios su sufrimiento.

Su elevación es verdadera, pues se trascienden a sí mismos y a todas las cosas; se convierten en auténticos jerosolimitanos, tienen paz en medio de la tribulación y alegría en la adversidad. Por eso, sobre todas las cosas, su deleite es la gratísima voluntad de Dios. Esta paz de que gozan, ni el mundo entero puede arrebatársela. Es más, aunque todos los demonios y la raza humana entera se conjurasen contra ellas, de ningún modo podrían arrebatárselas su paz. Pues sólo el sabor de Dios les agrada y nada hay en las criaturas que satisfaga su paladar.

Tales personas son verdaderamente iluminadas, pues Dios no deja de brillar en ellas, en toda circunstancia, pura y eficazmente; incluso en medio de la más densa oscuridad brilla mucho más verdaderamente que en la luz resplandeciente. No me canso de repetir cuán amables, dulces, sobrenaturales y divinas son, y es que en todas sus obras nada hacen sin Dios. En cierto sentido, si se me permite hablar así, ellas son nada, pero Dios es su ser. Por tanto, son absolutamente amables, soportan sobre sus hombros el peso del mundo entero y son las nobles columnas de la Santa Iglesia. Sin lugar a dudas, es una inmensa felicidad y un gozo incomparable haber llegado a este grado.

Estos dos géneros de personas difieren en que las facultades de las primeras, las que quieren preparar su fondo por sí mismas sin abandonarse a la acción de Dios, a tal punto están enredadas en sus defectos que son incapaces de superarlos plenamente. Incluso permanecen en ese estado con cierto placer y se aferran a lo propio para deleite de su voluntad.

En cambio, los segundos, personas nobles que dejan a Dios prepararles su fondo, como han sido elevados por encima de sí mismos, tan pronto como sienten el aguijón del pecado se refugian en Dios y, entrando allí mismo en una divina libertad, se despojan más rápidamente de todo defecto.

Llegados a este punto puede surgir la siguiente cuestión. ¿Deben estas personas, mientras Dios prepara su fondo, cumplir alguna obra exterior? ¿Están obligadas a ser cooperadoras de Dios? El texto del sermón dice: «*Levántate*», lo cual es, sin duda, una obra. Por tanto, hay una obra que siempre les incumbe hacer y que nunca han de interrumpir mientras vivan en este cuerpo mortal, y es ésta: que no pongan límites a su progreso y no crean haber alcanzado tal grado de perfección que ya no necesiten levantarse una y otra vez; que eleven el espíritu a Dios y desnuden, liberen y vacíen su fondo interior; que, junto con los tres magos, busquen sin cesar al rey que ha nacido, diciendo: «¿Dónde está el que ha nacido?» (cf. Mt 2,2), y esto con humilde y casto temor, atentas interiormente a lo que Dios quiere de ellas para poder así satisfacerlo. Por ejemplo: si Dios quiere que sean pasivas, que sean pasivas; si es su voluntad que sean activas, que sean activas; si quiere que gocen o vaquen a la contemplación, que así sea. Este fondo testimonia en ellas que ha sido preparado y purificado por Dios, que quiere ocuparlo en exclusiva sin que criatura alguna, bajo ningún concepto, tenga acceso a él.

En el primer género de hombres, Dios opera en el fondo por mediaciones; en el segundo género, sin

mediación². Es imposible expresar cómo opera Dios en el fondo de estos últimos sin mediación: es una obra que nadie puede explicar. Sólo el que tiene experiencia puede saberlo, pero, aún así, no puede comunicarlo a otro. En realidad, cuando Dios toma verdadera posesión de este fondo, desaparecen poco a poco las obras exteriores emprendidas por iniciativa propia; pero el conocimiento interior de Dios crece en ellos cada día. Y cuando, con gran esfuerzo y, principalmente, con ayuda de la gracia de Dios, hayan coronado la cima de la perfección –cosa que es posible–, se negarán a sí mismos y se tendrán por nada, como dijo el Salvador: «*Cuando hayáis cumplido todo lo que se os ha mandado, diréis: "Siervos inútiles somos, porque hemos hecho lo que debíamos"*» (Lc 17,10). Nunca presumirán de su perfección ni se considerarán a sí mismos tan perfectos que, aunque hayan alcanzado la cúspide de la perfección, no se mantengan siempre humildemente en el temor y quieran y digan sinceramente siempre: «Hágase, Señor, tu voluntad» (Mt 6,10). Con gran atención deben examinar y explorar los movimientos de su corazón para ver si sienten apego a alguna cosa por inclinación de afecto, o si hay algo en el fondo de sí mismos que se oponga a Dios y pueda impedir que lleve a término su noble obra sin mediación.

Que la divina clemencia nos conceda a todos elevarnos de tal modo que Dios pueda obrar en nosotros. Amén.

FRAY JUAN TAULERO

2. *per media y absque medio*. La traducción de Hugueny-Théry-Corin dice «par intermédiaire et sans intermédiaire».

La segunda venida

La segunda venida
y encendido el candil.
Aquí me tienes, madre
esperando la hora.
Has bajado a nosotros
para anunciar...
¿Lo reconoceremos?
¿Lo reconocerán?
¿Vendrá en carro de fuego
o envuelto entre las nubes?
Echemos más aceite,
rebosemos la lámpara,
la lámpara encendida
el corazón abierto
los ojos entornados
la palabra despierta
la palabra escogida
la Palabra...
el Amor
incendiándonos.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

JOSÉ LUIS GAGO DEL VAL, *Gracias, la última palabra*. Narcea Ediciones, Madrid 2013. 212 pp.

Es un libro entrañable, que aparece cuando José Luis Gago –ya fallecido– no necesita escribir para dar gracias a Dios por todo. Y lo hace «cara a cara».

Es un libro fabricado con las «acciones de gracias» que durante años cerraba el día en la COPE. Luego añadiría más motivos de acción de gracias, más personales, más sentidos, más vitales, cuando veía que la vida llegaba a la última página. Cuando las «gracias porque al final del día» –como dicen los versos de la oración de José Luis Blanco, S.J., sobre la que se construye el resto de acción de gracias de este otro José Luis, O.P.– son gracias por todos los días al final de ellos: «gracias por el vivir y el haber vivido», es la acción de gracias que inicia el resto de acciones de gracias que componen el libro. Acción de gracias y que escuchamos en la misa funeral de José Luis.

Es, pues, un libro de oraciones. Todas de acción de gracias por... ciento doce motivos. La primera y fundamental lección del libro es reivindicar la oración de acción de gracias. Nuestra oración ha de ser ante todo de acción de gracias. Ante todo al dirigirnos a Dios hemos de agradecer lo que tenemos, antes de pedirle lo que nos falta. No suele ser eso lo normal en

la piedad popular ni en la oración litúrgica. José Luis Gago lo podía hacer porque tenía un sentido positivo de la vida, de las gracias derramadas por Dios a lo largo de ella, sin estar ciego a sus limitaciones.

En medio de la dura enfermedad que le colmó de dolores preparó el libro. El epílogo que escribe el P. Salustiano Mateos, que era su prior en el convento de San Pablo y San Gregorio de Valladolid, muestra cómo el libro refleja la vida, el modo de ser y vivir de José Luis.

Al conocer el estilo, el talante vital y religioso de José Luis, se entiende el libro. Libro no sólo para leer y entender, sino para orar. Para orar dando gracias. Libro que ayudará a mantener una espiritualidad de Gracia, porque es un libro cuya primera y última palabra es «gracias».

Un acierto de Narcea Ediciones publicar un libro así, en su línea de inquietud por una auténtica espiritualidad cristiana.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Salamanca (España)

RAQUEL SILVA, *Una atracción irresistible*.
Editorial Monte Carmelo, Burgos 2012. 95 pp.

La hermana Raquel es una joven monja portuguesa de la Orden de la Visitación de Santa María –también llamada Orden de las «visitandinas» o «salesas»– que quiere compartir con sus lectores la aventura espiritual que supuso para ella entrar en la vida monástica. Nos cuenta cómo evolucionó interiormente

desde niña, de tal forma que, pasando por un periodo de ateísmo siendo adolescente, descubrió de nuevo al Señor; tuvo un novio, acabó sus estudios, se puso a trabajar... pero acabó ingresando en un monasterio. Escribe de un modo muy sencillo y escueto, describiendo con detalle ciertos acontecimientos espirituales que para ella fueron muy significativos.

También nos habla de cómo es su vida actualmente en el monasterio, de los elementos más importantes de la vocación monástica y del papel que ésta desempeña en la sociedad actual. Por ejemplo, así describe el valor de la clausura: *«El silencio, dentro de un espacio delimitado, lejos de ser agobiante, es un don que nos permite vivir nuestra vida de oración y recogimiento. No salir libremente, como una persona cualquiera sale de su casa, impresiona a mucha gente. Pero para mí lo contrario sería un suplicio. Y digo lo mismo respecto al silencio: si pudiera hablar ilimitadamente durante el día, me quitarían lo más precioso que tengo, pues es en el silencio donde Dios nos habla. El silencio es lo que más nos aproxima a la intimidad con Dios»* (pp. 51-52).

Finaliza el libro con una pequeña semblanza de varios personajes de la Orden de la Visitación –comenzando por sus fundadores: san Francisco de Sales (1567-1622) y santa Juana de Chantal (1572-1641)– y nos habla de los puntos fundamentales del carisma de su Orden, de cómo transcurre un día normal en su monasterio y de las etapas de formación que hay que pasar para llegar a ser monja de la Visitación. Por último, a modo de apéndice, incluye unas fotos de las hermanas de su comunidad que, ciertamente, sirven

para «poner cara» a lo que la hermana Raquel nos ha contado en esta obra.

Es un buen libro de orientación vocacional para una persona que intuye que el Espíritu Santo la llama a la vida contemplativa. Pero también es interesante para todo aquel que quiera conocer vitalmente cómo es esta forma de vida.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ANSELM GRÜN, *La mística. Descubrir el espacio interior*. Editorial Sal Terrae, Santander 2012. 157 pp.

Este conocido monje benedictino alemán nos invita a profundizar en el mundo de la mística, es decir, de la experiencia interior de Dios. Para ello hace un recorrido por varios aspectos de la misma. Comienza hablándonos de cómo la mística nos ayuda a superar los cuatro grandes problemas existenciales del ser humano: el miedo a la muerte, el ansia de libertad –y el temor a ella–, la necesidad de unidad y armonía –interior y exterior– y el sentido de la existencia. Después, hace un pequeño recorrido por la historia de la mística, comenzando por el Nuevo Testamento y continuando por algunos de los místicos cristianos más importantes. Llama la atención la habilidad que tiene Grün para exponer en pocas palabras el núcleo central del pensamiento espiritual de muy diversos autores, haciéndolo de un modo muy comprensible.

A continuación nos habla de la relación que se establece entre la mística y varias corrientes de psicología.

Según Grün, la psicología, bien empleada, puede ayudarnos a relacionarnos con Dios y puede también ejercer una purificadora acción crítica que nos ayude a eliminar aquellos elementos perjudiciales que a veces se añaden a la mística: «*Porque también hay caminos espirituales que no hacen ningún bien a la persona, sino que incluso le hacen enfermar*» (p. 89). Por último, habla de diversos «caminos concretos» en los que podemos desarrollar nuestra experiencia de Dios: la meditación, la oración, la naturaleza, el amor, la experiencia unitiva, la liturgia, la música, la vida cotidiana, las Sagradas Escrituras, el sufrimiento, la crisis espiritual («noche oscura») y la peregrinación.

Se trata de un libro muy instructivo que recoge diversos aspectos de la mística en los que el lector puede sacar unas buenas y prácticas enseñanzas para ahondar en su experiencia de Dios.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (Madrid)

JAVIER SÁNCHEZ CAÑIZARES, *Razón y fe: la plenitud de la vida moral.*

Editorial Eunsa, Pamplona 2013. 136 pp.

La Universidad de Navarra nos presenta, dentro de su colección *Persona y Cultura*, un pequeño libro que expone una de las claves del sentido de la vida humana: los fundamentos de la responsabilidad moral. El autor: Javier Sánchez Cañizares, doctor en Física y Teología, es un avalado y competente profesor de Teología Moral en la Universidad de Navarra.

Aunque, como hemos apuntado, es un pequeño libro divulgativo, no obstante la densa síntesis con que son presentados los fundamentos y claves de la moral cristiana, está garantizada por la honradez y el esmerado trabajo intelectual del autor; cada párrafo, cada línea, hay que leerlos y reflexionarlos con gran atención, pues están impregnados de argumentos y razonamientos bien equilibrados, y respaldados en la fidelidad a las tradiciones morales más sanas e independientes.

Siendo de por sí el pensamiento de Javier Sánchez una aquilatada síntesis que se expone en algo más de cien reducidas páginas, no es fácil hacer una nueva síntesis de lo que él escribe, ya que son razonamientos serios y rigurosos de unos principios incuestionables, al menos para una moral humano-cristiana. Tan solo ofrecemos aquí unas palabras tomadas del autor como conclusión de sus reflexiones: *«Toda persona ha de enfrentarse antes o después con este dilema: si lo racional de nuestra vida surge de lo irracional de manera trivial y aleatoria, o si lo racional de nuestra vida proviene de la Razón más grande, de la Razón creadora que, por eso mismo, se revela como Amor».*

Libro muy útil para cualquier lector inquieto por dar razón de su responsabilidad moral ante la opción por el bien que está en la raíz de la búsqueda de su felicidad. Especialmente recomendamos la lectura de este libro a los responsables de la orientación moral de cualquier grupo humano.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

JOSÉ GRANADOS, *Teología de la carne. El cuerpo historia de salvación.*

Editorial Monte Carmelo, Burgos 2012. 242 pp.

José Granados García es sacerdote y pertenece al Instituto religioso Discípulos de los Corazones de Jesús y María. Actualmente es profesor en el Pontificio Instituto Juan Pablo II de Roma. En este libro nos muestra el papel fundamental que desempeña el cuerpo en nuestra relación con Dios. Recordemos cómo el cuerpo ha sido tachado de malo y pecaminoso por espiritualidades de raíz maniquea, como el catarismo; y, a su vez, ha sido considerado como una importante fuente de placer por aquellos que caen en el puro hedonismo y acaban siendo adictos de placeres desordenados. Se trata de dos extremos que hay evitar, pues Dios ha querido que el cuerpo forme parte de nuestra persona para que vivamos santamente el Evangelio y caminemos hacia la plena y eterna felicidad.

En la Introducción, el P. Granados se pregunta: «¿Qué ocurre cuando tomamos el cuerpo como verdadero quicio de nuestra reflexión teológica, como el “lugar teológico” por excelencia, el sitio escogido por Dios para revelarse en plenitud al hombre?» (pp. 25-26). Pues bien, da respuesta a esta importante cuestión recorriendo los siguientes temas: el cuerpo hecho a imagen y semejanza de Dios; la encarnación del Hijo de Dios; la fragilidad e imperfección del cuerpo; y, para finalizar, el cuerpo en la resurrección, la Eucaristía y la Iglesia.

Se trata de un libro con un gran contenido teológico pensado para alumnos de Teología y Filosofía.

Cita a muchos autores antiguos y contemporáneos, a teólogos, filósofos y literatos. Pero, asimismo, puede resultar muy instructivo a todo aquel que quiera adquirir un buen conocimiento sobre este tema, pues el P. Granados escribe de un modo comprensible y ameno, apto para el gran público.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU (ed.), *365 días con Carlos de Foucauld*.

Editorial san Pablo, Madrid 2012. 327 pp.

El autor de esta recopilación es conocido por sus muchas obras de temática teológica, espiritual y filosófica. Es el fundador de la Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld. En esta obra nos ofrece una buena meditación para cada día del año a partir de textos escogidos del hermano Carlos de Foucauld. Antes hay una pequeña introducción en la que Vázquez Borau se apoya en textos de otros buenos conocedores de Foucauld para mostrarnos los grandes rasgos de su espiritualidad.

Carlos de Foucauld es un francés que a finales del siglo XIX, tras convertirse, decidió dejarlo todo para hacerse monje cisterciense. Pero buscaba más, por ello dejó la Orden, se ordenó sacerdote y se fue al desierto Argelino para encontrarse con Dios, ayudar caritativamente a todos y anunciar el Evangelio entre los habitantes de aquellas inhóspitas regiones.

La Sagrada Familia en el hogar de Nazaret es su gran referente espiritual. Más que predicar con la palabra, predica con el ejemplo y la caridad. Y con su presencia junto a los necesitados. Su camino interior es un profundo proceso de desprendimiento. Así consiguió ser un pobre entre los pobres para que Cristo estuviera en medio de ellos.

Este libro nos ofrece una buena recopilación de meditaciones para caminar interiormente hacia Cristo en el desierto de nuestro corazón.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ANSELM GRÜN, MICHAEL REEPEN, *Los gestos de la oración.*

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2012. 103 pp.

Michael Reepen es el abad de la abadía del conocido benedictino Anselm Grün. Ambos han colaborado en esta obra en la que nos hablan sobre el sentido de la gestualidad en la liturgia y la oración personal. En el primer capítulo, Grün se apoya en Karlfried Dürckheim (fundador de la «terapia iniciática») para mostrarnos la importancia terapéutica que tienen los gestos corporales bien realizados. Y, a continuación, ambos autores tratan sobre diferentes gestos: estar de pie, orar con las manos, inclinarse, arrodillarse, postrarse, estar sentado, caminar y otros gestos. Acaba el libro con una pequeña conclusión en la que se exhorta a los lectores a que demos importancia, a nivel espiritual, a nuestra corporalidad.

Dice Grün: «*Lo principal no es que yo realice correctamente los gestos, sino que mediante los gestos llegue a ser justo, que adopte la disposición y la actitud correctas frente a Dios*» (p. 18).

Se trata de un libro que se lee muy bien, pues es comprensible y ameno. Está especialmente recomendado para aquellos que les gusta la liturgia y para los que tienen que hablar de ella, como catequistas o profesores de religión. También aporta ideas muy interesantes para animar celebraciones eucarísticas.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

CLAUDIO BASEVI, *Introducción a los escritos de San Pablo. Su vida y su teología*.
Ediciones Palabra, Madrid 2013. 396 pp.

El libro, incluido dentro de la colección «Pelicano» de manuales y ensayos para el estudio de la Teología, continúa en la misma línea de los manuales ya publicados en la misma colección sobre Sagrada Escritura: la Introducción General y la Introducción (I-II) al Antiguo Testamento. Recoge los «Apuntes» de Claudio Basevi, profesor de Sagrada Escritura durante varios años en la Universidad de Navarra y afectado actualmente por una larga enfermedad. Todo ese material disperso ha sido revisado y estructurado por Luis Javier Martín Valbuena, quien ofrece como resultado una visión de conjunto de la vida, escritos y teología del Apóstol (las tres partes de la obra), además de dos Anexos sobre el estilo literario en la antigüedad y las características de los estudios sobre san Pablo.

Se trata, pues, de un manual dirigido sobre todo a estudiantes de teología, con escasas referencias bibliográficas y con una presentación más bien tradicional de la vida y obra del Apóstol. Quizá sea la tercera parte, dedicada a la «teología» paulina, la que puede ofrecer algunos temas de reflexión relacionados más directamente con el cultivo de la vida espiritual, dado que se adentra en los contenidos fundamentales del acontecimiento cristiano como fruto de la tradición recibida y de la interiorización personal de Pablo. Ahora bien, el tratamiento de dichos temas sigue siendo fundamentalmente académico y presupone el conocimiento previo de las otras dos partes del libro en las que fundamenta su base exegética.

FRAY JUAN HUARTE OSÁCAR, O.P.
Salamanca (España)

Índice general del año 2013

EDITORIAL

COS, J. DE, <i>La Navidad, fuente de fe</i>	1-4
— <i>El arrepentimiento y el misterio de la Redención</i>	81-83
— <i>La voluntad humana y la llamada del Señor</i>	161-164
— <i>La confianza en Dios</i>	241-245
— <i>La oración en el Rosario.</i>	321-324
— <i>La acedia y la vida monástica</i>	401-405

ESTUDIOS

ALONSO ROMO, E.J., <i>Bartolomé dos Mártires, un pastor según el corazón de Dios</i>	84-99
CABRERA, A., <i>Iluminación bíblica para la celebración del año de la fe.</i>	5-11
— <i>El burrito que carga a Jesús</i>	125-127
— <i>El silencio fecundo</i>	206-208
— <i>¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!.</i>	363-365
— <i>La envidia: un enfoque bíblico para nuestros días</i>	436-439
CELADA LUENGO, G., <i>La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia: 1. El ideal de vida evangélica en la historia de la Iglesia</i>	113-118
— <i>La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia: 2. El significado de la perfección de la vida religiosa</i>	195-199

— <i>La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia: 3. La inspiración profunda de la vida religiosa</i>	277-280
— <i>La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia: 4. La vida consagrada signo de comunión en la Iglesia.</i>	353-357
— <i>La vida religiosa al servicio del Evangelio y de la Iglesia: 5. «La vida consagrada epifanía del amor de Dios en el mundo» (Vita consecrata, 72)</i>	432-435
CEPEDANO FLÓREZ, J. J., <i>Historia de una reconciliación</i>	12-23
— <i>Sermón de las Siete Palabras</i>	100-107
COS, J. DE, <i>La espiritualidad de santa Teresa de Jesús: 3. Primeros pasos de la oración mística</i>	40-54
— <i>Presentación de la serie de artículos sobre la «Liturgia de la Horas»</i>	58-59
— <i>La espiritualidad de santa Teresa de Jesús: 4. Desposorio y matrimonio espirituales</i>	119-124
— <i>El conocimiento de Dios y la predicación según santo Tomás</i>	181-186
— <i>La espiritualidad de san Juan de la Cruz: 1. Oración</i>	200-205
— <i>La espiritualidad de san Juan de la Cruz: 2. Purificación o «noche del espíritu»</i>	281-289
— <i>La espiritualidad de san Juan de la Cruz: 3. La unión con Dios</i>	358-362
FERNANDEZ MORATIEL, J., <i>Navidad: fiesta de la Palabra</i>	38-39
— <i>Regresa a tu corazón</i>	110-112
— <i>Gestos que Dios tiene con cada uno de nosotros</i>	187-194
— <i>Vivir en plenitud</i>	272-276

— <i>Nuestro interés exterior y nuestro interés interior</i>	345-352
— <i>El vaciamiento interior.</i>	429-431
GONZÁLEZ SUÁREZ, L., <i>¿Dónde está escondido Dios?</i>	268-271
— <i>El don de la oración</i>	341-344
— <i>El amor místico: condición de posibilidad del amor perfecto al prójimo.</i>	421-428
HENDRIKS, B., <i>Convertíos y creed en el Evangelio.</i>	108-110
HERRERO PRIETO, L., <i>Jesús, amigo de los niños. Propuesta cristiana en lenguaje sencillo</i> ..	260-267
LARRAÑETA, J. J., <i>Sobre el envejecimiento, la enfermedad y la muerte</i>	406-416
LEÓN LASTRA, J. J. DE, <i>El hecho de crear. Breve consideración de santo Tomás orientada a cómo valorar lo creado</i>	246-259
— <i>Relación salvífica entre el ser humano y la naturaleza. En clave tomista</i>	325-340
MAESO, M. E., <i>Bella Navidad</i>	55-57
— <i>Emaús.</i>	128-131
— <i>Un agua que salía del lado derecho del Templo</i>	209-211
— <i>Solemnidad de Todos los Santos</i>	440-442
PLÁ VIDAL, N., <i>Vivir una espiritualidad encarnada: el reto de nuestro tiempo: 2. Acentos para una espiritualidad encarnada y los beneficios de ésta</i>	24-37
RIGUES, P., <i>Quedéme...</i>	417-420
SMD, <i>Benedicto XVI y Miguel de Unamuno: diálogo sobre la fe</i>	165-180

LITURGIA

CABRERA, A., *Recuperando la Biblia como fuente de espiritualidad: Reflexión sobre el Salmo 119* 292-295

MUÑOZ, H., *Liturgia de las Horas: 1. Su celebración* 60-63

— *Dos cantos navideños* 64-65

— *Liturgia de las Horas: 2. ¿Qué nos dicen el Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica sobre el tema?* 132-134

— *El misterio de la Liturgia: Cristo-resucitado, luz que pone en fuga a la oscuridad y a la Muerte* 135-138

— *Liturgia de las Horas: 3. Datos importantes de la Constitución Laudis Canticum y del Enchiridium* 212-214

— *Liturgia de las Horas: 4. Se nos pide orar comunitariamente: ¿por qué?* 290-291

— *Liturgia de las Horas: 5. Su importancia en la vida de la Iglesia y en la de cada uno que la celebra* 366-368

— *Somos un pueblo de hijos y de hermanos (el Padrenuestro)* 369-372

— *Liturgia de las Horas: 6. Su fin es hacer verdad lo de «orar siempre y sin desanimarse» en distintos momentos (Horas) del día* 443-445

TESTIGOS

CARBALLO, J., *Fray Francisco Coello de Portugal y Acuña, O.P. (1926-2013): arquitecto predicador* 446-451

HUARTE OSÁCAR, J., <i>En memoria de fray Bernardo Cuesta Álvarez, O.P. (1954-2012): 1. Su vida</i>	215-223
— <i>En memoria de fray Bernardo Cuesta Álvarez, O.P. (1954-2012): 2. Su labor intelectual y solidaria</i>	296-304
— <i>En memoria de fray Bernardo Cuesta Álvarez, O.P. (1954-2012): 3. Su experiencia interior</i>	373-378

ESCUELA DE VIDA

LANSPERGIO, J. J., <i>Textos escogidos del Manual del asceta cristiano: 2. La vida espiritual y el juicio ajeno</i>	139-150
— <i>Textos escogidos del Manual del asceta cristiano: 4. El silencio</i>	224-230
— <i>Textos escogidos del Manual del asceta cristiano: 5. La paz de corazón y la paciencia</i>	305-313
— <i>Textos escogidos del Manual del asceta cristiano: 6. Temas varios</i>	379-388
SANDOVAL MARTÍNEZ, S., <i>Presentación de «Selección de sermones espirituales»</i>	452-454
TAULERO, J., <i>Selección de sermones espirituales: 1. La elevación espiritual del ser humano</i>	455-461

POESÍA

DÍEZ SERRANO, I., <i>Temblando estaban mis paredes, Dios</i>	74
— <i>Al Cristo de la Vera Cruz</i>	151
— <i>Mes de María</i>	231
— <i>Nada soy, oh Señor, sin tu presencia</i>	314
— <i>A veces me pregunto si soy solo silencio</i>	389

— <i>La segunda venida</i>	462
--------------------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA

AHUMADA, L. DE, <i>Monjas</i>	319-320
ARTOLA, A. M., <i>San Pablo de la Cruz, «maestro de la Muerte Mística». Texto y comentario espiritual de su tratado</i>	157-159
BARRANCA MAIRAL, J., <i>Vivir la humildad. Ensayos contra la soberbia</i>	315
BASEVI, C., <i>Introducción a los escritos de San Pablo. Su vida y su teología</i>	472-473
BERZOSA, R., GALETTO, G., <i>Hablemos de nueva evangelización</i>	159-160
BLANCO, P. (ed.), <i>Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización. Comentarios: Mons. Fernando Sebastián, Juan Alonso y Carmen Alejos</i>	232-235
CASTRO MALO, M. M., <i>Ofrenda a santa Rosa de Lima</i>	390-391
DUNN, J. D. G., <i>¿Dieron culto a Jesús los primeros cristianos? Los testimonios del Nuevo Testamento</i>	76-78
DUPLEIX, A., <i>15 días con el Concilio Vaticano II</i>	236-238
ESQUIVEL Y PONCE DE LEÓN, M. C., <i>Desde la clausura carmelita</i>	396-397
ESPEJA, J., <i>Oyentes de la palabra</i>	235-236
GÓMEZ-LIMÓN, M. A., <i>Ser María. Dimensión mariana de la espiritualidad franciscana</i> .	318-319
FERNÁNDEZ, B., PRADO, F. (eds.), <i>Vida evangelizadora y evangélica. Vida consagrada y nueva evangelización</i>	391-393
FERNÁNDEZ, J. M. (ed.), <i>365 días con Agustín de Hipona</i>	398-399
GAGO DEL VAL, J.L., <i>Gracias, la última palabra</i>	463-464

GRANADOS, J., <i>Teología de la carne. El cuerpo historia de salvación</i>	469-470
GRÜN, A., <i>El espacio interior</i>	399-400
GRÜN, A., <i>La mística. Descubrir el espacio interior</i>	466-467
GRÜN, A., REEPEN, M., <i>Los gestos de la oración</i>	471-472
IZQUIERDO, C., <i>La luminosa oscuridad de la fe</i>	157
LOUF, A., <i>Iniciación a la vida espiritual</i>	155-156
MAGGIOLINI, S., <i>Tú. Introducción a la oración</i>	239-240
MUÑOZ, H., <i>Manual de Liturgia. La celebración del misterio cristiano en el nuevo Catecismo y en el Magisterio de la Iglesia</i> . . .	316-318
PAGANO, G., <i>La vida monástica en San Agustín. Comentario al salmo 132</i>	238-239
PAVÍA, A. (ed.), <i>Los Salmos</i>	400
PROU, J., OSB, <i>La clausura. Fundamentos-historia-espiritualidad</i>	152-153
RICCARDI, A., <i>Juan Pablo II. La biografía</i>	154-155
RIVAS, F., <i>La vida cotidiana de los primeros cristianos</i>	75-76
ROHR, R., <i>La Biblia y su espiritualidad</i>	397-398
SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., <i>Razón y fe: la plenitud de la vida moral</i>	467-468
SCHULZ VON THUN, F., <i>El arte de conversar. Psicología de la comunicación verbal</i>	395-396
SEGURA MUNGUÍA, S., TORRES RIPA, J., <i>Las plantas en la Biblia</i>	78-80
SILVA, R., <i>Una atracción irresistible</i>	464-466
VÁZQUEZ BORAU, J. L., <i>El evangelio de la amistad en Carlos de Foucauld</i>	393-395
VÁZQUEZ BORAU, J. L. (ed.), <i>365 días con Carlos de Foucauld</i>	470-471